

Lom
PALABRA DE LA LENGUA
YÁMANA QUE SIGNIFICA
Sol

Rossana Dresdner

Dresdner Cid, Rossana

Pasajeros en tránsito [texto impreso] / Rossana Dresdner
Cid. - 1ª ed. - Santiago: LOM ediciones; 2012.
240 p.: 14x21,5 cm. (Colección Narrativa)

ISBN: 978-956-00-0320-1

1. Novelas Chilenas I. Título. II. Serie.

Dewey : Ch863 .- cdd 21

Cutter : D773p

FUENTE: Agencia Catalográfica Chilena

Pasajeros en tránsito

© LOM EDICIONES

Primera edición, 2012

Primera reimpresión, julio 2012

ISBN: 978-956-00-0320-1

RPI: 214.720

Imagen de portada: Rodolfo Rojas

DISEÑO, EDICIÓN Y COMPOSICIÓN

LOM ediciones. Concha y Toro 23, Santiago

TELÉFONO: (56-2) 688 52 73 | FAX: (56-2) 696 63 88
lom@lom.cl | www.lom.cl

Tipografía: *Karmina*

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LOM

Miguel de Atero 2888, Quinta Normal

Impreso en Santiago de Chile



Agradecimientos

Este libro es una suma de vivencias múltiples, diversas, profundas, vitales. Se compone de pedacitos de vida de numerosas personas que, en algún momento, llegaron a mí de primera, segunda o tercera fuente, de oídas o leídas, fruto del recuerdo o la imaginación –propia y de otros.

Por eso, no hubiera sido posible sin la participación, apoyo y colaboración de numerosas personas que generosamente compartieron conmigo sus recuerdos y experiencias, sus sueños, miedos, carencias y deseos.

Sabiendo que no lograré incluirlos a todos, quiero agradecer especialmente a Lotta, Pepe, Erika, Jacobo, Yared y Adjám, Marcela, Rodolfo y Osvaldo, que compartieron activamente y con entusiasmo pedacitos de sus vidas para ayudarme a armar estas historias.

También quiero agradecer de manera especial a tres mujeres que me “prestaron” sus investigaciones periodísticas para algunos pasajes del libro. Ellas son Carmen Hertz y su libro –escrito en conjunto con Patricia Verdugo– *Operación Siglo XX*; Ana Verónica Peña y su libro *Fuga al Anochecer*; y la periodista Gabriela Cid y sus reportajes sobre Derechos Humanos en *El Siglo*, los que fueron premiados con el Premio José Martí a la mejor investigación periodística el año 1992.

1. Es hora de bajarse del avión (1996)

—*Ladies and gentlemen: in a few minutes we will be landing in Arlanda Airport. Please fasten your seatbelts and notice that it's not allowed to use...*

Miro hacia fuera. El avión sobrevuela lagos, pequeños charcos congelados y grandes extensiones blancas de nieve inmóvil. El cielo está celeste... o blanco. Los bosques de pinos... negros, silenciosos. Iguales que siempre.

La azafata habla por el altoparlante. Primero en sueco, luego en inglés. Qué raro. Qué familiar.

Estoy de vuelta. Al fin estoy de vuelta. Como en el sueño.

En el sueño caminaba por las calles con adoquines que rodean la Catedral. Cruzaba el pequeño puente sobre el río *Fyrisån*, en dirección a *Svarthäcksgatan*, la calle peatonal. Unos patos se subían a la baranda del puente y me miraban fijamente. Pasaba frente a *Centralbadet*,¹ la piscina techada donde aprendí a nadar. Doblaban hacia la derecha por la peatonal y llegaba hasta *Stora Torget*,² la plaza. Veía la hora en el reloj del muro a la derecha. La una de la tarde.

Estaba nublado. Y un poco frío.

Esperaba en el paradero de buses. La línea 2 —el *Expreso Oriente*, como le decían— en dirección a *Flogsta*, el barrio de extranjeros.

Al instante, el bus llegaba lleno de inmigrantes; de cabezas negras, como de costumbre.

¹ El Baño Central.

² La Gran Plaza.

Me subía y pagaba con dinero. "No tengo tarjeta, estoy de visita", le decía a la chofer. Ella me sonreía. Una rubia gorda con las tetas apretadas en la camisa del uniforme.

Caminaba por el pasillo. Latinos, africanos, árabes me miraban en silencio. No reconocía a nadie.

Me bajaba antes de llegar a *Flogsta*, en *Kyrkogårdsgatan*,³ frente al *Humanistisk Centrum*,⁴ la sede de la Universidad donde estudié sociología. Sabía que allí podría encontrar a Katta, mi amiga. Al otro lado de la calle veía *Katedralskolan*,⁵ mi escuela de secundaria. Un ex compañero de colegio, Per Bäckman pasaba en bicicleta, se acercaba y me preguntaba qué hacía allí. "Volví", le contestaba. "*Jag är tillbaka*",⁶ me repetía en sueco. "Tienes que apurarte —me decía—. Son las dos y media de la tarde; pronto oscurecerá".

Aunque me apuraba, se hacía de noche y no alcanzaba a ver a nadie. Nunca.

—Señorita, por favor abróchese el cinturón, estamos próximos a aterrizar.

Una azafata con un moño rubio y ojos azules me regresa al avión, sonriendo.

Mientras me ajusto el cinturón, siento algo parecido a ganas de llorar.

—*Are you alright?* —me pregunta en inglés con acento nórdico.

—*Ja, jag mår bra*⁷ —respondo en sueco.

Ella me mira sorprendida.

—Ah, hablas sueco —dice.

—Sí, soy de acá —respondo.

Empecé a soñar con Uppsala hace cuatro años. Coincidió con la muerte de mi abuela. Algo me pasó con su muerte. Digo, algo más que la pena. Me impresionó verla muerta, inmóvil, hermosa. Y muerta para siempre.

³ La Calle del Cementerio.

⁴ El Centro Humanista.

⁵ La Escuela de la Catedral.

⁶ De vuelta.

⁷ Sí, estoy bien.

Desde que tenía memoria, ella había sido parte de mi vida. Había estado presente en todo lo que reconocía como pasado. Hasta ahora.

Su muerte venía a ser como una prueba de que nada es para siempre. Ni siquiera el pasado.

—Soy de acá —le repito a la azafata.

Mientras veo las alas del avión acercarse cada vez más a la losa, me pregunto quiénes vendrán a buscarme.

"No sé si alguien se acuerda de mí. Solo sé que yo me acuerdo de todos", le escribí a Katta hace un año, cuando le anuncié que viajaba. Estaba eufórica, redescubriendo una historia que creía olvidada...

"Yo tampoco sé quién se acuerda de ti. Yo, en todo caso, me acuerdo", me contestó. "Si no tienes otro lugar, te puedes quedar en mi casa".

Yo esperaba más efusividad, es verdad. Pero con los días valoré su ofrecimiento. Después de todo, habían pasado diez años en los que yo había roto todo contacto. Desde que me fui de Suecia, el año '85, nunca más la vi. Es decir, no en persona. Porque no considero lo de la foto en el diario ni lo que vino después.

¿Y Medhani? ¿Estará Medhani?

¿Por qué habría de ir? Lo traté bastante mal después de todo. A él también le escribí. Al revisar mis recuerdos, me di cuenta de que también se había quedado.

¿Y Ricardo?

No creo. La última vez que lo vi fue en el funeral de la abuela. Hace cuatro años. No sé cómo entró al país. Salí el 90, por Argentina, dicen que escondido en el compartimiento de una van. Oficialmente, todavía lo buscan. Pero ahora entró, al parecer, sin problemas. Supongo que en Policía Internacional se hicieron los desentendidos. Políticamente, el tema de los fugados es incómodo y nadie sabe cómo solucionarlo.

En todo caso, en el velorio a Ricardo lo vi igual que siempre: inseguro, esquivo, ¿triste? Nunca se sabe con él. Ni qué siente ni qué piensa. Como si temiera delatarse o comprometerse.

A veces pienso que es por la tortura. El miedo a delatarse. Aunque yo lo había visto más o menos igual siempre y así lo había tenido

que soportar, como ocurre con los hermanos. Ricardo siempre fue descomprometido y egoísta. Y eso me fue molestando cada vez más con los años hasta transformarse en antipatía.

No niego que lo del atentado y la fuga me causan admiración hasta hoy, pero no ha logrado mejorar nuestra relación. No nos llevamos bien y punto.

El avión toca la losa. Salta levemente. Miro por la ventanilla. Se ve que hace frío afuera.

Pienso en el frío, en la sensación que provoca respirar aire helado. Los pelitos de la nariz congelados y los alfileres de hielo clavándose la cara. El sonido de los zapatos al pisar la nieve blanda. El sonido de los zapatos al pisar la nieve congelada.

Alguien dijo que mientras más detalles recuerdas de una vivencia, significa que más propia es.

Los motores se detienen y todos se levantan a sacar su equipaje de mano.

Y Diego. ¿Estará Diego? También le escribí. Apareció en uno de los sueños. Joven y de pelo largo, como lo conocí en el departamento de los venezolanos hace más de veinte años.

"Ya es hora de que conversemos", me decía y se subía a un bus que iba en otra dirección.

De alguna manera, uno elige lo que se queda; elige los detalles que recuerda, los que logra recordar, los que reconoce, como la consistencia de la nieve recién caída. O el tono indiferente (¿y asustado?) de Katta. O la forma en que alguien llevaba el cabello hace 20 años.

Al final, la historia, las historias, se construyen con los recuerdos de los hechos. Con los recuerdos que somos capaces de tener de esos hechos. Con los que queremos guardar.

Al final, somos una secuencia de recuerdos que van cambiando a medida que nosotros cambiamos.

Es hora de bajarse del avión.

2. Ricardo (1991)

Estoy acostado en mi cama. Es de noche. La casa está oscura, silenciosa. Tengo ganas de hacer pichí. Me levanto y voy al baño. Levanto la tapa de la taza y comienzo a orinar. Miro hacia la puerta y me doy cuenta de que está abierta de par en par, que no la cerré. Alguien me observa y sonrío. Tengo miedo.

Despierto. La cama está mojada. Reconozco esa situación, tibia y angustiante, la sensación de no querer estar ahí. En unos segundos sentiré ese olor agrio de la orina concentrada. No puedo creer que después de veinte años esté ocurriendo de nuevo.

Me siento en la cama. Miro la mancha sobre la sábana. Miro a Mariela: duermo. Veo el reloj: las tres y media de la mañana. Trato de pensar en cómo arreglar la situación sin que ella se dé cuenta. No se me ocurre.

Me hice pichí en la cama hasta los 14 años. Nunca se supo por qué. Yo nunca supe. Mis padres probaron todo: médicos, sicólogos, remedios caseros y conversaciones familiares, pero nada. A ellos les incomodaba más que a mí. A mí, más que el pichí, me incomodaban ellos. Pero no se los decía y me sometía a todos los tratamientos y conversaciones. Obediente.

A veces uno escucha lo difícil que ha sido para algunos ser desadaptados, rebeldes. Pero más difícil es querer serlo y no tener el carácter. Nunca tuve el carácter, pero ya no importa.

No puedo sacar la sábana sin que Mariela lo note. ¿Y si le cuento? Tampoco sé bien qué hay que contar. Tendría que contar de las otras veces que me hice pichí, no en la cama, sino en la parrilla, cuando me

tenían amarrado y me ponían el cable con corriente en el pote, y me preguntaban por el Juan, el Jorge, el Víctor y "la sueca".

Eso no se lo he contado... ni quiero.

Hay cosas que es mejor tratar de ignorarlas. Como si no hubieran pasado. Si las cuentas, las haces más reales. Y hay cosas que no soportas que sean reales.

-¿Ha dicho algo este conchesumadre...?

-Todavía nada. Pero ya vamos a ver cuánto calza este huevón...

Me habían traído la noche anterior desde la casa donde estaba escondido. Desperté con los golpes en la puerta y los gritos, de ellos y de la dueña de casa. Antes de que alcanzara siquiera a pensar en levantarme, ya estaban en la pieza, encima mío. Cuando me sacaron, chorreaba sangre; creo que de la nariz, no estoy seguro. Me tiraron al suelo del auto y me siguieron pateando. No vi qué pasó con los otros. Después de un rato, el auto se detuvo. Me arrastraron por la tierra, a través de una puerta, un pasillo y por una escalera hacia abajo. Un sótano.

Había escuchado hablar de la tortura muchas veces, y de la parrilla, una de las formas más comunes: una cama de metal a la que te amarran. Corriente en los testículos, en los oídos, en la lengua. Entremedio, golpes.

Hasta ahí la descripción. Porque los relatos de tortura no se sostienen en la conversación cotidiana. No se dejan decir del todo. No puedes contarlos realmente. Aunque uno quisiera, las palabras no alcanzan. No las que uno conoce.

-¿Así es que creían que podían matar a mi General, los conchesumadres?

A veces uno se ve envuelto en situaciones tan inverosímiles que no cree que realmente le estén pasando. Es como ser espectador de la vida de otra persona.

Yo nunca sentí que todo eso fuera parte de mi vida. Desde que me contactó Tamara, cuando apenas llevaba seis meses de vuelta en Chile. Alguien le había dado mi nombre y mis características. Le servían, dijo: un profesional joven, con aspecto europeo y manejo de idiomas; lo que necesitaban. Dijo que no había mayor riesgo de por medio. Solo se trataba

de un par de trámites: montar un infraestructura básica, arrendar un par de autos, con mi nombre verdadero para garantizar la seguridad de la operación. Si robaban los autos o utilizaban identidades falsas, se corrían riesgos. Me sacarían del país 48 horas antes de la acción. Eso me dijo.

Pero todo se complicó. Nadie pensó que la operación iba a fallar. Se preocuparon hasta del último detalle, menos del más importante: los lanzacohetes, que no funcionaron.

La misma noche del 7 de septiembre, mi nombre y mi foto circularon como el primer miembro del Frente Patriótico Manuel Rodríguez buscado por el atentado a Pinochet. Y no me habían sacado del país.

La situación era caótica, por decir lo menos. ¿Cómo esconder a alguien cuyo nombre verdadero y foto figuran en cada esquina? A los pocos días, pasó lo mismo con Katta. Pero a ella nunca la encontraron.

No me arrepiento; lo volvería a hacer. Fue mi oportunidad de torcerle la mano a la vida, de hacer algo que realmente importara. Y a la mierda la falta de carácter.

Hasta hoy, cuando lo recuerdo, me da gusto. Fui parte de la "Operación Siglo XX", el atentado a Pinochet. Algo que les puedo contar a mis nietos.

-Así que creíais que te las íbai a salvar, hijo de puta, ¿ah?

-Es que es muy pendejo. Arrendando autos con su carnet verdadero...

-Y los otros son igual de huevones, dejaron las huellas de los dedos por todas partes. Mi general Torres ya los tiene fichados a todos...

-Ahora lo único que falta es que nos ayudes a encontrarlos, huevón. Yo sé que nos vai a ayudar...

Los recuerdos son confusos, porque llega un momento en que no entiendes que todo está realmente ocurriendo. O que ocurrió. Y las imágenes se vuelven poco nítidas.

Recuerdo que me arrastraban a la sala de torturas. Recuerdo sentir la cara como una gran herida infectada latiendo. Recuerdo el cuerpo semidormido o semimuerto.

Después de un par de días, mis torturadores adoptaron una actitud más "profesional": querían resultados concretos.

-Vamos a partir porque nos digas los nombres de todos los huevones que estaban contigo en esto. Cómo los conociste y qué hacían. No es que

no los tengamos, porque algunos pajaritos ya largaron todo. Como el Miguel. Pero así veremos si nos estás diciendo la verdad o nos querís seguir hueviendo...

Me subieron a la parrilla de nuevo, pero esta vez me pusieron boca abajo.

—Vamos a probar algo nuevo ahora. Para ti y para nosotros. Primero te vamos a poner corriente en el pote y si no cooperas, nos vamos a turnar todos para pasar un buen rato contigo. ¿Qué te parece?

No es solo que las palabras no alcancen para contarlo, uno no alcanza. Aunque las tuvieras, no quieres decirlas. Miedo. Vergüenza. Exposición total.

Y al final, lo que realmente ocurrió es un secreto que solo ellos conocen. Y eso los hace parte de tu vida. Hasta que se mueran... o los mates.

Hay cosas que no se sostiene decirlas.

—¿Estas despierto? —Mariela me mira con los ojos semiabiertos.

El pelo desordenado le cubre la mitad de la cara. Su silueta se recorta contra la ventana iluminada por el reflejo blanco de la luna. No se ha dado cuenta de la mancha mojada.

—Sí, pero no te preocupes; solo tenía ganas de ir al baño. Duerme —le respondo.

Le acaricio el pelo. Se da vuelta y se vuelve a dormir. Me levanto a buscar unas toallas. Me acostaré sobre ellas y el calor corporal secará algo la sábana antes que nos levantemos. Mañana me las arreglaré para hacerme cargo del colchón sin que Mariela se dé cuenta.

Me cambio de pantalones en el baño y pongo dos toallas en la cama.

Pero no me acuesto. No podré volver a dormir. Los recuerdos empiezan a llenar mi cabeza.

Voy a la cocina y me sirvo un vaso de leche con chocolate, Oboy.⁸ Afuera, el cielo está estrellado, estático, inmóvil, con esa quietud propia de estas latitudes polares; quietud y soledad. Sin escape. Como las madrugadas en el calabozo.

⁸ Chocolate en polvo.

Me siento en la cocina. Se parece a la que había en los departamentos de Flogsta, el barrio de inmigrantes al que llegamos las familias de latinoamericanos refugiados en los 70. Al principio, todos encontrábamos que los departamentos eran de primer nivel. El diseño sueco de los muebles, simple y práctico, la novedad de la cocina eléctrica, el tamaño del refrigerador, etc. Incluso las familias de mejor situación económica en Chile no tenían esas comodidades.

Con los años, Flogsta se transformó en un barrio de "cabezas negras", un *ghetto*. Y los latinos ya no fuimos todos iguales. A algunos les fue bien, cambiaron su entorno social y dejaron de frecuentar los lugares de la colonia latina.

Yo no fui uno de ellos, pero no los juzgo. Más bien creo que los que se equivocaron fueron los otros, que siguieron militando en las células de sus respectivos partidos, pendientes del informe, la reunión y la Radio Moscú. La mayoría de ellos se quedó en pegas malas, sin aprender bien el sueco. Y después de casi veinte años, con la vuelta a la democracia en Chile, se dieron cuenta de que no estaban dispuestos a volver, o que no estaban las condiciones para volver; que la vida se construye sobre cosas más concretas que los recuerdos y las nostalgias. Lamentablemente.

Aunque hay otros casos, excepciones, de gente que se adaptó en Suecia y después de todas formas regresó. Como yo. O como mi hermana menor, Gabriela, que en su adolescencia solo quería parecer una sueca más; hasta el punto de que le avergonzaba que la saludaran en español en la calle, y que al final igual se volvió a Chile.

O como Diego, que ha ido y vuelto varias veces.

Cuando regresé me vino a ver y me felicitó por mi matrimonio. Y por lo del atentado. "Te *admiro*", me dijo.

Eso me hizo sentir bien. Supongo que porque es de las pocas cosas de las que me enorgullezco. Bueno, y de la fuga por supuesto, la "Operación Éxito".

Me paro frente al refrigerador. Saco la bolsa de pan de molde, la mantequilla y el tubo de *Kalles Kaviar*.⁹ Me hago un sandwich doble.

⁹ Pasta que es una imitación barata del caviar, de color rosado intenso.

Me reconforta el sabor salado y dulce a la vez. Me reconforta el sabor conocido, aunque sea extraño. Conocido y extraño a la vez.

Me acuerdo de la primera vez que Miguel me habló de la "Operación Éxito". Hace más de dos años, cuando nos trasladaron desde la Penitenciaría a la cárcel de General Mackenna. Llevábamos tres años presos por el atentado a Pinochet.

—Una vez afuera te podrías volver a Suecia. Los suecos te darían asilo de inmediato. Son gente democrática de verdad; no se andan con interpretaciones y medias tintas como acá. Y podrías vivir tranquilo. ¿Acaso no echas de menos eso a veces? —argumentó Miguel.

Yo guardaba silencio. Tenía dudas.

—¿Y si la Concertación gana las elecciones? —dijo Germán—. Ahí nos van a sacar de aquí de todas maneras. Quizás si hacemos cualquier cosa antes, solo la cagamos...

—Si nos sacan de acá, mejor. Pero si se ponen a negociar, estamos cagados —insistió Miguel—. Y entonces no está demás tener una cartita debajo de la manga, ¿no creen?

Hacia más de un año que compartíamos celda con Manuel, Germán y Miguel. Esa noche nos quedamos hablando y tomando mate hasta la madrugada. Y nos convenció a todos de que teníamos que buscar nuestra propia salida.

Y lo hicimos. Aunque ahora me parezca mentira.

Recuerdo cuando leí *El Mercurio* del 31 de enero del 90, que Mariela me había guardado: "ESPECTACULAR FUGA DE REOS SUBVERSIVOS. Una espectacular fuga a través de un túnel de cien metros de extensión protagonizaron en la madrugada de ayer 49 reos subversivos —principalmente del FMR— que se encontraban detenidos en la ex Cárcel Pública. Todos ellos participaron en los más bullados casos terroristas que han conmovido a la opinión pública. Entre ellos figuran veinte de los extremistas que atentaron contra el presidente Pinochet en septiembre de 1986".

Me pareció tan lejano, como si no tuviera que ver conmigo. Pero también me llenó de satisfacción. Otro relato para mis nietos.

El tiempo ha pasado casi sin que me dé cuenta. Y aquí estoy mirando la madrugada de mayo, desde el norte hacia el sur, una vez más.

Viajé a Suecia la primera vez cuando tenía diecisiete años, seis meses después que mis padres. No quería irme de Chile, y era mi oportunidad de separarme de ellos.

Tampoco me importaba lo que estaba pasando, lo del golpe militar. No es que supiera mucho, pero tampoco me interesaba; no tenía que ver con mi vida. Cuando mis papás salían a marchas y trabajos voluntarios por Allende, yo andaba con mis amigos, una especie de grupo hippie local que pasaba horas escuchando a Pink Floyd, Janis Joplin, Jimmy Hendrix, Frank Zappa, Led Zeppelin, fumando pitos y riéndonos mucho. Creo que fue el periodo más feliz de mi vida.

Mi hermana Gabriela era la única de la familia a la que le gustaba esa onda, aunque era chica. Siempre entraba a mi pieza y me pedía poner algún disco o que le mostrara mis revistas *Ritmo*.

Después, en Suecia, cuando era adolescente, también se metió en un grupo medio hippie. Aunque quedó la cagada con esa gente, porque los pillaron en la venta de drogas. Eran casi todos venezolanos, todos volados. Yo también los veía a veces con Diego, pero nunca con Gabriela. Encontraba que todavía era muy chica. Incluso le conté a mi mamá que ella andaba metida con esa gente, porque estaba preocupado.

En ese entonces ella ya no me buscaba. Bueno, a nadie de la familia en realidad. Era toda sueca. Tanto que cuando mi mamá se volvió a Chile, hace doce años, Gabriela no quiso volver con ella. Le dijo que su casa estaba en Suecia. Y mi papá la apoyó, así es que se quedó.

En todo caso yo pensaba que a Gabriela la habíamos perdido hace tiempo, igual que a mi papá. La misma cagada que quedó en tantas familias. Cuando llegas a un país donde la vida funciona tan bien desde el punto de vista práctico, la única razón para mantener una relación es el amor, o por lo menos el cariño. Y esa fue una prueba que muchos chilenos no pasaron: el amor. Mi familia no la pasó. No del todo al menos. Ni nuestros padres ni nosotros.

Me vine a Suecia el 74, con un primo que acababa de salir del Estadio Nacional. Nunca estuvo metido en política, pero era amigo de un tipo del MIR, y los encontraron juntos. Estuvo un mes preso. No lo conocí

cuando salió: flaco, ojeroso y pálido. Pero lo que más me impactó fue su mirada: cagada, como de esos perros que lamen la mano y mueven la cola después de que les pegan. Me dio miedo.

Después vi esos mismos ojos en otros compañeros, cuando nos carearon por lo del atentado.

Mi primo fue uno de esos que desde el principio rehicieron su vida acá. Se casó con una sueca y se fue a vivir a Luleå, una ciudad industrial, 100 kilómetros al noroeste de Uppsala, al lado del mar. Suficientemente lejos, supongo. No sé de él hace como diez años. No digamos que me importa.

Mariela aparece en la cocina. Me está mirando fijo.

—Estoy tomando leche con *Oboy* —le digo—; no podía dormir.

—¿Qué pasó en la cama? —pregunta.

La miro. Me toma de sorpresa. Se me había olvidado la cama. Miro hacia afuera.

—Bueno, un accidente que tiene una larga historia. Pero no tengo ganas de contarla ahora —digo.

Saco otro pan de la bolsa, le echo mantequilla y *Kalles Kaviar*.

Es increíble esto de los gustos. Ahora compro *Kalles Kaviar* en el supermercado. Antes lo mencionaba como ejemplo de las cosas asquerosas que podían comer los suecos, que eran muchas, a mi parecer. La mayoría las conocí en el casino de *Katedralskolan*, el colegio de educación secundaria al que ingresamos varios jóvenes latinoamericanos cuando llegamos a Uppsala.

Era colegio grande, antiguo, con tradición y recibía principalmente a adolescentes de familias más acomodadas. Claro que entonces no lo sabíamos, porque nos era imposible saber quiénes eran más o menos acomodados entre los suecos. Cuando vienes de un país donde tienes a dos personas viviendo en tu casa para que te sirvan a ti y a tu familia 16 horas al día, seis días a la semana, las diferencias sociales están determinadas por la capacidad de acceder o no a cosas materiales.

Pero en Suecia todos tienen ropa de marca, buenas casas o departamentos, vacaciones en el extranjero, etc. Entonces te demoras un tiempo en aprender a identificar las diferencias, pero existen.

En *Katedralskolan* nunca había habido alumnos “cabezas negras”. Al principio nos miraban como bichos raros. Era recíproco, en todo caso. Nosotros encontrábamos que casi todo era extraño, partiendo por la comida. La primera vez que nos sirvieron *blodpudding* —una especie de tortilla de sangre de vacuno prensada— acompañada de *lingonsylt* —una mermelada de un tipo de grosella roja—, yo creí que vomitaría. Tampoco me gustaba el *sill*, arenque crudo; la *pölsa*, un revoltijo de carne, interiores y cereales; o el *knäckebröd*, una galleta dura y gruesa, sin sabor, típica de la dieta sueca desde tiempos antiguos, y que era el único pan que había en el casino de la escuela. Por supuesto, tampoco me gustaba el *Kalles Kaviar*.

En realidad, durante mi primera estadía en Suecia me cargó casi todo: la comida, la música, las relaciones entre la gente, la gente misma, incluyendo a las suecas, que todos los latinoamericanos encontraban tan extraordinarias.

Yo prefería a las finlandesas: eran menos bonitas pero más cariñosas; menos raras. Y tampoco se sentían a gusto en Suecia. La mayoría de los finlandeses venía por trabajo, pero también había quienes venían a estudiar, como Helinä, que me acompañó durante los dos primeros inviernos, los más fríos. No hablábamos mucho, porque ninguno manejaba tan bien el sueco. Pero daba lo mismo. Ella era calentita y risueña, y rubia. Y le encantaba tener sexo conmigo. Y para mí eso era más que suficiente.

Cuando me tenían literalmente todo cagado en la sala de torturas, me acordé de sus axilas con pelos y de sus pechos grandes que colgaban debajo de la polera, porque no usaba sostén. Y la eché de menos. Y también eché de menos el *knäckebröd* con mantequilla, y el huevo duro con *Kalles Kaviar*. Y cuando volví hace un año, la primera vez que fui al supermercado hasta compré *blodpudding*.

Los gustos no tienen solo que ver con lo que a uno le gusta, también tiene que ver con recuerdos, con sensaciones, con pérdidas. Quizás no me

gusta realmente el sabor del *Kalles Kaviar*, pero sí me gusta el recuerdo de *Katedralskolan*, donde lo único que tenía que hacer era vivir el día a día.

-¿Es orina lo de la cama?

Mariela es así: no me suelta hasta saber lo que quiere, como casi todas las mujeres.

-Lo es, pero te dije que no quiero hablar de eso ahora -respondo-. Te lo explicaré en otro momento, no ahora. Yo me haré cargo del colchón y todo, no te preocupes. Te puedes acostar en el sillón del escritorio.

-Pero sí me preocupa. No sabía que tuvieras problemas... quizás deberías ver un médico... o a lo mejor volver a ver a un sicólogo...

Sicólogos. He visto a tres en mi vida. El huevón con el que me encerraban mis papás cuando tenía doce años para ver si descubriría por qué me hacía pichí en la cama y que me manoseaba las bolas a manos llenas con el pretexto de saber si tenía problemas de "tensión" en esa zona. Y el sicólogo de la CNI, que hablaba conmigo entre las sesiones de tortura para convencerme de que entregara información, y me hablaba de mis compañeros, de lo mal que lo estaban pasando por culpa mía. Y también me hablaba de sus tres hijas, de cómo se alegraban cuando él llegaba a la casa y se le tiraban al cuello.

Cuando se iba, yo sentía que se iba al mundo real, ése del cual yo había formado parte hasta hace poco. Tomaba su auto, quizás pasaba a comprar el pan, mientras yo estaba acá, quebrado en todo sentido, dolido en todo sentido, olvidado por el mundo, fuera del mundo, fuera de la historia, hasta de mi historia, perdido.

Creo que a ese huevón sí lo mataría si pudiera.

Y el tercer sicólogo en realidad era una sicóloga argentina que conocí cuando volví a Suecia después de la fuga. Pero no avanzamos mucho, porque había cosas de las que no quería hablar y otras de las que no podía hablar.

-No empieces con eso del sicólogo ahora. Ya lo probé y no sirve de nada, OK? -le digo a Mariela.

-Lo sé, pero a lo mejor podrías intentarlo de nuevo... a lo mejor te haría bien.

Mariela es buena, y cariñosa y leal. No sé si estoy enamorado de ella. Da lo mismo. La quiero mucho. Y lo que importa es lo que significa para mí: como el *Kalles Kaviar*, guardando las diferencias, por supuesto.

Ella apareció como una luz, cuando todo se había apagado, y alumbró mi camino. Así de cliché. Y eso ya fue mucho; más que suficiente. Era y es una mujer bonita e inteligente, y sin duda le habría sido más fácil armar su vida con otro, pero eligió hacerse cargo de mí. Y lo hizo, con paciencia y con tranquilidad. Y me hizo sentir seguro de nuevo.

La conocí hace mucho tiempo, acá, en las fiestas de los chilenos. Estudiaba enfermería y era bastante tímida. Yo andaba pensando en volverme a Chile y no me fijé en ella.

Cuando estaba preso en la Peni, empezaron a llegar cartas tuyas. Me sorprendió, pero también me gustó. No estaba para regodearme tampoco.

La primera carta era muy formal, como un ensayo del colegio. Era una presentación de sí misma y una explicación de por qué me escribía. Había leído lo de mi detención en los diarios suecos. Decía que todos los chilenos de Uppsala lo comentaban. Y decía que me admiraba y que quería acompañarme en esos momentos duros.

Las cartas comenzaron a llegar cada quince días. Se notaba que se había hecho el propósito de escribirme y yo me acostumbré a recibirlas. Nadie estaba tan pendiente de mí como ella; ni siquiera mi familia. Gabriela, que era la única que vivía en Santiago, me venía a ver una vez a la semana, pero se notaba que lo hacía por compromiso. La verdad me daba lo mismo: para mí también era un compromiso recibirla.

Cuando llevaba un año en la Peni, Mariela me anunció que viajaría a Chile y que me iría a ver. Cuando apareció entre las visitas, me pareció más linda que nunca, más linda que todas.

-Debes intentar volver a Suecia cuando salgas -me dijo-. No creo que puedas rehacer tu vida aquí.

-Bueno, la verdad no he pensado mucho en rehacer mi vida -le contesté-. Mi condena es de presidio perpetuo.

-Pero eso va a cambiar después de las elecciones. Después van a liberar a todos los presos políticos.

-No estoy tan seguro de eso -le respondí.

Fue ella la que más habló. Yo me sentía un poco ridículo. No la conocía tanto. Además, me había bañado y perfumado para ella y eso me hacía sentir más ridículo aún. Nunca supe cómo ni por qué estaba tan interesada en mí. Nunca le pregunté.

—En todo caso, aunque saliera de acá, no podría volver a Suecia, porque mi permiso de estadía ya venció —agregué.

—Pero podrías si te casas conmigo —refutó con tranquilidad—, porque me nacionalicé sueca.

La noche que finalmente vimos las palmeras del patio trasero de la Estación Mapocho, al otro lado de la calle Balmaceda, después de haber cavado el túnel por meses, de haber pasado las noches encerrado en ese agujero, transpirando, medio ahogado, picando muros y sacando tierra, tuve la sensación de que hay cosas que sí pueden resultar a pesar de todo.

Lo mismo sentí cuando me habló de casarnos.

Siempre, siempre, estaría en deuda con ella. Y eso también es una forma de amor.

—Mariela, ¿podemos hablar de este tema mañana u otro día? No es que te quiera ocultar nada, es solo que ahora necesito estar a solas —le digo con ternura.

—Como quieras. Déjame las sábanas; yo me hago cargo mañana —responde.

Después de todo, no es como otras mujeres. Sabe retirarse cuando es necesario, cuando lo necesito. Y yo he aprendido a decir cuándo necesito estar solo.

Eso se lo debo a Miguel: él me asignó el papel de “el pesado” de la celda. Que tenía que estar siempre de malhumor y alejar a los reos que venían de visita. Nadie podía entrar a nuestra celda porque podían descubrir la entrada al túnel. Con las semanas, encontré que el papel de pesado era bastante cómodo. Te daba tranquilidad. Así es que lo seguí usando después. Incluso acá en Suecia.

Mariela se va y enciendo la tele. No quiero estar solo del todo. Me paso de un canal a otro. Desde hace un par de años se puede ver televisión por satélite, lo que es un alivio. Cuando llegamos, el 74, solo había tres

canales de televisión, todos estatales: TV1, TV2 y TV3. La programación terminaba a las once de la noche los días de semana. El gobierno socialdemócrata de la época, encabezado por Olof Palme, cuidaba que solo viéramos cosas educativas, sanas para la mente y espíritu. Nada de violencia, sexo o farándula. Antes nos parecía fatal. Ahora se echa de menos.

Entre películas, promociones de artículos para adelgazar y recetas de cocina, llego a unas imágenes de soldados verdeoliva que circulan sonrientes por unas calles polvorientas, rodeados de niños y mujeres envueltas en velos blancos. Son africanos de rasgos finos. Rien y se abrazan.

Reconozco a esa gente. Subo el volumen. Un locutor habla en inglés del fin de la guerra entre Eritrea y Etiopía. “*Hundreds of men, women and children celebrated today on the streets of Asmara the victory of the Eritrean Liberation Front over the Ethiopian army*.”¹⁰ La gente está celebrando la victoria sobre los militares etíopes. Saludan al Frente de Liberación Eritreano.

Me acuerdo de Medhani, el único eritreano que conozco, un ex pololo de Gabriela con el que incluso se fue a África, a Sudán. Yo lo conocí mejor cuando Gabriela ya se había ido a Chile. Nos vimos un par de veces. Me invitó a su casa. Un buen tipo. Quería saber más de ella, pero no pude decirle nada. Tampoco conmigo se contactaba. Le dije lo único que sabía: que andaba metida en política. Quién lo diría. Gabriela, que solo se preocupaba de las fiestas, la ropa y los viajes.

¿Cómo estará Medhani con esta noticia? Feliz me imagino. Me alegro por él. Por su gente. Nosotros también pensábamos que íbamos a ganar así, celebrando con la gente en la calle, con las metralletas en la mano. Y aquí estoy en mi cocina americana tomando chocolate caliente y comiendo *knäckebröd* con *Kalles Kaviar*. A salvo, incluso de ese sueño. No me siento decepcionado. Nunca fui héroe y nunca entendí por qué había que estar dando muestras de nada. En todo caso, yo ya las di. Nadie me puede decir nada ahora. Ya hice lo mío. A pesar de que no era lo mío.

¹⁰ “Cientos de hombres, mujeres y niños celebraron hoy en las calles de Asmara la victoria del Frente de Liberación Eritreano sobre el Ejército etíope”.

Suena el teléfono. Miro la hora: las cuatro de la mañana. Me paro a contestar. No quiero que despierte a Mariela.

—¿Ricardo?

Mi mamá está al otro lado. Tiene esa voz nerviosa de cuando las cosas no están bien. Nunca llora. Solo se pone nerviosa y tartamudea.

—Mamá —digo—. Qué sorpresa. Es de madrugada acá. ¿Pasa algo?

Guarda silencio unos instantes.

—La Nona está agonizando, Ricardo. Creo que deberías tratar de venir. Tú sabes lo importante que eres para ella.

No respondo. No sé qué decir. ¿Viajar a Chile? Me empiezan a transpirar las manos.

No quiero pensar en eso. Pienso que tengo que llamar a Medhani para felicitarlo por la victoria.

Trato de recordar dónde puedo tener su teléfono.

3. *Era eso o nada* (1975)

Entramos al departamento y me acerco a Lalo hasta rozarlo. He escuchado hablar sobre la casa de los venezolanos —o “la guarida caribeña”, como le dicen— en las conversaciones. Siento mucha curiosidad por conocerla, pero me imaginaba algo distinto a lo que estoy viendo ahora.

Me siento incómoda.

Echado en un sofá está el Coño, un español que he visto un par de veces en el centro, parado, como todos, en *Stora Torget*.¹¹ También llegó una noche al “bulín”, la casa de Lalo y Chino, pero se fue rápido. Estaba medio loco. Chino me había dicho que era por la mezcla de drogas, alcohol y pastillas. Siempre cuando me veía, me hablaba fuerte y me decía cosas, supuestamente piropos, que me avergonzaban. Andaba casi siempre con unos pantalones a rayas con suspensorios. Ahora también. Los usa tan tirantes que se le marcan las bolas. Se ve ridículo.

En una esquina del living, Chano, un venezolano moreno, crespo y risueño, fuma sentado al lado de la ventana, que está abierta a pesar del frío.

—Hola hermanitos —dice cuando entramos.

Mario, otro venezolano, alto y muy flaco, pone música en un tremendo equipo negro que tienen encima de una mesa, en medio de una pila de discos y cassettes desordenados. A Mario lo he visto más. Tiene un hermano que se llama Marlon. Los dos son cariñosos conmigo, pero respetuosos y divertidos. Visitan el bulín de vez en cuando. Los venezolanos me caen bien en general. Siempre andan contentos y no preguntan nada, como que todo les parece normal. Con ellos no hay rollos.

¹¹ La Gran Plaza.

El living no tiene alfombra, se ve el piso plástico, gris claro, de todos los departamentos de *Flogsta*. La misma mesa, las mismas sillas de madera blanca con tapices a rayas -algunas en tonos beige, otras en verde, otras azules-, las mismas cortinas cubriendo las mismas ventanas de doble vidrio que evitan que entre el frío. Claro que aquí todo está más descuidado que en otras casas.

En una pared, colgada a medio caer, una foto grande del Che Guevara, con boina y puro incluido. Arriba del sofá donde fuma el Coño, un afiche de Janis Joplin, sonriente y con el pelo desordenado, sentada en una moto. Es toda la "decoración" del departamento.

-Ven acá a saludarme, linda -dice el Coño, hablando fuerte, como siempre-. Dos besitos en la cara, como saludamos en España.

Está volado y también curado, creo. Me acerco y lo beso en ambas mejillas. Me da asco porque está hediondo, pero trato de que no se me note. Es amigo de mis amigos; es feo despreciarlo. Me toma de los brazos y trata de darme un beso en la boca. Tengo que hacer un poco de fuerza para soltarme.

-Déjala, Coño -dice el Chino con su voz suave de costumbre-. ¿No ves que me pongo celoso?

-Tú mismo me dijiste el otro día que solo eran amigos -responde-. Tengo derecho a ver si me resulta un besito -agrega mostrando sus dientes cafés de tabaco de mascar, *snus*.¹²

-Bueno, pero eso era el otro día, ahora las cosas han cambiado -responde el Chino abrazándose.

Agradezco la mentira piadosa. Prefiero que todos piensen que soy la polola del Chino. Es más seguro.

Cuando Lalo y Chino me preguntaron si quería acompañarlos a la casa de los venezolanos me sentí halagada: era un gesto de confianza. Yo sabía que era un lugar donde no llevaban a cualquiera. Sabía que allí se compraba el hachís, aunque nadie nunca me lo dijo. Sabía además que ahí también se juntaba otro tipo de gente, que hablaban de armas, acciones. Incluso una vez que vinieron al bulín los escuché comentar acerca de un

¹² Tabaco de mascar.

asalto a una tienda en Estocolmo. Creo que fueron a invitar a Lalo y Chino a participar, pero no sé qué pasó después. Tampoco pregunté. Mejor no.

-¡Ya, Coño! ¡No hables tantas pendejadas! -dice Chano tirando el cigarro por la ventana-. No te enojos con él, chica, no es tan malo como parece, solo medio loco -añade sonriendo. Tiene un diente de oro.

-¿Tienes mi encargo? -le pregunta Lalo impaciente.

Lalo es así. Más apurado, más inquieto, más enojón. Chino, en cambio, es como un monje budista. Nunca se molesta, hace las cosas lento, con mucha paciencia. Y es muy, muy cariñoso.

No recuerdo bien cuándo los conocí. Más bien los fui conociendo. Me los presentó Ximena. Me dijo que habían llegado a *Flogsta* dos hermanos bolivianos, que bordeaban los 20 años, y que estaban "muy ricos".

-Sobre todo el más joven. Se llama Lalo. Lo quiero para mí -me dijo.

Ximena me incomoda y sorprende a la vez. Aunque tiene trece, un año menos que yo y que Yvonne, y es la más joven del grupo de latinos que frecuento, aparenta ser muy desenvuelta, especialmente en cosas de chicos. Habla de ellos como si se tratara de dulces. Me da un poco de vergüenza. Porque a mí el tema de los chicos siempre me da vergüenza, pero también porque yo sé que lo de ella es pura boca: nunca ha pololeado y no creo que sus papás la dejen tampoco. Son estrictos; militantes socialistas, creo. A la antigua; incluso más que mis papás.

A ella le gusta hacerse la importante. Está leyendo *Cien años de Soledad*, de un escritor que se llama García Márquez, y hace comentarios aparentemente muy serios sobre ése y otros libros. Un día leí un par de páginas. Entendí la mitad. En las partes en las que entendía las palabras, igual no entendía la historia.

Yo todavía leo los libros de Emilio Salgari que trajimos de Chile, con las aventuras de Sandokán en los archipiélagos asiáticos. Son más simples y más entretenidos. No me parece que sea tan raro, pero prefiero no contarle, sobre todo cuando en el grupo hay una especie de competencia sobre quién es más culto. Siempre dicen que los suecos son tan ignorantes. Y dan ejemplos de cosas que no saben, como historia griega o geografía mundial. Yo tampoco sé de esas cosas, pero me quedo callada; no me siento muy cómoda en ese ambiente. Pero no hay muchos

latinos de mi edad como para regodearse y, aunque saludo a algunos suecos en la escuela, no me atrevo a andar con ellos.

Cuando Chino y Lalo aparecieron, me gustaron. Eran distintos, relajados. No había competencia con ellos, ni complicaciones, solo pasarlo bien, en el mejor sentido. Desde que los conocí, hace casi un año, la vida se ha vuelto más entretenida y menos solitaria. A poco andar, ellos me adoptaron como una hermana menor, y las tardes en el bulín, mecidos por el hachís, Pink Floyd y el suave acento boliviano de ambos, son un oasis en mi existencia.

El bulín me encanta: tiene alfombra de muro a muro, lo que nos permite sentarnos o acostarnos en cualquier parte. Las paredes están llenas de afiches medio surrealistas, con muchos colores e imágenes paradisiacas. Tienen muebles bonitos, muchos de los cuales se los han robado de las bodegas de los departamentos, en los subterráneos de los edificios de *Flogsta*, donde la gente guarda cosas que ya no usa. Una vez los acompañé a buscar cosas, pero no encontraron nada. Sentí que fue mejor así, porque romper los candados y empezar a revisar bodegas ajenas me daba un poco de vergüenza y miedo, aunque no les dije.

En su casa me siento feliz, o algo muy parecido. Tanto así que finalmente comencé a quedarme todos los fines de semana, en contra de mi madre y de sus comentarios malintencionados. Pero ellos me quieren de verdad y no tienen segundas intenciones conmigo: Lalo me cede su dormitorio cada viernes por la noche y no vuelve a él hasta el domingo, después que yo enfilo el camino de retorno a mi casa.

-Vamos a ver lo que tenemos entonces, chicos.

Chano se levanta y les indica una puerta a Lalo y Chino.

Ellos lo siguen y yo me hago la desentendida, como si todo esto me fuera absolutamente natural. Por suerte el Coño también se va con ellos. No me quiero quedar con él sin la protección del Chino.

Me acerco al afiche del Che Guevara, como para no quedarme en la mitad de la habitación sin hacer nada. Me siento incómoda, pero no quiero que se note. Nadie debe pensar que soy una niña chica o que estoy impresionada por estar ahí. Lalo y Chino no se han equivocado al confiar en mí y traerme.

Marcos pone un disco de Jethro Tull. No es de mis preferidos.

-¿Te gusta este loco, hermanita? -me pregunta.

-Me encanta -respondo.

El mueve la cabeza afirmativamente en un gesto de aprobación. Después saca una pipa del bolsillo y la prende.

Mientras miro al Che, tengo la impresión de que alguien me observa. Hacia la izquierda, detrás del mesón de la cocina americana, veo a un tipo joven, de unos veinte años. Sonríe mientras toma algo de un vaso. Tiene el pelo largo y ondulado, y una barba corta. Me parece familiar, lindo.

-¿Cómo te llamas? -pregunta con acento chileno.

-Gabriela, ¿por qué? -respondo tratando de marcar distancia.

Cualquier pregunta personal al final es una intromisión.

-¿Y qué haces aquí? -continúa.

Su tono de hermano mayor me irrita.

-Nada que a ti te importe -respondo y vuelvo al Che.

-Eso tú no lo sabes -dice con una sonrisa.

Se nota seguro de sí mismo. Lo que me irrita o me inseguriza.

-Yo creo que sí lo sé -insisto.

No quiero que se dé cuenta de que me siento incómoda con sus preguntas.

En ese momento se abre la puerta de otra pieza al fondo del pasillo y aparece Ricardo, mi hermano mayor, junto a otros dos argentinos que he visto en el centro. Ricardo se pone incómodo al verme; yo también. Después de todo, él me sigue tratando como una niña.

-Hola... ¿y qué estás haciendo aquí...? -pregunta.

Su voz tiene ese timbre tiritón de cuando está nervioso.

-Nada. Ando con el Lalo y el Chino.

Mira a los otros y les dice:

-Es mi hermana chica...

"*Andate a la mierda, huevón*", pienso. Ricardo no me gusta. Siempre anda viendo cómo quedar bien con todos, o con los que a él le importan. Últimamente le gusta aparentar que es serio; como ahora, el hermano mayor preocupado.

Se abre la otra puerta y Lalo y Chino salen de la pieza seguidos por el Chano, que gesticula y habla como para que se enteren todos los presentes. El Coño no sale con ellos.

—Es de la buena, hermanos, se van a acordar del Chano; es de la buena —dice.

Chino se ríe y hace un gesto con las cejas como reafirmando las palabras de Chano. Claramente probaron el hachís en la pieza. Lalo me toma de los hombros:

—Vamos, Manzanita, tenemos que ir a comprar para la cena.

Me despidió de todos con la mano. Hago un gesto especial a Ricardo. Cuando llego a la puerta del departamento, escucho la voz del que está en la cocina:

—Oye, hermanita de Ricardo, en todo caso, yo me llamo Diego.

Vuelvo la cabeza, incómoda, y solo asiento con la cabeza.

El refugio del bulín se acabó poco después de eso. Ximena, para variar, sobreactuó en su rol de adolescente rebelde. Andaba con Lalo para arriba y para abajo. Alguien le dijo que se parecía a Janis Joplin porque tenía el pelo largo y crespo, y lo usaba suelto y, por supuesto, le encantó. Entonces empezó a vestirse como Janis, a caminar como Janis, a hablar como Janis y a reírse por todo. De hecho, escuchaba una y otra vez sus discos en vivo para aprenderse de memoria lo que decía, incluyendo el acento tejanos:

When you only gotta do one thing well,

You only gotta do one thing well to make it in this world, babe.

You got a woman waiting for you there,

All you ever gotta do is be a good man, one time, to one woman

*And that'll be the end of the road, babe.*¹³

Ximena también empezó a hacer ostentación de las tardes en el bulín, de sus conocimientos de las drogas y de sus relaciones sexuales con Lalo. Andaba con sombreros, jeans pintados, blusas de colores, pañuelos en el pelo. Llenó su pieza de afiches esotéricos y palitos de incienso y

¹³ Parte de la letra de la canción "Cry Baby", de Janis Joplin.

comenzó a leer a filósofos orientales, que en todo caso me parecían más comprensibles que García Márquez.

—¿Quieres escuchar algo que encontré en el libro del Tao de la Gracia?

—Si quieres decírmelo...

—Escucha: dice "si te dejas llevar como una hoja al viento, pierdes contacto con tus raíces. Si dejas que te agite la inquietud, pierdes contacto con quién eres".

Bonito. Muy bonito.

Pero el caso es que Ximena no era Janis Joplin, sino la hija única de un matrimonio chileno mayor, exiliados políticos, muy cristianos, que se horrorizaron viendo cómo su niña se transformaba en una adolescente estrafalaria y rebelde.

Así es que la llevaron a un médico amigo —también exiliado— y le hicieron exámenes de orina, radiografías y varios otros —según ella misma contó llorando—, después de lo cual le dijeron que todo comprobaba que ella consumía drogas.

—No tenía caso negarlo —nos contó a Yvonne y a mí entre lágrimas— y me obligaron a decirles con quién la consumía y de dónde la sacaban.

Ese tiempo es confuso en mi memoria, supongo que porque no quiero recordarlo. Chino habló conmigo una vez, solo una vez. Lalo no se acercó.

Que los había ido a ver un grupo de padres, entre los que estaba mi mamá. Que todos sabían de las tardes de Pink Floyd, de los pícnicos con queques de hachís, y de que en la casa de los venezolanos se vendía droga. También sabían de las relaciones sexuales de Lalo con Ximena y dijeron que a Lalo lo podían meter preso porque ella era menor de edad. Me contó que los papás de Ximena los habían amenazado: o dejaban de vernos a todos o ellos iban con la policía sueca. Para el caso, tenían los nombres, las direcciones e información suficiente como para que los deportaran a casi todos.

—Te queremos mucho, Manzanita, pero no puedes ir de nuevo al bulín —me dijo Chino.

No supe qué responder ni tampoco qué hacer. El primer tiempo me encerraba en mi pieza, con llave, todas las tardes después de la escuela.

Dejé de ver al resto del grupo. Lo de Ximena me pareció imperdonable y a ellos no. Así es que no teníamos mucho de qué hablar. Mi madre apenas lo mencionó una vez, en medio de una discusión, pero nunca me preguntó nada. Supongo que mi versión de las cosas no le importaba a nadie.

Una vez tomé el bus hacia *Flogsta* y llegué al bulín, pero Lalo y Chino ya no vivían ahí. Y no supe a quién preguntar por ellos.

Así es que empecé a juntarme con Åsa, una compañera de curso sueca que me presentó a su grupo. Y comencé a salir con ellos. Por supuesto a mi mamá también le pareció mal, pero eso no podía importarme menos.

Era eso o nada. Y lo tomé.

4. Lalo (1994)

Cruzo *Stora Torget* hacia la calle *Dragarbrunnsgatan* a tomar el bus 5. Voy al sector sur de Uppsala, hacia *Stenhagen*, un barrio nuevo donde viven muchos extranjeros. No acostumbro a andar en bus, pero hoy quería dejar el auto en la casa. Y la bicicleta está desinflada.

El centro está lleno de gente. Muchos jóvenes caminan de un lado a otro: bajan desde *Drottningatan* o suben desde *Vaksalagatan*. Otros llegan por *Svarthäcksgatan*. Entre la tiendas *Åhlens* y *Domus*, y el *Kebab House*, están los típicos grupos de extranjeros que, invierno o verano, se juntan a conversar: fuman, hablan, ríen y miran la gente pasar. Hablan en otros idiomas. Se saludan. Se abrazan. Algunas cosas se entienden; otras no. Rubios. Negros. Cabezas negras. Hablan en sueco. Eso siempre me ha parecido raro. Un africano hablando en sueco con un latino.

Yo me demoré en dominar el sueco a propósito. Me preocupé de mantener el acento boliviano por mucho tiempo de puro tozudo. Es que no los tragaba, ni a los suecos ni al idioma. En general los bolivianos tenemos buena pronunciación. Más problemas tienen los chilenos y los argentinos. Para qué decir los centroamericanos.

Son las siete de la tarde y el sol todavía está sobre el horizonte. Estamos en agosto. Hace calor. Desde mayo, este lado del mundo es otro. Por la luz. Por el calor. Por el verde.

Y uno se reconcilia, porque la oscuridad y el frío del invierno no los soportan ni los suecos, aunque las casas se llenen de luces y velas y todo esté calefaccionado. Por eso, en verano andamos agradecidos. Todos.

Supongo que así me siento ahora: agradecido, de buen humor.

Voy a casa de Chino y Gunilla, su mujer. En un local de su barrio se va a celebrar el Día Nacional de Bolivia. Habrá salteñas, picante mixto,

silpancho, humintas. También bailarán los jóvenes y de seguro habrá discursos de los dirigentes de siempre. Esto último está demás. Pero lo puedo soportar. Por el ambiente. Por la comida.

Nunca he sido de esos nostálgicos del país natal, pero me gusta comer comida boliviana, me pone de buen humor, especialmente la de Cochabamba. El sabor se me queda en la boca un buen rato después de terminar de comer. Los otros sabores pasan, se olvidan.

La casa de Chino es territorio coya. De hecho, él es presidente del *Andinska Föreningen*, la Asociación Andina, que ayudó a crear, hace un par de años. Su mujer, Gunilla, es de esas suecas que se enamoran de un extranjero y asumen su causa, su idioma, sus costumbres. Sin ánimo de ofender, una gorda simpática, cariñosa y gesticuladora. Activa miembro del *Andinska Föreningen*, organizadora de las escuelas de bailes latinoamericanos y de otras actividades para niños y jóvenes. También participa en el programa de radio, donde llama a la sociedad sueca a tomar conciencia sobre la realidad de los pobres en Latinoamérica. Loable. Sabe de Bolivia más que yo.

Chino y Gunilla viajan todos los años a Cochabamba. La asociación tiene apadrinados unos colegios rurales por allá. Además aprovechan de ir a ver a los viejos, porque es la única forma de verlos. Ellos no vendrán nunca más para acá. Dicen que con una vez les bastó.

Eso fue hace quince años y no fue una buena experiencia; ni para ellos ni para nosotros. Andaban perdidos como niños. Al principio estaban mudos, solo miraban. Y nos miraban a nosotros. Después sacaron el habla. Y comenzaron las críticas; sobre todo de mi mamá. Y sobre todo referente a las mujeres. Supongo que le molestó imaginarse a uno de sus hijos junto a una rubia como las que veía en la calle.

Que no entendían qué hacíamos viviendo aquí, que esta gente era tan fría, que no se comportaban según los valores que nos habían inculcado. Y nosotros no nos atrevimos a decirles que no queríamos volver a Bolivia.

Aunque en realidad, Chino nunca se ha atrevido a decirselo a nadie. Se esfuerza por mantener la idea de que un día va a regresar "cuando estén las condiciones". Pero eso lo dicen casi todos los latinos acá y, en la mayoría de los casos, no es verdad.

Los dos viajamos a Cochabamba hace ya diez años. Y a los dos nos pasó más o menos lo mismo. Llevábamos nueve años afuera. Me acuerdo de su cara un día que acompañamos a mi mamá al mercado. Le estábamos comprando naranjas a una cholita y su niño, de unos tres años, comenzó a hacer pichí. Ahí mismo, al lado de la pila de naranjas. Mi mamá ni reparó en el hecho, pero a nosotros nos dio asco la falta de higiene. Y también nos molestó la mugre, los malos olores, la lentitud, la pasividad, el desorden... Y la resignación, sobre todo la resignación: la vida es la que Dios te da y tú estás sometido a ese destino. Salvaje.

Chino y yo no estábamos sometidos a nuestro destino. Por lo menos no a ése. Podíamos elegir dónde vivir, pero esa elección, que la confirmábamos en los hechos, a diario, no era fácil de reconocer. No lo es.

Cuando Chino habla de ese viaje a Bolivia dice que le despertó nuevamente el compromiso social, la necesidad de ayudar a la gente pobre. Puede ser. Pero yo creo que también le confirmó que ese trabajo lo haría siempre desde lejos, a salvo: se acaba de comprar una casa en *Stenhagen*, un barrio que construyeron al frente de *Flogsta*, con casas y departamentos grandes, donde viven principalmente extranjeros, pero de aquellos que se van a quedar, con mejor situación económica.

A mí, ese viaje a Bolivia me abrió los ojos respecto a su drama. Un país que alguna vez estuvo lleno de plata y se la llevaron los españoles. Que después tuvo estaño y se lo llevaron tres tipos que tienen tremendas cuentas en bancos europeos. Un país que le quitaron el mar. Un país que, aparece lo que aparezca, se lo van a llevar un par de sinvergüenzas mientras los millones de gente pobre y analfabeta se les queda mirando. Ese es el tema en Bolivia: entregada a su suerte, resignada.

Yo no podría vivir allá. Ya no.

—¿Por aquí bus a *Flogsta*?

Una mujer envuelta en una túnica verde hasta los tobillos y un punto rojo en la frente me mira con ojos muy abiertos. Huele a comida. Por eso a la línea de bus que va a *Flogsta* le dicen el "Expreso Oriente". Se llena de cabezas negras de todos lados y de sus respectivos olores. Yo vivo en *Fålhagen*, cerca de la plaza *Vaksalatorg*, un sector céntrico

de departamentos antiguos de los años 20 y 30. Un barrio más bien de suecos; más bien elegante.

Los latinos me han criticado por eso. Incluso Chino no lo ve con buenos ojos. Demasiado burgués para un exiliado. Pero a mí me gusta el sector, sobre todo porque te dejan tranquilo. Los suecos no se meten con nadie y eso me acomoda.

Me fui de *Flogsta* y del grupo de los latinos hace años. Me empecé a ocupar de mis cosas o, más bien, a buscar cosas de qué ocuparme, después de que casi nos expulsan por culpa de Ximena.

Ella era una niña mimada que, por desgracia, me gustó apenas la conocí. Estuvimos juntos como seis meses. Nosotros estábamos recién llegados y no conocíamos a muchos latinos; solo a los venezolanos. Buena gente, a pesar de lo que digan: hombres, solos, sin familia, igual que nosotros. Salíamos a bailar, a buscar suecas, a comer, a fumar hachís.

En ese tiempo tuve mi primera relación sexual: con una sueca, Karin. Ya había estado con varios del grupo, incluyendo a Chino. Un desastre.

Entonces conocimos a esos chilenos, entre los cuales estaba Ximena. Eran más ordenaditos, más jóvenes. Iban a la escuela y se sacaban buenas notas.

De ella me gustó su actitud: desafiante y osada. O al menos eso creía. Tenía apenas trece años cuando la conocí, pero aparentaba más. La primera vez que la invité a la casa tomamos té. La tercera, fumamos un porro. Le fascinó. Después empezó a traer a sus amigos; a Gabriela primero, a los otros después.

Al poco tiempo comenzamos a andar juntos, y Ximena cambió su apariencia, su forma de hablar, de caminar, de todo. Parecía una Janis Joplin latina. Eso le decían. Andaba enojada con la vida, como yo. Y me gustó.

Pero al final resultó ser una pose. En realidad, ella no tenía razón alguna para andar enojada, más bien aburrida. Después del escándalo, nunca más volvió a hablarme.

Más que la ruptura con Ximena, me dolió alejarme de Gabriela. Ella era casi nuestra hermana. Cuando la conocí, también me gustó, pero ella no necesitaba un hombre, necesitaba un hermano, un papá, una familia.

Estaba muy sola. Así es que la adoptamos y la bautizamos "Manzanita", porque el frío le ponía las mejillas coloradas.

Ella tampoco nos fue a ver después del lío. A mí me dolió, pero a Chino pareció no molestarle. Para él, lo único importante era que no nos devolvieran a Bolivia. Esa posibilidad lo paralizaba.

—¿Te imaginas que nos manden de vuelta? —me dijo un día—. ¿Te imaginas ser devueltos por consumo de drogas y tráfico a menores de edad? ¿Qué le diremos al papá?

A Chino le importaba mucho la opinión del papá.

Mi padre era un comerciante, descendiente de libaneses, cuya aspiración en la vida era tener un negocio próspero, que sus hijos fueran a la Universidad y que, al menos uno, fuera médico. Ese iba a ser Chino, por supuesto, su preferido. Y para eso lo matriculó orgulloso en la Universidad Mayor de San Simón. Pero no estaba en sus planes que a su primogénito lo agarrara la policía en una protesta estudiantil, que lo tuvieran encerrado una semana y lo hicieran picadillo. A partir de eso todo cambió, partiendo por el Chino. No volvió a la universidad y apenas salía de la casa. Se encerraba en su pieza y solo hablaba con mi papá. Después supe que Chino ya no quería quedarse en Cochabamba y que, cuando hablaban, planificaban su viaje a Europa; es decir, nuestro viaje a Europa.

—¿No te gustaría, Lalo? Conocer países nuevos, nuevas costumbres, otra gente?

Mi papá me anunció la noticia después de un almuerzo familiar en el restaurante de La Taquiña, la fábrica de cerveza de Cochabamba, cuando todavía estábamos sentados en la mesa. Y tenía el mismo tono seductor que utilizaba cuando le vendía mercadería a sus clientas.

El escenario era obviamente parte del plan de seducción. La Taquiña era uno de mis paseos preferidos: me encantaba subir el cerro, almorzar y después acostarme a dormir siesta bajo los árboles, sobre el chalón que llevaba mi mamá.

Deduje que ella no estaba de acuerdo con la propuesta, porque cuando mi papá empezó a hablar, se paró sin mirarme y desapareció en dirección al baño.

—Pero ¿adónde? —pregunté.

Chino miraba por la ventana, distante. Conociéndolo, se sentía incómodo por no habérmelo dicho personalmente. En el fondo, él quería que yo lo acompañara.

Era raro verlo así: inseguro, dependiente. Hacía solo unos meses era un activo militante de la FUL, la Federación Universitaria Local, y solo hablaba del Che Guevara, de la Federación de Sindicatos de Trabajadores Mineros –que se pasaban metidos en la San Simón–, de la Central Obrera y Juan Lechín, y casi siempre andaba con una polera que decía “Volveremos a las montañas”, que era la frase célebre de Inti Peredo, el comandante más importante de la guerrilla que el Che armó en Bolivia. Se reía de mí porque en la única protesta que yo había participado –y no muy convencido– era una por la mediterraneidad de Bolivia. A eso se dedicaba la asociación de estudiantes secundarios, a campañas para recuperar el mar.

Chino era mi único hermano. Me llevaba tres años y siempre se había hecho cargo de mí. Era mi familia más cercana. Más que mis padres. Pero cuando ingresó a la Universidad a estudiar medicina, se alejó. Comenzó a militar, a ir a reuniones, a llegar tarde. Ya casi no lo veía. Y nos distanciamos.

–A Suecia –dijo mi papá–. Mi primo de La Paz ha averiguado que están recibiendo refugiados de toda Latinoamérica. Y dice que es un país bueno; que les dan casa, comida y hasta enseñan el idioma. Todo gratis. Allí podrán estudiar, sacar una carrera, sin los problemas de acá.

Miro la plaza. Aunque *Stora Torget* solo sea un lugar por donde atraviesan los buses de un lado a otro de Uppsala, se ha impuesto el concepto de “plaza”. Supongo que lo han impuesto los extranjeros, que necesitan juntarse en algún lugar público.

A veces echo de menos la plaza de Cochabamba; las tardes, los paseos. Cochabamba es una ciudad pequeña, tranquila, llena de árboles, en un valle rodeado de montañas, con un clima agradable. Me gustaba mi casa, el Instituto Americano, mis amigos, el Carnaval. Me gustaba ir los viernes en la noche a El Prado a tomar bebidas en la terraza y comer unos pike machos.

Y me gustaba Elizabeth.

No teníamos nada formal pero yo la esperaba afuera del Colegio Santa María y la llevaba a tomar helado a la calle Perú, a la Heladería España, y conversábamos de cualquier cosa. O no conversábamos de nada y solo nos quedábamos sentados viendo la gente pasar. No sé si estaba enamorado, pero sí sé que con ella me sentía en paz.

–¿Cómo que te vas?

En general, Elizabeth era muy tranquila: hablaba poco, y cuando lo hacía, se demoraba en pronunciar las palabras. Las pensaba primero. Pero esa vez, cuando le conté que me iba a Europa, no ocurrió así.

–Con Chino. Mi papá quiere que nos vayamos los dos a estudiar –respondí.

Alcancé a ver cómo se le llenaban los ojos de lágrimas antes de que bajara la cabeza. Hasta ese entonces, siempre había sentido que ella era la más fuerte entre nosotros dos, la que mantenía la distancia, cierta indiferencia, pero en ese momento supe que solo era una pose; que quería tenerme cerca. Y también supe que el poder en una relación lo tiene el que es capaz de alejarse.

A veces me acordaba de Elizabeth, trataba de imaginármela allí, en Uppsala, mirando con sus ojos grandes la nieve, los edificios, las calles, la oscuridad. No, Elizabeth no era de este paisaje. Y yo nunca más fui del valle de Cochabamba.

Finalmente mi papá compró dos pasajes para Suiza, donde vivía un primo que se había ganado la beca de la Fundación Patiño. Estudiaba ahí hacía como dos años. El orgullo de la familia, claro. Estudiamos en Zürich una semana y partimos a Suecia.

–¿Lalo?

Levanto la vista y siento que el momento se paraliza por un segundo. Parada a mi izquierda está Ylva. Bonita, como siempre, con su pelo corto rubio y sus ojos azules, tan azules. La única mujer con la que he considerado casarme. No la veo hace más de tres años.

–Ylva, qué gusto verte...

Me paro y la abrazo. Ella también me abraza y me retiene unos segundos.

—¿Cómo has estado? —le digo.

—Bien, muy bien —contesta—. Estuve fuera un año, trabajando en Angola con los Médicos Sin Fronteras. Abrieron la sucursal sueca hace poco más de un año, ¿sabías? Acabo de volver.

La conocí en la Escuela de Medicina de Estocolmo. Yo estaba recién entrando y ella comenzaba tercer año. Más bien fue ella quien me conquistó. Estuvimos juntos un poco más de tres años “conviviendo”. Algo que para los suecos es muy serio. Porque finalmente terminé estudiando Medicina. No sé bien por qué. Creo que porque me gustaba la idea de estar con gente, de ayudarlos, pero sin tener que relacionarme con ellos de manera muy personal. Mi padre fue el más contento. Al fin iba a tener su hijo médico. Desde que supo, las cartas comenzaron a llegarme a mí y no al Chino.

—¿Y tú te casaste? —pregunta mirándome fijo.

Siempre me gustó su franqueza; a veces casi suicida. Veo que viene el bus 5 y al instante sé que lo voy a dejar pasar.

—No. Nunca me casé. Supongo que no sirvo para eso —contesto.

Nunca me lo había tratado de explicar mayormente. Lo cierto es que después de Ylva vinieron muchas historias, con suecas, chilenas, una holandesa y hasta una colombiana. Nada demasiado serio ni demasiado largo. Curiosamente, nunca una boliviana. Había conocido algunas pero no me atraían: demasiado convencionales. Y yo buscaba una nueva Elizabeth; es decir, a esa Elizabeth que en el recuerdo se había transformado en todo lo que yo necesitaba.

Con el tiempo, Elizabeth se había vuelto perfecta. La excusa perfecta.

Cuando Ylva egresó de la carrera y se fue a hacer su práctica, quiso que nos casáramos, supongo que por inseguridad. En algunas cosas, las mujeres son iguales en todos lados. Yo le dije que sí, pero que esperaríamos dos años: hasta que ella terminara su práctica y yo mis estudios, que era un tema de orden, dije. Finalmente estuvo de acuerdo. Pero en su ausencia me di cuenta de que podía vivir perfectamente sin ella y que, tal

como podía quedarme con ella para siempre, también podía no hacerlo sin que nada cambiara mucho.

Opté por lo segundo. Triste, pero verdad. Así es que, a los tres meses de que ella dejara nuestro departamento de un ambiente en el barrio de *Luthagen*, le dije —por teléfono— que terminábamos.

—¿Tienes tiempo para un café? —me pregunta ahora.

Claramente, no me va a soltar. Veo cómo la mujer de la túnica verde se sube al bus con dirección a *Stenhagen*.

—Bueno, la verdad es que voy a casa de Chino, va a haber una fiesta boliviana...

Lo digo con poca convicción: le doy oportunidad para que insista.

—Yo tampoco estoy emparejada. Lo estuve, pero ya no —responde.

Siempre pensé que había algo de Elizabeth en Ylva: la simpleza, la honestidad, la ausencia de interpretaciones. ¿Por qué eso no había sido suficiente? Ya no me acuerdo. Pero debo admitir que después de Ylva, nadie fue suficiente.

A veces uno demuestra su poder alejándose del otro, pero a veces eso es un error y no sirve de nada.

—Hay varios cafés nuevos —digo—. No sé si has alcanzado a conocerlos. Pero prefiero los antiguos, como *Fågelsangen*...¹⁴

Pienso que cambiaré la salteña por un *räksmörgås*¹⁵ y que eso tampoco está tan mal.

—Yo también prefiero los cafés antiguos —contesta Ylva—. Las cosas buenas no es necesario cambiarlas.

—Estoy de acuerdo —le digo—. Estoy de acuerdo contigo, Ylva.

¹⁴ La laguna de los cisnes.

¹⁵ Sandwich de langostinos.

5. *Nadie es dueño de nadie* (1976)

No hay forma de disimular las caderas. Llevo una semana comiendo ensalada de lechuga y tomando agua, bajo las recriminaciones de mi madre. Quería llegar a esta fiesta como van a llegar todas: jeans pegados como segunda piel, polera corta y ajustada, y flaca, sobre todo flaca. Aunque me he resignado a que mi apariencia física siempre será distinta a la de las otras chicas –el color y grosor del pelo, la estatura, la piel–, estoy decidida a igualarlas en aquello que tenga solución, como el peso. Pero a pesar de las dietas –últimamente frecuentes– las caderas impiden una apariencia delgada. Y los pechos, demasiado grandes; aunque con las poleras apretadas bajo la chaqueta de jeans logro disimularlos.

–¿Vas a salir de nuevo? –mi madre y su tono de reproche. El de siempre.

–No sé por qué dices “de nuevo”. La última vez fue el fin de semana pasado –contesto sin dejar de mirarme al espejo.

–A eso me refiero. ¿Nunca estarás en casa un fin de semana de ahora en adelante?

–¿Y para qué sería? –su tono me irrita. No soy la hija que ella quiere. Pero tampoco me interesa serlo.

Cuando era chica, la admiraba: la encontraba tan bonita, fina. Me gustaba meterme en su dormitorio, mirar su ropa, olerla, probarme sus collares y zapatos. Me encerraba en su clóset por horas, en silencio, a oscuras. Yo quería tener las mismas cosas cuando grande, quería ser como ella. Pero nunca tuvimos una relación muy cercana. Ni siquiera entonces. Aunque era cariñosa, mantenía la distancia. Creo que nunca tuvo una relación específica conmigo. Yo era la mitad del par conformado

por sus dos hijos, que ella manejaba como un todo. La única persona con la que le interesaba relacionarse de verdad era con mi padre.

Fue en Suecia que empecé a verla como mujer. Creo que fue recíproco. Y ahí empezaron los problemas. Porque yo no quise ser su niña de vestidos rosados y ella no tuvo ganas de ser madre de una adolescente inquieta. Dejé de admirarla. De hecho, a veces hasta la desprecio. Ya no tiene caricias, solo quejas. Creo que ella también me desprecia un poco.

–Te queda tan mal esa pintura azul en los ojos. Pareces una mujer de la calle.

Una de las cosas que me ha sorprendido de esta nueva mamá-mujer es su falta de sobriedad. Por el contrario, se ha vuelto casi obsesiva con ciertos temas. Como por ejemplo, convencerme de que soy vulgar. Esa actitud se agudizó cuando mi papá la dejó, hace unos diez meses. Se fue a vivir a Gotemburgo con una sueca.

–Bueno, pero tú ya sabes que yo soy de la calle, así es que qué importa cómo me pinte o qué ropa me ponga. Tú ya lo sabes, ¿no es cierto? –le respondo.

Después de que se convenció de que yo había perdido la virginidad, no volvió a ser la misma conmigo. Para ella fue una traición personal. Tal cual, como en las películas italianas. Lo más increíble es que, cuando “lo supo”, yo no tenía intenciones de acostarme con nadie. Pero después de la segunda o tercera discusión al respecto entendí que no tenía sentido insistir. Ella estaba convencida. ¿Por qué razón sino yo me quedaba a dormir fuera? ¿Incluso en casa de amigos hombres? Para ella, el daño estaba hecho. La vergüenza, imborrable. De eso hace casi un año.

Por lo menos ahora tendrá razón para avergonzarse, pienso. Porque estoy decidida a acostarme con Matte en la fiesta de hoy.

–¿A qué hora vas a volver? ¿O te vas a quedar afuera de nuevo, con tus amigos?

–No podría decirte, porque no lo he decidido aún.

Me gusta irritarla, hacerle saber que no me controla.

–Te crees muy grande, ¿no? No te olvides que eres menor de edad y que puedo llamar a la policía si quiero para que te vayan a buscar.

—Bueno, como no sabes dónde voy a estar ni quiénes son mis amigos, calculo que llegaré a la casa antes de que la policía me ubique. Incluso si llego pasado mañana. ¿No crees?

—Es increíble en lo que te has convertido. Si estuviéramos en Chile esto no pasaría.

Claro que no. Por suerte para mí que no estamos en Chile.

Chile es para mí algo casi irreal. Un pasado en el que apenas pienso y que solo aparece a veces, como un obstáculo para mi vida actual; obstáculo que estoy decidida a superar. Tengo dos frentes de batalla; uno, el sueco: estoy haciendo grandes esfuerzos para ser aceptada como una más, a pesar del color de pelo. A mi favor tengo el idioma. No tengo acento extranjero. También el ser relativamente bonita —aunque nunca tendré el cuerpo de mis compañeras—, inteligente —aprendo rápido las nuevas costumbres— y segura de mí misma. Al menos eso aparento.

El otro frente es el familiar. Las conductas que voy aprendiendo e incorporando a mi forma de ser producen el rechazo de mi madre y la burla de mi hermano mayor, Ricardo. Los dos, al igual que el noventa por ciento de la colonia chilena, están volcados al trabajo político en el Comité Salvador Allende, el Comité de Solidaridad con Chile, o el comité de no sé qué. Hay muchos actos por Chile. Se dice que los militares están matando a la gente, incluso los diarios y la televisión sueca hablan de los campos de concentración, de personas que son detenidas y luego desaparecen, de torturados. Hace unos meses, una de esas personas estuvo en la casa, y alcancé a escuchar un par de cosas terribles antes de que mi mamá me echara para mi pieza. Algo así como que a una mujer embarazada la habían amarrado a un árbol y le pegaron con cadenas hasta que perdió la guaguaita. Me quedé despierta pensando en eso en la noche, pero después decidí olvidarlo. No es algo que tenga que ver con mi vida. No me sirve de nada pensar en ello.

Mi madre y Ricardo dicen que pronto volveremos a Chile, que la dictadura no puede durar mucho. Pero lo han dicho desde que llegamos, a tres meses del golpe militar, y ya llevamos más de dos años aquí. Todos los chilenos dicen lo mismo, pero yo creo que solo se engañan, porque no son capaces de salir adelante en Suecia. Por eso viven todos en el

mismo barrio, se juntan solo con latinoamericanos, comen lo mismo que en Chile y hablan solo de Chile.

Eso no es para mí. Yo voy a aprender a vivir acá y no me importa lo que opine mi familia ni nadie, menos los chilenos, los mismos que me saludan con distancia y hacen comentarios a mis espaldas cuando me encuentro con ellos en el centro. En más de una ocasión mi madre me ha dado a entender lo que piensan de mí:

—Unos compañeros me sugirieron que te llevara al sicólogo. Dicen que tu comportamiento es natural en una adolescente que se ve sin raíces de un día para otro.

—¿Cuál comportamiento?

—Esto de la droga, del alcohol, de siempre andar fuera de la casa...

—¿Qué droga y qué alcohol? ¿Acaso me has visto drogada alguna vez? ¿O borrracha?

—Bueno no era precisamente a tomar bebida a lo que se juntaban con esos bolivianos —¿Lalo y Chino se llamaban?— los fines de semana el año pasado. Ya sabes que nos enteramos de todo. Por suerte la Ximenita le contó a sus papás. Sino quizás dónde habría terminado esa historia.

El otro día divisé a Lalo en el centro. Me miró con indiferencia. Yo sé que está dolido. Nunca más nos vimos después del numerito de Ximena. Ese había sido el acuerdo con nuestros padres: no los denunciaban a la policía, ni a ellos ni a los venezolanos, pero no los podíamos ver más. Eso me lo contó Chino porque mi mamá ni siquiera se atrevió a tocar el tema. A Chino le dijeron que les estaban haciendo un favor, solo porque ellos eran inmigrantes latinos, igual que nosotros, pero que en realidad lo que correspondía era que los encerraran tras las rejas.

Nunca supe si Lalo sabía que Chino había hablado conmigo sobre ese trato. A veces pienso que no, porque él se habría opuesto. Seguro pensó que les habíamos dado la espalda todos, que nos habíamos refugiado en nuestras casitas, con nuestras familias felices. Bueno, eso pasó con el resto. Ximena, Jorge, Carlos, hasta Yvonne dijeron que los encuentros en el bulín estaban mal, que nuestros padres tenían razón. Los mandé a todos a la mierda: me alejé de ellos, pero también de Lalo y Chino. Mi madre ganó esa vez y me lo refriega hasta hoy, por eso me prometí,

desde entonces que ni ella ni nadie, nunca más, tendría ese poder para decidir sobre mi vida.

—Tú crees que sabes algo de mí —le digo—. Pero no sabes nada, ¿gentiendes? Nada. Ni lo sabrás nunca.

A veces se me llenan los ojos de lágrimas. Pero es de rabia. De pura rabia.

—Y puedes hablar todo lo que quieras —agrego—. No te servirá de nada.

Salgo del baño y me encierro en mi pieza con llave. Busco mis jeans nuevos. Me acuesto en la cama para ponérmelos, de lo contrario no me sube el cierre. Me paro con cuidado. Marcan las caderas, pero también una cintura delgada y nada de guata. Los zuecos con plataforma me hacen parecer más alta y más flaca. Bien. Ahorré para comprar estos jeans, porque mi madre, por supuesto, me dijo que ella no tenía dinero para pantalones tan caros. Mi hermano, cuando se enteró, comparó el valor de mis jeans con la cantidad de comida que una familia pobre podía comprar en Chile.

—Convéncete de que no eres como ellos —me dijo—. Para tus compañeros es normal que los papás les compren ropa de marca, bicicletas caras o todo lo que se les ocurra. Pero en esta casa no tenemos esa plata. Y si la tuviéramos, la gastaríamos en cosas más importantes.

Me parece increíble escucharlo. Hasta yo me acuerdo cómo andaba preocupado de la ropa, las fiestas y las pololas antes de que nos viniéramos de Chile. Incluso no quiso viajar con nosotros a Suecia, porque no le importaba la política y el golpe militar lo tenía sin cuidado. Eso les dijo a mis papás. Y cuando llegó acá, después de seis meses, se volvió loco con las rubias, igual que todos. Claro que a él le gustaban más las finlandesas que las suecas. Las traía a la casa y eso, por supuesto, no molestaba a mi mamá. Es más, trataba de hablar con ellas en algo que era una mezcla de inglés, español y sueco. Patético.

Pero eso ya pasó. Ahora Ricardo está serio. O al menos quiere vencer al resto de eso. Hasta va a reuniones de no sé qué partido político y se metió en un grupo de música folklórica, con otros chilenos y unos bolivianos. Toca guitarra y está aprendiendo quena y charango. Insufrible. Lo bueno de eso es que me regaló todos sus discos de rock: Pink

Floyd, Led Zeppelin, Janis Joplin, Uriah Heep. Los mismos grupos que escuchábamos con Lalo y Chino.

Él también era un poco de ese grupo. Una vez incluso lo vi en la casa de los venezolanos. Pero cuando pasó todo el escándalo, él hizo como que no los conocía. Maricón.

Mi mamá toca la puerta:

—Está lista la comida. Supongo que vas a comer antes de salir.

Eso tiene. A pesar de las peleas, trata de mantener las rutinas, como si nada hubiera pasado. La rutina de la comida, sobre todo.

—No, no voy a comer —digo y enciendo el secador de pelo, para no escuchar su respuesta.

Me cepillo el pelo: lo tengo largo, muy largo. Antes lo quería tener corto como todas mis compañeras suecas. Después me di cuenta de que provocaba una especie de atracción en los demás, a pesar de ser negro, o quizás por lo mismo; y me lo dejé. Secarlo me llevará como veinte minutos, así es que voy a llegar atrasada a la casa de Ása. Pero no importa. Hay diez grados bajo cero afuera y el otro día, cuando salí con el pelo mojado, se me congeló. Literalmente. Podía tomarlo desde abajo y estaba duro, como un mazo negro que terminaba en mi cabeza. No me dolió ni nada de eso, pero causó demasiada risa entre mis amigos. Así es que decidí que no saldría así de nuevo.

No me gusta que se rían de mí. A menudo el grupo se burla de los extranjeros, por cómo hablan o cómo se visten. Yo he inventado que soy sueca, pero adoptada. Eso explica que, a pesar de mi pelo negro, hable y me comporte igual que el resto. Aunque algunos del grupo saben que mi familia es inmigrante, pero no hablan de ese tema; por suerte. A mí me avergüenza el tema. A lo mejor a ellos también.

El otro día Matte dijo riéndose:

—¿Acaso tú también tienes esa costumbre de los turcos de no tener sexo hasta que se casan?

Todos se rieron y yo, por supuesto, también.

—Qué, ¿estás muy interesado en averiguarlo? —respondí entre carcajadas.

Todos celebraron mi respuesta y comenzaron a molestarlo.

—Oye, Matte, ¿no me dijiste el otro día que querías acostarte con Gabriela? —dijo Uffe riendo.

Yo me sentí bien al escuchar eso. Me gusta Matte. Es lindo con su melenita rubia y su cara de niño malo. Me gusta desde que lo vi pasar la primera vez en su moto por el patio de la escuela, mientras una profesora lo retaba desde una ventana. Tenía una de esas chaquetas de cuero negro con miles de cierres, que era el distintivo del grupo de “jóvenes-problemas” de la escuela. Había oído que asistían a un curso especial donde se sentaban con los pies sobre los bancos y fumaban en clases.

Todo eso me atrae. No me gustan las personas ordenadas, llenas de buenos modales y palabras correctas, como mi mamá. Me cargan. No me importa que el grupo de Matte sea al que acusan de los rayados racistas en la escuela, o que se hayan peleado varias veces con Javier, Jorge y Carlos, todos amigos míos. Bueno, amigos hasta antes de lo del Lalo y Chino.

Un día Matte se fijó en mí. Yo estaba parada en el patio con Ximena y él pasó al lado de un profesor. Al parecer lo llevaban a rectoría. Cuando me vio, me guiñó el ojo. Yo le sonreí.

—Veo que no te desagrada que flirtee contigo ese huevón— me dijo Ximena, molesta.

—Es más, me agrada —contesté sin mirarla.

—Ah, entiendo. Te gusta que te guiñe el ojo uno de los huevones de los que nos andamos escondiendo después de clases porque nos puede sacar la mierda por el solo hecho de tener el pelo negro —replicó molesta.

—¿Cómo sabes? A lo mejor no son tan malos —respondí mirando cómo Matte entraba a uno de los edificios—. A lo mejor no nos tienen tanta bronca. A lo mejor a ellos también los molestan y por eso pelean.

Ximena me miró como si fuera un bicho raro, pero no me importaba lo que pensara. Nos estábamos peleando cada vez más y juntando cada vez menos.

Empecé a salir con Åsa, una compañera de curso que se puso a pololear con un chico del grupo-problema, Johan.

Un día me invitó a una fiesta. No es que lo haya pasado tan bien, pero me gustó la sensación de estar de nuevo entre hartas personas, ser parte de un grupo. Y empecé a verme con ellos todos los fines de semana.

Pero Matte no me miraba. Por lo menos no al principio. Estaba con Pirkko, una finlandesa a la que claramente yo no le simpatizaba. Creo que era envidia. Siempre hacía comentarios pesados y tenía obsesión por saber si me había acostado con alguien.

—Yo creo que eres virgen, porque te da miedo meterte de verdad con un chico —me dijo una vez—. Si no, ¿por qué no me puedes decir con quién te acostaste?

—¿Y qué te importa con quién me he acostado? —le respondí—. Lo que pasa es que no todas andamos gritando con quién nos metemos en la cama, como tú.

Aquí se trataba de quién era la más dura. Pero, en el fondo, yo estaba avergonzada de ser virgen. Pirkko tenía catorce, un año menos que yo y ya había tenido sexo con dos chicos del grupo y con varios otros. Al menos eso decía. Y yo no sabía de otras del grupo que aún fueran vírgenes.

Mi madre me ha hablado un par de veces sobre el sexo, métodos anticonceptivos, enfermedades sexuales, etc., pero la verdad, después de esas pseudo-charlas madre-hija, no es mucho más lo que sé del tema. Creo que ella tampoco sabe. Nadie sabe las cosas que quiero preguntar.

A veces no entiendo qué hago en este grupo. Creo que ninguno de nosotros lo sabe, porque, la verdad, no lo pasamos tan bien. Todos los fines de semana es lo mismo: las motos y las fiestas. Y las fiestas consisten en tomar hasta emborracharse, reírse de los otros, atracar y, en algunos casos, tener sexo en alguna de las piezas de la casa. Cuando no hay casa, nos paramos en una esquina del centro, con los motores sonando, las botellas pasando de mano en mano, emborrachándonos y riéndonos. O sea, lo mismo. Ni siquiera sé si a todos nos gusta el alcohol; aunque todos decimos que sí. Personalmente me parece que sabe bastante asqueroso, sobre todo el vodka y el gin. La cerveza es un poco más pasable.

En todo caso, hoy va a ser una ocasión especial. Quizás pierda la virginidad; y con Matte, eso lo tengo decidido. Si no, no. A ver si le quedan ganas de molestarme a Pirkko después de eso. Quizás algunos pensarán que está mal que me acueste con alguien que tiene pareja, pero me da lo mismo: Pirkko no es mi amiga y, total, nadie es dueño de nadie: ni de los amigos, ni de los padres, ni de los hijos. Nadie es mío, pero tampoco yo soy de nadie.

6. Pirkko (1980)

Miro el reloj: las cinco. Faltan 30 minutos para que termine la hora de visitas. Medhani no llega. Es de esperar. Pero insisto en mirar hacia la puerta de entrada de la sala. La guardia me observa y sonrío cuando pasa. Creo que es porque sabe. Es gruesa y fea y la camisa celeste del uniforme le queda apretada. No me simpatiza.

Mi madre me ofrece más aguardiente de manzana. Acepto.

—Tiene muy buen color —dice mientras me pasa el vaso de plástico.

Está vieja, más de lo que debería a sus cuarenta años. Vieja y sola. Supongo que por eso bebe más que antes. Cuando era más joven, era linda y no le faltaba compañía. Para mi gusto, le sobraba. Los hombres salían y entraban de nuestra casa y de su dormitorio. Yo siempre la escuchaba hablar fuerte y reír.

Cuando vivíamos con mi abuelo, él no permitió ese desfile masculino en su casa. Era un finlandés tradicional, conservador y pueblerino —de Iisalmi, cerca de Kuopio—, que quedó viudo con una hija de diez años a la que intentó criar más o menos como al resto de las niñas. Pero le pegaba mucho. Al menos mi mamá siempre hablaba de eso cuando me contaba de su infancia. Incluso me dijo que cuando él supo que estaba embarazada de mí, a los diecisiete años, le pegó. Ella lo despreciaba. Cuando yo tenía ocho años nos echó de la casa. Fue entonces que ella decidió venirse a Suecia. Había escuchado que aquí era más fácil ganar dinero, que se vivía mejor, aun con trabajos malos. Y nos vinimos. Nunca más supe de mi abuelo.

—Oye, ¿sabes que tengo una perrita? —mi madre no soporta el silencio. Prefiere hablar de cualquier cosa—. Me la regaló una vecina que se fue

a vivir a una casa de ancianos y no se la podía llevar. Ella no quería irse, pero los hijos la obligaron, para vender la casa y repartirse la plata. Tampoco querían a la perra. Se llama Bella. Es chiquitita, peluda y blanca, pero ha estado un poco enferma estos días; algo al estómago, creo. Debe ser por el cambio de dieta. Mi ex vecina me dijo todo lo que acostumbraba a comer, pero no tengo dinero para comprar esas cosas. Yo le doy leche hervida, a ver si se le pasa, pero no mejora.

—¿Y por qué no la llevas al veterinario? —le pregunto sin dejar de mirar la puerta.

Sé la respuesta de antemano.

—Sí, creo que lo haré mañana. O la próxima semana. Lo que pasa es que tampoco me he sentido muy bien, ¿sabes? No puedo comer porque todo me da asco. Y ahora, con la enfermedad de Bella, el departamento está un poco hediondo; entonces me da más asco. El doctor me dijo el otro día que me faltan siete kilos para mi peso normal.

No soporto a mi madre. Sus problemas, desde siempre sus problemas, de todo tipo. No tiene otro tema de conversación ni otra forma de vivir, por eso me fui de la casa apenas pude, aunque para ello tuviera que recurrir a Nisse, que nunca me gustó demasiado. Claro que a ella le vino bien; supongo que también quería deshacerse de mí. De lo contrario habría ido a la policía. Mal que mal, yo solo tenía dieciséis años y Nisse veinticuatro. Me hubieran ido a buscar por ser menor de edad, pero nadie vino. Y no me quejo. Él fue bueno conmigo, pero cuando cumplí los dieciocho, lo dejé.

Supongo que en eso me parezco a mi madre: los hombres siempre me han parecido un producto desechable. Aunque creo que ella los necesita más que yo, sobre todo ahora.

—Lo que te tiene así es el alcohol —le digo—. Deberías internarte, a ver si puedes dejarlo de una vez. Y conseguirte un trabajo, o hacer algo que no sea estar encerrada todo el día.

—Pero, Pirkko, ¿cómo me voy a internar? No tengo a nadie con quien dejar a Bella. ¿Qué sería de la pobre? Y ahora, enferma como está... A lo mejor cuando salgas de aquí...

Como no tiene pareja, ahora se aferra a mí, como si alguna vez hubiésemos sido cercanos. Lo mismo pasó cuando se fue de Finlandia: necesitaba llevarme porque no tenía un hombre a su lado. Si no, me hubiera dejado con el abuelo. Quizás hubiera sido mejor; o peor, quién sabe.

Pero yo soñaba con viajar a otro país. A los ocho años, todo lo que conocía del mundo era a través del televisor en blanco y negro que mi abuelo tenía en la sala y que miraba junto a él por las tardes, mientras mi mamá estaba fuera. Me imaginaba llegando a un aeropuerto, con cientos de personas caminando de un lado a otro, con maletas y bolsos, hablando en idiomas que no entendía. Cuando me preguntó si quería irme con ella, pensé en todo eso.

Pero nosotros llegamos a Suecia a pie. Tomamos el tren desde Kuopio a Tornio, la ciudad que queda justo en la frontera, en el norte de Finlandia. De la estación caminamos con nuestros bolsos hasta el puente que cruza a Haparanda, la ciudad sueca al otro lado. Me pareció un puente común, ni muy grande ni muy chico, sin mucho tráfico ni gente. Nos demoramos cinco minutos en cruzarlo. Mi mamá me llevaba de la mano. Nadie nos preguntó nada. Cuando llegamos al otro lado, ella anunció:

—Estamos en *Ruotsi*.¹⁶

Eran alrededor las diez de la noche, verano: pleno día, en términos de luz. Pero, por la hora, a pesar de la luz, las calles estaban semivacías y los negocios cerrados. Me recordó los pueblos abandonados que mostraban a veces en el televisor de mi abuelo.

Miro a mi mamá ahora. Acabada. Creo que ella pensó que la vida sería distinta a partir de ese momento. Bueno, lo fue, porque ya no estaba el abuelo que proveía de casa, comida y que me cuidaba mientras ella salía. Pero distinta solo en ese sentido. No porque fue mejor. Para ninguna de las dos.

El primer trabajo de mi mamá fue haciendo aseo en un supermercado. Al poco tiempo la dejaron trabajar como cajera. Cuando me lo contó, se notaba que estaba orgullosa. A mí me pareció ridículo. A veces

¹⁶ "Suecia", en finlandés.

lograba robarse cosas ricas que no tenía dinero para comprar, y las comíamos juntas, como a escondidas, cómplices. Creo que esos fueron los momentos de mayor felicidad que alcanzamos. Pero ella seguía con sus historias de hombres, saliendo casi todos los días.

Yo pasaba mucho tiempo sola en la casa. Porque los amigos tardaron mucho en llegar. Años.

—Lo de esa perra es una excusa —le respondo—, como todas las cosas que dices cada vez que hablo de internarte. Lo que pasa es que no quieres reconocer que estás jodida.

Aparenta no escucharme unos segundos. Hace una mueca que intenta parecer una sonrisa. Luego me dice, sin mirarme a la cara:

—Jodida estás tú. Con una condena de diez años por tráfico de drogas y piedras preciosas.

Guarda silencio un par de segundos y continúa:

—Y, cuando lo pienso, nunca fuiste capaz de regalarme una sola piedra...

—No sé por qué me vienes a ver —la interrumpo y me paro.

La verdad no lo sé. No creo que yo iría a verla muy a menudo si se internara.

—Bueno, no veo que te puedas regodear mucho con las visitas —responde, irónica—. ¿Dónde están tus amigos negros con los que te gusta rodearte últimamente? Nunca los he visto por acá. ¿Y ese Medhani? ¿Acaso no era tan especial? Si hasta se podría decir que estabas enamorada...

Me tomo el último trago. Mi mamá solo viene los fines de semana. La puse en la lista de visitas porque eso le gusta a la asistente social y porque todo eso cuenta en tu evaluación final. Mi mamá viene porque sabe que aquí me consigo aguardiente casera. La hace una polaca que falsificaba pasaportes para Alemania del Este.

Miro hacia la entrada nuevamente. Me paro y comienzo a caminar un poco. Medhani no vendrá. Hoy tampoco. Hace un mes que no aparece. Durante todo el tiempo que llevo acá, no ha venido más de cinco veces.

Al principio lo entendí, porque podían investigarlo a él también. Pero ahora... ya han pasado siete meses, ya no es sospechoso. ¿En qué estará? A veces pienso que se fue de Suecia. No sé por qué.

Pero nada de explicaciones: ese era uno de nuestros acuerdos. Me acomodaba, porque nunca he soportado que me controlen. Era uno de los problemas con Nisse y con la mayoría del resto. Claro, otro problema era que no los quería, a Nisse ni al resto, pero con Medhani todo funcionaba bien.

La guardia pasa y me mira nuevamente. Sabe que estoy ansiosa. Miro a mi alrededor: la pieza de tres por cuatro, las paredes amarillas, cortinas floreadas, el sofá donde está sentada mi mamá, la mesita, los cuadros. Se han preocupado de escoger colores vivos -rojo, verde- supuestamente para hacerla más acogedora, más agradable. Es lo que han previsto los psicólogos, terapeutas familiares y asistentes sociales que deciden estos detalles. Todo lo que aquiete los sentimientos de agresividad, según ellos, tan nocivos y tan propios de las reclusas.

-¿Por qué eres tan agresiva? -me preguntó Lena, la psicóloga en la sesión grupal de ayer.

Dos veces a la semana tenemos sesiones de 40 minutos. Cuatro mujeres y Lena. Todas tenemos alrededor de 25 años. Se supone que es para trabajar nuestras emociones reprimidas. Se necesitaría un poco más de tiempo, se me ocurre, y alguien distinto a Lena, sin duda. Reconozco que soy agresiva, pero ella solo logra ponerme peor: nos trata como si fuéramos deficientes mentales. Todos acá lo hacen: deciden qué ropa te pones, qué comes, a quiénes puedes ver, a qué horas debes hacer cada cosa. Hasta te obligan a decir "buenos días" al guardia que te despierta en las mañanas. Tienes que decirlo: "Buenos días", o te quitan puntos en tu evaluación.

-¿Será porque no tener un hombre en casi siete meses me pone agresiva, Lena? -contesté.

Las otras internas se rieron. Lena me miró inexpresiva.

-¿Es muy importante el sexo para ti? -preguntó.

-¿Para ti no? -contesté y la miré fijo.

Lena se incomodó. Escuché las risitas de las otras.

El sexo era importante para mí, pero en un sentido práctico. No puedo decir que me gustara tanto, ni siquiera con Medhani, al que efectivamente le tenía bastante cariño. Supongo que viene de mi madre. Siempre tuve dudas de que ella lo pasara bien, a pesar de que hasta los

vecinos, al menos los de los departamentos contiguos, se enteraban de sus orgasmos. A mí me parecía exagerada. Una noche la pillé en la cocina, cuando me levanté al baño, agachada sobre el lavaplatos, agarrada a la llave del agua, con la falda subida y un novio de pelo negro detrás de ella, jadeando con cara de estúpido. No me pareció que la estuviera pasando bien. Nunca me pareció que lo pasara especialmente bien, en ningún sentido. En eso nos parecemos.

-Estamos aquí para hablar de ti, no de mí -me contestó Lena, con esa voz estudiadamente calmada que usaba en las sesiones. Estaba molesta.

-Es que resulta que no tengo ganas de hablar de mí. Y menos contigo -le dije.

Ahora no escuché risas. Lena aguantó el silencio unos segundos.

-Lo mismo dijiste la semana pasada. No estamos haciendo avances, Pirkko -dijo con un tono aún más suave.

Le acomodaban las situaciones tensas, el conflicto.

-La que no está haciendo avances eres tú, Lena, porque éste es tu trabajo, no el mío -contesté.

Nunca soporté a las personas que aparentaban calma y control de sí mismas. Pienso que son las menos confiables, las que te pueden sorprender con cualquier cosa. Me he topado con varias de esas. Siempre me acuerdo de esa chica chilena que conocí en *Eriksbergskolan*, la escuela a la que iba cuando tenía como catorce años. Gabriela se llamaba. Se creía algo especial. Hablaba poco, te miraba fijo a los ojos y tenía respuesta para todo; aparentaba tanta seguridad en sí misma. Siempre pensé que era un bluf, y me molestaba más que fuera engreída siendo cabeza negra. Claramente el grupo hizo una excepción al aceptarla, porque los chicos habían tenido varias peleas con sus amigos de la escuela. Una vez incluso con cadenas.

-¿Cómo será acostarse con una cabeza negra? -había dicho Matte una vez mientras tomábamos cerveza en el parque. Todos lo miramos sorprendidos. Que se le pasara por la cabeza mezclarse con una de esas me dio rabia. Hacía tres semanas que andábamos juntos. Por supuesto no hice ningún comentario.

—Bueno, tú ya tienes experiencia con extranjeras; se puede decir que tienes medio camino recorrido —dijo Lasse, mientras todos soltaban las risas.

—No, no. Pirkko es medio finlandesa y medio sueca —dijo Matte con una sonrisa irónica—. Así es que solo tengo un cuarto del camino recorrido —añadió.

Ahora sí todos rieron. Yo también. Estaba obligada. No podía demostrar la vergüenza que me provocaba el tema.

Y finalmente Gabriela me sorprendió. Se acostó con Matte prácticamente delante mío, en una fiesta. Se encerraron en una pieza mientras todos estábamos afuera. Lasse y Uffe hacían bromas al respecto. Yo quería llorar de rabia, pero por supuesto me contuve.

—Le voy a sacar la mierda a esa cabeza negra cuando salga —fue lo único que dije.

Todos lo celebraron con risas y más trago. Yo también.

Pero no le saqué la mierda. Cuando salió, se metió al baño y estuvo ahí como quince minutos. Después se fue sin mirar a nadie. Nunca más volvió al grupo. Y yo nunca más volví con Matte. Debe ser por eso que me acuerdo de ella, por rabia.

Una vez la vi en el *Stora Torget* rodeada de un grupo de suecos. Se creía una sueca más.

Yo siempre quise pasar por sueca. Eso viene de mi madre. La noche que nos quedamos a dormir en Haparanda, la mujer en la recepción de la residencial preguntó:

—¿Finlandesas? Apuesto a que vienen a buscar trabajo. Como todos.

—Mitad finlandesas, mitad suecas —mintió mi mamá—. La verdad es que venimos a ver a nuestra familia.

Es cierto que algo de sueco sabíamos. Mi mamá y mi abuelo lo aprendieron en la escuela, y él algo me enseñó a mí. Finlandia fue parte de Suecia casi siete siglos y uno se encontraba con palabras suecas todos los días, pero no por eso se podía decir que ni mi mamá, ni menos yo, tuviéramos algo de suecas. Sin embargo, a partir de esa vez repetí durante toda mi vida: mitad finlandesa, mitad sueca, como si solo fuera necesario avergonzarse por el 50 por ciento.

Vuelvo a sentarme en la silla frente a mi mamá. La miro.

—¿Nunca supiste del abuelo? —le pregunto.

—Viejo de mierda —dice mientras se toma otro trago de aguardiente.

Creo que se está emborrachando. Ya no tiene tolerancia al alcohol. Sería terrible que la guardia se diera cuenta. Para mi evaluación.

—Me llegó una carta el año pasado —sigue—, de una asistente comunal de fisalmi. Me decía que lo habían encontrado muerto en la casa. Parece que llevaba varios días y que se habían demorado en encontrar mi dirección. Había un testamento. Decía que si yo no me presentaba dos semanas después de su muerte, le dejaba la casa a Antti, el hijo de su hermana mayor. Como ya habían pasado más de tres semanas cuando me enteré, ni siquiera me molesté en viajar. Viejo de mierda. Se vengó hasta el final.

—Bueno. Si hubieras mantenido contacto con él, habrías alcanzado a estar dentro de las dos semanas —le digo—. O incluso hubieras sabido que estaba enfermo y habrías llegado antes de que se muriera. En el fondo, quería asegurarse de que si te quedabas con la casa era porque habías demostrado algo de preocupación por él.

—Me da lo mismo. *Saatana perkele*.¹⁷

Desde hace muchos años, lo único que mi madre dice en finlandés son garabatos. Siempre me habló en sueco, para que yo lo aprendiera rápido, me decía. A mí me acomodó, porque en la escuela me molestaban por el idioma. “Finlandesa de mierda” me decían, imitando el acento. Otros, más pesados, incluso me decían garabatos en finlandés. Se tomaban la molestia de averiguarlos y los gritaban cuando yo pasaba.

Los suecos no quieren a los finlandeses: dicen que son sucios, que son borrachos, que son ignorantes. Quizás sea verdad, pero ellos no son quienes para decirlo.

En todo caso, hasta que terminé sexto año de preparatoria, o sea hasta los doce, no tuve amigos. Al principio lloraba, pero era peor. Mi madre no tenía intenciones de aparecerse en la escuela para hablar con los profesores acerca de mis problemas —ni para hablar de nada, en

¹⁷ Garabato finlandés.

realidad-, así es que entendí que la única forma de salir de esa situación era siendo como ellos, o peor.

Un día, a fines de sexto, Magnus, un compañero de curso, el más duro de la clase y el más agresivo conmigo, me empujó contra un muro y me metió la mano entre las piernas. Casi instintivamente, separé los muslos y le dije:

-¿Quieres probar?

Él se puso rojo y me miró con cara de susto. Creo que fue cuando descubrí lo fácil que puede ser manejar a los hombres. Al final, son como animales, o como mascotas. Por primera vez me sentí fuerte: lo tomé de la mano y nos metimos en el cobertizo del aseo que estaba al fondo del patio. Una vez dentro, puse su mano derecha en mis calzones. Lo apreté hacia mí -estaba totalmente dócil- y le dije al oído:

-Apuesto que serás el primer hombre en todo el curso en saber lo que es el sexo.

No puedo decir que mi madre no me enseñó nada. "A los hombres hay que hacerlos sentir que son muy machos, y caerán rendidos a tus pies", me había dicho.

Fue algo doloroso, pegajoso y torpe, pero rápido, por suerte. Magnus no me miró después. Se subió los pantalones y salió del cobertizo apurado.

Después de eso no me volvió a molestar. Incluso, la próxima vez que comenzaron con la rutina del acento finlandés en el casino, le dijo al resto de su grupo que me dejaran tranquila.

Un semana después, cuando nadie me veía, lo llamé con un gesto y me dirigí hacia el cobertizo. Ni ésa ni ninguna de las otras veces me dijo nada; yo tampoco. Pero me esmeraba en hacerlo sentir bien: me pareció que era un precio razonable por no ser molestada.

Todo eso terminó unos meses después, cuando finalizamos la primaria y me cambié de escuela. A *Eriksbergskolan*. Nos habíamos cambiado de barrio -una vez más-, así es que en mi nuevo colegio nadie me conocía. Y yo ahora era distinta.

En la escuela nueva hice méritos muy rápido para formar parte del curso de alumnos "especiales"; es decir, de aquellos con "problemas conductuales". Así los llamaba la orientadora. Y entre ellos fui aceptada

de inmediato. Que fuera finlandesa era menos importante. Lo importante era que fuera igual de desadaptada que el resto. Los otros alumnos de la escuela nos tenían respeto; un poco de miedo, creo. Se callaban y nos abrían paso cuando veníamos. Eso me gustaba. Estar de este lado del miedo.

Ahí conocí a esa Gabriela: era parte de un grupo de estudiantes extranjeros, cabezas negras. Eran como siete. A mí no me gustaban. Mi mamá había empezado a aparecer cada vez más con esa gente, latinos o turcos, no sé. Muchas veces había escuchado a mi abuelo decir que eran gente sucia, hedionda. Claro que a él le cargaban todos los que no fueran escandinavos. También hablaba mal de los *sami*¹⁸ y de los rusos que vivían en Finlandia.

-Quién hubiera dicho que ibas a terminar viviendo con un negro -me dice mi mamá de repente.

-Y quién iba a decir que a ti te iba a importar -le contesto.

Ella no es racista, pero se ha dado cuenta de que Medhani se alejó de mí y le molesta. A mí también me molesta que no venga, pero para qué pensar en cosas que no tienen arreglo. Medhani no es mi mayor problema ahora ni lo será durante los próximos años.

Miro el reloj una vez más: quedan cinco minutos. No vendrá. Ya no me importa. Lo único que quiero es que mi mamá se vaya. En dos horas y media cerrarán las celdas y al fin estaré tranquila.

¹⁸ Pueblo nómada del norte de Suecia y Finlandia. Pastores de renos.

7. *Mujeres que no soportan el abandono (1978)*

Hoy por la tarde vendrá gente a ver el departamento. Mi mamá me pidió que lo mostrara yo, porque ella no alcanzaba a llegar. Partió anteayer a Karlstad a ver a su mejor amiga, aunque ayer era mi cumpleaños: cumplí 17.

Trató de convencerme de que viajara con ella. Incluso Marta, su amiga, me dijo que podíamos hacer una celebración en su casa. Mi madre estaba culposa, pero no lo suficiente como para no ir: dijo que era muy importante para ella, que se iba a despedir de su amiga. Yo sentí culpa por preferir que se fuera, pero así son las cosas. No somos cercanas. Yo quería celebrar mi cumpleaños con mis amigos, a mi manera. Nada que ella pueda compartir, o quiera.

Dije que no tenía problema en mostrar el departamento, pero sí lo tengo: me carga que venga gente y se meta en las piezas y pregunte cosas.

El departamento está en venta después de que mi mamá decidió volver a Chile.

—¿Cómo que no te vas conmigo?

Cuando me contó, hace como dos meses, me sorprendió. Pero también sentí un cosquilleo en el estómago, una ventana que se abría, una oportunidad. Sé que no es muy bonito confesarlo, pero es la verdad, y le dije de inmediato que no me iba con ella.

Me miró, incrédula.

—No veo por qué te sorprende —le dije—; es obvio que no me interesa volver. Estoy bien acá...

—¿Pero cómo que bien? —se alteró—. No compartes con tu familia, no tienes intereses, no sabes lo que vas a estudiar ni qué vas a hacer de tu futuro... Lo único que haces es pasarte pendiente de gente que dices son

tus amigos pero que no has traído ni una sola vez a la casa; suecos, gente extraña, que no tiene que ver con nosotros.

Esa conversación terminó como de costumbre: yo me paré y me fui. Ya estaba acostumbrada. Supongo que ella también.

Con los días las cosas cambiaron algo. Se calmaron. Como una especie de tregua. Como que no tenía sentido pelear si pronto ni siquiera nos veríamos.

En cierta forma me apena que se vaya; no por mí, sino por ella. Más que cariño, lo que siento es nostalgia por el cariño que alguna vez le tuve.

—¿Te acuerdas qué lindo era Valdivia? Cuando salíamos a pasear todos por el camino a La Unión a buscar moras y copihues?

Desde que supo que yo no me iría con ella, se puso más cariñosa, o al menos trató. Yo sabía que era una estrategia para ver si podía hacerme cambiar de opinión. Su retorno, de alguna manera, era un fracaso. Volvía sin sus hijos, porque Ricardo tampoco quería volver. “No ahora”, le dijo. Pero para ella lo peor de todo era que volvía sin marido. Eso era un fracaso aún mayor, y eso le importaba. Le importaba lo que la gente diría allá.

—Me acuerdo muy poco de Valdivia —mentía yo—. Pero en todo caso da lo mismo. Porque nada de eso va a volver.

A veces soy quizás demasiado dura. Puede ser. Pero es la única forma en que logro que me tome en serio. Al menos un poco.

La idea de vivir sola me pone contenta: planificar y decidir mi vida sin tener que pelear con ella, o preguntarle, o contarle, o siquiera mirarla.

Con el tiempo, ella se ha transformado en el único obstáculo que queda entre mi vida actual y mi pasado, que a estas alturas parece casi una equivocación.

Las cosas han cambiado desde que ingresé a *Katedralskolan*, mi colegio de enseñanza secundaria. En *Katte* hay un ambiente como el que se ve en los *high school* de las series norteamericanas. Hay gente bonita, contenta, entretenida, que estudia, pero también lo pasa bien; va a fiestas, se junta a tomar café y a conversar, hace deporte, te invita

a su casa, tiene familias normales, cariñosas. Una vida superficial diría mi mamá. Por eso, ni le cuento.

Desde que entré a *Katte* todo va mejor. Los estudios me interesan y soy más responsable. Cada día es algo especial. Me siento alegre, contenta; la vida es bonita, agradable.

Además, en el verano conocí a Håkan. Es amigo del pololo de Ulrika, una compañera de curso de *Eriksbergskolan* a la que me acerqué hace unos meses.

Håkan fue una especie de introducción a *Katedralskolan*, porque estudia allí y porque tiene todo que ver con ese estilo de vida. Es muy correcto, buenmozo, entretenido, le gusta ir al cine y salir a cenar. Tiene un departamento chiquito en un barrio de edificios antiguos y lleno de parques y árboles, en *Fålhagen*, cerca de *Vaksalatorg*.

Aunque solo salimos durante los meses de verano, hemos seguido siendo amigos después de que comenzaron las clases. Me gusta esa relación. Lo sigo encontrando buenmozo, cariñoso y entretenido. Me invita a comer a su mini departamento y me quedo a dormir. Un poco más que amigos, en realidad; lo justo y necesario. Para mí, que no tengo a nadie más que me toque, está bien. Y eso no significa que me quiera casar con él. Algo que mi mamá no entendería.

A través de Håkan conocí a Katta, su hermana. Va en un curso más arriba que yo en *Katedralskolan*. En realidad la conocí antes de entrar a la escuela, en el verano, en una celebración de *Midsommar*,¹⁹ pero eso casi no cuenta.

Tocan el timbre.

Deben ser los que vienen a ver la casa. Son las cuatro y media de la tarde. Afuera está oscuro. Abro y veo a una pareja de unos 40 años, suecos, y una chica un poco menor que yo, seguramente la hija. La familia feliz. Saludan apenas y pasan al *hall*. Preguntan por mi mamá. Les digo que solo estoy yo y que cualquier cosa me la pueden preguntar a mí.

—¿Hay un solo baño? —dice la mujer.

¹⁹ Celebración del solsticio de verano, a mediados de junio; una de las fiestas tradicionales más importantes en Suecia.

Es rubia, ojos azules, tez rosada, un poco gorda. Nada especial. Muy típica sueca. Habla de manera desinteresada. Aunque yo sé que es una pose.

—No. Hay dos. El segundo está por acá, al lado de la cocina.

El ambiente es tenso. No son solo ellos. También yo. Sé que se nota que todo esto me carga. Siempre se me nota. Y lo más probable es que a ellos les parezca mal que los reciba una adolescente, y cabeza negra. Pero a mí me da lo mismo: estoy acostumbrada.

En general ya no siento que el color del pelo sea un problema. Nadie, o muy pocos, me lo hacen sentir, pero siempre estoy alerta, sobre todo cuando me encuentro con los típicos "*Svenssons*", suecos comunes, mediocres, que solo aspiran a tener su departamentito, su Volvo y su cabañita roja en el campo. Acostumbran a ser los más racistas. Con Katta los despreciamos.

Porque finalmente nos hicimos inseparables con Katta.

—Tunabackar es un buen barrio —les digo—. Está el supermercado y el correo a tres cuadras, la piscina acá atrás y canchas de fútbol y de bádminton un poco más allá. Además, es muy tranquilo. Barrio de familias.

Me gusta sorprender a los *Svenssons*. Mostrarles que hablo como ellos. Que puedo pensar como ellos si quiero. Que conozco las cosas que a ellos les importan. Me gusta ver cómo su mirada de desprecio pasa a la sorpresa y, finalmente, a la inseguridad. Como ahora.

—¿También venden los muebles?

La pregunta me pilla desprevenida.

Siento que hay algo humillante en vender la casa. Hay algo humillante en la necesidad de vender algo propio. Tan propio. Pero es peor si además ofreces las cosas, tus cosas. Y, efectivamente, muchas cosas de la casa están en venta. Camas, loza, mesas, utensilios de cocina. Tantas cosas acumuladas en los años que llevamos acá.

Me recuerda cuando vendimos la casa en Valdivia. Eso fue más denigrante aún, porque todo el barrio sabía que mis papás estaban prácticamente arrancando. Fue solo un mes después del golpe militar. Había vencedores y vencidos. En el barrio nuestro, casi puros vencedores.

Y había algo de aves de rapiña en la gente que iba a mirar las cosas, el botín después de la derrota.

Esto es similar. Claro que sin vencedores ni vencidos. Al menos no tan explícitos. Y, claro, con la diferencia de que nuestra casa de Valdivia era nuestro "hogar permanente" y ésta siempre había sido un "lugar transitorio". A pesar de que en ambas partes vivimos casi lo mismo: cinco años.

A mí nunca me han convencido de eso, de lo transitorio. Mi vida no puede ser transitoria. Con eso me quieren hacer creer que todo acá importa menos: la casa, los amigos, los sueños. Todo pospuesto. Todo en espera.

Pero yo no estoy esperando nada; al contrario, salgo a buscar lo que haya. Y por eso me critican. Da igual, porque ahora que mi mamá se va, podré estar tranquila. Por primera vez desde que llegamos a Suecia. Por primera vez en mi vida.

—¿Sabes cuánto tu mamá quiere por este florentino?

—Creo que ése se lo va a llevar —miento— a Chile. ¿Sabes dónde queda Chile?

La mujer se siente incómoda. Hay un silencio. Luego el marido contesta:

—¿No queda en América?

Suecos hay de todos, como en todas partes, por eso me parece una trampa cuando te dicen "los suecos no son como los chilenos". No es que lo sean, pero los suecos son de mil maneras. Igual que los chilenos, y que los chinos y que todo el mundo, supongo. Entonces, debe haber gente para uno en todos lados. Lo que importa es donde uno se sienta bien. Y yo me siento bien aquí, con mis amigos de *Katedralskolan*.

Entre ellos no hay alumnos conflictivos ni familias con problemas, salvo la de Katta, claro, pero ese es tema aparte. Casi todos mis compañeros son hijos de profesionales, con bonitas casas en los barrios céntricos —*Luthagen, Fålhagen, Svarthäcken*— y tienen familias que cenar juntas, celebran las fiestas según la tradición sueca, etc. Una vez le dije eso a Ricardo cuando estaba criticando a la gente con la que me juntaba, y me respondió que era arribista. No porque sepa bien qué

significa, pero me pareció que quiso decir que yo quería aparentar que era una persona que no era.

Puede ser. Si es así qué más da. ¿Acaso él está seguro de cómo es? Hasta hace poco solo pensaba en las fiestas y chicas, y ahora, supuestamente, solo piensa en el compromiso político. ¿Quién le cree? ¿O mi mamá? Que habla de volver a Chile porque no puede estar lejos de sus raíces, cuando en el fondo lo que no soporta es que mi papá la haya dejado por una sueca.

Puede que yo esté aparentando ser alguien que no soy, pero da lo mismo, porque ni siquiera sé quién soy. Y menos lo saben ellos.

La gente de *Katte* tiene que ver conmigo, o al menos eso quiero. Y quiero tener que ver con ellos, aunque me cueste, porque son familias que tienen más dinero que la mía: usan ropa de marca, viajan a Estocolmo a comprarla, salen a comer, van al cine todas las semanas, compran discos. Además, viajan mucho al extranjero. Para las vacaciones de invierno y de pascuas, van a Suiza, Austria o algo así, a esquiar. Y en el verano van a lugares especiales; jamás a los balnearios típicos de los *charters*.

Yo trato de hacer lo mismo que ellos, pero trabajo un día todos los fines de semana y en vacaciones para que me alcance la plata. Hago aseo en un supermercado, así nadie me puede decir nada de cómo me gasto mi plata. Ya no.

—¿Cómo que comprarse un par de jeans con ese dinero? ¿De dónde sacaste eso?

Esa fue una discusión que tuve hace como cuatro años con mi mamá en la que, extrañamente, mi papá estaba de acuerdo con ella. Me habían entrevistado, junto a otros niños chilenos, para un programa infantil de la televisión sueca. Estábamos más o menos recién llegados y ellos querían mostrar, desde la perspectiva de los niños, lo que significa un golpe militar, el exilio, etc. Y supongo que también querían mostrar a los niños suecos cómo eran estos pequeños cabezas negras que estaban apareciendo en sus escuelas. Nos preguntaron sobre nuestra vida en Chile. Y yo dije la verdad: que iba a clases de ballet, que teníamos dos empleadas y dos autos, y que mis padres eran profesionales de prestigio en Valdivia. Pero parece que esa verdad no era adecuada y la

colonia chilena me criticó mucho —y de paso a mis padres— porque mis declaraciones “no ayudaban” a la solidaridad con la lucha contra la dictadura. Eso lo supe después. No entendí nada, tenía 13 años.

Y tampoco entendí que no pudiera usar el pago que me envió el canal de televisión para comprarme unos jeans. Tuve que entregarlo al Comité Salvador Allende de Uppsala, aunque el giro postal venía a mi nombre.

A veces pienso que en Valdivia habría tenido un ambiente similar al de mi grupo de *Katte*, guardando las diferencias entre Chile y Suecia, claro, porque allá éramos clase media acomodada y no clase baja como acá. Aunque no sé. En realidad creo que las cosas son mejores acá que lo que jamás podrían haber sido en Valdivia.

—Papá, ¿puedo quedarme con la primera pieza, la que está al lado de la entrada? —pregunta la hija de la familia feliz, que ha estado llamada toda la visita.

—Bueno, falta mucho para eso; primero tenemos que ver si llegamos a un acuerdo con la señora —responde el papá.

—Es que yo quiero esa pieza. Y quiero pintar las paredes celestes, porque ese color de ahora es horrible...

No le hago caso. Al final qué me importa. A mí tampoco me gusta demasiado ese lila desteñido que mamá insistió en ponerle a mi pieza. Accedí porque a cambio me compró la cama que yo quería, una de Ikea, simple y de color madera, y no esa marquesa blanca y “femenina” que a ella tanto le gustaba.

La familia feliz se va, por suerte. Parece que el departamento les gustó. La verdad es que es lindo, y la verdad es que éste es un buen barrio, y bonito. Hoy nevó por primera vez, en la noche, y todo se veía más bello que nunca. La he pasado bien acá y creo que voy a echar de menos. No sé. Desde que salimos de Valdivia no he vuelto a echar de menos ningún lugar. Pero no voy a echar de menos a mi mamá. Aunque ella no lo crea.

—Te vas a arrepentir, porque no sabes lo que es estar sola —me amenazó una de las últimas veces que discutimos.

Pasan las semanas y ella no se termina de convencer de que no la acompañaré a Chile. No entiende o no quiere entender que yo me sienta bien acá.

Antes yo pensaba que era porque no le gusta Suecia, pero después me convencí de que es algo personal. No le gusta casi nada: que uno lo pase bien, que salga, que tenga pololos, amigas. Se me ocurre que ella nunca los tuvo, aunque no estoy segura, porque nunca habla de cuando era chica o adolescente. Es como si su vida hubiera comenzado cuando conoció a mi papá. Alguna vez, al pasar, ha mencionado lo estrictos que eran los abuelos, sobre todo la Nona.

Pero lo más seguro es que ella y yo también habríamos tenido problemas en Chile. Claro, allá seguramente mi papá no se habría separado de ella ni Ricardo se habría ido a convivir con una polola; ni yo habría tenido otra alternativa que seguir con mis clases de ballet, asistir a una escuela de niñas, ir a fiestas solo hasta las doce de la noche, no tener amigos hombres, etc. Sé que es terrible pensar así, porque mucha gente lo ha pasado mal, pero estoy muy agradecida porque tuvimos que venimos a Suecia. Siento que me salvé. Por lo menos yo me salvé.

—¿Ya puedes salir? —me dice Katta al otro lado del teléfono.

—Sí. La gente que vino a ver el departamento ya se fue. ¿Por qué? ¿Tienes algo en mente?

Llamé a Katta apenas me desocupé. Había hablado con ella al mediodía y estaba deprimida. Últimamente eso era bastante frecuente. Ella tiene tendencia a ponerse triste; supongo que por lo de su mamá. Debe ser terrible quedarse sin mamá a los nueve años. A lo mejor por eso persigue a los chicos: busca a alguien, porque se lleva mal con su papá y su nueva mujer. Incluso con Håkan se lleva pésimo: ella le tiene rabia, pero nunca me ha dicho por qué: no le gusta hablar de su familia ni estar con ellos. La entiendo: a mí me pasa lo mismo.

Seguro que ahora algo pasó con Christian. Aunque no me lo ha contado.

Ayer, el día de mi cumpleaños, faltamos a la segunda hora y nos fuimos a ver un partido de basket entre los chicos de *Katedralskolan* y los de *Linnéskolan*, un colegio que quedaba dos cuadras más abajo, al lado del río.

—Estoy tan enamorada de Christian —me dijo Katta en una de las pausas del partido.

Christian es un chico de tercer grado con el que Katta sale desde hace un par de semanas. También es amigo de Håkan, muy simpático. Y estudia español. Siempre trata de practicar conmigo; lo que me incomoda. Sin duda que es un chico especial.

—A mí no me parece tan especial. Entretenido sí, pero no especial —le dije a Katta.

El hecho es que yo no creo que Christian esté tan interesado en Katta. No sé por qué, pero no se lo he dicho a ella, porque está muy involucrada sentimentalmente, demasiado para mi gusto. Encuentro que hay algo indigno en perseguir a un hombre, sobre todo si él no muestra el mismo interés, como mi mamá con mi papá. Indigno. Creo que Katta tiene algo de eso, como creer que cada tipo que te gusta necesariamente es el hombre de tu vida.

Pero no es mi problema. Lo pasamos muy bien con ellos. La tarde de mi cumpleaños partimos a una cabañita de campo del abuelo de Christian, en las afueras de Uppsala, un grupo de más o menos ocho personas. Mientras los chicos cocinaban, Katta y yo nos sentamos a tomar *glögg*²⁰ en la escalera de la cabaña, mirando las estrellas.

—Creo que la felicidad es como las estrellas fugaces —le dije—: brillante, lejana, muy, muy corta, pero igualmente bella. ¿Tú qué piensas, Kattita?

—Yo también me siento feliz ahora —me dijo y me apretó la mano.

Cenamos con velas, escuchando buena música. *Talking Heads*, *Peter Gabriel*, *Tom Tom Club*, *Brian Ferry*. Después vimos una película y bebimos *irish coffee*. Había una pequeña chimenea prendida. Yo me acurruqué al lado de Håkan y Katta al lado de Christian. Por primera vez sentí que todo estaba allí, que quizás no era todo lo que quería, pero estaba bien. Bien.

—Estoy pensando en dejar la escuela... —me dice Katta por teléfono.

No sé qué contestarle. Me toma por sorpresa. La escuela es lo más importante. Es lo que nos une, los amigos, las fiestas, los paseos a hacer pícnicos, los viajes, todo lo que hacemos. No le digo nada. No se me ocurre.

²⁰

Bebida caliente que se toma en invierno, hecha con vino, pasas y almendras.

—Christian terminó conmigo —agrega—. Dice que no quiere atarse. Yo creo que tiene los ojos puesto en Kristin.

Eso es. Christian. Y la manía de Katta de aferrarse. Yo no lo haría jamás aunque me doliera. No lo demostraría jamás. Eso lo aprendí acá. La cabeza en alto siempre, aunque te mueras de pena, o de miedo, o de vergüenza; siempre la cabeza en alto.

Escucho que se pone a llorar.

—Katta... oye, no te pongas así. Él no es importante.

—Es que no soporto verlo. Menos si va a empezar a salir con otra.

Empieza a llorar más fuerte. Me siento incómoda, aunque es mi mejor amiga. Las manifestaciones sentimentales me ponen incómoda. Las que sean.

—¿Por qué siempre me pasa lo mismo? —continúa—. Siempre los chicos se cansan de mí tan rápido. ¿Tú me encuentras fea, Gabriela?

—Pero si sabes que no eres fea, Katta. Eres bonita. Tú misma has dicho que te encuentras bonita...

Algunas mujeres no soportan el abandono, se les viene todo abajo, se vienen abajo. De repente no sirven para nada, no valen nada. Pero no quiero saberlo, ni de Katta ni de mi mamá.

—¿Sabes, Katta? Están tocando el timbre, tengo que ir a abrir. Te llamo más tarde, ¿bueno?

8. Katta (1986)

El encierro me ahoga, me trae malos recuerdos y me ahoga. Los recuerdos me ahogan. Claustrofobia interior. Miro las cortinas blancas de plástico, imitación de cortinas de hilo: tapan e intentan adornar la ventana. El calor es demasiado para el mes de octubre. Eso me ha dicho la dueña de casa. Pienso que el encierro hace que el calor se sienta peor; el encierro y la falta de aislamiento del techo.

Sobre mi velador hay muchos diarios desordenados. Los he leído y releído. A pesar de ello, lo que dicen me sigue pareciendo inverosímil.

"SANGRIENTO ATENTADO CONTRA GENERAL PINOCHET. Miembros del grupo extremista Frente Patriótico Manuel Rodríguez emboscaron con lanzacohetes y fusiles automáticos a la comitiva del Presidente Augusto Pinochet, en un sangriento y frustrado intento por asesinar al jefe de Estado. En el atentado, ocurrido a las 18:35 horas en el Cajón del Maipo y al que los autores denominaron Operación Siglo XX, murieron cinco escoltas y otros 11 quedaron heridos".

La parte de los muertos es la que me parece más irreal. ¿Estoy en desacuerdo? No lo sé. ¿Cómo se puede estar de acuerdo con la muerte de las personas? Es algo tan definitivo, tan personal.

Cuando tenía nueve años, mi mamá se disparó un tiro en la cabeza. Yo estaba ese fin de semana con mi papá, Gunnar, y su nueva familia. Como siempre, estaba ansiosa de que llegara el domingo por la tarde para volver a mi casa, junto a ella. No lo pasaba bien en casa de mi papá. A Inger, mi madrastra, le molestaba mi presencia. Le gustaba inventar juegos para sus hijos, mis hermanastros, pero le incomodaba que yo participara de ellos. En todo caso, para su tranquilidad, yo casi nunca quería.

Inger solo me confirmaba lo que yo ya sabía: que era ajena a ese mundo perfecto, de niños sonrientes, habitaciones ordenadas, de leche con galletas a media tarde, cenas en familia, y que mi forma de ser solo estorbaba la perfección reinante.

La vida junto a mi mamá -Kerstin- no se parecía a eso. A menudo, sobre todo en el último tiempo, cuando llegaba de la escuela por las tardes, la encontraba sentada en el living, con la mirada perdida más allá del televisor encendido, ni despierta ni dormida, sumida en un letargo de alcohol, tranquilizantes y -después entendí- tristeza. Apenas me miraba cuando la besaba en la mejilla y comenzaba a hablarle de mi día en la escuela, mientras ordenaba las cosas tiradas en el suelo y recogía la loza del desayuno.

No era como la vida de los Andersson, la familia de mi papá, pero era nuestra casa, nuestro desorden, nuestros platos sin lavar, nuestros secretos y complicidades, nuestra vida. Mi vida.

Ese sentimiento de estar fuera, de no pertenecer, me ha acompañado siempre. Casi siempre. Cuando chica una no está consciente. Es una sensación de incomodidad mezclada con vergüenza y un poco de rabia. Una sensación de distancia hacia todo lo ajeno, que es casi todo.

Mi papá se separó de mi mamá cuando yo tenía siete años y Håkan, mi hermano mayor, nueve. Desde entonces -quizás también antes de eso, puede ser- ella sufrió de depresión. Eso le impedía mantener un trabajo estable, ocuparse de la casa o de nosotros. Claro que de Håkan no tuvo que preocuparse mucho, porque él decidió al poco tiempo irse a vivir con papá, que estaba recién casado con Inger. Recuerdo cuando se fue: mi papá lo vino a buscar y mi mamá inventó que tenía que salir a comprar algo urgente; no quería estar ahí cuando partiera. Håkan se enojó y pensó que era porque no lo quería. Y pasaba todo lo contrario: ella no era capaz de soportar ese momento, así es que yo me quedé sola en mi ventana del segundo piso viendo cómo mi hermano se subía al auto de mi papá y se alejaba de mi casa, de mi vida.

No tengo recuerdos del día que mi papá se fue de la casa, pero pienso lo mismo de ambos: que nos abandonaron, a mi mamá y a mí.

Entra una brisa leve por la ventana. La agradezco, aunque esté mezclada con polvo. Este sector de Santiago está lleno de tierra y de mugre. Santa Olga se llama la población. Queda lejos del centro de Santiago, siguiendo la carretera que va hacia el sur, cerca de un cementerio. Dijeron que lo mejor era esconderme en un lugar como éste. Eso espero.

La pieza es estrecha, fea, como todo el departamento, como todo el sector, mal construido, mal hecho. Unas ventanas angostas a lo largo de la parte superior de la pared que da a la calle, o al patio interior, o al tierral interior; con marcos metálicos ahora oxidados, descascarándose. La altura no permite ver para afuera a menos que uno se acerque. A lo mejor esa es la idea. La luz revela pequeñas rendijas a los costados de los marcos. Por ahí entra la tierra y el calor. Supongo que en el invierno entran el frío y la humedad. De hecho, una pared y el techo tienen manchas negras. Moho.

He estado en muchas casas parecidas en Chile. Antes no me molestaban; la pobreza no me molestaba. Incluso, me enternecí ver cómo los dueños de casa se las arreglaban para disimular la precariedad con pequeños adornos y detalles personales, que creaban un ambiente cálido, como estas cortinas de plástico. Eso pensaba antes. Pero estos detalles ya no me parecen enternecedores. Hay algo equivocado en las imitaciones, en las cosas hechas a medias o mal hechas. Hay, en el fondo, despreocupación, falta de voluntad, falta de convicción. Y hay, también, algo de engaño, de mentira.

Toda mi vida he hecho las cosas a medias. Quizás es por mi madre. Practiqué desde chica el estilo de vida que ella me daba: desordenado, precario, irregular.

No sé. El encierro me hace pensar.

—¿Estas despierta Kattrá? —Adriana, la dueña de casa, toca y abre la puerta.

—Sí, pasa no más —digo, aunque prefiero estar sola.

Entra con una bandeja con una taza humeante, un platillo con un pan amasado, otro con margarina y un pote de mermelada. Típica *once* chilena.

—Para qué te molestaste, Adriana, no tengo mucha hambre. Tanto calor —le digo.

—No debes dejar de comer, no te hace bien —responde ella dejando la bandeja sobre mi cama.

A Adriana la conocí como "Fabiola". Ese era el nombre con el que participaba en las actividades políticas. Tiene una amasandería y a veces hacíamos las reuniones en su casa. Es como tantas mujeres chilenas que me ha tocado conocer desde que llegué: cariñosas, un poco gordas, dueña de casa; siempre diciendo palabras amables. Al principio, estas mujeres también me parecían encantadoras, acogedoras. Encontraba que tenían una complicidad femenina que nosotras las suecas no tenemos, pero cuando terminé mi relación con Francisco, todo cambió. De pronto ya no me sonreían, como si mi presencia las incomodara. Recordé algo que Gabriela me dijo una vez que fuimos a una de esas fiestas latinoamericanas: las mujeres chilenas, antes de ser personas, son mujeres. Solo se imaginan a sí mismas al lado de un hombre, como mi mamá. Fuera de esa relación no saben cómo comportarse. Se sienten incómodas si son solteras o, peor aún, si son separadas; especialmente si están pasados los treinta. Las solteras también incomodan al resto de las mujeres, porque se supone que una mujer que no tiene pareja lo único que quiere es conseguir una, y entonces, una mujer sin pareja se transforma en un peligro para todas las mujeres casadas, porque les puede quitar su hombre. ¿Te das cuenta de la estupidez?

Antes me divertían estas historias; ahora no, porque soy una mujer separada, "peligrosa".

Ya casi nada me causa gracia acá. Supongo que tiene que ver con el miedo. El que siento ahora. Miedo a que encuentren esta casa, que me encuentren a mí... a que todo termine.

Ahora sé lo que es la inseguridad. Cuando no hay nada que te resguarde, cuando todo puede desvanecerse en un segundo. Una palabra demás, un olvido, una infidencia... y el abismo. ¿Qué hay allí? No lo sé. Algo escuché en las conversaciones sobre los compañeros que habían caído detenidos, pero está más allá de lo que puedo imaginar. Me aterra.

Siempre me reí de la gente que buscaba estabilidad. Para mí, todo eso era una ilusión, un engaño; estaba convencida. Me burlé de papá, de Hákan, de sus vidas perfectas y sus costumbres, como las visitas con toda la familia a Ullfors a la cabaña de campo rodeada de bosques y

campos de trigo, donde salíamos a recoger flores en la primavera, a hacer pícnicos en verano, a recolectar callampas en otoño y a buscar ramas de pino en invierno, para el adviento y Navidad. Todos sonrientes, con sus canastitos y ropa adecuada para la ocasión. Todos, salvo yo, claro, que encontraba que todo aquello, más que aburrido, era falso, y me restaba cada vez que podía.

Me gustaban, eso sí, las mañanas cuando despertaba sola en la cabaña, después de que todos se habían ido, y veía la luz entrar por las ventanas, a través de las cortinas de hilo crudo, tejidas a mano por Inger.

Ahora lo único que quiero es despertar en ese dormitorio, con esas cortinitas perfectas y el olor a café recién hecho, los *kanelbulle*²¹ y las tostadas con mantequilla. En este momento solo deseo lo típicamente sueco, lo *Svenssons*, lo típicamente estable, perdurable, y, después de todo, verdadero.

—No tienes buena cara. Te has adelgazado. Sé que estás preocupada, pero Francisco dice que, por lo que ha sabido, todo está tranquilo y que dentro de poco te vendrán a buscar para sacarte del país. No te preocupes. Todo saldrá bien.

Adriana intenta darme ánimo.

Quiero creerle, pero no puedo. Ya no creo que los buenos siempre ganen.

Leo debajo de la foto del diario en mi velador:

'Jamás creí que iba a salir con vida', dijo el Jefe de Estado, quien viajaba con su nieto Rodrigo en un automóvil blindado y que salvó solo con una pequeña herida en una mano'.

A veces los buenos no logran ganar.

No fueron a dejarme a mi casa ese domingo por la tarde cuando mi mamá se mató. Mi papá me abrazó y me dijo que ahora tendría que vivir con ellos, que mamá se había ido. No le creí. Le grité que estaba mintiendo, que mamá jamás me dejaría y que yo tampoco me iría de su lado. Le dije que nos gustaba vivir juntas, que no quería vivir con él. Lo golpeé y le grité.

²¹ Pan dulce de canela.

Después llegó Inger con un vaso y una pastilla que me obligaron a tomar. Mientras me adormecía, tuve la certeza de que todo era verdad: que mamá se había ido y que yo estaría sola a partir de ese momento.

Ese disparo me perforó la vida. Perforó la soledad a la que estaba acostumbrada y la reemplazó por un vacío insustituible, como un hoyo negro en el espacio, que se tragó la fuerza, las palabras, los consuelos, los sueños, las respuestas. Posteriormente en mi vida también se tragó los hombres, las casas, los estudios y cualquier cosa que requiriera de permanencia. La permanencia era una ilusión. No importaba lo que tú hicieras, igual se podía desvanecer como el olor de la pólvora después de un tiro.

Y busqué personas como yo, transitorias.

Por eso me gustó Gabriela, siempre de paso, nunca apostando a nada, o más bien apostando a todo. Para luego cansarse y buscar otra cosa.

Cuando tenía más o menos doce años la sacaron de su casa, su escuela, su ciudad, al sur de Chile, y la llevaron a vivir a un *ghetto* de inmigrantes en Uppsala: *Flogsta*. Me contó que cuando llegaron, ni siquiera habían terminado de construir el barrio y que salía todas las mañanas y caminaba en el barro para llegar a un bus que la llevaba a una escuela donde todos la miraban como bicho raro, y a unas clases donde no entendía nada.

De alguna manera su vida se pareció mucho a la mía. Un par de bichos raros. Nos conocimos en *Katedralskolan* y nos hicimos amigos. Después incluso vivimos juntas. Ambas estábamos siempre en tránsito, por las casas, por los grupos de amigos, las modas, los cafés, los grupos de música, los hombres. Y viajábamos mucho. Ella incluso se fue a África, a Sudán, en medio de la nada, y estubo casi un año allá. Pero volvió, como siempre. Por eso me sorprendió cuando me dijo que se iba a Chile.

—A probar. No sé, a ver. Voy a estudiar periodismo. Mi mamá dice que puedo entrar a la Universidad de Chile, que es la mejor del país.

—¿Y qué vas a hacer cuando te aburras de eso? —le pregunté con un poco de ironía.

—Bueno, ahí te voy a llamar para ver qué inventamos —rió—. Siempre se nos ha ocurrido algo, ¿no?

Aunque trató de aparentar que éste era otro más en su lista de viajes, me dio la impresión de que ahora era distinto. Había llegado diferente de Sudán. En alguna parte, existía la posibilidad de que no ocurriera lo de siempre, que no se aburriera, y que se quedara. Y entonces podía ser que ahí terminara nuestro camino compartido.

—¿Y Diego? ¿Qué pasará con Diego? —insistí.

—Bueno, no sé qué pasará con Diego. Pero tú sabes, no se puede andar rogando a nadie. Es bonito creer que has encontrado al hombre de tu vida, pero, al final, eso no existe.

Me dio rabia, y envidia, y pena. Yo también quería un lugar donde ir a probar, donde irme, pero eso era imposible: ese lugar solo estaba en mis recuerdos y ya no existía.

En cambio, Gabriela lo había descubierto, lo intuía. Allí estaba el país que ambas vivíamos buscando. “El país que no existe”, como dice Edith Södergran, “*Landet som icke är*”.

He leído mucho a Edith Södergran estos días de encierro:

*Jag längtar till landet som icke är,
ty allting som är, är jag trött att begära (...).²²
Men ett har jag funnit och ett har jag verklighen vunnit
vägen till landet som icke är.²³*

Después que Gabriela se fue, yo también encontré un lugar donde ir a probar. Eso creí. Y a probar algo que no había hecho nunca, como Gabriela.

Al principio me gustó, Chile. Era como estar en una película, emocionante. Además, estaba muy enamorada de Francisco, o al menos eso creía.

—Francisco dice que están perdidos, que no saben dónde buscar —continúa Adriana—. Que los compañeros lo han hecho muy bien. Dice que hasta el momento no tienen ninguna pista.

Vuelvo a la realidad, a la de hoy: angustiantemente real.

²² “Tengo nostalgia del país que no es, porque estoy cansada de exigir todo lo que es (...)”.

²³ “Pero he ganado y finalmente encontrado, el camino hacia el país que no es”.

—Así es que Francisco dice que no tienen pistas... —trato de que no se me note la irritación—. Entonces quiere decir que Francisco no lee los diarios —agrego.

“*Conforme a lo investigado, en los hechos habrían participado al menos unos cuarenta integrantes del grupo subversivo, distribuidos en diversos piquetes encargados tanto del ataque como de las etapas de preparación y huida desde la cuesta en que se instaló la emboscada. Entre los subversivos, se ha confirmado la presencia de una mujer de nacionalidad sueca, quien realizó la llamada telefónica alertando al grupo terrorista del inminente paso de la caravana presidencial*”.

Eso decía lo último que leí en un diario de hace un par de días.

Me imagino a Francisco muerto de miedo, inventando frases ingenuas para que no se le note, hablando con palabras bonitas; todo eso que te sale tan bien.

Fue lo que más me gustó de él al principio, lo que me decía, que me llenara de cumplidos, especialmente sobre mi apariencia física. Eso era nuevo para mí. No es que me considerara fea, pero supongo que por mi eterna inseguridad, y porque los suecos —hombres y mujeres— somos malos para los cumplidos explícitos, su constante adulación me maravilló. Que era bonita, que tenía un cuerpo fenomenal, que hacía el amor como una diosa. Exagerado, lo sé. Pero al final una siempre quiere escuchar esas cosas, aunque sepa que no son del todo verdaderas.

—Soy Francisco, el amigo de Diego. Nos vimos el otro día, en *Stora Torget*, ¿te acuerdas? —me dijo al teléfono.

Diego, la ex pareja de Gabriela, me lo había presentado un día que nos topamos en el centro.

—Ah... sí, claro... ¿cómo obtuviste mi teléfono? —contesté desconfiada.

—Diego me lo dio. Lo convencí porque le dije que mis intenciones contigo eran serias. ¿Quieres salir a comer?

Desde el primer momento, su forma de abordarme fue tan latina. Me provocó entre risa y curiosidad, pero después me gustó ese modo protector. Me acordé de Gabriela: le pasó lo mismo con Diego.

—Tienes los ojitos verdes más lindos que he visto nunca —me dijo Francisco la noche que salimos a cenar.

Yo caí rendida, obvio. Dos meses después estábamos viviendo juntos, en mi casa. Claro que no hubo una “decisión” de irse a vivir juntos, sino que lo supe cuando vi aparecer un cepillo de dientes nuevo en mi baño.

Una noche, después de hacer el amor, Francisco me dijo que había jurado no involucrarse sentimentalmente con nadie en Suecia porque su objetivo era volver a Chile a pelear contra la dictadura. Me contó lo que le había pasado a su familia, cómo habían encarcelado a su padre, cómo desde entonces vivían repartidos por el mundo. Me contó del odio que sentía y me habló de la justicia, de la lucha, de lo que había que hacer en Chile.

Me pareció bonito. Gabriela nunca me había hablado de esas cosas.

—Todo este tiempo, en lo único que he pensado es en el momento que voy a volver —añadió—. Y estoy ahorrando para eso. Porque no pienso ir a buscar trabajo. Hay otras cosas que hacer.

—Pero entonces, ¿por qué te involucraste conmigo? —le pregunté, nerviosa.

—Eso no lo tenía planeado, Kattita. Hay cosas en la vida que solo ocurren y uno no las puede evitar.

No me quedó claro si las “cosas que ocurren en la vida” le habían hecho cambiar sus planes o no. Es decir, no me quedó claro en ese momento, pero sí tres meses más tarde, cuando me anunció que había comprado su pasaje.

Me puso ante los hechos consumados, igual que cuando se fue a vivir conmigo, igual que siempre. Hablar no, mejor no: compromete demasiado. Muy típico de los hombres, sobre todo los chilenos.

Del único compromiso que Francisco hablaba era del político. Estaba en el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, un grupo del Partido Comunista a cargo de las acciones armadas. Se sentía muy orgulloso de ello. Para él, nada era tan importante como eso. Tampoco nuestra relación, por supuesto.

Con el tiempo, y mirando a otras parejas y familias acá, llegué a la conclusión de que muchos hombres usan el compromiso político como excusa para no asumir la vida de pareja, los hijos, las obligaciones de la

casa. Eso pasó con Francisco: él quería que yo me quedara a cargo de los detalles domésticos—aseo, loza, ropa, compras, etc.—para que él pudiera dedicarse a la “revolución”. Incluso, cuando había reuniones en nuestro departamento, él se incomodaba si yo opinaba.

Por supuesto, no era capaz de reconocerlo abiertamente. Son cosas inconfesables, sobre todo para un “revolucionario”. El prototipo masculino del Che Guevara también es el sueño de una forma de vida: sin compromisos afectivos, cotidianos, concretos, y con el argumento perfecto.

Las peleas se hicieron muy frecuentes y Francisco comenzó a llegar cada vez menos a la casa. Las reuniones, las obligaciones políticas, dijo. La lucha contra la dictadura estaba entrando en una etapa decisiva. Era el año decisivo, dijo.

Después encontré una carta de otra mujer en uno de sus bolsillos. Era obvio que tenían una relación. Seguramente ella sí le lavaba la ropa y la loza. Me dio más rabia que pena, pero decidí que tenía que mostrar lo que valía, al menos a mí misma. Nada de mujeres llorosas rogando por el regreso del macho al hogar.

Llamé a Juan, uno de sus amigos del Frente.

—¿Cómo que trabajar con nosotros? ¿En qué? —me preguntó sorprendido. Casi irritado.

En lo que sea. Sé lo que ustedes hacen y sé que con lo prejuiciosos que son en este país soy útil para cualquiera de sus acciones. Jamás sospecharían de una gringa, para nada. Tienes la obligación de transmitir mi oferta. Tus jefes sabrán si les interesa o no. No es algo que tú puedas decidir, ni Francisco.

Es raro. El primer tiempo en Chile pensaba muy poco en Suecia, en mi familia, en mi vida allá. Solo tenía cabeza para todo lo nuevo que vivía a diario. Además, pensar en mi familia significaba ponerse a imaginar cómo les podría explicar todo esto. Algo imposible. Menos cuando ni siquiera habían entendido que decidiera viajar para acá solo tres semanas después que partió Francisco.

Fueron tres semanas interminables, en las que sentí las fauces de la soledad profunda, el hoyo negro, como cuando desapareció mi mamá.

Y odié a Francisco, y también a Gabriela. Ella era responsable, directa e indirectamente, porque se fue a Chile y me abandonó. Porque pensó solo en ella. Y porque me hizo pensar que yo también tenía un lugar para mí.

Fue Håkan, mi hermano, quien me presentó a Gabriela. Raro. Llegó con ella a una celebración de *Midsommar*²⁴ en Ullfors.

Las chicas de Håkan me tenían sin cuidado. Él me tenía sin cuidado. Éramos demasiado diferentes. Él no era un desadaptado. Por el contrario, siempre hacía las elecciones correctas. Hablaba de "mamá Inger" y de sus "hermanos", cuando se refería a los hijos de ella. Yo siempre los llamé por sus nombres: Annika, Marie y Tomas.

Y ese *Midsommar* llegó con esta chica de pelo negro y muy largo; bonita, aunque no demasiado; y seria. No me agradó, aunque me gustó que Håkan apareciera con una "*svartskalle*",²⁵ porque pensé que ello incomodaría a mi papá y a Inger.

No me gustó, pero había algo en ella que me llamó la atención. Hasta donde pude ver, conocía nuestras costumbres: comió arenque con papas cocidas, tomó *snaps*,²⁶ cantó *snapsånger*²⁷ y concursó en el lanzamiento de la bota de goma.

Cuando se fueron, ella se despidió de papá y de Inger, pero no de mí.

A fines de agosto, al volver a clases a *Katedralsskolan*, la vi de nuevo. Antipática. Miraba a todos por sobre el hombro, con una mirada entre desconfiada e indiferente.

Ya no estaba con Håkan, pero ella y Ullrika, su amiga, se juntaban con ese grupo de chicos del tercer grado, el mismo grupo de Christian, a quien yo tenía en la mira. Si me reconocí, no lo sé. El caso es que no me saludó.

Tres meses después nos encontramos en una reunión de chicas en casa de Marie, que resultó ser una amiga común. Me di cuenta de que sí se había fiado en mí, porque cuando ya habíamos bebido bastante cerveza, se me acercó:

²⁴ Celebración del soscicio de verano.

²⁵ Cabeza negra.

²⁶ Trago de aguardiente.

²⁷ Canciones que se entonan para tomar "snaps".

—¿Me puedes decir qué es lo que más te molesta de mí? ¿Será que no te gusta que tu hermano se haya fiado en una *cabeza negra*?

—Me da lo mismo lo que haga o no haga mi hermano —le contesté, un poco sorprendida y molesta por lo directo del acercamiento.

—Bueno, entonces ya tenemos algo en común —dijo y se rió con ganas. No recuerdo cómo fue. El caso es que después salimos todas a bailar a *Snärkes Nation*, el local de estudiantes que estaba de moda en ese entonces en Uppsala y, durante toda la noche, conversé y bailé y me reí con Gabriela. Nunca más dejamos de ser amigas, hasta hoy.

Bueno, no sé si hasta hoy, ya no estoy segura. Nunca supe cómo tomó esto de que me viniera a Chile con Francisco. La verdad, nunca supe si lo supo, porque no he vuelto a tener contacto con ella. Nunca me escribió después de viajar a Chile.

Y se quedó. Al parecer se quedó, según me dijo Ricardo, su hermano. Pero él tampoco tenía mucho contacto con ella.

—¿Han sabido algo de Ricardo? —le pregunto a Adriana.

Adriana deja de arreglar las cosas de la bandeja y me mira fijamente. Veo el miedo en sus ojos:

—A Ricardo lo detuvieron —responde muy bajito— la semana pasada. Está incomunicado.

Siento el vértigo de nuevo.

A Ricardo lo conocí una de las pocas veces que acompañé a Gabriela a su casa. Eso no ocurría a menudo, porque ella no era muy cercana a su mamá. Creo que incluso se avergonzaba un poco de ella. No le gustaba hablar de su familia. Y como a mí tampoco me gustaba hablar de la mía, me acomodaba perfecto.

Después su mamá se volvió a Chile y ella se fue a vivir sola. Su papá vivía en Gotemburgo y nunca lo conocí.

Yo también vivía sola desde los diecisiete años, cuando mi papá me compró un departamento con la herencia de mamá y me dejó irme de la casa. A esas alturas, él también —y por supuesto Inger— quería que me fuera. La convivencia —si a eso se le puede llamar convivencia— era insostenible. Nunca logré adaptarme a su vida familiar. Nunca quise. Y me sentía orgullosa de eso.

Así es que tanto Gabriela como yo vivíamos lejos de nuestras familias, y decidimos acompañarnos.

Volví a encontrar a Ricardo acá, en Santiago, cuando llegó a una de las reuniones de Francisco en mi casa. Pero no fue cariñoso; más bien parecía incómodo de conocerme. Eché de menos a Gabriela cuando lo vi. La he echado tanto de menos. He querido contarle tantas cosas; sobre todo de ese día, cuando hice la llamada telefónica. Es increíble, pero no se lo he podido contar a nadie:

—Operadora, por favor déme el 85 01 924...

—Un momento, por favor.

Los segundos me parecieron siglos. Escuché las motos de los policías pasando frente a mi ventana en la casita en el Cajón del Maipo.

—Aló...

—Compañero...

Recuerdo que hubo un silencio que me pareció eterno.

—Sí, dime...

—Ahí van. Mucha suerte.

Antes de colgar, levanté el auricular para que él pudiera escuchar las sirenas de los vehículos de la comitiva; la comitiva del dictador. Cuando entré a la pieza a buscar mis cosas, miré por la ventana: el cielo estaba celeste, despejado; la primavera ya casi había llegado, y por primera vez desde que llegué a Chile, eché de menos el cielo de Uppsala.

Ahora me pasa lo mismo: echo de menos el cielo de Uppsala, el aire. Odio este encierro.

9. Necesito un poco de modernidad (1982)

Despierto en una pieza semioscura. Escucho voces. Son mujeres. Hablan en tigríña.²⁸ Trato de escuchar lo que dicen pero no puedo. Trato de levantarme pero no puedo: tengo las piernas amarradas, separadas. Levanto la cabeza y veo un destello. Una mujer muy negra con la cara llena de cicatrices verticales desde los ojos hacia abajo levanta un cuchillo que brilla a la luz de la vela. Acerca el filo al fuego. No la veo bien; sus facciones se confunden con la oscuridad. Otra mujer se acerca y me levanta el vestido. Es Jerom, la abuela de Medhani. La negra acerca el cuchillo a mi pubis. Trato de gritar. La voz no me sale. La mujer de al lado asiente con una sonrisa.

—Bien. No debes quejarte: sería una deshonra para tu familia, para Zahra.

Siento el filo cortando la carne entre mis piernas. El dolor se mezcla con las ganas de vomitar. La negra levanta un pedazo de carne sangui-nolento. Mi clitoris me duele y me arde. Siento las pulsaciones subir desde mi vagina mutilada hasta mi cabeza.

Jerom dice:

—Ahora sí Medhani se casará contigo, tzahda.²⁹

La negra toma otra cosa de la mesa. Veo una enorme aguja, como un clavo negro con un orificio en la cabeza, enhebrado con un hilo grueso, crudo.

—Te vamos a coser bien, pero no te preocupes, cada vez que vengan los niños, nosotras mismas te vamos a abrir, y después te volveremos a coser —dice Jerom.

²⁸ Idioma oficial de Eritrea.

²⁹ Blanca, en tigríña.

Zahra, la mamá de Medhani, está parada a su lado. Sonríe.

La negra lanza un grito gutural y se dispone a clavar la aguja.

—¡No lo hagas! ¡No lo hagas! —la voz al fin me sale.

—Gabriela, ¡qué pas! —Medhani me abraza. Luego me sacude.

Lloro. Gimo y lloro. Él me abraza más fuerte. Le saco las manos de mi espalda. Me doy vuelta hacia el otro lado y me ovillo.

—Quiero irme a Suecia —le digo sollozando.

—Cálmate, Gabriela. Fue solo una pesadilla —responde cariñoso.

Miro la pared. La pintura color verde claro se está descascarando. Debajo aparece el barro seco. Una cucaracha cuelga de una telaraña.

—Quiero irme a Suecia —le repito.

Medhani calla y luego responde:

—¿Suecia? ¿Pero por qué? —habla suave, como siempre—. ¿Qué estabas soñando?

No sé si contarle. Para qué. Ya nada es como antes.

Conocí a Medhani en *Stora Torget*, en Uppsala, uno de esos sábados por la mañana en que los latinos se juntaban, a pesar del frío, a mirar pasar a la gente, a concertar la fiesta de la noche y enterarse de las últimas novedades. Yo estaba ahí.

Medhani apareció con su pelo afro, vestido de chaqueta y pantalones verdeoliva, bototos y una boina negra. Se veía bien, con su estilo entre cazador y guerrillero.

—Hola, flaquita —me dijo en “chileno”, cuando nos presentaron.

Aunque no lo había visto antes, era muy amigo de mis amigos. Después supe que era de Eritrea —un país africano que ni siquiera había escuchado nombrar— y que había vivido en Suecia varios años, pero desde hace poco se había ido a vivir a Sudán, junto a su familia.

Era distinto. Tranquilo, seguro. Desde ese sábado se fue acercando a mí de a poco, casi sin que me diera cuenta. Un mes después, se había transformado en mi compañía inseparable de fiestas, cine, bares y tardes de video en mi casa. Era una compañía sin condiciones, sin presiones, sin preguntas. Él solo estaba ahí, con sus historias entretenidas, sus planes descabellados y su optimismo a prueba de todo. Sus relatos acerca de

otros países, personajes, anécdotas, eran como cuentos para mí, que disfrutaba mecida por los efectos del hachís.

Me deslumbró su mirada de la vida: todo era posible, todo imaginable, todo alcanzable.

En dos meses, desde que lo conocí, mi vida se había transformado de algo monótono y gris a un espacio para hacer lo que se me ocurriera.

Un día anunció que se iba. Se volvía a Sudán, a su casa. Y me invitó a irme con él. Primero a Milán, a ver a su hermana, y luego a Khartoum, donde vivía.

Me pareció emocionante y propio de las cosas que él decía que podían pasar en la vida: viajar al otro lado del mundo, a otro continente, recorrer un país desconocido, conocer una nueva cultura.

—Con todos los gastos pagados —dijo riendo—. Podemos viajar, conocer a mi familia, a mis amigos, y pasarlo de lo mejor. Si no te gusta, te vuelves de inmediato. ¿Qué puedes perder? ¿O tienes algo mejor que hacer allá, *shikorína?*³⁰

Claro que no tenía nada mejor que hacer en Uppsala. Estaba trabajando en una boutique desde hacía seis meses, porque no sabía bien qué hacer. Había terminado la secundaria y no había ninguna carrera universitaria o de otro tipo que me llamara la atención.

De mis amigos de *Katedralskolan*, solo quedaba Katta. Que tampoco sabía qué hacer con su vida. Todos los otros estaban en la universidad, en Uppsala, otras ciudades, o en el extranjero, o estaban trabajando. Me daba un poco lo mismo, porque igual me habían aburrido.

Yo no quería nada de eso, nada definitivo. Quería viajar, conocer, estar en movimiento. Eso de estudiar una carrera para después dedicarse a hacer lo mismo día tras día, durante el resto de tu vida, no era algo para mí, de eso estaba segura. Así es que decidí trabajar para juntar plata. Con Katta habíamos hablado de viajar a Nueva York por un tiempo más largo, seis meses o algo así. Ella estaba trabajando desde hacía tiempo y había ahorrado bastante. Ahora solo faltaba yo.

³⁰ “Amorosa”, en tigríña.

—¿Cuánto tiempo tengo para pensarlo? —le pregunté a Medhani después de reponerme del ofrecimiento.

—Hasta pasado mañana a esta misma hora —dijo.

Suecia me tenía aburrida. Uppsala me tenía aburrida. Ya no había lugares, ni chicos, ni nada divertido que me sorprendiera. Mi madre y Ricardo habían vuelto a Chile y mi papá me visitaba una vez al mes. Sin su mujer sueca, claro. Eran visitas formales que él se sentía obligado a hacer y yo me sentía obligada a recibir. Mal que mal, viajaba cinco horas desde Gotemburgo solo por mí. Y yo reconocía —y de alguna manera apreciaba— su esfuerzo.

Pero ahora tenía la oportunidad de viajar a uno de esos países que casi nunca están en tu hoja de ruta porque son demasiado caros, demasiado extraños y demasiado complicados para visitar.

Era una buena oferta.

—¿Así es que te vas a Sudán? —Katta me miraba detrás de su taza de chocolate caliente del café *Ofvandahls*, nuestro lugar de encuentro preferido las tardes de invierno.

—Así parece. Con los gastos pagados y por el tiempo que quiera. ¿No lo encuentras emocionante? —respondí.

—Sí, más o menos. Entretenido por lo menos. Aunque eso de viajar a un lugar tan raro y depender totalmente de un hombre me pondría un poco nerviosa.

—No es tan distinto a cuando tú te quedaste en casa de John en Londres casi seis meses —contesté.

Me irritó su falta de entusiasmo. Ella era mi amiga. Quería que me dijera que todo estaba bien, que me fuera sin pensar en nada. Porque nadie más lo diría; de eso estaba segura.

—¿Ya lo tienes decidido?

—Sí. Y se lo diré a Medhani esta tarde —concluí.

En Milán, estuvimos una semana en la casa de la hermana de Medhani, Azieb. Yo estaba un poco nerviosa de conocer a alguien de su familia, sobre todo a una mujer eritreana. No sabía cómo reaccionaría.

Tampoco lo supe: ella era muy callada; llevaba solo un año en Italia pero se veía muy europea, más que Medhani. Era muy bonita, como esas

modelos africanas famosas. No me habló mucho al principio, pero varias veces la sorprendí mirándome de reojo. Sabía inglés e italiano, pero casi siempre hablaba solo con Medhani, en *tigríña*, y él me traducía.

Después de esa semana, viajamos a Khartoum, Sudán.

De eso hace ya casi un año.

—Si estás diciendo que quieres volver a Suecia por la pelea de ayer, olvídalo. Yo ya lo olvidé —dice Medhani y trata de darme vuelta para verme la cara—. Y si es por lo de mi mamá, puedo hablar con ella de nuevo. Pero supongo que no querrás olvidarte de nuestros planes, ¿verdad?

Me levanto, tomo agua del jarro de lata que está en el velador y me pongo la *Jelleviah*.³¹

—Voy a tomar desayuno —le digo sin mirarlo y sin contestar.

Salgo al patio. Afuera está lleno de camas con gente durmiendo. Hermanos de Medhani, tíos, primos, amigos de la familia. Nada fuera de lo común. Alrededor de quince personas.

Aún es temprano, no deben ser más de las seis de la mañana pero ya hace calor. Voy hacia la cocina. Ararat, la empleada, está hirviendo té. Es gorda, con la piel negra y tirante; lleva el pelo motudo muy corto, tiene una sonrisa enorme. Me ofrece desayuno. Me siento en la mesa y desayunamos juntas: un vaso de té negro con canela, clavo de olor y mucha azúcar, y pan fresco con puré de porotos negros. Sabe bien. Ella trata de contarme cosas, como siempre. Le entiendo menos de la mitad, pero no importa; a ninguna de los dos nos importa. Ella está contenta de que la acompañe y yo me siento mejor ahora que estoy con ella.

Es verdad que este viaje ha estado lleno de cosas maravillosas y nuevas, pero también es verdad que las cosas con Medhani no fueron como esperaba: discutimos mucho, hasta el punto de que él a veces evita estar conmigo. Cada vez con más frecuencia no llega a casa después del trabajo y se va a donde unos amigos. Y yo me quedo acá sola, hasta la noche. Bueno, sola no, con su familia, pero es más o menos lo mismo.

Esto de venir a Sudán fue divertido solo al principio, hasta que apareció la madre de Medhani, Zahra, en la casa de Khartoum. Venía

³¹ Túnica árabe.

desde Port Sudán, donde la familia tiene una segunda casa, y no nos habíamos conocido hasta entonces.

Con su llegada, toda la casa comenzó a funcionar según la jerarquía familiar eritreana, en la que los mayores deciden todo y los menores acatan. Y cuando digo los menores, me refiero a los hijos, aunque éstos tengan 40 años.

Medhani se sometía a ello y él estaba recién en el primer escalón de la estructura jerárquica.

Lo primero que hizo Zahra cuando llegó de Port Sudán fue quitarnos el dormitorio que ocupábamos con Medhani. "Yo soy tu madre, y tengo derecho a tener la mejor pieza de la casa". A la única persona que eso le pareció raro fue a mí. Mal inicio.

Luego, un par de semanas después, le dijo a Medhani que ella esperaba que nuestra historia terminara pronto, porque quería que él le diera "nietos eritreanos".

Azieb, la hermana de Medhani, ya me lo había advertido en Milán en una segunda visita que le hicimos, cuando finalmente se decidió a hablarme.

—Ya debes haber conocido a mi madre —me dijo un día que nos quedamos solas—. Apuesto a que no ha sido fácil. Ella no quiere ninguna mujer para él, pero sí quiere que tenga hijos. Quiere hijos de Medhani, pero no una mujer. Eso sí, los hijos tienen que ser eritreanos para que ella los quiera. Mi mamá nunca aceptaría nietos de otra raza.

No le di importancia y ni siquiera se lo mencioné a Medhani. Tenía tan pocas intenciones de tener hijos como de preocuparme por una señora celosa con ideas medievales.

Ararat me ofrece otra taza de té. Medhani aparece en el patio, la saluda y se sienta frente a mí. Ella se para a servirle el té. Él ni siquiera se fija. Acá está acostumbrado a que le sirvan. Pienso en cuando estábamos en Uppsala y yo llegaba a la casa tarde, y él tenía la cena lista y el departamento ordenado.

—A lo mejor podemos viajar a Italia de nuevo, a ver a Azieb —me dice Medhani.

—¿Otra vez? —respondo—. Si estuvimos allá hace solo tres meses.

—Es que tengo que ir por unas cosas de la empresa —me dice.

En el fondo me parece bien. Ambas veces que hemos estado en Milán ha sido entretenido. Y, de alguna forma, él vuelve a ser el que era cuando lo conocí.

Cuando fuimos la vez pasada supe más de él. Me contó de Eritrea, de su paso por la guerrilla, de la separación de su familia, de lo bonita que era Asmara, la capital eritreana, y lo feliz que era él cuando vivía allí. Supe cómo había arrancado de la guerra y llegado primero a Sudán y luego a Suecia, como tantos.

A la casa de Khartoum frecuentemente llega gente que huye de la guerra. El sobrino de un primo en tercer grado de mi abuela... Nadie sabe bien de dónde vienen ni menos cuándo se van. Se van acomodando lo mejor que pueden en el patio de la casa, donde siempre hay camas. A menudo solo traen un par de prendas de ropa amarradas en un género. No tienen nada, ni siquiera planes. En un folleto del EPLF leí una vez que más de 500.000 eritreanos han llegado a Sudán a raíz de la guerra con Etiopía. Y la población de toda Eritrea era un poco más de 4 millones.

Cuando Medhani llegó a Suecia, conoció a una finlandesa con la que se casó para que le dieran el permiso de estadía. Se llamaba Pirikko, igual que la finlandesa que me molestaba cuando yo estaba en *Eriksbergskolan*. Medhani me dijo que se habían dejado de ver después de que a ella la encarcelaron por tráfico de drogas. En todo caso, para ese entonces, ya no estaban juntos, según me dijo.

—Podemos aprovechar de ir de compras, ir al cine, salir a bailar, hacer todo lo que aquí no se puede —continuó Medhani.

La vez pasada dijo lo mismo. Efectivamente, cuando llegué a Milán echaba mucho de menos todas esas cosas, porque en Khartoum lo más entretenido que podías hacer era ir a un lugar a comer unos panes de *hot dog* con salsa de carne, acompañado de un vaso de jugo de mango.

Pero ya no me importaba tanto, ahora el problema era otro: ya no quería estar acá. Y lo que había pasado ayer tenía mucho que ver en ese sentimiento.

—Berhane nos invitó a su casa hoy en la tarde —me dijo Medhani ayer, justo después del desayuno—. Ofrecerá una gran fiesta de celebración a

su hija Belainesh. Insistió en que fuéramos. Sabe que le tienes especial cariño a Belainesh.

Berhane es un cantante eritreano, refugiado en Sudán, al parecer muy conocido, y es uno de los mejores amigos de Medhani en Khartoum. Belainesh, una de sus hijas, tiene siete años. Es muy linda. Los eritreanos son un pueblo de una belleza especial. Tienen la tez color café claro y rasgos muy finos y definidos. Como los felinos.

Belainesh tiene ojos rasgados y una boca pequeña y roja. Su piel brilla de tan tersa y limpia. Cuando sonrío, que es a menudo, muestra dos hileras de dientes como pequeñas perlitas. Su familia no está acostumbrada a recibir *tzahda*³² en la casa. Por ello, y porque son muy amigos de Medhani, consideran nuestras visitas un honor. A la mamá de Belainesh le enorgullece especialmente que yo tenga afinidad con su hija. Desde hace un tiempo, le llevo chocolates, que no son fáciles de conseguir en Khartoum.

—¿Es el cumpleaños de Belainesh? —pregunté—. Entonces quiero llevarle un regalo.

—No. No es su cumpleaños, pero igual tenemos que llevarle un regalo. Es una fecha muy especial para ella —dijo Medhani.

—¿Por qué?, ¿de qué se trata? —insistí.

Es que pasó por el rito de *mknshab*³³ la semana pasada. Y ahora se celebra su entrada al mundo de la mujer. Es algo muy importante en la vida de las mujeres eritreanas.

No podía creer lo que estaba escuchando. Me quedé mirando a Medhani mientras iba al fondo del patio a buscar agua. Se dio vuelta con el jarro en la boca y vio que algo no estaba bien.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—No puedo creer lo que acabo de oír —le dije.

Tenia los dientes apretados.

—No te entiendo —Medhani se puso incómodo.

—Pero a ver si yo te entiendo a ti. Tú quieres que vayamos a la casa de tu amigo a celebrar que castraron a esa niña. ¿No es eso? Y comeremos

³² Blancos.

³³ Circuncisión femenina.

y fumaremos muchos porros y tu amigo cantará, todo en celebración de que la jodieron para siempre.

Me había enterado de esto de la circuncisión femenina por Azieb, la última vez que la visitamos. Una tarde nos fuimos a tomar un café al centro de Milán. Estaba más relajada que las veces anteriores, más abierta a conversar.

—¿Qué te parece mi madre? —me preguntó.

—Fuerte —respondí.

No quería hablar mal de Zahra con alguien de la familia. Eso solo significaría ganarme más enemistades. Y ya las tenía suficiente.

—No me mientas. Es insoportable —me dijo mirándome fijamente—, pero créeme: aún no sabes todo lo insoportable que puede llegar ser. Yo sí.

Y me contó cuánto le había costado convencerla para que la dejara partir de Sudán. Que la tuvo casi dos años esperando.

—¿Y por qué te dejó ir al final? —pregunté.

—Por ella. Se siente muy orgullosa de la independencia que ha logrado. Y se vería feo que su hija tuviera la vida tradicional de una mujer eritreana. Y eso era lo que me esperaba si me quedaba.

—No te imagino allá —le dije—. Te ves como si pertenecieras a este mundo. ¿No echas de menos?

—No. A veces me siento sola —contestó—, pero nunca me dan ganas de volver. Esa no es vida para mí. Me sorprende que tú hayas aguantado tanto tiempo.

—A mí no me parece tan mala esa vida —argumenté—. Por el contrario, es tranquila, protegida, libre de sobresaltos, de angustias. Por lo menos lo que he visto en Sudán.

—Claro. Pero eso es porque eres blanca y porque estás con Medhani —me respondió—: sales a pasear, a comer a los restaurantes de turistas, viajas, y todos te tratan como *tzahda*. Nadie espera que te comportes como una eritreana, si no, no podrías salir y te quedarías encerrada en la casa todos los años de tu vida, cuidando a tu marido, a tus hijos, a tus padres, a tus hermanos solteros, a tus suegros.

Me acordé de cuando llegábamos a la casa de Berhane. Varias mujeres, además de su esposa, comenzaban a moverse apenas nos sentábamos:

unas acercaban una mesa, otras las sillas, otras servían jugo y galletas o fuentes con fruta.

Una vez le pregunté a Medhani quiénes eran todas esas mujeres. Me quedó mirando como si yo preguntara las cosas más curiosas del mundo. "No tengo idea. Serán hermanas de ella o de él. O tías, o primas, qué sé yo", me dijo.

—Y claro, antes de casarte, tendrías que pasar por el ritual de la circuncisión, como lo hacen muchísimas mujeres eritreanas —agregó.

Me pareció inhumano y moralmente asqueroso. Miles de niñas son sometidas a esta "operación" con un cuchillo y sin anestesia: les cortan el clítoris, los labios menores y casi todos los labios mayores. Después las cosen, también sin anestesia, y les dejan un pequeño orificio para que orinen y menstrúen cuando sean más grandes. Las amarran de las piernas, desde las caderas hasta los tobillos para que cicatricen. Cuando se casan, las relaciones sexuales son un tormento, por lo mismo. Y cada vez que tienen que parir hijos, las abren y las vuelven a coser después. Las que hacen todo esto son mujeres, solo mujeres. Por eso los hombres pueden tomar distancia del horror que significa. Total, no es algo de ellos.

Y eso era lo que le habían hecho a Belainesh y que nosotros teníamos que ir a celebrar. Medhani, como hombre, por supuesto no se involucraba en el horror.

—Está bien. Si lo ves desde ese punto de vista, no es necesario que vayamos —dijo Medhani, finalizando la discusión—. Yo le diré a Berhane que no te sientes bien. No iremos. Y no hablemos más de ello. No entiendo por qué te enojas tanto.

Cada vez entiendo menos por qué me pasa esto o aquello, y cada vez se ha puesto más mandón e irritable. Más que conmigo, con el resto de quienes viven en la casa, especialmente con las mujeres. Eso me da miedo. Porque al final, si algo pasa, no tengo cómo salir de aquí, no sin la aprobación de Medhani. Esa idea me ha rondado últimamente y no tengo cómo enfrentarla, ni en mi cabeza ni en los hechos. No es que crea que Medhani vaya a obligarme a nada, pero está claro que, si lo hiciera, yo no tendría cómo evitarlo, ni tengo a nadie que me pueda ayudar a evitarlo.

Quizás ir a Milán no sea tan mala idea. Tal vez pueda aprovechar el viaje a para irme a Suecia. Tal vez sea el momento de dar un giro en mi vida. Otro. Tal vez deba ir a Chile. He pensado mucho en Chile acá. Incluso le escribí a mi madre. Tal vez sea el momento.

—Tienes razón, Medhani —le dije tomando el último sorbo de mi vaso de té y sin mirarlo a la cara—. Me encantaría ir a Milán. Necesito un poco de modernidad.

10. Azieb (1988)

—No seas tan peleadora, *cara*.³⁴ No te queda bien. ¿No se supone que las mujeres son más dulces de donde tú vienes?

Francesca no es racista. Ese no es el problema. El problema es que es mujer. Y eso es casi peor. Nosotras competimos. Es la ley de la naturaleza. Puro instinto. Defendemos lo nuestro o lo que creemos debe ser nuestro. Yo pensaba que solo las mujeres africanas eran así, pero aprendí que así son todas. Así somos todas.

—¿Y qué sabes tú acerca de las mujeres de donde yo vengo?

A Francesca le gusta Piero, nuestro jefe. Y Piero sale conmigo desde hace seis meses. Ella no lo sabe pero lo sospecha. En realidad, nadie lo sabe. Para mí no es fácil salir con un *tzahda*,³⁵ no me termino de acostumbrar. Además, sin estar casados. Mi familia no lo perdonaría. Se supone que los eritreanos somos muy modernos, pero cuando se llega al tema de la familia, las tradiciones mandan.

Piero me gusta. Es buenmozo, tiene dinero y es italiano. Salir con él me hace sentir exitosa. No por haber nacido en *Asmara*, por ser africana, no puedo acceder a lo que cualquier mujer europea, y eso es lo que Francesca no soporta.

En el fondo soy igual que mi mamá. Les quiero ganar a los que me rodean, demostrarles que soy más. Aunque a ella le tocó más duro que a mí sin duda: tuvo una vida como la de cualquier mujer eritreana acomodada hasta que comenzó la guerra. El abuelo, *Bashai*, la casó

³⁴ "Querida", en italiano.

³⁵ "Blanco", en tigríña.

cundo tenía 13 años con mi papá, Gebray Tecle, que tenía 22. Sé que eso es difícil de entender aquí en Europa, pero ella lo terminó amando.

Acá se supone que las mujeres se casan por amor, pero creo que eso es un engaño. Como todas las mujeres, las eritreanas quieren estabilidad, seguridad. Y eso, al final, es dinero, algo muy importante a la hora de elegir pareja y de enamorarse.

Acá es igual. La diferencia es que cuando una eritreana se casa, ella sabe, y toda su familia sabe, que su marido le dará justamente eso: estabilidad y seguridad toda la vida.

Para el hombre eritreano, casarse es un privilegio. No todos tienen dinero para mantener una casa, mujer, niños y a todos los familiares que van llegando con los años. Y para dar seguridad a la novia y a su familia de que podrá mantenerlos a todos, debe regalar a su futura esposa joyas de oro. Mientras más, mejor.

Muchas veces los novios no se conocen antes de casarse. Aquí se escandalizan por eso. Pero no es malo. De esa forma todos saben que el matrimonio no es por interés ni porque uno de los dos es físicamente atractivo, o esas cosas. No, de lo que se trata es que ambos quieren casarse, formar un hogar, tener hijos. Y con quién lo hagan es lo menos importante. El cariño viene después. "¿Cómo te vas a enamorar de alguien si no lo conoces? ¿Y cómo puedes conocerlo si no vives con esa persona?", decía mi abuela.

Mi mamá era feliz con mi papá: era una mujer dulce, cariñosa, preocupada de su familia, pero después que él se fue a la guerrilla, ella cambió y se convirtió en la mujer más fuerte, y también más dominante, que he conocido.

—¿Qué sabes tú de las mujeres de donde yo vengo? —le repito a Francesca.

—Bueno, sé que las educan para ser buenas esposas y tener muchos hijos —respondió—. Que los matrimonios son arreglos entre las familias, y que no pueden andar solas en la calle. Todo el mundo sabe que es así en África. Pero parece que tú no fuiste tan bien educada.

—Eres muy ignorante —respondí—. No toda África es igual.

No toda África es igual. Esa es una frase que nosotros, los *abesha*,³⁶ los eritreanos, usamos mucho. Nos gusta diferenciarnos del resto de los africanos. Decimos que somos más modernos.

En cierta forma, es así. Ser colonia italiana durante más de 50 años convirtió al país, o a Asmara, su capital, en un oasis de modernidad en África del norte. Cuando era muy niña, todavía se podía respirar ese aire europeo en Asmara. Helados italianos, música italiana, parques con juegos infantiles, calles con grandes palmeras y buganvillas de colores, donde las familias paseaban al atardecer. Bueno, todo eso desapareció con la guerra.

También nos creemos distintos porque la raza abisinia es de rasgos más finos y piel más clara que las otras. Eso solo aumenta nuestra pretensión. Mi abuelo siempre hablaba de "los negros", refiriéndose a otros africanos. Como si nosotros no lo fuéramos.

Pero sí lo somos. De eso me he dado cuenta aquí en Italia. Los italianos se han encargado de hacérmelo ver.

Cuando tenía once años mi familia se fue a Sudán huyendo de la guerra. De Asmara, nuestra casa y nuestra vida allá, ya quedaba poco. Desde entonces, siempre escuché hablar de Eritrea casi como el paraíso. Mis abuelos, mi madre y todos los eritreanos que pasaban por nuestra casa en Khartoum se sentaban a recordar, o a imaginar, no estoy segura, y todos hablaban del día en que todos los eritreanos volverían a su país después de la guerra.

Pero yo pienso que la guerra también nos abrió a muchos la oportunidad de vivir una vida mejor, en un país mejor, con más posibilidades. Y yo quería eso para mí.

—¿Así es que Azieab quiere irse a Italia? —dijo mi abuela, *Abshai*,³⁷ una tarde que mezclaba *berberé* en el patio de nuestra casa en Sudán.

³⁶

"Abisinio", en tigríña.

³⁷

Título jerárquico femenino eritreano.

Supe que mi madre ya le había contado nuestra conversación del día anterior. La voz de *Abshai* era un poco sarcástica. No me sorprendió. Se había puesto así con los años. Culpa de *Bashai*.³⁸

En Italia siempre hablan de la opresión que los hombres ejercen sobre las mujeres en el Tercer Mundo, pero yo pienso que allá son las mujeres las que más oprimen a las mujeres. Si una quiere ser distinta, lo toman como una amenaza personal, aunque sea de tu familia, aunque sea tu nieta.

—Sí. Parece que se aburrió de nosotras —contestó Sewit, mi tía viuda—. Claro. Es muy aburrido cocinar, hacer aseo, cuidar niños; sobre todo cuando toda la vida has tenido sirvientes que lo hagan por ti.

Sewit también era hiriente. Yo creo que era porque le tenía envidia a mi mamá y, por extensión, a toda nuestra familia. Era la menor de los once hijos de mi abuela. Se casó cuando tenía casi veinte. Ya vivíamos en Khartoum. Y su marido no tenía tanto dinero, pero por la edad de Sewit, mi abuelo pensó que no se podía regodear mucho, ya estaba vieja. Eso escuché por ahí. No alcanzaron a tener hijos porque su marido murió en manos de los soldados etíopes. Entonces ella se tuvo que venir a vivir a nuestra casa y ayudar con las ocupaciones del hogar, del hogar de su hermana. No era una sirvienta más, pero sí tenía obligaciones: era la forma en que una mujer demostraba gratitud cuando la acogían en una casa.

El día anterior yo le había dicho a mi mamá que quería viajar a Italia. Ya tenía dieciocho años y llevaba tres en la casa sin hacer nada desde que terminé la escuela. Literalmente no hacía nada, porque me cargaban los quehaceres del hogar.

Mi mamá no reaccionó bien, pero tampoco demasiado mal. Me quedé mirando desconcertada. En el fondo, creo que no soportaba que alguien de la familia, alguien a su cargo, la sorprendiera; que hiciera o quisiera hacer algo distinto a lo que ella había pensado. Y, en el caso mío, creo que no había pensado nada.

Le dije que quería lo mismo que mis hermanos mayores, Binjam y Tedros, que vivían en Estados Unidos. O Medhani, que vivía en Suecia.

³⁸

Título jerárquico masculino eritreano.

Italia era un país que ya conocía. Como en todas las familias eritreanas acomodadas, habíamos asistido a la *Scuola Italiana* y hablábamos el italiano como una segunda lengua.

—¿Y qué vas a hacer tú en Europa, se puede saber? —preguntó mi mamá. Tenía los ojos negros, molestos.

—No sé. Estudiar, trabajar. Lo mismo que mis hermanos. ¿O tú piensas que no soy capaz de hacerlo porque soy mujer?

Mi mamá tenía esa contradicción conmigo. Sabía que su condición de mujer independiente era una excepción y estaba orgullosa de ello, pero no necesariamente quería que yo fuera igual, entre otras cosas porque le gustaba ser excepcional.

Mi papá se había ido al EPLF (*Eritrean People's Liberation Front*),³⁹ la guerrilla, hace más de diecisiete años. Yo no lo recordaba. Apenas tenía un año cuando se fue. La ocupación etíope dejó a muchas familias sin jefes de hogar.

En esos casos, el padre de la esposa que quedaba sola, o su suegro, o un hermano mayor o un cuñado, pasaba a ocupar el rol de jefe de familia y se la llevaba, a ella y a su familia, a vivir con él. Y estas esposas solas tenían que someterse a su nueva realidad y demostrar agradecimiento, como mi tía Sewit.

Pero mi madre no. Sacó una personalidad y carácter que nadie le conocía y no solo tomó el mando, pasando por encima de *Bashai* —mi abuelo, su padre—, sino que incluso se transformó en la persona fuerte de la familia, a la que todos acudían para resolver sus problemas.

Binjam, mi hermano mayor, una vez nos contó que hubo un tiempo que ella creyó que mi papá no volvería, que estuvo muy triste, como cuatro meses, pero después sufrió una especie de transformación y se volvió la mujer fuerte y dura que todos conocemos. Según Binjam, ella le dijo que la única forma de serle fiel a nuestro padre, o sea, de no tener un nuevo marido, era ocupando el rol que él había tenido en la familia, de lo contrario el abuelo intentaría volver a casarla.

Cuando la situación en Asmara se hizo insostenible, ella dispuso que nosotros viajáramos a Khartoum con los abuelos.

³⁹ Frente de Liberación del Pueblo Eritreano.

Mi hermano Medhani dice que ella tomó esa decisión cuando le dijeron que papá había muerto. Pero una vez yo le pregunté y me respondió que no sabía si estaba vivo o muerto. Después he pensado que lo dijo para que no sufriendáramos. Lo más probable es que esté muerto.

Ella fue la última de la familia en arrancar de Eritrea. En Khartoum, con *Bashai* formaron una empresa de camiones que transportaba mercadería desde y hacia el puerto de Port Sudán, junto al Mar Rojo. *Bashai* tenía dinero. En poco tiempo, mi mamá se hizo cargo de la empresa. A mí me daba gusto ver cómo mandaba a los empleados, y también a mi abuelo. Claro, mucha gente comenzó a hablar mal de ella, sobre todo las mujeres.

Yo la admiraba al principio, hasta que empecé a sufrir en carne propia su necesidad de dominar todo.

No me prohibió irme a Europa, sabía que no se vería bien que lo hiciera, sobre todo ante mis hermanos mayores, pero me hizo esperar más de dos años en Sudán. Decía que mis papeles se demoraban, pero yo sabía que era mentira: los de mis hermanos nunca se demoraron más de seis meses.

Me fui. Pero cuando ella quiso.

Desde que vivo acá hemos hablado muy pocas veces. Y digo que es porque es difícil comunicarse con Sudán, pero la verdad es que no lo intento a menudo. Ella me recuerda una parte de mi vida, una parte de mí que no me gusta.

—Azieb, ¿puedes venir a mi oficina, por favor?

Piero acaba de entrar. Me mira casi con indiferencia. Es lo que hemos acordado.

—Voy inmediatamente —le contesto.

Sé que Francesca mira toda la escena con desconfianza. Paso delante de ella y antes de cerrar la puerta de la oficina de Piero la miro con una sonrisa de triunfo. Es la naturaleza de las mujeres.

—Veo que una vez más estás enredada en una discusión con Francesca —me dice Piero.

—Créeme que no es mi intención —le aseguro.

Piero me cree. Me entiende. Y pienso que de verdad me quiere. A pesar de que intenté mantenerlo alejado al principio, se ganó mi cariño. Para él tampoco es fácil andar con una negra, como me llamó su madre.

Al principio él pensó que todo iba a ser normal. Fuimos a visitar a sus padres a Padova, pero bastó esa sola vez para darse cuenta de que era mejor no volver. Le dije que no se preocupara, que mi familia seguramente reaccionaría aún peor, que mejor lo manteníamos como algo nuestro.

—Me gustaría saber cómo lo hacen los hombres en tu país cuando se enamoran de la mujer incorrecta. Seguro debe haber alguien que se rebela contra estos matrimonios arreglados —me dijo una noche que se quedó en mi departamento.

—Bueno, mi abuelo raptó a mi abuela cuando ella tenía once años —respondí—. Él tenía veinte. El padre de ella no aprobaba el enlace. Ellos eran de origen Tigre,⁴⁰ y la familia de mi abuelo Tigrña.⁴¹ Así es que él apareció por su aldea una mañana, la subió a su caballo y se la llevó. Estuvieron desaparecidos una semana. Cuando volvió, mi bisabuelo tenía dos alternativas: reconocer esa unión o cargar con la deshonra que la desaparición de su hija significaba para la familia. Entonces hizo una gran fiesta. Mi abuela siempre lo cuenta con orgullo. Dice que duró tres días, que sacrificaron muchas cabras, y que mi abuelo le regaló casi medio kilo de oro en joyas. Creo que ese fue el argumento que terminó por convencer a mi bisabuelo.

—¿De verdad crees que esas relaciones obligadas dan resultado? —me preguntó Piero.

Estaba serio.

—Bueno, igual que cualquier relación. A veces sí, a veces no —respondí. La verdad no sé si podría formar familia con alguien de otro país. Si tuviera una hija con Piero, ¿cómo la educaría? Al final siempre sería un problema. Si fuera hombre sería más fácil. Ellos siempre tienen más libertad, no importa si son africanos o europeos.

⁴⁰ Una de las tres principales tribus eritreanas.

⁴¹ Otra de las tres principales tribus eritreanas.

El único de nuestra familia que ha tenido una pareja extranjera es Medhani. Estuvo algo más de un año con una chilena. Al menos es la única que le conocemos. Gabriela se llamaba. Vino a Milán con él un par de veces. La última vez fue hace seis años. Ya estaban mal. Se separaron un tiempo después.

No la recuerdo mucho. No sé bien cómo era. Tenía mi edad, pero había viajado más. No sé como serán los latinoamericanos, pero creo que ella tampoco se llevaba muy bien con los suyos. Si no, no se entiende qué andaba haciendo al otro lado del mundo con un africano.

Aunque se llevaba bien con Medhani, nunca me dio la impresión de que era algo serio, como para casarse. Vivieron en Khartoum casi un año, pero mi mamá no la soportó. Incluso se peleó con Medhani por ella. Claro, le estaban quitando su hijo, que ella consideraba de su propiedad. Después Medhani volvió a Suecia con Gabriela, pero se separaron. No sé por qué. Él no me ha contado. Yo tampoco le pregunté.

A veces pienso que tampoco podría formar familia acá con un eritreano. No sabría cómo criar a una hija mujer con él, o cómo actuar como esposa. ¿Podría trabajar? ¿El me ayudaría con las cosas de la casa? Imposible. ¿Y cómo educar a una niña para ser un ama de casa si va al colegio desde chica? ¿Si desde siempre sabe lo que es el mundo y todo lo que tiene para ella? Además, yo no estaría de acuerdo.

No me gusta pensar en eso, creo que no tiene solución. Tampoco cuando termine la guerra, que dicen será dentro de poco. El año pasado el EPLF obligó a los etíopes a retirarse de varias ciudades eritreanas. Pero yo no voy a volver. Lo tengo decidido. Aunque no me atrevo a decirselo a mi familia. Les dolería mucho. A mis abuelos sobre todo. Pero no hay nada para mí allá. Nadie.

—Azieb, no podremos viajar a Florencia este fin de semana.

Piero no me mira cuando me lo dice.

—Pero... ¿por qué? —respondo tratando de mantener el tono tranquilo.

—Porque mi mamá me acaba de comunicar que se viene a mi casa esos días... es más, viene por cinco días.

No sé qué se supone que tengo que decir en estas situaciones: si enojarme o ser comprensiva; si tratar de buscar alguna solución o

rearmar los planes para otro momento. Lo único que sé es que me invade el cansancio de solo tener que pensar en cómo salir dignamente de situaciones tan indignas como ésta.

Al final los italianos son más parecidos a los *abeshah* de lo que una misma cree. La mamá de Piero es igual de dominante con él que la mía con Medhani. Al final, a veces estoy en la misma situación que estaba esa chica de Medhani: en un país que no es el mío, con una pareja cuya familia piensa que una no es suficiente para él. Y siento que estoy metida en una trampa y que no tengo cómo salir.

Me pregunto qué habrá sido de mis amigas de Abrehert, por ejemplo, mi mejor amiga. Tenía un año más que yo. Íbamos juntas a la *Scuola Italiana*. Claro que ella se retiró cuando cumplió 10 años. Dejó de ir de un día para otro.

Recuerdo que la fui a buscar a su casa, pero una tía me dijo que no podía salir a jugar. Después, vinieron a avisar que su padre ofrecía una fiesta en celebración de su *mknsheb*.⁴² Mi abuelo, que era amigo de su padre, le llevó unos aros de oro de regalo. Eran preciosos y me dio mucha envidia. Cuando llegamos, ella estaba sentada en un sofá en la sala, vestida con nuestras ropas tradicionales, muy bonitas. Tenía un peinado hermoso, de mujer grande, con muchas trenzas que recorrían su cabeza desde la frente hacia atrás. Tenía un *netzel*⁴³ que cubría su espalda. Unos músicos tocaban en el patio el *kirar*,⁴⁴ el *wata*,⁴⁵ y el *keboro*,⁴⁶ y su madre y otras mujeres atendían a los invitados. De vez en cuando se escuchaba el *mhela*⁴⁷ de las mujeres. En una cama al costado de la pieza, estaban los regalos que le traían los invitados, muchos de ellos abiertos. Había una radio cassette, un reloj de pulsera, un secador de pelo, tres o cuatro rollos de telas muy bonitas, todas importadas, según me contó.

—¡Qué afortunada eres! —le dije cuando finalmente pude acercarme a ella.

⁴² Circuncisión femenina.

⁴³ Velo blanco, parte del traje típico femenino eritreano.

⁴⁴ Instrumento musical típico eritreano.

⁴⁵ Ídem.

⁴⁶ Ídem.

⁴⁷ Grito típico con el que las mujeres eritreanas expresan alegría.

Me miró con satisfacción. Ella también se sentía afortunada. Se acercó para decirme algo en voz baja. Cuando se movió, hizo una mueca con la boca: algo le dolía mucho. Con una mano, se afirmó del brazo del sillón y con la otra se acomodó algo entre las piernas.

—Ahora soy mujer —me dijo. Mi mamá dice que ahora podré casarme, tener vestidos de grande, aceitarme el pelo y pintarme las manos y pies con *henna*.

Después de eso, casi no salió a jugar más conmigo. Su familia fue una de las primeras en irse de Asmara cuando llegaron los etíopes. No la volví a ver. En Khartoum supe que se había casado y que se había ido con su marido y un hijo pequeño a Inglaterra. Creo que tenía quince años entonces. Debe haber sido difícil para los ingleses aceptar que llegara una niña de quince años, casada y con hijo, y considerar que eso no es delito.

En ese sentido Francesca tenía razón: muchas mujeres de mi país son más dóciles, como los gatos capados. Por suerte yo no fui una de ellas. Quizás por eso no sé cómo manejar las situaciones humillantes, no sé manejar la humillación.

—Podemos viajar la semana que viene... —dice Piero.

Lo miro en silencio. Pienso que la culpa le quita el atractivo hasta al más guapo de los hombres.

—También podemos no viajar —respondo, casi al aire.

—No te pongas así —me dice mientras se acerca y me abraza por atrás—. Tú sabes que me encanta estar contigo.

Pienso en mi mamá no sé por qué. Pienso en qué habría hecho ella, qué habría dicho. Ella jamás estaría en esta situación, aunque estuviera enamorada, como yo. Por un tema de orgullo. Quizás me falta orgullo. Quizás soy dócil después de todo. Quizás soy igual que todas.

11. Carta desde Sudán

Khartoum, 4 de abril de 1982.

Querida mamá:

Hace tanto que no te escribo que quizás esta carta te parezca extraña, pero no lo es. A veces las cosas deben tener su curso antes de volver a su cauce normal. Y quiero que el cauce normal de nuestra relación sea la de una madre y una hija que se quieren y pueden compartir sus cosas.

Como sabrás por Ricardo, estoy desde hace seis meses viviendo en Sudán. ¿No sabes dónde queda? Yo tampoco lo sabía, hasta que vine. Está en el noreste de África, al lado de Etiopía y al sur de Egipto. ¿Te acuerdas cuando tú eras la que me contaba de estos países lejanos? Y me decías que algún día iríamos juntas a conocerlos. Ahora estoy aquí.

Supongo que Ricardo también te habrá contado sobre Medhani, mi pareja y la razón por la cual vine. Es un eritreano que conocí en Uppsala. Tiene veintidós años y trabaja acá en una empresa de transportes de su familia, pero vivió cinco años en Suecia antes de volver acá, así es que tenemos mucho en común por ese lado. Se llama Medhani Gebrai (porque su papá se llamaba Gebrai Tecle, y aquí los hijos llevan como apellido el nombre de pila de su padre. ¿Bonito, no te parece? Y simple, sobre todo).

La historia de su país tiene algo parecido a la de Chile. Hace más de veinte años Eritrea fue invadida por Etiopía. Desde entonces hay una guerra interna que ha hecho que muchos eritreanos deban huir a otros países, como la familia de Medhani. Él estuvo en la guerrilla eritreana cuando era muy joven, así como sus dos hermanos mayores y su padre. De su padre no sabe hace más de diez años. A veces piensa que está

muerto, pero después piensa que debe estar vivo, porque de lo contrario la guerrilla les habría avisado.

Bueno, Medhani me ha ayudado a entender muchas cosas de mi pasado y a reconciliarme con cosas que son mías pero que yo había dejado de lado. Quizás te parezca raro que tuviera que venir a África y escuchar a un africano para que esto sucediera, pero no es tan raro.

Esta sociedad y su gente se parecen tan poco a todo lo que he conocido hasta ahora, que me ha permitido ver las cosas con distancia, toda mi vida, la parte de Chile y la de Suecia, y desde puntos de vista nuevos, sin la carga de sentimientos que tenía antes. Me he sentido más tranquila, más libre para ser yo misma, sin tener que responder a las expectativas de nadie.

Acá todo es muy pobre. De hecho, cuando llegué me choquéo un poco. Toda la ciudad estaba llena de imágenes de esas que uno solo ha visto en documentales de la televisión. La casa de Medhani es tanto o más modesta que la casa de campo que tenían las tías en las afueras de Temuco: de adobe, sin vidrios en las ventanas y con muy pocos muebles, más que nada camas.

Pero después comencé a comprender que la pobreza, así como yo la vi, no siempre es tal. La familia de Medhani de hecho tiene mucho dinero. Y hemos visitado a amigos que tienen una situación muy acomodada en la sociedad sudanesa, pero que de todas formas no tienen casas lujosas. Es como una opción por lo simple, por no preocuparse ni por los muebles, ni la ropa, ni la vajilla, ni los adornos, etc. Nada de lo material.

Entonces comes más o menos lo mismo todos los días porque se trata de saciar el hambre, no de festinar a cada rato. Te vistes de la misma forma porque todos andan con las mismas túnicas, jelleviah (que además son la mejor ropa para el calor). No ensucias platos ni servicio porque la comida se sirve en una bandeja enorme, común, de la que todos comen con la mano. Y, así, terminas acostumbrándote a una vida en la que las cosas materiales pasan a segundo plano y todo se simplifica. Y te sientes más libre. Y más alegre. Y te das cuenta de cómo puede ser la vida. Tan distinta a la que conocemos. Tan sencilla pero tan rica a la vez. Y feliz.

Se vive cada minuto del día, aunque no se hagan muchas cosas. El tiempo se siente y uno lo disfruta con una profundidad desconocida en el mundo occidental: profunda y simple a la vez, como es la vida en realidad.

Además, todo va a una velocidad de carreta: no hay inquietudes, apuros, nada. Cada actividad es importante: no se hacen dos cosas a la vez. No tomas té y lees. O lees, o tomas té. Y ambas actividades son importantes, en el sentido de que se les dedica tiempo y se disfrutan. No conversas y escuchas música: o conversas o escuchas música. Entonces uno disfruta la ducha de la mañana, las compras en el mercado, cada una de las comidas, todos los encuentros con amigos, etc.

Todo lo relacionado con comer o con la mesa es muy importante. Es un momento de compartir con los otros. No solo la compañía, sino también la comida. Se come en unas bandejas grandes de aluminio sobre las que ponen varias capas de unos panqueques ácidos que se llaman ingerá. Sobre la ingerá ponen salsa de carne con tomate, muy picante. Y eso se come con la mano. Pero existen estrictos modales de mesa, como que tienes que lavarte las manos antes de comer, que solo puedes comer de tu lado de la bandeja, que no puedes comer con la mano izquierda ni dejar que los dedos con los que comes toquen tus labios, ni mucho menos chuparte los dedos. Además, cuando te pasan algo en la mesa, hay que recibirlo con las dos manos en señal de agradecimiento.

Tomar café o té también son procedimientos muy importantes. El té lo sirven espeso, en pequeños vasos de vidrio. Viene negro, condimentado con clavos de olor y muy dulce. El café se prepara con un complejo procedimiento que dura alrededor de 45 minutos. Así es que cuando te dicen, "quédense para un cafecito", hay que calcular al menos una hora y media más de estadía.

¡También hace mucho calor! Al principio lo encontré insoportable. Pero acá he aprendido que todo es soportable. Hemos llegado a tener 46 grados a la sombra. Y más encima es común que se corte la electricidad, lo que quiere decir que nos quedamos sin ventilador, sin refrigerador, y por supuesto sin tele o radio, etc. He transpirado tanto que incluso he visto las yemas de los dedos o los lóbulos de las orejas con gotitas de transpiración. Todo transpira. Por eso debo tomar, sin exagerar, alrededor de cinco litros de agua al día.

Por el calor también se duerme al aire libre. En todas las casas, siempre el patio es un espacio muy importante, porque ahí se desarrolla gran parte de la vida. Duermen afuera; si hay visitas, las reciben afuera, cocinan afuera y comen afuera. La única hora cuando se está dentro de la casa es al mediodía, por el calor. Al revés de nosotros, que en realidad estamos dentro de la casa en la mañana, en la tarde y por la noche.

El único "problema" que se puede decir que he tenido es el idioma. No hablo tigríña, que es el idioma de los eritreanos. Ni árabe, que es el idioma que se habla en Sudán. Así es que paso mucho tiempo callada, escuchando a otros pronunciar sonidos que no entiendo.

En todo caso, empecé mis estudios de tigríña. Me está enseñando el Dr. Amanniel, que se está quedando en la casa mientras arregla sus papeles para viajar a Francia. Su familia ya está allá hace dos años. Él viene saliendo de la guerrilla. Me entregó un librito muy chico, donde sale el abecedario. Son una montonera de símbolos raros que no se parecen a nada que haya visto antes. Un símbolo para cada consonante y vocal. Es decir, no hay un símbolo para la "M", sino uno para "MA", otro para "ME", otro para "MI", otro para "MO", etc. Además que tienen dos vocales más que nosotros. Y muchas consonantes raras que me es muy difícil pronunciar.

Pero tanto tiempo en silencio me ha dado la oportunidad de pensar. De pensar en todo. En el presente, el futuro, pero también en el pasado. En mi familia, en los amigos, los de ahora y los de antes. En los amores, en el amor, en mí misma, en mis deseos, mis inseguridades, mis odios, mis gustos, mis miedos, en el mundo, en la pobreza, en la injusticia, en los ideales, en la política, en el ser humano, en las razas, en las diferencias entre la gente, en las identidades. En Chile y en Suecia. De a poco me ha invadido un interés por Latinoamérica, su historia, su música, su cultura, su literatura, su geografía, su gente. Me voy dando cuenta de lo hermoso que es ese continente de donde yo vengo, porque creo ahora que soy, en alguna parte, de ese paisaje, de esa raza, de ese idioma. Por primera vez en mi vida adulta puedo decir que me siento chilena. No seré una chilena típica, pero chilena al fin. Y quiero ir a Chile. Y, en definitiva, por eso te escribo. Creo que estoy lista para ir.

Mamá, sé que debe ser difícil para ti entender lo que estoy viviendo aquí. Para mí es difícil ponerlo en letras. Porque no quiero dar explicaciones. Me siento muy convencida de que estoy haciendo lo correcto. Tú eres la única persona a la que le he escrito. No siento ganas de contactarme con nadie. Menos en Suecia. Es como si quisiera cortar los lazos completamente antes de volver a unirlos. Y cuando ello suceda, hacerlo de otra manera. La única certeza es que me siento feliz. Simplemente feliz.

Te envió esta carta con Kiros, un amigo que vive en Suecia y que ha estado de visita acá en Khartoum. Él la reenviará desde Suecia, porque si la mando desde aquí, seguro se pierde.

Recibe un gran beso. Y espero nos veamos pronto. Creo que así será.

Tu hija, Gabriela.

12. Medhani (1991)

Hace una hora que miro las noticias de CNN en el televisor. Son las dos y media de la mañana. El EPLF (*Eritrean People's Liberation Front*)⁴⁸ entró en Asmara. No lo puedo creer. Ganamos. Al fin ganamos. Dicen las informaciones que se estableció el Gobierno Provisional de Eritrea. Veo a la gente bailando por las calles. Dicen que la avenida principal ya fue rebautizada como la Avenida de la Liberación. Las mujeres gritan el *mhelal* y agitan sus velos blancos, sus *netzela*. Los guerrilleros pasan en *jeeps*, arriba de camiones, a pie. Todos los abrazan. Todos sonríen. Pienso en la fecha: 24 de mayo de 1991. Han pasado 30 años.

Suena el teléfono. Me demoro en entender que es en mi departamento.

—¿Aló?

Se escucha un pito. Luego me habla una mujer. Es Azieb, mi hermana. Mi hermana que vive en Milán hace diez años.

—¿Medhani? ¿Ya lo sabes? ¿Ya lo has visto? —dice emocionada.

—Sí. Lo estoy viendo desde hace una hora. No lo puedo creer. Estoy feliz —respondo.

Estoy feliz. Es verdad. Pero también algo más. No sé bien qué. Algo termina. No solo la ocupación etíope, por supuesto. Eso está bien. Algo termina también para mí.

—Llevo una hora llorando. Primero lo supe por un amigo de la oficina, Piero; me dijo que lo había escuchado en la radio —continuó Azieb—. Luego lo he visto en las noticias. Es emocionante.

—Sí. Emocionante. ¿Llamaste a mamá? —pregunto.
No sé por qué lo hago.

⁴⁸ Frente de Liberación del Pueblo Eritreano.

—...No. ...No la he llamado. Pensé que quizás tú habías hablado con ella.

Hay un breve silencio. Luego dice:

—Bueno, pero seguramente es difícil comunicarse con Sudán en estos momentos. Todos los *abeshah*⁴⁹ que tienen familiares allá tienen que estar llamando desde todo el mundo.

—Tienes razón. Debe ser muy difícil comunicarse ahora —coincido.

Era obvio que ninguno de los dos quiere hablar con mamá. Ni siquiera en un momento como éste.

La guerra en Eritrea comenzó en 1961, un año después de que nació. No tengo memoria de la vida sin guerra. Siempre supe de gente muerta, de gente escapando, de gente sin casa. Es terrible. Pero en mi caso personal no lo es tanto. La mayoría lo ha pasado peor.

Claro que no se puede decir que mi vida ha sido fácil, o que lo sea ahora. Vivo solo, en un país demasiado helado y silencioso. A los 31 años, no tengo mujer ni hijos. Eso es raro entre los *abeshah*.

Ingresé al EPLF a los quince años. Habíamos huido a Sudán hacía dos. De mi vida en Asmara ya no quedaba nada. Mi padre se había ido doce años antes. Mis hermanos mayores, Binjam y Tedros, habían ingresado a la guerrilla el año anterior. Cuando le planteé mi decisión a mi mamá, trató de disuadirme.

—Si te vas, no habrá un hombre que cuide a esta familia —me dijo.

—¿De qué habla? —le contesté irritado—. Está *Bashai*, que es el jefe de familia de todas formas. ¿Qué quiere? ¿Que me quede aquí viendo cómo todo esto ocurre, mientras mi padre y mis dos hermanos mayores están peleando?

—Quién es el hombre de mi familia lo decido yo —me contestó seca—. Y mientras ninguno de ustedes sea lo suficientemente grande para asumir la responsabilidad de todos nosotros, yo me haré cargo, no *Bashai*. Pero es mi voluntad que uno de ustedes asuma finalmente la responsabilidad por la familia. Y para eso, alguien tiene que quedar vivo. No me sirve que todos mueran en la guerra.

⁴⁹ Abisinios.

Usó el tono definitivo de siempre, pero algo en ella me sorprendió. Era como si tuviera miedo. Y ella nunca tenía miedo. Ni vacilaciones, ni pena, ni nada. Mi mamá era como una piedra. Más bien una roca.

Mi abuelo también trató de convencerme de que no me fuera, con razones similares a mamá, pero a la vez opuestas. Supe que en el fondo ellos no se tenían la confianza que aparentaban.

—¿Para qué te vas a ir, Medhani? Si tú tienes que hacerte cargo de todo: del negocio y de la familia —me dijo.

—Pero, *Bashai*, si mi madre se está haciendo cargo de todo —le respondí.

—No seas tonto, Medhani —insistió—. Tu madre es una mujer. Una mujer fuerte, sin duda. Muy valiosa. Pero una mujer. Y las mujeres no están capacitadas para tomar decisiones. O, si lo están, no corresponde que las tomen. Yo he dejado que tu madre actúe y se haga cargo de los negocios porque ya no soy el hombre de antes. Estoy viejo, no tengo riquezas y la mayoría de mis amigos están muertos o muy lejos. Lo único que me queda es pensar en el futuro. Tenemos que reconstruir el apellido de la familia, recuperar las riquezas y las influencias. Porque los etíopes no se van a quedar para siempre en Eritrea. O, si se quedan, van a tener que compartir el gobierno porque no son capaces de hacerlo solos. Y entonces yo voy a volver. Y, si estoy muerto, mi descendencia va a volver. Y nada tendrá que hacer tu mamá en eso. Serás tú, Medhani. Solo tú puedes hacerlo. Porque tus hermanos mayores se olvidaron de todo esto; ya no les importa la familia.

Después de escucharlos a ambos, mi decisión de irme a la guerrilla fue definitiva. No podía —ni quería— seguir viviendo con ellos.

Las imágenes en el televisor siguen mostrando gente abrazándose. Me imagino a mi mamá ahora, en la casa de Khartoum. Sola. Acompañada solo de Ararat, la empleada. *Bashai* y la abuela muertos. Todos nosotros lejos.

El periodista de CNN dice que algunas familias se reunían por primera vez en diez o veinte años. Pienso en mi papá. ¿Y si aparece por las calles de Asmara? Mi mamá siempre nos dijo que no había vuelto a saber de él, pero otros combatientes me dijeron que estaba muerto. Nunca se lo

dije a mamá, solo a Binjam. Pero creo que ella lo sabía. En todo caso, nunca fue confirmado oficialmente, lo que es extraño, porque el EPLF siempre confirmaba la muerte de sus combatientes. Pienso que por eso todos mantuvimos la esperanza de que estuviera vivo. Y porque mamá siempre hablaba de él como si lo hubiera visto hace poco. A todos nos gustaba que hablara de él. Lo mantenía presente en nuestras vidas. Y eran las únicas veces que ella demostraba ternura.

—Intenté comunicarme con Binjam y Tedros —continúa Azieb—, pero estaban trabajando y no me pudieron dar con ellos. Es que tenemos tanta diferencia de horarios con América.

—Claro —contesto.

De pronto me doy cuenta de que tampoco quiero hablar con Azieb ahora. Ni con Binjam, ni Tedros, ni nadie.

Pienso en Asmara. En los paseos por las tardes en la calle principal. La gente en los negocios, bebiendo café, té, jugos de fruta o comiendo helados o pasteles. Todos se conocían. Todos se saludaban. Todos sonreían.

Me gustaba ver los edificios que habían construido los italianos. El más imponente era el garaje de la Fiat. Era como de las películas que veíamos en la matiné en el teatro, casi futurista. Pero nada de eso existe ni existirá más. Quizás por eso la tristeza. Mientras duró la guerra, todo era transitorio: que Asmara no fuera la que fue, que papá no estuviera, que mi mamá fuera insoportable, que todos los hermanos viviéramos en países distintos, que uno anduviera viajando por el mundo, que viviera solo. Todo era pasajero. Era por la guerra.

Pero ahora todo eso comenzará a tornarse definitivo. La guerra terminó y lo más probable es que Asmara siga en ruinas, que papá no vuelva y que todos sigamos repartidos por el mundo. Y ya no podré culpar a la guerra por ello ni podré justificar mi vida por esta situación anómala. Es más, a partir de ahora deberé decidir cuál será mi vida.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le pregunto a Azieb.

No sé por qué se lo pregunto. Es obvio que aún no lo ha pensado. Yo tampoco. Pero quiero compartir mi ansiedad. No estar solo en esto.

—¿A qué te refieres? —me contesta.

Está ganando tiempo. Sabe perfectamente a qué me refiero, pero no quiere ser la primera en decir lo que ambos estamos pensando.

—Me refiero a tu vida. A vivir en Italia. A que ahora existirá la posibilidad de volver... —le digo.

Yo tampoco quiero ser el primero en decirlo.

—¿Volver? Supongo que estás bromeando —su tono cambia—. ¿Acaso tú piensas volver?

—Bueno. En realidad no creo que sea el momento de hablarlo. Disculpa. Estoy un poco confundido. Te llamo más tarde, ¿OK, *shikorina*?⁵⁰

Siempre me ha sido difícil hablar con las mujeres, incluyendo las de mi familia. Nunca estoy seguro de que las entiendo ni que reacciono como debo ante lo que me dicen. En todo caso —o quizás por lo mismo— ha habido pocas mujeres en mi vida. Solo dos en realidad.

Gabriela. Con ella casi siempre me fue difícil hablar, salvo cuando le contaba historias de mis andanzas por todo el mundo. Nunca supe lo que realmente le importaba. Y eso le molestaba. Pasaba de la ternura a la frialdad de un momento a otro a partir de una palabra equivocada, una mirada que no le gustara, un tono de voz que le pareciera mal. Creo que se parecía mucho a mi madre. Quería que todo fuera tal cual ella lo disponía.

Claro que no lo reconocía así. En cambio mi madre sí. Pero eso no importaba, nunca importó. Gabriela, desde que la conocí, fue una posibilidad de ser feliz. Que no fue. Fue la posibilidad de alejarme de mi pasado. De mi familia. Que no fue.

Mi madre tuvo parte de la culpa. O al menos eso he pensado todos estos años. Le hizo la vida imposible cuando estuvimos en Khartoum. Y yo no hice nada. Al final, mi familia, mi pasado, fueron más fuertes. No es tan fácil deshacerse de algunas cosas.

—¿Cómo están las cosas allá, Medhani? —Azieb trata de ser amable.

—No quiero hablar ahora, hermana. De verdad, te llamo más tarde.

—Pero, ¿ha pasado algo?

⁵⁰ "Amorosa", en tigríña.

Tampoco puedo entender la capacidad de las mujeres para insistir. Sobre todo cuando se trata de hacerte hablar sobre algo que no quieres. Gabriela era igual. No me soltaba.

Pirkko era distinta. Quizás porque era finlandesa, nórdica, más controlada y más independiente. La conocí casi un año después de llegar a Suecia, en una fiesta en casa de unos venezolanos. Ella tenía 20 años y yo le dije que teníamos la misma edad. Era lo que decía el pasaporte.

Me gustó cómo se manejaba. No permitía que nadie se le acercara. Era seca pero simpática. No demasiado bonita, pero con pelo suave, brillante y muy rubio. Y sus pecas.

—*Do you like the gringuita, moreno?* —me dijo Chano, el venezolano dueño de casa, cuando me vio mirándola.

—*She's OK, hermano* —respondí.

—Se llama Pirkko. Cuidado con ella. Es peligrosa. *Danger* —agregó riendo.

Mis amigos eran casi todos latinoamericanos. El año 76, cuando llegué, en Suecia había muchos de ellos y casi ningún eritreano. Fuera de mí, había un par de familias en Uppsala que vivían encerradas en sus departamentos, asustadas con el frío, el idioma, la comida, las costumbres. Nadie con quien yo pudiera compartir.

De a poco fui conociendo a los latinoamericanos. En el centro, donde se paraban a conversar. Eran buena gente y me acogieron sin problema. Me decían "moreno" por el color de piel, y de a poco me integré a su grupo. Hasta comencé a aprender español, porque ellos no hablaban inglés ni sueco.

Era gente tranquila por lo general. Se reunían a escuchar música y fumar hachís por las tardes. Después supe que también estaban metidos en otras cosas, y hasta manejaban armas. Pero yo venía saliendo de la guerrilla, así es que nada de eso me sorprendió. Acostumbraba visitar su casa, la de Chano.

—¿Y tú no fumas?

La "gringuita", Pirkko, me estaba mirando.

—Sí, pero ahora no tengo ganas —contesté.

Aunque ella me atraía, me incomodaban las mujeres que tomaban la iniciativa. Había muchas suecas así, que parecían desesperadas por estar con un extranjero. Se lanzaban a tus brazos ilusionadas por el mito de que éramos más hombres, más machos. Y eso por supuesto también valía para mí, que era negro.

Pero esta chica no tenía nada de eso.

—Pero si yo te ofrezco de este cigarrillo, quizás sí te den ganas —contestó Pirkko.

Tenía en sus manos un tremendo porro. Se veía bueno, grueso y aceitoso. Sonreí. Me gustaba su estilo. Y me gustaba fumar porros. Comencé a hacerlo en Sudán. Unos eritreanos me invitaron.

Después de esa fiesta, Pirkko y yo nos seguimos viendo. No diría que éramos pareja, pero teníamos sexo y la pasábamos muy bien juntos. Más que amor, era compañía, aunque ella a veces desaparecía por un par de semanas; a veces más. Nunca me decía dónde iba. Después supe de los viajes. Después, cuando yo también comencé a hacerlos.

A mí me gustaba viajar. Siempre había soñado con eso. Irme lejos. No era Suecia lo que tenía en mente, pero en Sudán me dijeron que era uno de los países donde más fácilmente se obtenía asilo como refugiado. Por eso me vine.

Aunque en mi caso no fue tan fácil. La policía revisaba y revisaba mis papeles, lo que me preocupaba, porque podían descubrir que eran falsos. Finalmente fue Pirkko quien puso punto final a los trámites con las autoridades de inmigración.

—¿Cómo que te negaron el permiso de residencia? —me preguntó molesta cuando le conté sobre la resolución que me había llegado por correo.

—Dicen que no pueden corroborar la información que les entregué —respondí—. También sospechan que mis documentos son falsos.

—¿Ya saben que son falsos?

—No. Aún no lo saben. Pero podrían llegar a averiguarlo si insisto en quedarme —expliqué.

Eso no lo decía la resolución escrita. Me lo había dicho por teléfono el policía a cargo de mis trámites. Los suecos siempre se cuidaban de

ser formalmente impecables. Lo menos impecable te lo hacen saber por vías informales.

Pirkko leyó la carta del Servicio de Inmigración. Se quedó pensativa un momento y luego dijo:

—Entonces casémonos.

No supe qué decir. Había escuchado que algunos extranjeros se casaban con suecas para obtener su permiso de residencia, pero nunca había imaginado que eso pudiera pasar con Pirkko. No era su estilo.

—¿Por qué no respondes, ¿no? Tampoco te estoy proponiendo una relación formal. Digo que hagamos el papeleo, aunque sigamos como siempre. Cada uno en su departamento, sin preguntas, sin explicaciones. Como siempre. Después del año que exige la ley para hacer válido el permiso, nos divorciamos.

Así es que a los diecisiete años —aunque mi pasaporte decía que tenía veinte—, me casé con Pirkko Lampinen. Un venezolano, de quien ya no me acuerdo el nombre, y una amiga de Pirkko hicieron de testigos. Por supuesto no le conté a mi familia. A nadie.

Fue una buena relación. Ella era buena amiga. Teníamos libertad. Ella se acostaba con otros hombres y yo podía hacer lo mismo. Yo mantenía mi departamento y dormía allí de vez en cuando, ocasionalmente con otras mujeres.

Pirkko proveía de hachís, entre otros, a los venezolanos. Eso lo supe después, cuando me propuso ser parte del negocio. Así es que comenzamos a viajar, principalmente a Holanda y España. Nos fue bien, y comenzamos a mover cantidades más grandes. Entonces ella propuso viajar más lejos, a Sri Lanka y Pakistán. Y cuando volvió la primera vez, sugirió que incursionáramos en el contrabando y venta de piedras preciosas. Dijo que había hecho un buen contacto allá.

Eso duró como dos años. Hasta que la detuvieron en el aeropuerto de Islamabad, la capital de Pakistán. Estuvo presa un mes allá. Luego la deportaron a Suecia. Aquí la juzgaron, condenaron a diez años y la encerraron en Hall, una cárcel en las afueras de Södertälje.

La fui a ver un par de veces. Fue triste. Ella estaba enojada con la vida. Casi no me hablaba. Pasábamos en silencio. No había nada que decir.

Tengo claro que jamás mencionó mi nombre a la policía. Si lo hubiera hecho, también habría caído preso. Me interrogaron un par de veces, pero no pudieron inculparme. Nunca me habló de la cárcel de Islamabad, pero me imaginó que la pasó muy mal.

Después dejé de ir a verla, pero nunca hablamos sobre eso. En nuestra relación no cabía que termináramos o que alguien diera explicaciones.

Fue después de eso que volví a Sudán. No me fui a despedir de ella. No pude. Por vergüenza, supongo. O culpa.

Mi madre y mi abuelo estaban felices de que volviera. Me ofrecieron trabajar en la empresa, lo que me pareció bien. No tenía nada mejor que hacer. Me reencontré con amigos del EPLF y volví a involucrarme con la causa de Eritrea. Hasta que conocí a Gabriela. De eso hace ya más de siete años.

Suena el teléfono de nuevo. Pienso que debe ser Azieb, o mis hermanos, o mi madre. En ninguno de los casos quiero contestar.

En la televisión dicen que Eritrea es ahora uno de los países más pobres del mundo. Que el 80% de la gente no sabe leer ni escribir. Que hay un médico por cada 48.000 personas. Que las sequías de los años 80 tienen a gran parte de la población con hambre. Un país que depende de la ayuda internacional para alimentarse.

¿Qué puedo yo hacer allá?

El teléfono no deja de sonar. Alguien está empeñado en hablar conmigo. Decido responder. Quizás es importante.

—Aló, ¿Medhani?

—Sí. Habla Medhani. ¿Quién habla? —no reconozco la voz al otro lado.

—Ricardo. Ricardo Araneda. El hermano de Gabriela. ¿Te acuerdas de mí?

De todas las personas que me podían llamar a esta hora de la noche, él debe ser uno de los menos probables. Casi no me acordaba de él.

—Es raro que te llame. Lo sé. Más a esta hora. Pero estaba viendo la tele y me enteré de lo de Eritrea...

No sé qué decir. Todo es demasiado extraño.

—...y bueno. Como sé que fuiste muy importante para Gabriela, y sé también lo importante que son estos acontecimientos para un refugiado...

bueno, solo quería felicitarte. De verdad felicitarte. Me alegro por ti, por toda tu familia. Por tu país.

Se escucha emocionado de verdad. La voz le tiembla.

-Perdona. Es que también estoy impresionado por la noticia -respondo-. También lo estoy viendo en la televisión. Te agradezco mucho, Ricardo.

Se hace un silencio.

-Bueno. Que estés muy bien -agrega-. Que estés muy bien.

Y corta.

Es extraña la vida. Ricardo se llevaba mal con Gabriela. Ella decía que él era superficial, que se había metido en política pero que todo era una pose. Y terminó participando del atentado al general Pinochet, el dictador de su país. Después estuvo preso y he escuchado que lo pasó muy mal. Logró escapar con otros presos y volvió a Suecia. Salió hasta en los diarios acá.

Lo de Gabriela también es extraño. Una chica que andaba perdida en el mundo cuando la conocí. Ni siquiera tenía buena relación con su familia. Jugaba a ser independiente, pero lo que quería era que alguien se hiciera cargo de ella.

Después viajó a Chile e ingresó al Partido Comunista. Jamás lo hubiera imaginado. Se olvidó de todo lo de acá. Quizás tampoco era mucho. Ahora vive en su país, con su familia, trabaja, tiene amigos y todas esas cosas que van armando la vida de una persona.

También dejó a Diego, el chileno por el que me dejó a mí. Eso me sorprendió más aún. Me contó de él antes de viajar a Chile. Dijo que por primera vez se había enamorado, que quería casarse con él, tener hijos. Pero él estaba casado. Y los chilenos, al final, tienen una visión del matrimonio parecida a los eritreanos, como algo casi sagrado, inviolable.

Eso Gabriela no lo sabía. Sus papás eran separados y los padres de casi todas sus amigas suecas eran separados. Katta, Ullrika.

El caso es que se decepcionó de Diego. Yo siempre pensé que se fue a Chile un poco por eso: para poder dejarlo.

Yo sí quería casarme y tener hijos con Gabriela. Ella era diferente a las otras mujeres. Era curiosa, inquieta. Pensé que jamás se iba a adaptar en Sudán, porque todo era tan distinto a lo que ella conocía. No había

bares, ni cafés, ni tiendas, ni discotecas, pero a ella no le importó. Quería conocer lo que había. Quería verlo todo. Eso me gustaba.

No volví a saber de ella después de que se fue a Chile. Solo rumores. No le escribe a nadie, así es que nadie sabe a ciencia cierta de su vida. Ni siquiera Katta, que hasta estuvo allá, arriesgando la vida al otro lado del mundo por una causa política. Increíble.

Al final, Ricardo y Katta, y también Diego, terminaron viviendo en Suecia, igual que yo. Y seguro que ellos tampoco lo planificaron. Como tampoco Gabriela planificó quedarse en Chile. O mi mamá en Sudán. O Azieb en Italia.

Yo nunca decidí quedarme acá; solo me fui quedando. Nunca definitivamente. Nunca provisoriamente. En la mitad del mundo, de las historias, de la vida. Y se me fueron juntando los años y los recuerdos.

Pero al final me convencí de que eso era la vida. Los días que se van juntando, los recuerdos que se van juntando, los sueños que se van juntando. Hasta que te llega tu hora de decidir. Como ahora.

O, quizás, de asumir lo que has decidido hace tiempo.

13. Cada uno tiene su camino por recorrer (1984)

Terca espera

Esperanza vacía

Desaliento vital

Vuelo trunco

Tumultos

Llamados

Desgarros

Recuerdos vagos

Recuerdos sordos

Recuerdos vanos

Lo único que tengo

Termino de releer lo escrito. Son las dos de la mañana. No vendrá.
En el fondo lo sé desde hace rato.

No voy a llorar.

Releo otra vez. Me calma. La crudeza me calma; aunque no sirva de nada.

Hemos vivido esta escena demasiadas veces, tan repetida y tan vulgar: hombre chileno-culposo-temeroso-inseguro-pasivo no se decide a dejar de una vez y para siempre a su mujer-chilena-legítima-desprotegida-dulce-destrozada-abnegada-dependiente.

Chilenos. ¿Tengo que ver con ellos? Alegres, sí. Simpáticos. Cariñosos, no hay duda, pero poco claros, enredados, llenos de fórmulas y normas de comportamiento. Lo que se puede y no se puede. Lo que está permitido y lo que no lo está. Lo que es bien visto y mal visto. Y si no respetas esas normas, pueden dejar de ser simpáticos y cariñosos. Vaya que pueden.

Y claro: no está permitido dejar a tu esposa legítima por otra persona. Puedes tener una relación por fuera, una amante; incluso enamorarte. Pero no dejar a tu esposa. No dejar tu casa. No si estás formalmente casado. Una diferencia que no logro entender.

Diego está casado con Viviana. Hacen una linda pareja. Eso lo escuché tantas veces. Pero ya no. Porque Diego está saliendo conmigo desde hace seis meses. Y se separó de Viviana, o casi. Ya no sé.

Me lo presentó María Elena, una chilena con la que me había hecho más o menos amiga a mi regreso de Sudán, cuando retomé la universidad. Estudiaba en el *Hum C*, el *Humanistisk Centrum*,⁵¹ al igual que yo. La ubicaba por Ricardo. Los vi juntos un par de veces en esas actividades del Comité Salvador Allende. Tenía unos 30 años y llevaba más o menos diez en Suecia. Me parecía simpática, acogedora.

María Elena acostumbraba pasarme a buscar a la biblioteca para tomarse un café conmigo, siempre alrededor de las once de la mañana. Tenía un modo familiar que me atraía. Desde mi retorno de Sudán, me sentía un poco sola. Medhani seguía allá, aunque tampoco lo echaba mucho de menos. Veía a Katta y ocasionalmente a algunos de mis amigos de antes. Salía poco. Me dedicaba a los estudios, sin saber muy bien para qué.

Un día me invitó a cenar a su casa y ahí conocí a otros latinos, mayoritariamente chilenos, todos universitarios. Eran distintos de los latinos que yo conocía, y me recordaron a los amigos de mis papás, en Chile.

Al parecer me encontraron simpática, y rara. Que fuera medio sueca. Que hubiera vivido en Sudán. Me preguntaron de todo. Nunca había hablado tanto de mí ni había escuchado a otra gente hablar tanto de sí misma. Especialmente les gustaba la parte de Sudán. Muy exótico para ellos, supongo.

Después me comenzaron a invitar a todos lados: a cenar, a tomar una botella de vino, a bailar, al cine. Y me gustó. Me gustaron. Me provocaban curiosidad. Se decían intelectuales. Quizás lo eran, qué sé yo. Hablaban mucho acerca de sus carreras, de los proyectos que tenían, con qué *professor* estaban investigando tal o cual tema. A mí me gustaba escuchar

⁵¹ Centro Humanístico de la Universidad de Uppsala.

cuando hablaban de literatura o música latinoamericana. Sabían mucho, o al menos eso me parecía a mí, que no sabía casi nada.

Miro hacia fuera. Todo está tan silencioso a esta hora de la madrugada. El cielo negro, como siempre en el invierno, con sus miles de estrellas, como pequeños diamantes luminosos. La nieve hace que todo se vea más suave, más blando, más cercano. Es tan hermoso el invierno y sin embargo tan duro; ahora más que nunca. Me duele el estómago, de nervios, de pena.

Me siento sola. Eso también es nuevo. Supongo que siempre he estado más o menos sola, pero nunca me ha importado, o no lo he pensado. Pero ahora es distinto: me siento sola, y no quiero estarlo.

Llamaré a Katta aunque sea la hora que es. Ella me dirá algo. Algo. Aunque no sé qué pueda decir que ya no me haya dicho. Fue la primera a quien le confesé que no podía dejar de pensar en Diego, una semana después de que María Elena me lo presentara, o que lo reencontrara aquella vez en *Hum C*.

—¿Vas a tomarte un cafecito?

—Voy en diez minutos —le respondí.

Ese día estaba especialmente aburrida. Había leído el mismo párrafo varias veces sin comprender qué decía. Tenía sueño. A mi alrededor todos estudiaban en silencio. Llevaba casi tres horas acá. Tenía examen la próxima semana y me faltaban dos libros por leer. Y el libro *Svenskt Arbete och Liv*,⁵² sobre el desarrollo industrial de Suecia a fines del 1700, era el más aburrido de todos.

El texto decía que Suecia se había puesto muy introvertida en ese tiempo. Yo encontraba que aún lo era. Claro que con tanto inmigrante lo más probable era que eso cambiara más adelante. Al final, terminarían todos mezclándose. Quién sabe. Quién sabe lo que va a pasar. El futuro es algo en lo que no puedo pensar. No sé cómo hacerlo, por dónde empezar. Aunque cada vez siento que es más importante. Por eso me puse a estudiar cuando volví de Sudán. Era lo único que se me ocurrió que tenía que ver con el futuro, pero ahora el futuro es más incierto

⁵² "Trabajo y vida suecos".

que nunca y por primera vez me preocupa. Quiero tener seguridades, certezas. Algunas, por lo menos.

—Te demoraste más de diez minutos —me dijo sonriente María Elena cuando finalmente llegué a la cafetería.

Estaba sentada al lado del ventanal que daba a los edificios de *Rackabergsgatan*, el barrio residencial universitario. Recuerdo toda la escena. Hablábamos de Chile. A ella le gustaba contarme sus historias, bastante fomes, de sus vecinos del barrio en Recoleta, en Santiago; de la señora de la esquina, que componía huesos; del sauna de los chinos del final de la cuadra, donde entraba y salía gente conocida de la tele. Y por supuesto, de la comida, como todos los exiliados.

—¿Está ocupada esta silla?

No lo reconocí de inmediato. Pero yo había visto esa sonrisa antes. Y esa mirada. Aunque ahora estaba tras unos anteojos redondos. El pelo, igual de desordenado. Y barba, mucha. María Elena se paró y lo saludó con un beso efusivo.

—Gabriela, te presento a Diego —dijo.

Lo miré. Debo haber movido la cabeza en señal de saludo. Me sonrió. Y me acordé de la casa de los venezolanos, cuando acompañé a Lalo y Chino a comprar hachís hace muchos años.

—Yo parece que te he visto a ti... —dijo tratando de acordarse.

No sé si respondí algo. Pero quise que no se acordara. No sé por qué.

Después de esa vez en la "Guardia Caribeña", lo vi con mi hermano Ricardo una vez en el centro, pero yo ya andaba con los suecos, así es que apenas los saludé. Ni siquiera me acerqué a hablar con Ricardo. Por ese tiempo se había ido de la casa a vivir con una finlandesa medio estafalaria —Helinä se llamaba—, que participaba con fervor en todas las actividades del *Chilekommité*,⁵³ no usaba desodorante y andaba descalza y con un chal palestino en el cuello.

Pero a Diego no lo vi más hasta ese día. Y han pasado ya seis meses.

Levanto el teléfono una vez más para cerciorarme de que está bien colgado. Me paro y voy hacia la ventana. Todo en silencio. Me imagino

⁵³ Comité pro Chile. Entidad sueco-chilena que organizaba campañas contra la dictadura de Pinochet.

que tras cada ventana hay alguien durmiendo. Una persona, una pareja, un niño.

Me pregunto qué hará la gente que vive al otro lado del mundo, donde aún es de día. Me pregunto qué hará la gente en Chile, mi mamá, Ricardo, mis tíos y primos, mis amigos de infancia; la Leo, mi amiga de la cuadra. Nunca más supe de ella. Seguro está casada. Quizás hasta con hijos. Quizás ya titulada. A mi edad, en Chile la gente ya está encaminada en la vida.

Eso siempre me ha parecido mal. Ahora ya no sé. Quizás tener 23 años y no saber ni siquiera qué vas a hacer el año que viene no sea algo de qué estar tan orgullosa después de todo. ¿Qué planes tengo? Armar una vida con Diego. No es muy concreto que digamos. Ni siquiera sé si son planes o manifestación de deseos. Quizás solo estoy llenando el tiempo, que es lo mismo que perder el tiempo.

Diego me ha hecho pensar en tantas cosas: en lo que ocurre en Chile; en lo que uno puede hacer para luchar contra la dictadura; en lo que uno debe hacer. Me ha hecho pensar en tener una profesión, en formar una familia, en decidir dónde quiero vivir.

Será porque lo quiero. Será porque me hace sentir segura. Es decir, cuando estoy con él. Porque también me pone insegura, como ahora. Y como aquel día que lo reencontré en *Hum C*.

-No te puedo creer que se conocen -María Elena estaba extrañada-. Qué raro, porque Diego llegó de Chile a principios de año y tú andabas en Sudán entonces. ¿Sabes, Diego, que esta galla vivió un año en Sudán? Con su compañero. Es eritreano y se llama Medhani.

La odié por hablar tanto demás.

-Lo que pasa es que conocí a Gabriela cuando estuve acá la primera vez. Por el 74 -dijo Diego.

Ya se había acordado de toda la escena.

-Pero debe haber sido una niña entonces -acotó María Elena.

-No tanto -dijo yo.

Estaba incómoda. Me acordé de esa época. De lo que pasó. De lo que vino después.

-Tengo que volver a la biblioteca: estoy atrasada con unos libros -dije. Me paré. Choqué con una silla. No volví la cabeza.

En la biblioteca me pasé la tarde mirando la pequeña ventana apaisada que daba al nivel de la vereda. No pensé en nada. Ni en Suecia, ni en Sudán, ni en Chile. No había nada en qué pensar. Solo en esos ojos que me miraban insistentemente. Diego.

-¿Y ni siquiera te despediste? -Katta estaba entretenida con el relato, cuando le conté, una semana después.

-No. No creo. No sé. No tuve tiempo. Todo me incomodó -expliqué.

-Parece que causó gran impresión... -dijo con una sonrisa.

-No sé. Me intranquiliza. Me gusta y me irrita.

-¿Y qué hay con Medhani?

Medhani. ¿Cuándo había hablado la última vez con Medhani? Se suponía que íbamos a arreglar las cosas. No sé si estaba muy convencida. Él prometió dejar Sudán y volver a Suecia antes de fin de año. Por nosotros. Pero yo no estaba contenta con eso. No quería ser yo responsable de que dejara a su familia. Si lo hacía, que lo hiciera por él, no por mí. Nunca me había gustado hacerme cargo de cosas de otros. Pero formalmente seguíamos juntos. Y, por alguna razón, ahora me estaba sintiendo infiel.

-No sé qué hay con Medhani. No sé si hay algo con Medhani.

-Quizás este chico te atrae porque tiene algo que echas de menos. Quiero decir, lo chileno, las costumbres, qué sé yo -Katta quería seguir con el tema.

Quizás tenía razón. En Sudán había pensando tanto en Chile, en tantas cosas. Había tenido el tiempo, la tranquilidad y la distancia.

Lejos, estuve tan cómodamente lejos de todo, y tenía curiosidad por saber más de Chile.

-¿Te parece que soy muy chilena? ¿Alguna vez te he dicho que echo de menos algo? -protesté.

-Los helados. Unos de crema. ¿*Kraminnos*...?

Las dos reímos. El tema había terminado ahí. Yo no quería hablar de Chile.

Todo pasó tan rápido después. Nos encontramos en casas de amigos comunes. Una, dos, tres veces. Yo sentía que estaba enamorada, desde el primer día. Que lo único que tenía sentido era estar con Diego.

Medhani volvió a Uppsala. Pero eso no cambió nada.

Una noche, en casa de María Elena, Diego se acercó a mí cuando yo estaba sola en el balcón.

—Dime qué debo hacer para verte a solas —me dijo a mis espaldas.

Sentí que un escalofrío me recorría.

—Solo pedírmelo —le contesté.

Nos vimos en Estocolmo a escondidas. Una cita clandestina; la primera en mi vida. Planeamos todo. Lo que él le diría a Viviana, lo que yo le diría a Medhani.

Pero a mí la mentira no me salía bien. Y siempre pensé que Medhani sospechó ese día cuando le dije que me iba a estudiar donde una amiga, y en realidad me iba a tomar el tren.

Diego me esperaba, como habíamos acordado, en el *hall* de la estación de trenes de Estocolmo, *T-Centralen*. Había mucha gente, caminando, sentada en los restaurantes de comida rápida, comprando en el *Presbyrán*,⁵⁴ esperando. Muchos extranjeros sentados, mirando. Esta estación era uno de los pocos lugares donde te puedes sentar a mirar pasar la gente. Me parecía que todos me miraban.

Me besó en la mejilla, igual que siempre. Estaba nervioso. Me indicó la salida del lugar, en dirección a *Gamla Stan*, la ciudad antigua. Ambos estábamos silenciosos. Yo no sabía qué decir. Todo era tan raro. Mientras caminábamos, uno al lado del otro, sin tocarnos, sin hablar, pensé que estaba engañando a Medhani. Me sentí mal.

—¿Te costó mucho llegar? —preguntó él sin mirarme.

—No, no mucho.

Pero sí me había costado. Medhani era mi pareja, o lo había sido. Un tipo recto, cariñoso, honesto, que me había mostrado la vida como yo no la conocía y me había dado esperanza. Le estaba agradecida.

Pero no iba a hablar con Diego de Medhani; eso solo sería profundizar la falta. Le había mentido toda la semana, mientras planificábamos esta huida.

Seguimos en silencio otro rato. Cruzamos el puente hacia el *Riksdagen*, el Parlamento. La nieve estaba recién caída, suave, silenciando aún

⁵⁴

Cadena de kioscos que venden diarios, dulces, cigarrillos, etc.

más la ya callada tarde. Comenzó a oscurecer y los antiguos faroles se encendieron. Yo sentí la necesidad de guardar ese momento. No solo por Diego, sino por mí. Como cuando sabes que vas a perder algo y quieres retenerlo para siempre.

—Bueno, a mí no me fue tan fácil —dijo Diego después de varios minutos de silencio—. Viviana confía completamente en mí. Nosotros no tenemos secretos. No me siento bien haciendo esto —agregó.

Me pareció un comentario cobarde. Cada uno tenía que cargar con sus culpas solo.

—Bueno, la idea fue tuya. Si quieres lo dejamos hasta aquí y no hay problema —dije.

—No me malentiendas, Gabriela...

—Te entendí perfectamente.

No conozco en profundidad a muchos hombres latinos, pero creo haber descubierto en varios una característica que me molesta. Lo he visto en mi hermano Ricardo, en mi padre, y también en algunos amigos. No sé explicarlo bien. Cuando comencé a acercarme a Diego, lo identifiqué mejor. Es una especie de tendencia a no definirse. De actuar como si todo pudiera ser o no ser. Usan frases como "las cosas no necesariamente son así" o "no todo es blanco o negro". Diego también las usa. No logro entender qué quieren decir realmente, porque, si bien no todo es blanco o negro, sí hay cosas que son blancas y cosas que son negras. Como el amor, que me parece más bien negro por el momento.

Miro el reloj. Las dos y media de la mañana. Pienso en llamarlo. Se supone que está en su casa. Pero, ¿y si no contesta? Eso sería peor. Quiere decir que está con ella. Quedaron de juntarse "a conversar" y después él vendría a verme. Mañana me dirá, como otras veces, que ella estaba tan deprimida, que se sentía tan sola, que no se atrevió a enfrentar a su familia y contarles que están separados, que no quería molestarlo pero no sabía con quién más hablar, que él sigue siendo su mejor amigo, etc. Y él, por supuesto, debió consolarla. Es lo menos que podía hacer cuando, en definitiva, es el culpable de que ella esté en esta situación.

Yo no entiendo que separarse sea el fin del mundo. Las parejas se juntan y se separan y punto. Ocurre todos los días. No sé cuántos de

los padres de mis amigos, incluyendo los chilenos, son separados. No podría decirlo porque no es algo en lo que ni siquiera me haya detenido a pensar. No es un tema.

Y nunca había visto que una separación, ni siquiera la de mis padres, significara este drama. Casi vergüenza.

Por eso no pude entender cuando casi todos mis nuevos amigos dejaron de llamarme —incluyendo a María Elena—, e incluso algunos dejaron de saludarme. De verdad no lo entendí. Pensé que era algo pasajero. Pero después de seis meses sé que no es pasajero.

Y luego empezó todo este enredo. Que no podíamos ir a algunas fiestas o a ciertos locales porque Viviana iría con sus amigos para allá. Que no podíamos causarle a ella más dolor del que ya le habíamos provocado, apareciéndonos juntos por ahí. Y después ella comenzó a llamar a Diego para preguntarle si iba a ir a tal o cual encuentro, para saber si ella iba. Y entre ellos decidían quién iba. Y luego yo me enteraba por Diego si nosotros podíamos aparecernos por tal o cual lugar. Y el enredo fue mayor cuando me di cuenta de que muchos amigos —que hasta hace un tiempo también eran amigos míos— no se daban por enterados de la separación de Diego y Viviana —menos de mi relación con Diego— y los seguían invitando a ambos a cenas y a fiestas. E incluso llegó a pasar que Diego aceptaba algunas de esas invitaciones, porque “*Andrés se sentiría si no lo voy a saludar para su cumpleaños*”.

Para mí era todo tan nuevo que no sabía bien cómo reaccionar. Algo me decía que estaba muy equivocado, que era indigno, que me estaba quedando en la mitad de algo. Pero después escuchaba a Diego, que me decía que si realmente lo amaba tenía que tener un poco de paciencia, que él ya se había separado, que nosotros teníamos toda la vida por delante y que, en ese contexto, unos meses más o menos daban lo mismo. Y le encontraba razón. O quería encontrarle razón.

Porque, cuando estábamos solos, Diego era todo lo que yo había soñado. Me encantaban nuestros desayunos con café de grano y leche batida, con pan calentito y huevos revueltos. Me encantaba acurrucarme a su lado y que me leyera cuentos o poemas de Cortázar, Benedetti, García Márquez u otros escritores latinoamericanos que yo no conocía. Me encantaba escuchar sus boleros cubanos, tangos argentinos, salsa

venezolana, cumbias colombianas. La cultura latinoamericana era un mundo nuevo e inmenso y lleno de sorpresas para mí. Y él me llevaba de la mano, mostrándome todos esos rincones desconocidos pero familiares a la vez.

Y se transformó en el pasado, el regazo, la familia que me faltaban y en la promesa de un futuro hermoso, donde yo cabría con todas mis maletas, mis papeles y mis recuerdos. Junto a él volvería a ser yo misma.

Eso creía. Eso sentía. Así de cursi.

Lo sentí desde aquel primer encuentro, cuando lo miraba sentado frente a mí en ese pequeño restaurant de *Gamla Stan*.

—¿Volverías conmigo a Chile? —me preguntó después de que cada uno habló de su vida.

Aunque era una pregunta sorprendente, no me sorprendió. Solo me confirmaba que él sentía lo mismo que yo. Me tomó la mano.

—Sí. Volvería contigo a Chile. ¿Tienes pensado volver? ¿Pronto?

—No lo sé. Quizás sí. En un año y medio, dos años. Depende de muchas cosas.

Por un momento recordé a Medhani. Lo imaginé solo, en nuestra casa.

No había camino atrás. Medhani en el fondo sabía. Ambos sabíamos. Cada uno tenía un camino por recorrer. Habíamos hablado de eso muchas veces. Y yo, ahora, estaba empezando a recorrer el mío.

Sudán fue fundamental en eso. Todo era tan distinto a lo que conocía hasta entonces. Y estaba tan lejos de la gente que conocía, geográfica y culturalmente. Y esa distancia me permitió pensar en Chile con tranquilidad sin tener que hablarlo con nadie, porque nadie allá, fuera de Medhani, sabía siquiera de la existencia de un país llamado Chile.

Y aparecieron los olores de mi infancia, los colores. Me acordé de los panes con palta que me enviaban a la escuela. Del color de la palta. Del delantal de la escuela, a cuadritos, incómodo, como el *jumper* azul marino que había que usar por obligación. El uniforme. Me acordé de los recreos en la escuela, de cuando jugaba al luche con las cajas de pasta de zapatos, de los berlines con dulce de membrillo que vendían en el kiosko de la esquina, de la leche en polvo que nos daban una vez al mes y que nos íbamos comiendo camino a casa, con la boca y los dedos totalmente blancos. De la lluvia de Valdivia, de la chimenea y las sopaipillas, y el

14. Zahra (1997)

calor y la seguridad. Y eché de menos. Creo que eso pasó en Sudán: me liberé de la pena y la rabia y pude echar de menos.

Y comencé a escribir. En español, con faltas de ortografía y con las pocas palabras que manejaba. Y se comenzó a revelar un mundo dentro de mí: emociones, sensaciones, pensamientos. Y todo lo quería escribir. Y me encerraba a pensar, a garabatear palabras en un cuaderno, que luego se transformó en un segundo cuaderno y luego en un montón de cuadernos.

Y ahora, cuando Diego desaparece y la pena me invade, lo único que me consuela es el lápiz y el papel.

Recuerdos vanos

Lo único que tengo

En Sudán le escribí una carta a mi mamá. Larga. A ella también la eché de menos. La pude echar de menos y le dije que la iría a ver; quizás no tan pronto, pero iría.

Pienso en eso ahora; ahora que Diego no está, que seguramente está insomne en su casa o en la casa de Viviana, culposos de no haber venido, culposos de no ser el bastón de Viviana. Y me pregunto si se acordará que me propuso irnos juntos a Chile, cuando solo me quería, cuando no existían todas estas obligaciones con los amigos, con su familia, con Viviana. No se debe acordar; no debe querer acordarse.

¿Y yo? ¿Pienso aún en irme a Chile? ¿Es que acaso solo quiero ir a Chile si Diego va?

No, no es así, no puede ser así. Cada uno tiene su camino que recorrer. Y yo voy a recorrer el mío.

Miro el teléfono. No llamaré a Kattia, ni a Diego; llamaré a mi mamá. En Chile aún son las ocho de la tarde. Ella estará despierta.

—Esto sí que es un honor. Tomar un café preparado por Zahra Ghidewon. El último en probarlo debe haber sido tu marido, ¿o me equivocó Zahra?

Miro a Ibrahim mientras saco los granos de café del saco. Es un buen amigo, fiel. Creo que de verdad se siente honrado porque le estoy haciendo café, pero su comentario dice lo que todos piensan de mí. Una buena mujer eritreana debe saber preparar el café; es algo muy importante. Una muestra de saber hacer lo justo en cada momento. Sin apurar, sin demorar. Acompañando la conversación de quienes se juntan alrededor de las brasas.

Casi todos piensan que yo ya no sé hacer bien el café.

Acomodo la tetera sobre los carbones rojos. Con ambas manos, froto los granos para despegarles la cáscara seca. Los pelados los voy poniendo en un colador redondo.

—Para mí es un honor prepararte café, Ibrahim —respondo—. Si no lo he hecho en tanto tiempo, no es porque no haya querido.

—Lo sé, Zahra.

Ibrahim es musulmán. Casi la mitad de los eritreanos lo son. Pero nuestra amistad se tuvo que mantener casi en secreto mientras *Bashai*, mi padre, Ghidewon Mengistab, estaba vivo. *Bashai* provenía de una familia con poder y dinero, y siempre consideró que ello lo acercaba a la cultura europea, a la italiana. Como cristiano, detestaba a los musulmanes. Era una cultura bárbara, decía. Murió hace casi siete años, justo antes de la liberación. Aún no logro echarlo de menos.

Por supuesto lloré en su entierro, como se esperaba de mí, pero la verdad no lo sentí. No tanto. No sé si lo detestaba, ni si alguna vez lo quise. No tiene sentido preguntárselo.

Lo que sí sé es que mi vida se transformó en una estrategia para impedir que él tomara el control sobre mí y sobre mis hijos. Mis hijos no saben el favor que les hice ni el esfuerzo que tomé.

Durante casi treinta años le hice creer a *Bashai* -y a todos- que éramos aliados. Pero nunca lo fuimos. No era posible. A los doce años me quedé claro, cuando le pregunté si podía estudiar en la universidad después de salir del colegio.

-¿Te volviste loca? -sus ojos se pusieron negros, como cada vez que se enfurecía-. ¿Acaso piensas que yo, Ghidewon Mengistab, diputado del Parlamento eritreano, descendiente de la realeza Zaul, voy a dejar que una hija mía se ande paseando por ahí, en la calle?

Cuando algo le molestaba mucho, mencionaba sus ancestros. Según decía, los Zaul descendían de los personajes de la Biblia; del propio José, hijo de Jacob.

Recuerdo que cuando tenía como diez años, hubo una gran reunión de los Zaul en las afueras de Asmara. Vinieron de toda Eritrea y fue la fiesta más hermosa que jamás haya visto. Me sentí orgullosa de pertenecer a una tribu tan importante. Me sentí fuerte.

Pero solo esa vez.

-Pero, padre, ¿por qué no puede ser? -protesté-. Giannina, mi amiga de la *Scuola Italiana*, dice que estudiará medicina en Roma. Y su papá está muy contento.

-¿Estás desafiando a tu padre? ¡No te atrevas a faltarme el respeto! -gritó acercándose. Su mano derecha se levantó un poco.

-Eso es lo que ocurre porque la niña va a ese colegio -dijo mi mamá, que observaba todo desde su silla.

Como siempre, hablaba con su tono bajo y lloroso.

-Yo nunca estuve de acuerdo en mandarla para allá. Ella tiene que estar en la casa y aprender las cosas de mujer. A su edad yo ya estaba embarazada de Kidane. Y ella todavía no sabe cocinar.

Mi madre, Jerom Woldu, se había casado con mi padre a los once años. Él la obligó. La raptó. Y su padre, mi abuelo, llegó finalmente a un acuerdo económico con *Bashai*. La familia de *Bashai* era importante, así es que a mi abuelo finalmente le pareció un buen marido para su hija; más aún cuando ya la había deshonrado.

Mi mamá siempre contaba esta historia como si fuera un cuento de príncipes y princesas, pero yo siempre encontré que tenía una mirada triste. Además vivía quejándose, amargada. Yo creo que era por las mujeres que *Bashai* siempre tuvo. Hasta el final.

Ella murió a los 55 años, enferma y cansada. Tuvo doce hijos. Cuatro se le murieron cuando eran niños. Otros tres murieron a causa de la guerra.

Y *Bashai* murió a los sesenta y cinco.

-Bueno. Pero la responsabilidad de enseñar a esta niña es suya, Jerom -replicó *Bashai* a mi mamá-. No mía. No puedo andar yo criando hijos. No se hable más del asunto. Zahra no vuelve más a esa escuela. Ni ninguna de mis otras hijas. Tampoco quiero que vea más a esas niñas italianas -dijo dirigiéndose a mí ahora-. Ellas no son como tú. Tú no eres italiana. Eres eritreana.

Allí terminé mi educación escolar. Llegué hasta quinto grado, pero fue suficiente: aprendí a leer y escribir, y las operaciones matemáticas básicas, algo que mi madre nunca supo y que mi padre sabía a medias. Cuando creamos la empresa de transportes en Sudán, él estuvo obligado a apoyarse en mí para llevar los negocios.

Termino de limpiar los granos de café, los pongo en una fuente y comienzo a lavarlos con agua de la vasija de barro. Tienen un color verde intenso. Están frescos. Tres veces hay que echar agua, enjuagar y botar el agua. Así me enseñó mi madre.

-¿Nunca volviste a saber de Gebrai? -pregunta Ibrahim.

-La última vez que recibí una carta de él fue hace más de veinte años -contesto.

Es la verdad. Aunque una verdad a medias. Él nunca volvió a comunicarse conmigo, pero sí supe de él después de eso, por otros, dos años más tarde.

-Perdona si te parezco atrevido, Zahra -insiste Ibrahim-, pero me parece extraño que nunca más supieras de él. Como si se lo hubiera tragado la tierra. ¿Nunca pudiste averiguar nada, ni siquiera con la gente del EPLF?

Ese es mi secreto mejor guardado, mío solo, y de Gebrai. Yo nunca lo he compartido con nadie. Él tampoco.

No le contesto a Ibrahim. Vacío los granos verdes lavados en una sartén pequeña y comienzo a tostarlos lentamente. No se pueden quemar. El café toma un gusto fuerte, casi picante, cuando eso ocurre.

Gebrai Tecle apareció en mi vida poco después de que abandoné la escuela. Mi padre se apuró en casarme; yo tenía trece años y mucho miedo. Él tenía veintidós. Mi madre estaba contenta. Me decía que era afortunada, porque mi padre, gracias a su posición, me había encontrado un buen marido. Un hombre con tierras en la provincia Sentí, cerca de Keren, donde su familia cultivaba granos y algodón, y tenían algunos animales. Un hombre con buena salud con el que tendría muchos hijos, los que se ocuparían de mí cuando fuera vieja. Un hombre que me daría regalos, oro, y una casa grande donde yo vería crecer a mis hijos sanos, sin que les faltara nada.

Antes de casarnos, solo estuve con Gebrai una vez: en mi casa, cuando mi papá nos presentó. Pero me gustó.

El día de mi matrimonio me sentí contenta, importante. Desde el día anterior, mi madre y otras mujeres de la casa, me habían preparado con un baño de humo de maderas de sándalo y pintura de *henna* negra en las manos y las plantas de los pies. Esa mañana, me habían aceitado el cabello y me habían peinado con muchas trenzas que formaban círculos en mi cabeza, hasta terminar en un moño duro donde se apoyaba el velo que colgaba sobre mis hombros y espalda. Me vistieron con el tradicional vestido de gasa blanca, que terminaba en una ancha banda de colores rojo, verde e hilos brillantes. La tela se la había comprado *Bashai* a un mercader que las traía desde Egipto. Y el vestido lo cosió mi madre, con mi ayuda. Al final me pusieron las pulseras y collares de oro entregados por Gebrai, muestra del valor que para él tenía este matrimonio y, también, de mi valor como mujer. Estaba orgullosa. El día del matrimonio es el más importante en la vida de una mujer eritreana. Es el único día en que ella es lo más importante.

La fiesta duró tres días. Fue gente no solo de Asmara, sino también de las provincias. Familias Zaul de otros pueblos llegaron con regalos para mí y respetos para *Bashai*.

Recuerdo la música, monótona, interminable. Hombres y mujeres bailaban en fila haciendo un círculo, sacudiendo los hombros a cada paso que daban hacia delante. La comida abundaba. *Bashai* mandó a matar cinco corderos y 15 gallinas. Las enormes ollas de aluminio, ubicadas en braseros detrás de la casa hervían con *zigni*,⁵⁵ con mucho *berberé*.⁵⁶ Mujeres desfilaban con grandes bandejas redondas de aluminio, con capas y capas de *ingera*.⁵⁷ Otras mujeres servían *suwa*,⁵⁸ *mies*⁵⁹ y *zeñib*⁶⁰ a los hombres. Los gritos ululantes de las mujeres daban muestra de la alegría reinante.

Gebrai estaba sentado a mi lado en la mesa de honor, junto a *Bashai* y mi madre. De vez en cuando me miraba. Tenía una mirada dulce. Me sentía feliz.

Y fui muy feliz con él los siete años que vivimos juntos. Nacieron Binjam, Tedros, Medhani y, finalmente, Azieb. Y luego él se unió a la guerrilla, después de que soldados del ejército de Haile Selassie, emperador de Etiopía, le quitaron las tierras a su familia y mataron a sus padres. Yo tenía veinte años.

En los cinco años siguientes nos vimos cuatro veces y me envié algunas cartas, ocho. Todavía las guardo.

Seis meses después de la última carta, me vino a ver un soldado del EPLF. Tenía un brazo menos y parte de la cara deformada. Le había explotado una bomba. Me dijo que Gebrai había muerto en ese mismo combate.

—Ibrahim. Tú eres mi más fiel amigo—le contesto después de un largo silencio—. Me has conocido y acompañado por más de quince años. Por

55

Cocimiento de carne picada, cebolla, salsa de tomate y ají.

56

Pasta de ají.

57

Grandes panqueques salados y ácidos sobre los que se echa la comida.

58

Bebida similar a la cerveza.

59

Aguardiente de miel.

60

Licor con sabor a anís.

eso, y porque ya no tengo a nadie más, te voy a contar lo que nunca he contado.

Los granos de café ya están tostados en la sartén. Los vacíos en un mortero y comienzo a molerlos. Lentamente, con dedicación, acompañando el momento. Este momento.

—Gebrai murió hace veinticuatro años, Ibrahim. Y yo lo he sabido todo el tiempo —le digo.

Me mira fijamente. No dice palabra.

Continúa:

—Lo supe antes que viajáramos a Sudán. En ese momento yo creí que también moriría. Se me partió el corazón, la vida, todo mi futuro. Yo lo amaba. Desde que se fue, solo vivía para el momento en que volviera. Soñaba con que nos iríamos lejos; lejos de la guerra, de mi padre, de todo, a otro país. Y que seríamos felices y libres. Con nuestros niños. Sin importarnos nadie. Incluso soñaba con que quizás yo podía estudiar algo. No sé. Algo.

—Tu padre jamás lo habría permitido, Zahra —contesta Ibrahim.

—Por supuesto que no —respondo—. Pero en mis sueños, mi padre no era parte de mi vida.

En la realidad, sin embargo, mi padre me había dicho que si Gebrai moría en la guerra, él vería la forma de volver a casarme. “Los hijos de Gebrai los puede criar tu madre. Yo todavía tengo influencias como para conseguirte otro buen marido y asegurar tu vejez y la nuestra”, me dijo.

El café está molido. Lentamente lo introduzco en la cafetera. Con cuidado, para que todo el polvo caiga dentro del angosto cilindro. Cuando todo está dentro, echo el agua hervida de la tetera. Pongo la cafetera en las brasas, acomodando la base circular, para que no se dé vuelta.

—Si *Bashai* se enteraba de la muerte de Gebrai, yo habría tenido que dejar a mis hijos y casarme con otro hombre. Y esa era lo peor que me podía imaginar —continúa.

—¿Cómo podías saberlo? —dice Ibrahim—. Quizás podrías haber encontrado un buen marido, llegar a amarlo, incluso. Y quizás él también podría haber llegado a querer a tus hijos.

—Gebrai siempre fue y será el hombre de mi vida —contesto—. A él siempre le he sido y le seré fiel. Nunca me iba a casar con otro. Le hice esa promesa la noche antes de que partiera a la guerra.

—Si era así, deberías haberle contado a *Bashai*. Él lo habría entendido y habría desistido de casarte de nuevo.

Por supuesto que mi padre no habría entendido. Él siempre vio los matrimonios como negocios. Y lo que pensarán las mujeres, no importa quiénes fueran, lo tenía sin cuidado.

Recuerdo a Sewit, mi hermana menor. Mi madre la tuvo a los treinta y dos años. Ya había tenido once niños. Después de ese parto quedó mal de salud. A medida que Sewit fue creciendo, se tuvo que hacer cargo de ella. Sin decirlo, todos pensaban que era su obligación. Después de todo, mamá había enfermado por su culpa. Sewit y yo teníamos dieciocho años de diferencia. Vivió desde los doce años en Sudán, en la casa de Port Sudán, con mi madre. No conocí la época de esplendor de *Bashai* ni de la familia.

Cuando tenía diecisiete años, uno de los choferes de la empresa la pidió en matrimonio a *Bashai*. Él se opuso al principio, porque lo consideró muy poca cosa para su familia, pero el chofer tenía dinero ahorrado y había heredado algunas cosas de oro de su familia de Eritrea. Eso convenció a *Bashai*. Sewit también me pidió que intercediera en su favor. Lo único que quería era librarse de mi madre. Entonces yo le dije a *Bashai* que era difícil que ella consiguiera otro marido a estas alturas.

Hubo acuerdo y la boda, pagada por el novio, se celebró en Kassala, en la frontera con Eritrea. De nuestra familia solo viajamos *Bashai*, mi mamá y yo. No era para más. Pero dos días después de la boda, antes de que volviéramos a Khartoum, el chofer devolvió a Sewit. No era virgen, dijo.

—Mi padre la quería matar a golpes, pero mi mamá lo contuvo.

—Mejor por un lado —le dije—. Te quedas con el oro y yo con mi compañía. Los problemas de familia hay que resolverlos en familia.

Así, *Bashai* se hizo el ofendido. Le devolvió al novio el dinero gastado en la fiesta. No el oro, porque dijo que había deshonrado a su hija y que ella no podría volver a casarse. Lo despidió de la empresa y prohibió a Sewit y a mamá que tocaran el tema nuevamente. A todos les dijo que el novio había tenido que viajar urgente a Eritrea a ver a su padre

moribundo. Luego dijo que había muerto en manos de los etíopes. Sewit tuvo que seguir cuidando a mamá hasta que murió, durante seis años. Una semana después del funeral, se fue. Nunca más supimos de ella.

—Mi padre era implacable —digo a Ibrahim— y el único que podía defenderme de él era Gebrai. Así es que lo mantuve vivo.

Miro la cafetera. Falta para que el café hierva, como tres minutos. Tomo una bandeja pequeña con seis tazas de café chiquitas, de loza y sin oreja, y comienzo a enjuagarlas con cuidado.

Una vez quise confiar la verdad a Binjam, mi hijo mayor. Estábamos discutiendo. Él me reprochó que fuera tan dominante. Dijo que yo quería decidir la vida de todos. Le dije que alguien iba a decidir sus vidas de todos modos: yo o *Bashai*. Y que era mejor para ellos si yo decidía, pero tenía que hacer creer al abuelo que él y yo pensábamos lo mismo. Le dije que siempre tenía que enfrentar a su abuelo, y que la única forma de hacerlo era ocupando el lugar de su padre en la familia, con decisión y capacidad de mando, de lo contrario su abuelo haría lo que quisiera con todos nosotros.

Creo que Binjam no me escuchó o no me creyó.

—No entiendo que *Bashai* nunca lo sospechara —me dice Ibrahim— o que nunca averiguara. El era un hombre importante, podía requerir información sobre Gebrai a la gente del EPLF.

—Bueno. Quizás lo sospechaba. Solo que no quería saberlo —contesto.

Yo tenía veintiséis años cuando lo supe. Cuatro hijos, todos dependientes de mí. Mi casa en Asmara derruida. Mis amigos de antaño y familiares lejos o muertos. Mi padre en la ruina e incapaz de hacerse cargo de la situación. Él solo sabía funcionar con sus cargos y su dinero; estaba paralizado. Cada día que pasaba la situación empeoraba. Y Gebrai no vendría a salvarnos. Ahora sabía que no vendría.

Entonces era yo o nadie.

Alguien del EPLF me dijo que necesitaban camiones que les transportaran mercadería desde Sudán, que podían pagar por ello. No mucho, pero algo. Entonces compré un camión con las joyas que Gebrai me regaló para nuestra boda. Y contraté a un chofer. *Bashai* hizo un intento de oposición al hecho de que yo tomara esas decisiones, pero estaba demasiado deprimido y asustado como para ser un obstáculo. A los seis

meses compré otro camión y traje otro chofer. Un día en que conversaba con ellos, me dijeron que en sus viajes a Sudán se daban cuenta de que allá también había mucha necesidad de transporte. Hablé con *Bashai*. Le dije que era nuestra única posibilidad de futuro: irnos a Sudán con los camiones y tratar de hacer algo más grande allá. Y que eso no implicaría dejar de apoyar al EPLF.

Tenía que contar con su apoyo. Porque en Sudán la empresa no podía ser mía. Yo era mujer.

Llegamos a tener diez camiones. Transportaban carga entre Khartoum y el puerto de Port Sudán, junto al Mar Rojo. Nos fue bien. Nuestra vida funcionaba mejor que para la mayoría de las otras familias eritreanas en Khartoum. Ganábamos dinero, lo que para *Bashai* era importante.

En los últimos años he llegado a pensar que, en realidad, él no quería saber la verdad sobre Gebrai y por eso no hizo mayores esfuerzos por averiguar. Yo le servía, decidía casi todo, es cierto, pero él tenía el poder final. Él era el dueño de todo.

—Todo lo que me cuentas me sorprende mucho, Zahra —dice Ibrahim—. Siempre imaginé que la vida había sido dura para ti, pero esto es más de lo que era capaz de sospechar.

—Ha sido dura para todos, Ibrahim. Y cada uno ha ocupado su lugar —respondo.

El café hierve y comienza a salir a borbotones por el cuello de la cafetera. Lo vacío en una jarra y luego lo vuelvo a introducir. Faltan dos veces más. Mientras observo la cafetera nuevamente en el fuego, comienzo a sentir que la tristeza me envuelve. No es mi costumbre. En general no me siento triste. Cuando me dijeron lo de Gebrai sentí más rabia que pena. Y siempre ha sido así. Cuando alguien me ha provocado dolor, éste rápidamente se ha transformado en rabia. Como cuando Binjam decidió irse a Canadá sin consultarme y convenció a Tedros de irse con él. Ellos sentían que se estaban liberando de mí, que estando lejos podrían al fin hacer sus vidas. Todos pensaban lo mismo. También Medhani, que se fue al poco tiempo a Suecia. Y Azieb, que se quiso ir a Italia. Traté de retenerla un poco, porque no me imaginaba qué sería de mí si me quedaba sin ninguno de mis hijos, pero ella solo me despreció más.

Medhani me dio una gran alegría después de eso, aunque pasajera.

Volvió de Suecia, después de cuatro años, a trabajar conmigo y *Bashai* en la empresa. Nada me hizo más feliz. Volví a soñar con una vejez tranquila, en la casa de Medhani, cuidando a sus hijos, mis nietos.

Pero después de una visita a Suecia apareció esa mujer de no sé qué país en América. Gabriela. Le metía cosas en la cabeza. De que tenían que vivir solos. Que tenían que estar solo un tiempo en Sudán, juntar dinero, y luego irse a viajar por el mundo.

Me propuse sacarla de la vida de Medhani. Creo que al final lo hice. Pero también lo alejé a él.

Al final los alejé a todos de mi vida.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —pregunta Ibrahim—. ¿Por qué no vuelves conmigo a Eritrea?

El café hierve por tercera vez. Saco la cafetera del fuego y la dejo reposar. Tomo la sartén de nuevo y comienzo a tostar granos de maíz. De a poco van explorando y convirtiéndose en copos blancos y blandos.

Volver. Nunca lo había pensado. ¿Volver a qué? No estará allí ninguno de mis hijos. Ni volverán algún día. Lo sé. Tampoco estará Gebrai ni sus restos para visitarlo en el cementerio. No estará *Bashai* ni mi madre. Ni ninguno de mis hermanos.

¿Qué podría yo hacer en Eritrea? Una mujer viuda, vieja y sin familia que se haga cargo de ella. Un país donde no hay trabajo ni siquiera para los hombres.

El EPLF dice que hay que trabajar para reconstruir el país y para consolidar la independencia de Eritrea, pero qué puede hacer una mujer de mi edad allá. Aunque digan que las cosas han cambiado, y que las mujeres se han independizado de los hombres. Yo sé que un tercio de los combatientes del EPLF eran mujeres, pero, al final, la tradición puede más.

—Zahra, ¿por qué no te casas conmigo? Tú sabes que te quiero. Y yo sé que me quieres. Nos llevamos bien. Nos conocemos. Tendrías protección, casa y familia. Y mis sobrinos nos cuidarán cuando seamos viejos. No te faltará nada —dice Ibrahim.

Pongo la pelota de crines de caballos como filtro en el cuello de la cafetera. Trato de que no se me note la emoción. Sirvo las tazas. Tres. Una para Ibrahim, una para mí y una para los espíritus presentes.

Vacíó las palomitas de maíz en un plato, y tiro algunas en el suelo alrededor. Hace muchos años que no hacía café y los espíritus se sentirían si los olvido. Después de terminar de repartir las palomitas, me siento en el banco frente a Ibrahim. Me callo unos segundos, tomo aire y luego le digo:

—Dios sabe que eres mi amigo más querido, Ibrahim. Pero no me puedo casar contigo ni con nadie. Eso te lo acabo de explicar. Cada uno tiene que ocupar su lugar en la vida. Yo seguiré con mi trabajo acá en Khartoum, en mi casa, la que ahora es mi casa. Y espero tener dinero cuando vieja para pagarle a alguien que se haga cargo de mí.

Pensé en Gebrai, muerto. En mis hijos, lejos. Pero no sentí tristeza. La vida es eso: tiene sus sueños, sus batallas, sus victorias y sus derrotas. Pero, al final, lo que vale son las cosas simples, las que van quedando. Como hacerle un café a un amigo que te ha acompañado toda la vida. Como saber que tienes hijos libres, contentos, que están haciendo lo que quieren. No importa que no los tengas contigo.

Y a veces la vida te sorprende dándote alegrías que no esperas, como cuando Azieb me invitó a Italia el año pasado, a conocer a su hija recién nacida, Zahra.

Zahra, como yo.

Cuando una es más joven, se cree distinta, especial, y cree que su vida es distinta y especial, pero al final te das cuenta de que todas las vidas son especiales, todas irrepetibles y que todos ganamos y perdemos en algún momento, cada uno de manera distinta.

Y lo bello es justamente eso: saber ganar, saber perder, saber vivir y saber morir.

Yo moriré en mi casa, junto a Gebrai.

15. Los disparos de las primeras lacrimógenas (1986)

—¿Está todo listo?

El compañero Jorge está repasando cada detalle. Nosotros le mostramos los pertrechos en silencio, uno a uno, según el orden en que pregunta. Es una situación especial. No siempre viene un representante de la DEC, la Dirección de Estudiantes Comunistas, a revisar todo. Estamos en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile.

—¿Las molotov?

Humberto saca las botellas llenas de bencina, con sus trapos de género colgando desde las tapas.

—¿Las mangas? —Vicente muestra las bolsas negras de basura, el tamaño más grande, rellenas con aserrín y amarradas con cordeles a ambos lados, como un caramelo gigante.

Nos quedamos trabajando toda la noche en un departamento cerca del Parque Bustamante, a dos cuadras de la Escuela, en la casa de la Pancha, una compañera de Sociología. Teníamos que tener todo listo para la reunión de las siete y media de la mañana. Esta protesta es especial. La convoca la "*Asamblea de la Civilidad*", un organismo nuevo que se formó para echar a Pinochet. Son quince organizaciones sociales, sindicatos y gremiales. Dicen que van a hacer ingobernable el país con protestas y paros; que en no más de seis meses terminan con la dictadura.

Ayer ya empezó a agitarse el ambiente. Hubo protestas en el campus de Medicina Norte de la Chile con estudiantes nuestros y de la Católica. Y hubo más de cien detenidos.

Por las noticias supimos que en la noche hubo barricadas y quemas de neumáticos en las poblaciones El Pinar, La Legua, La Victoria y en el sector de Grecia con Pedro de Valdivia.

—¿Barricadas? —Carola indica los neumáticos arrumados junto a una de las paredes de la bodega y una caja con clavos doblados.

—¿Propaganda? —yo saco la caja con los sprays, la pintura y las brochetas, y Alejandro los turros de panfletos mimeografiados en la misma escuela. "2 y 3 de julio: PARO NACIONAL. ¡A echar al tirano!".

Todo está en orden, pero Jorge se mantiene inmutable. En realidad nunca nos felicitan. No corresponde. Solo cumplimos con nuestro deber. Eso dicen. Y yo me siento cumpliendo con mi deber, casi como un soldado.

En la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile tenemos un espacio privilegiado: contamos con la complicidad de algunos funcionarios que nos prestan una pieza en el sótano para guardar las cosas y reunirnos, y nos facilitan la imprenta artesanal para hacer el material de propaganda. Raro, pensando que, hasta 1977, en el mismo edificio de la calle Belgrado 10 estaba el cuartel general de la Dirección de Inteligencia Nacional, la DINA, y la oficina de su director, el "Mamo" Contreras.

Las protestas de nuestra Facultad siempre parten desde aquí. Por un lado porque la Escuela tiene salida por varias calles: por Belgrado y Vicuña Mackenna, a solo cuadra y media de la Plaza Italia —el "ombligo de Santiago" —; por Diagonal Paraguay; y a través de la Escuela de Arquitectura, por Portugal, a media cuadra del edificio Diego Portales, centro de eventos de los actos del Gobierno de Pinochet. Además, estamos al lado de las escuelas de Arquitectura, Economía, Sociología, Psicología, Historia y Geografía de la Chile, así es que siempre hacemos un grupo grande.

El ambiente antes de las protestas tiene algo de solemnidad y nerviosismo. A mí me parece emocionante, como todo lo que tiene que ver con la lucha contra la dictadura.

Lo que me cautivó al volver a Chile no fueron las empanadas, los porotos granados o la cordillera, ni nada de lo que me hablaban los chilenos de Uppsala: fue la militancia en la Jota. Las tareas, las misiones, la responsabilidad. Todo lo que no conocía.

—Bien. Quiero recordarles, compañeros, que estas jornadas de protesta serán determinantes en la lucha contra la dictadura fascista.

El compañero Jorge empieza a entregar *la cuenta*, la orientación política. Dice lo mismo que yo vengo anotando durante las últimas cuatro reuniones, con letra minúscula, en un pedazo de papel suficientemente chico como para poder ser tragado, si era necesario. Así me enseñaron.

—Ustedes saben que el movimiento estudiantil históricamente ha jugado un rol decisivo en las luchas democráticas. Somos jóvenes, los mejores, los que encenderemos la chispa de la rebelión, los que con nuestra entrega generosa y apasionada mostraremos el camino al pueblo decidido a cambiar su destino.

Yo miro a mi alrededor. Carola tiene diecisiete. Es chiquitita, suave, rosadita, siempre sonriente. No tiene permiso para ir a ninguna parte después de las clases. Y es la encargada militar de la base de Periodismo. De las que se quedan al final cuando vienen los buses, los *guanacos* y los *zorrillos*. Tira molotov y piedras, bota carteles y todo lo que sirva para impedir el paso de los vehículos de las fuerzas policiales. Para ir a las reuniones, les dice a sus padres que tiene que estudiar con otros compañeros.

Humberto tiene diecinueve. Vive con su madre separada y su hermana. Familia de clase media con problemas económicos. Algo así como el hombre de su casa. Y todas las esperanzas de ellas están puestas en que él se titule y se convierta en un buen proveedor. No saben que tiene tantas responsabilidades en la Jota que está a punto de perder la carrera.

Vicente viene de una familia de muy pocos recursos. Es el del medio de cinco hermanos. Vive en un departamento minúsculo en la calle Club Hípico, en la comuna de San Miguel, en unos blocks oscuros y húmedos. Se demora una hora y media a la Escuela en micro. Está becado y si llega a caer preso, perderá la subvención que le da la Universidad.

Y yo, recién llegada de Suecia hace ocho meses. Medio gringa y medio torpe. Tratando de ponerme al día de los doce años que he estado fuera. Ni siquiera hablo español de corrido. A cada rato se me salen palabras en sueco.

La verdad, no nos imagino “mostrándole el camino al pueblo”.

—El movimiento de masas ha llegado a un punto culmine en su proceso de rebelión contra la tiranía —continúa el compañero Jorge—. Los trabajadores, los profesionales, los pobladores ya están hartos después

de trece años de hambre y represión. Hemos dicho que éste es el Año Decisivo. Tenemos el respaldo de la comunidad internacional, que se ha manifestado explícitamente por el retorno a la democracia en la última Asamblea de las Naciones Unidas.

No sé bien qué vine a buscar. Creo que más bien vine a descartar. La idea era probar: probar estudiar —periodismo—, probar vivir acá, y después de eso —que yo calculaba duraría entre seis meses y un año— volvería a Uppsala, no necesariamente con más certezas, pero sí con menos incertidumbres.

Eso era lo que habíamos hablado con Diego. Él esperaba.

Pero acá me esperaban cosas que yo no conocía. El miedo, por ejemplo. Fue lo primero que sentí cuando acompañé a mi tía a una protesta, a dos semanas de llegar. Vi cómo los policías le rompían la cabeza a un manifestante en la calle. La vereda se manchó de sangre, roja, oscura y espesa. Y me dieron ganas de vomitar; no de asco. De miedo.

Pero también me esperaba la emoción, y la rebeldía, y la rabia, como no lo había sentido antes. Y me daban ganas de golpear, de gritar, de romper; hasta de matar.

Y, por supuesto, los principios, las ideas. Las ideas de justicia, de verdad, de solidaridad como una guía de vida. Y el compañerismo, la confianza y preocupación por los otros, como una forma de relacionarse.

Todo eso era tan nuevo y tan bonito.

Fue como si, de pronto, las cosas tuvieron sentido. Más allá de mí. Había algo más que los estudios, que el departamento que querías arrendar, que el viaje que querías hacer el próximo año. Había un mundo por construir, una sociedad, un modo de vida justo y seguro para todos.

Y a diario me encontraba con otros como yo, con los mismos ideales. Y los sentía iguales a mí. Independientemente de la historia, apellido, situación social de cada uno. Todos éramos iguales.

Ya no estaba sola.

Y entonces sucedía que podía escuchar a un tipo como el compañero Jorge antes de salir a protestar. Y me gustaba estar ahí, aquí, a pesar de que su discurso fuera pomposo y aburrido.

En Suecia nadie sabía, y si lo supieran, no lo creerían. Pero no me importaba. Ni siquiera tenía contacto con Suecia. Con nadie. La última vez que hablé con alguien fue con Diego, hace ya casi cuatro meses, cuando terminamos.

—Creo que no voy a volver —le dije al teléfono.

Él calló por largos segundos. Yo también. No tenía nada que agregar. Para mí todo estaba claro.

Seguramente él tenía algo que decir, pero no podía. Y continué:

—La decisión está tomada desde hace un tiempo. Solo que quería estar realmente segura para decírtelo.

—¿Y que hay de nosotros? —preguntó.

—¿Nosotros? ¿Y desde cuándo somos nosotros? —pregunté—. ¿O es que ya le contaste a tu familia que estás separado?

—Creí que ese tema ya estaba superado —me contestó.

—Claro que está superado —le dije—. Eso es lo que te estoy diciendo. Está superado. Y yo me quedo acá.

El guardó silencio nuevamente. Luego dijo:

—No puedo hablar ahora. Te llamo más tarde.

Nadie podía decir que no lo había querido. Él menos que nadie. Que no había hecho todo lo que pude y más. Que lo esperé un año. Pero él se quedó atrapado en la culpa y en el miedo. Intenté entenderlo, hasta que me cansé.

Todo tiene su límite; incluso el amor. Y uno hace sus opciones y asume las consecuencias. Para bien y para mal.

—Bien. Ayuden a los compañeros del CAM a sacar todo esto a los puntos definidos —ordena el compañero Jorge.

Los compañeros del Comité de Autodefensa de Masas de la Jota —el CAM— eran como nuestros pequeños héroes: los más valientes, los que sacaban el arsenal casero a la calle, los que tiraban las molotov, ponían las mangas, cruzaban los autos, lanzaban piedras con hondas, nos defendían.

Julio era uno de ellos. Lo conocí en las protestas. Era de mi facultad, de la Escuela de Historia. Lo admiraba, como a todos los otros. Cuando lo vi llegar esta mañana, me sentí cómplice. Pocos sabían que vivíamos juntos.

—Compañera Emilia, le presento al compañero Rubén —me dijo el compañero Pedro, secretario de mi Comité Local, cuando me presentó a Julio, hace un mes y medio.

Emilia era mi *chapa*, el nombre con el que me conocían en la Jota.

—Bueno, en realidad, si van a vivir juntos, corresponde que se conozcan por sus nombres verdaderos —rectificó—. Gabriela, éste es el compañero Julio. Él y su compañera, Lucía, estarán muy contentos de recibirla en su departamento.

Me había ido a vivir a la casa de Julio y Lucía, dos jotosos retornados de la RDA, hace poco. Andaba buscando arriendo urgente. La permanencia en la casa de mis tíos, que me habían recibido cuando llegué a Santiago, se había hecho insostenible. Ése fue un tema que no había contemplado cuando volví: que no podría vivir con mi mamá, porque quería estudiar Periodismo en Santiago y ella vivía en el sur. Así es que me alojé donde unos tíos mayores. Muy cariñosos. Pero muy mayores y muy chilenos.

—Mijita. ¿Va a cenar aquí esta noche?

—No sé, tía. Tengo que hacer y no sé a qué hora me desocupe.

—Puchas. Su tío está un poco sentido porque hace tres días que no cena con él. Ya sabe usted que es medio fregado para esas cosas... Además, le incomoda que los vecinos vean que usted llega tan tarde a la casa. Acá la gente es tan habladora, las cosas no son como en Suecia, mijita...

—Voy a tratar, tía. Pero no le puedo asegurar...

Después de casi siete años de vivir sola, este tipo de diálogos me parecían casi irrealles. Hacía esfuerzos por no parecer mal educada, pero no sé si me resultaba.

Entonces le planteé al compañero Pedro mi problema.

No quería irme a vivir con cualquiera. Tenía que ser gente cercana, compañeros. Yo tenía una confianza ciega en la Jota. Era una gran familia que te acogía y te decía lo que tenías y no tenías que hacer, y cuándo y por qué tenías que hacerlo. Eso me daba seguridad. Sentía que se hacían cargo de mí.

Julio y Lucía vivían en el Barrio Matta, en la calle Santa Elvira. Casas antiguas, de un piso, con ventanas que daban a la calle y patio interior. Un barrio muy típico chileno. Con niños que jugaban a la pelota en la calle, viejos sentados en las veredas viendo a la gente pasar, señoras con

tubos en la cabeza hablando afuera de la puerta, con las escobas en la mano. Con el almacén de la esquina para comprar el pan y los huevos, donde podías pedir fiado cuando te empezaban a reconocer como del barrio. Un barrio bastante pobre, pero no peligroso. En las noches abrían sus bares hediondos, donde llegaban las putas y los borrachos, varios de los cuales se quedaban botados en la vereda hasta la mañana siguiente. Yo los veía cuando me iba a la Universidad.

Para mí, todo eso era emocionante. Un regalo. Llegar al barrio o salir a comprar era una aventura, con cosas nuevas cada día.

Estaba orgulloso de mí misma. Por mi nueva vida. Por haber vuelto a Chile, por haber ingresado a la Jota, por estar viviendo en un barrio como ése. No era el camino fácil; menos si uno viene llegando de una existencia sin preocupaciones, con un estándar de vida como el que tenía en Uppsala, pero sentía que todo eso estaba correcto, que ése era mi camino.

A los dos meses de ingresar a la Universidad, solicité formalmente mi ingreso a las Juventudes Comunistas. Hablé con Luciano, uno de los compañeros de Periodismo que acostumbraba a agrupar a la gente para las actividades políticas y que todos reconocían como jotoso. Cuando le dije, me sonrió y respondió:

—Lo voy a plantear a la Dirección.

Los comunistas eran formales, serios. Se trataban de “usted” entre ellos. Y eran misteriosos. Eso les daba un aire de importancia, de estar siempre hablando de cosas realmente relevantes. Eso pensaba yo.

Esperé dos semanas en las que me “evaluaron”. Así me dijeron. Finalmente fui aceptada y convocada a una reunión, de esas secretas.

Estaba muy nerviosa.

—¿Compañera Emilia? —me dijo el compañero Pedro esa tarde.

—Diga, compañero.

—En nombre de la dirección de las Juventudes Comunistas, le doy formalmente la bienvenida a la Jota.

El resto guardaba silencio. Estábamos en el dormitorio de Vicente, donde tocaba hacer la reunión de base esa semana. Todavía era de día, pero la habitación estaba semioscura, porque habían corrido las cortinas

y estábamos bastante apretados. Humberto sonreía nervioso. Él, Carola y yo ingresábamos a la Jota.

—Ustedes se integrarán a la base Eduardo Jara, de la Escuela de Periodismo, parte del Comité Local La Reina, perteneciente al Comité Regional Estrella —explicó el compañero Pedro.

Me entregó mi carnet, rojo, chiquitito, con tapas de plástico y hojas amarillas. En la primera página, el logo de las JJ.CC.: las cabezas de dos jóvenes, un hombre y una mujer de perfil, mirando el horizonte, rodeados por una especie de corona de hojas con una estrella abajo. Parecía esa gráfica soviética que uno había visto en las películas antiguas. Las otras páginas traían cuadrados donde se pegaban las estampillas, que me irían entregando a medida que pagara mis cotizaciones trimestrales. También figuraba el juramento de los jotosos:

“Prometo fidelidad a las Juventudes Comunistas de Chile, a los estatutos y organismos dirigentes, prometo defender consecuentemente el programa y la política del Partido Comunista de Chile, vanguardia del proletariado, guía y maestro de las JJ.CC. Prometo educarme en los principios del marxismo-leninismo y el internacionalismo proletario”.

—Vayan saliendo todos, vamos a cerrar las puertas.

Ya en el patio, Humberto y un compañero de la Juventud Socialista dan instrucciones a los alumnos que no se van quedar en la toma.

Son casi las nueve de la mañana. Aún quedan funcionarios adentro de la Escuela. Sobre todo el jefe de personal se resiste a irse. Lo veo hablando con Vicente. Mira nervioso a los estudiantes que van y vienen con cadenas, candados, tablas y alambres. Las instrucciones para los jotosos de la Universidad de Chile son tomarse las sedes de las facultades y manifestar en la calle. En Periodismo nos dividimos en dos grupos. Yo me quedaré en la toma.

Una a una, todas las salidas son bloqueadas, hasta quedar abierta solo la principal. Las secretarías salen despidiéndose con la mano. El jefe de personal con los últimos funcionarios también se van. Antes les prometimos que no habría destrozos ni robos.

—Pórtense bien, chiquillos —dice.

Humberto y Vicente cierran el portón con las cadenas y candados. Afuera hay mucha gente. Gente de la escuela, de otras facultades, periodistas, algunos profesores y los mirones de siempre.

Un grupo pequeño se acerca. Son los "encargados de logística":

-Aquí tienen -dicen mientras entregan varias bolsas.

Adentro hay panes, galletas, cigarrillos, jugos, una radio y papel confort. En el segundo piso comienzan a desplegar un lienzo: "DEMO-CRACIA AHORA". En secretaría, el teléfono no para de sonar. Carola me dice que conteste.

-¡Aló! Sí, Periodismo. Emilia. Sí, compañero Ernesto. Acá alrededor de cuarenta. ¿En Arquitectura? Bien, compañero, nos haremos cargo.

-Dice el compañero Ernesto que Periodismo quedó encargado de la difusión de masas. Hay que llamar a las radios y a los diarios. A la tele no, porque igual no van a venir -informo a mis camaradas.

-Dijo algo de cómo está todo en el resto de la "U"? -pregunta Humberto.

-Dijo que en Ingeniería hay 200 compañeros en toma.

Otros estudiantes entran y salen. Llevan plumones, papel craft, huincha de embalaje. Son los encargados de los carteles.

Todo está funcionando bien. En la Radio Cooperativa escuchamos al ministro del Trabajo, Alfonso Márquez de la Plata, criticando el paro ayer:

-Los que llaman a la paralización de actividades, como no tienen apoyo ciudadano tratan, a través del amedrentamiento, de crear un clima artificial de alarma -dice.

La radio también dice que ha habido enfrentamientos desde la madrugada y que circulan pocas micros. Y que tres buses fueron quemados.

-La capital amaneció con vigilancia de efectivos del Ejército en puentes, estaciones de metro, terminales de buses y edificios públicos -informa el locutor.

Todo esto nos alegra. Quiere decir que el Paro va bien encaminado.

La mañana transcurre sin sobresaltos y como a las dos de la tarde bajamos a almorzar en la cafetería. La señora Carmen, encargada del casino, nos dejó abierto para que usáramos las ollas, teteras, cuchillos, etc.

-Me dejan todo limpiecito sí, chiquillos. Si no, es la última vez que les presto mi cocina -dijo antes de irse.

Comemos pan con mortadela y tecito. Todos estamos ansiosos. Contentos, pero también con un poco de miedo. No sabemos cuándo vendrán a sacarnos. Es cuestión de tiempo. Lo peor sería en la noche, porque ahí no habrá periodistas ni nadie que pueda ver qué hacen con nosotros.

Veo a una chica sentada sola en un peldaño de la escala, justo afuera del casino. No come. No recuerdo haberla visto antes. Cuando la miro, vuelve la vista, como avergonzada. Me paro a hablar con ella.

-¿De qué carrera eres? -le pregunto.

-De Geografía -dice. Mientras habla, se refriega las manos. Veo que le transpiran, igual que la zona superior del labio.

-¿No tienes hambre? -le digo.

-No -responde y mira hacia afuera.

-¿Es la primera vez que te quedas?

-Sí... la primera vez...

-¿Estás nerviosa?

-Un poco -contesta y la voz se le quiebra.

-No te preocupes. No va a pasar nada -le digo-. A lo más, nos van a dar unos palos y vamos a pasar una noche en la comisaría, con frío y dolor de huesos, pero nada más. A las mujeres no nos hacen nada. Los que la pasan mal son los cabros.

-Y el crédito fiscal? ¿No te lo quitan? -insiste.

-No que yo sepa... -le aseguro-. Come algo.

Aunque en realidad no tengo idea. En la Jota te enseñan que hay que dar confianza, seguridad a los otros, para que se atrevan a participar en la lucha contra la dictadura. Aunque a veces tengas que mentir. No me parece demasiado correcto ni ético, pero también he aprendido que, cuando militas, debes hacer lo que está definido, aun cuando no estés de acuerdo. Es la disciplina. Así la organización puede funcionar.

Y yo soy disciplinada.

Las noticias de la tarde informan que hubo una gran protesta al mediodía en la Alameda.

—Los manifestantes promovieron desórdenes y gritaron consignas políticas, por lo que las fuerzas policiales se vieron en la obligación de emplear agua y gases lacrimógenos para dispersar al público y resguardar la seguridad de la ciudadanía—decía un vocero de los carabineros.

Cuando llega la noche, todo se pone más silencioso. Nosotros también. La protesta ha sido un éxito, según las radios Cooperativa y Chilena. Ha demostrado que mucha gente está dispuesta a jugársela por terminar con la dictadura, pero también ha demostrado lo que ellos están dispuestos a hacer por impedirlo. Según sabemos, este 2 de julio hubo tres muertos, decenas de heridos, cientos de detenidos, varios atentados explosivos y... dos jóvenes quemados. Así, tal cual. Quemados vivos.

—A las ocho de la mañana de ayer, miércoles 2 de julio, Rodrigo Rojas caminaba junto a un grupo de jóvenes por una calle cercana a General Velásquez. Llevaban cinco neumáticos, un artefacto incendiario y un bidón de parafina para encender una fogata e interrumpir el tránsito. Fueron interceptados por una patrulla de soldados que inició la persecución. Rodrigo y Carmen Gloria Quintana fueron apresados y brutalmente golpeados con las culatas de los fusiles. Sus captores, luego de reducirlos completamente, los tendieron en el suelo, los rociaron con combustible e hicieron arder como piras humanas. El teniente Sergio Fernández Dittus, jefe de la patrulla militar, ordenó que los cuerpos humeantes fueran cubiertos con frazadas y subidos a uno de sus vehículos —informa el “El Diario de Cooperativa” ...

Escuchamos mudos.

—...Horas más tarde, fueron lanzados en una acequia de las afueras de Santiago, en el sector rural de Quilicura. Ambos fueron encontrados por carabineros con graves quemaduras. Según los primeros informes del Centro Médico hasta donde fueron conducidos, las quemaduras son de tal profundidad que es casi imposible que sobrevivieran.

Ha habido momentos, pocos, pero los ha habido, cuando, en alguna parte, me cuestiono todo esto. No es que me arrepienta o solo que sienta temor, que sí lo siento. Es más complicado que eso. Es más bien sentir la cercanía del horror. Sentir que el horror existe, que es posible y que puede estar a la vuelta de la esquina. Algo más allá de lo que he conocido hasta ahora, que se relaciona con mis miedos más profundos, con mis

pesadillas, que dice relación con palabras que conozco pero nunca uso: pavor, espanto, terror.

Pasada la medianoche suena el teléfono nuevamente. Es la señal de alerta. Cincuenta carabineros armados entraron a desalojar la Facultad de Arquitectura.

—¿Nos quedamos? ¿Todavía alcanzamos a salir por el costado de Diagonal Paraguay...? —pregunta un compañero.

Todos miramos a nuestro secretario. Él tiene la última palabra.

—No. Nos quedamos. Los esperaremos en la sala grande del segundo piso. Nos tendrán que sacar los huevones.

Subimos al balcón del segundo piso para ver qué ocurre en Arquitectura. A pesar de la oscuridad, vemos nubes de gases lacrimógenos y gente corriendo. Se escuchan gritos.

—Un bus de pacos se estacionó en la esquina! —grita un compañero desde el tercer piso.

Miro por la ventana. Veo al compañero Jorge saltar la reja que da a Diagonal Paraguay. Va acompañado de otros dos compañeros. No me sorprende: sé que no se puede quedar. Es por seguridad, me han explicado. Los compañeros del “aparato interno” manejan información sobre la estructura de la Jota; no pueden caer detenidos. Lo entiendo, aunque en el fondo siempre hay algo que no me encaja de todo aquello: que los jefes desaparezcán cuando viene lo peor.

Otro bus se estaciona ahora en Belgrado, frente a la entrada principal de la Escuela. Vemos cómo se van bajando con sus uniformes oscuros de Fuerzas Especiales: grandes cascos, botas altas, escudos, máscaras antigases; algunos con escopetas lanza lacrimógenas. Un par se acerca a la reja con unos napoleones enormes.

“Prometo estar dispuesta a dar la vida si fuese necesario en la defensa de la Patria, su soberanía y su integridad territorial; prometo luchar incansablemente por los derechos y deberes de la Juventud, los intereses de la clase obrera y del pueblo, la defensa de sus conquistas; por la victoria total de la causa revolucionaria y la construcción del socialismo y comunismo en nuestra Patria”.

Están a punto de romper la cadena. Bajo corriendo hacia la sala donde los esperaremos. En la escala choco con un compañero. Está

encapuchado pero lo reconozco. Es Julio. Lleva una molotov en la mano y una honda en la otra.

—Cúidese, compañero —le digo.

—Usted también, compañera —me responde.

Lo veo subir hacia la terraza del edificio y escucho los disparos de las primeras lacrimógenas.

16. Julio (1995)

Escucho cómo se corre el cerrojo del portón metálico. Un gendarme abre la puerta de la celda. Espero un momento a que se vaya. Me levanto de la silla y comienzo mi rutina: tomo un pedazo de diario, le unto hartos pegamento y lo pongo en el lente de la cámara de vigilancia del pasillo.

En la noche, cuando nos vuelvan a encerrar, alguno de los gendarmes tendrá que ponerse a raspar de nuevo los papeles encolados que obstruyen la cámara. Algo es algo.

—Buenos días, Ramiro —le digo a mi vecino de celda que me mira sonriendo.

—Buenos días, profe —me responde—, veo que despertamos combativos otra vez.

—Como siempre no más, compadrito, como siempre.

Vuelvo a la celda y me sirvo otro café. Ya voy en el tercero del día. El médico me dijo que me hace pésimo. Pero no fumo, así es que algún vicio tengo que tener, sobre todo para mantener a raya la ansiedad.

Es un día de sol, pero la luz apenas entra por las dos ventanillas de la celda: son muy estrechas.

En unos meses voy a cumplir dos años aquí. Antes estuve otros dos en la Ex Penitenciaria. Cuatro, de una condena de veintiocho, por infracción al código militar y civil, a la ley de control de armas y a la de Seguridad Interior del Estado.

En todo este tiempo solo he salido por dos motivos: para comparecer ante los jueces y para hacerme unos exámenes en los que me detectaron los problemas al estómago.

Se supone que a partir de la próxima semana empezaré a salir más seguido; comienzo el tratamiento médico. No hay mal que por bien no venga.

Lucía está afectada por eso. Trata de que no se le note pero me doy cuenta. Está más vulnerable que antes; ha cambiado. Hace algunos años era tan distinta: antes que volviéramos de Alemania: alegre, optimista, fuerte. Cuando había problemas, siempre tenía una alternativa, un camino. Ahora está resignada, como si ya no hubiera caminos. No podría juzgarla. Tampoco estoy seguro si los hay.

—Profe, ¿le queda un poco de café para este pobre reo?

—Pasa, Ramiro. Tómate un café conmigo.

Lo de “profe” me lo pusieron el año pasado, después que me titulé de Profesor de Historia. Eso siempre es tan importante para la gente: el título profesional. De hecho, creo que fue la última vez que vi a Lucía contenta de verdad. Esperanzada.

A veces uno cree en los hechos puntuales. Que un evento va a cambiar el curso de un proceso; de una vida; de tu vida, como las revoluciones. Cuando se es más joven crees más en eso. Con los años empiezas a convencerte de que son los procesos lo que más valen. Quizás eso le pasa a ella: ve con claridad este proceso, el mío. Y ve adónde conduce. Y a dónde no conduce.

Mi titulación no cambió nada fundamental. Pero para mí fue importante. Porque demostró a todos —a mí, a los míos y a los otros— que no me han ganado. Aún no. Hasta los gendarmes me tratan con más respeto desde entonces.

Los dos historiadores de la Universidad Chile que dirigieron mi memoria de título, Jaime y Carlos, son ex compañeros míos de la Facultad de Filosofía. Me venían a ver todas las semanas para hacer la investigación. Y siguen viniendo hasta hoy. Hablamos de todo, especialmente de lo que le ha sucedido al país después de Pinochet desde una óptica más sociológica y más abierta. Son conversaciones más densas si se quiere, pero me gustan, porque me he comenzado a cansar de hablar solo de política, de las violaciones a los derechos humanos y de mi caso judicial. Jaime y Carlos me hacen sentir más normal, que es lo que más me hace falta.

—¿Y puedes tomar café? —pregunta Ramiro.

—¿Y quién me lo va a impedir? ¿Tú?

Todos aquí están preocupados por mi enfermedad, lo sé, pero trato de dramatizar. Porque acá, aunque uno mantenga su metro cuadrado de distancia, tu vida está muy ligada a la del resto. Es como si, al compartir situaciones similares, todos fuéramos parte de la misma suerte, de la misma vida. Si yo estoy enfermo, cabe la posibilidad de que ellos también se enfermen. Y si me sano, también habrá una esperanza para ellos. Una vida donde todos dependamos de todos y donde, por lo mismo, la solidaridad no es una cualidad desinteresada que uno desarrolle, sino una necesidad para mantenerse en pie.

A menudo esto me recuerda al campamento de “El Quemado”, en El Salvador, aunque a primera vista puedan parecer experiencias opuestas. La solidaridad por ejemplo. Cuando llegué allá no tenía experiencia alguna en vivir en el monte. Tenía instrucción militar, sí: había salido con honores del curso de la Escuela Militar Camilo Cienfuegos. Sabía de armas pero no de la vida cotidiana en un lugar como ése, un campamento del FMLN⁶¹ en medio del Cerro Huazapa, a 20 kilómetros de San Salvador.

Y entonces dependías de la solidaridad, de la vida colectiva, no solo en los combates, sino en todo. No servía que tuvieras buena puntería si tu compañero no la tenía. Te podían matar igual. Así es que tenías que enseñarle. Y no servía que fueras un excelente soldado si no sabías qué tipo de madera hay que recoger para no levantar humo y delatar el campamento.

Ambas vidas, ésta y aquella, tan colectivas, tan monótonas y elementales, pero también llenas de tensión. Allá la provocaban los ruidos constantes de los helicópteros y las explosiones. Acá los ruidos de los cerrojos de las puertas abriéndose o cerrándose, los pasos en el pasillo y los golpes en tu celda.

Al final, estar en el Cerro Huazapa también era como estar en una cárcel. No podías salir de los límites permitidos, tenías que hablar bajito todo el tiempo, sin poder reír, gritar o cantar. No podías hacer nada que

⁶¹ Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional.

delatara la posición del campamento, porque el ejército estaba abajo constantemente, en las faldas, buscándonos.

Nos levantábamos a las cinco de la mañana, desarmábamos el campamento y cargábamos todo en la mochila. Después de eso, desayunábamos —un jarro de café y una tortilla de maíz— para luego comenzar a operar. Todos los días. Tan lejos de las hazañas gloriosas y heroicas que uno estaba acostumbrado a escuchar.

Me viene un acceso de tos.

—¿Está bien, compadre?

Ramiro me mira fijamente. Veo el miedo en su cara. Estoy resfriado y decaído, pero también seriamente enfermo.

—Estoy bien, compadre, no se preocupe.

—Si quiere me voy, compadre. A lo mejor necesita estar tranquilo.

Esa es una de las cosas que se aprenden con el encierro: a respetar la privacidad como uno de los tesoros más preciados. Ante cualquier malestar, en vez de ofrecerte quedarse contigo, te ofrecen dejarte solo. Por respeto.

—Estoy bien, de verdad —le repito para calmarlo.

—Igual mejor lo dejo solo, para que descanse.

Tiene razón, mejor estar solo. Cuando llegue Lucía le pediré que bajemos al patio. Necesito aire. Me siento ahogado. Más que otros días.

Aquí uno se ahoga por tantas cosas: por el encierro físico y el espiritual. Por la soledad y la falta de soledad. Y por la esperanza. La esperanza de ser liberado con anterioridad a lo que dice la sentencia. Un tema tan recurrente, año tras año; sobre todo cuando ves una posibilidad de que ocurra, como ahora, que dicen que podría venir otro indulto presidencial.

Ya hubo algunos con Aylwin. De hecho, indultaron a Héctor Figueroa, a Juan Órdenes y a Héctor Maturana, que estaban por el atentado a Pinochet. Estuve con ellos en la Peni. Todos se fueron a Bélgica como refugiados políticos.

Pero nadie sabe aún si es posible en mi caso; ni mis abogados, porque lo mío fue después, cuando “ya estábamos en democracia”, dijeron. Y eso lo hizo peor.

Pero de todas formas se abre una posibilidad. Pasan los días y me lleno la cabeza con eso, de cómo sería si me indultan. De cómo sería si no. Y me invade la incertidumbre, la tensión. Y me ahogo.

Se necesita entereza para mantener la lucidez y la esperanza juntas; más de la que yo tengo. No es de sorprender que me haya enfermado del estómago.

Tomo el lápiz y anoto eso último: *Se necesita entereza para mantener la lucidez y la esperanza*. Me gusta. Lo incorporaré a mis escritos.

Hace un par de años comencé a anotar cosas: pensamientos, sentimientos, dudas y certezas, recuerdos. Al principio eran hojas sueltas. Después le pedí un cuaderno a Lucía. Luego quise un cierto tipo de cuadernos. Y un cierto tipo de lápices. Y escribir pasó, de ser un pasatiempo, a transformarse en una ocupación necesaria. Ahora tengo más de cuarenta cuadernos. Los he ido ordenando: los relacionados con la historia, los referidos a la política y los personales, donde tengo muchos recuerdos.

Por ejemplo del cerro Huazapa:

“En esa vida, las alegrías son pocas. Y entonces aprendes a valorar las pequeñas cosas. Como esa vez que, después de un ataque victorioso recuperé la mochila de un soldado enemigo. Cuando la abrí encontré una bolsa de pan de molde, un pote de mayonesa y una bolsita de jugo en polvo. Recuerdo haber sentido enorme felicidad: el combate había pasado, el miedo y la tensión se habían ido; yo estaba sentado bajo el sol tibio de la madrugada, los ruidos de las balas y granadas habían sido reemplazados por el silencio y la calma que siguen a la guerra, y con pajaritos comenzaban a cantar. Son momentos que uno aprende a valorar allá en el monte, momentos en que uno vuelve a sentirse persona, se acuerda de su casa, de su familia”.

Miro mi “lugar de trabajo”. Aunque mi celda es pequeña, tengo un espacio especial en una esquina. Mi “escritorio”: una mesita rectangular, donde siempre están mi cuaderno y mi lápiz, y donde me siento a leer y a escribir. Sobre la mesa hay tres repisas, tres travesaños de madera bruta, fijados a la pared con escuadras, donde guardo hartos libros: de historia, de literatura, de poesía. Mi orgullo son una antología antigua de Pablo de Rokha y una colección de revistas de la SECH, Simpson 7.

En una publicaron un poema mío. También tengo un mapa de América Latina colgado de la pared.

Siento unos golpes de nudillos en mi puerta.

—Pase —digo.

—Te pillé trabajando... —me dice una voz que conozco.

Lucía empuja la puerta y entra. Se queda parada un instante y me sonríe. La miro. La sigo encontrando bonita. Y es bueno verla. Siempre es bueno verla.

Se me acerca y me abraza. Nos quedamos ahí un instante.

Es increíble lo importante que es tocarse. Acá aprendí a valorarlo, como tantas otras cosas, porque no siempre pudimos hacerlo. Al principio ni siquiera nos permitían tocar a nuestros familiares. Decían que por ser presos de alta peligrosidad, teníamos que estar aislados. El contacto podía permitir "que nos coordináramos con nuestras organizaciones en el exterior". Organizaciones de terroristas, narcotraficantes y de delincuentes, decían. Para ese tipo de presos era la Cárcel de Alta Seguridad, la CAS. Eso decían. Pero en los hechos era una cárcel para presos políticos. Porque, de los 48 presos que trajeron para acá en febrero del año pasado, 45 éramos políticos y solo tres delincuentes comunes:

"Con un saldo de seis heridos y en medio de un gran despliegue de seguridad, que incluyó personal antimotines de Gendarmería y del Gope de Carabineros, con el apoyo de un helicóptero policial, se concretó en la mañana de ayer, sorpresivamente, el traslado de 48 reclusos a la cárcel de máxima seguridad, construida al interior de la Penitenciaría de Santiago."

"En el operativo fueron reubicados 45 presos por delitos terroristas y otros tres delincuentes comunes, sindicados como jefes de bandas de asaltantes. De ese total, 37 correspondían a la Penitenciaría, mientras que el resto fue remitido desde la cárcel de San Miguel, donde se produjo un amotinamiento por parte de los subversivos que se enfrentaron a tiros con los gendarmes".

Tengo ese recorte guardado, como tantos otros. Pienso que es importante ir haciendo un archivo, porque la memoria es frágil, sobre todo cuando lo que hay que recordar no es placentero.

—¿Cómo te has sentido? —pregunta como siempre Lucía.

—Bien. Mejor —miento.

—Te traje lo que buscabas: la información sobre los compañeros de la Operación Albania.

—¿Te la conseguiste en *El Siglo*?

—Sí. Pero no con Gabriela: ella ya no está ahí. Me dijeron que estaba trabajando en una empresa de comunicaciones súper elegante, en Las Condes. No saben nada de ella hace tiempo, así es que tengo los artículos que escribí, pero no sus archivos personales.

—Nada de qué sorprenderse —respondo—: todos se están reubicando ahora que estamos en esta linda democracia.

A Gabriela la conocí en la universidad. Nunca me terminó de convencer. Una niñita mimada que retornó de Suecia hablando español apenas y que aquí entró a la Jota creyéndose la Pasionaria. Vivió con nosotros un par de meses. Le arrendamos una pieza porque estábamos mal de plata, pero fue un error, porque allí vivió a una montonera de gente que nunca debió haber visto. Y porque vivir con ella fue un problema.

Pero me acordé de ella cuando decidí hacer un Magíster, hace seis meses. Había escuchado que trabajaba en *El Siglo*, en el área de derechos humanos. Mi idea era —y es— escribir, con seriedad y objetividad académica, la historia de la violación de los derechos humanos durante la dictadura en sus distintos periodos. Y me puse a recopilar información. Es decir, Lucía se puso a recopilar para mí. Y también Jaime y Carlos.

Considero que ése es un tema de dignidad; sobre todo ahora que se llenan la boca con el retorno a la democracia, pero mantienen a los presos políticos. Por supuesto ellos no lo reconocen.

Esa fue nuestra primera pelea: mostrar que sí éramos presos políticos, porque fuimos perseguidos, torturados y enjuiciados por instituciones del Estado sin un debido proceso ni una debida defensa. Y muchos fuimos sometidos a dobles procesamiento, recibiendo condenas altísimas en comparación con delincuentes comunes o militares procesados por violaciones a los derechos humanos.

Y, cuando llegamos acá, fuimos tratados peor que prisioneros de guerra.

"A los reos se les habría requisado todos los bienes y especies que poseían, prohibiéndoles cocinar su propia comida. La nueva cárcel de

seguridad también dispone un riguroso régimen de visitas. Este establece que los internos podrán recibir visitas una vez por semana, durante una hora, con un máximo de dos personas en cada oportunidad, sean éstas familiares del interno u otras personas, de acuerdo a un listado que deberán entregar los reclusos".

Ese recorte también lo tengo.

Al final, la lucha no termina nunca. Por eso no nos fuimos para la casa cuando ganó Aylwin. "Recuperamos la democracia", decían ellos. Era un chiste de mal gusto, porque seguían vigentes la Constitución y la institucionalidad de la dictadura. Y porque los violadores de los derechos humanos no eran juzgados ni castigados. Además, los *fachos* que habían sido parte del régimen ahora estaban en el Congreso, elegidos con la ley que ellos mismos se habían hecho a la medida para asegurarse representación parlamentaria.

Y para terminar de coronar esta "democracia", cada vez que aparecía un tema que al dictador no le gustaba, llamaba a sus soldados a que salieran a la calle, a modo de advertencia a las nuevas autoridades.

Así es que seguimos haciendo acciones—de sabotaje, de propaganda—contra los poderes fascistas que seguían dirigiendo todo, contra los que formaron parte de la dictadura o la seguían defendiendo o representando. Eran acciones medio militares, medio propagandísticas, de rechazo a todo esto, a esta transición de mentira. Pero solo eso. Jamás actuamos contra la población civil, aunque después dijeran lo contrario.

Miro las fotocopias de recortes que me ha traído Lucía. Veo la foto de la Operación Albania. Veo la foto del "Rorro", o el "comandante Ernesto", o José Valenzuela Levi, su nombre real. Lo conocí en Cuba, en la escuela de entrenamiento. Fue uno de los internacionalistas más destacados del Frente.

Después lo vi para lo del atentado. Él dirigió la Operación Siglo XX. Y un año después lo vi en los diarios, como uno de los compañeros asesinados en Operación Albania.

Es raro el destino de cada uno. La vida va tomando rumbos que se originan en sucesos muchas veces insignificantes, pero que luego tienen consecuencias irremediables.

Cuando era chico siempre se habló de que yo iba a estudiar medicina. Me iba bien en colegio. Era un tipo tranquilo. Pero salí al exilio con mis papás después del golpe militar, a la República Democrática Alemana. Antes de eso, mi papá estuvo preso en el Estadio Nacional. Lo pasó mal. Nunca habló de eso, pero recuerdo haber escuchado una conversación que tuvo con un tío una vez. Ni a mi mamá le contó.

En la RDA, igual que en Chile, milité en la Jota. Cuando tenía 16 años, la Dirección del Partido nos ofreció a algunos de nosotros ir a un curso de instrucción militar en Cuba. Nos dijeron que habían elegido a los mejores. Era un honor.

Mi mamá se opuso. Yo creo que mi papá también. En el fondo seguía teniendo los mismos planes para mí, pero no dijo nada: no se atrevió. No se habría entendido en el Partido. Se suponía que él también debía estar orgulloso.

Yo no estaba muy convencido de ir, pero tampoco dije nada. Por un lado, me parecía atractivo, emocionante; y, por otro, me gustaba la idea de alejarme de mi familia. Y así, una cosa va llevando a la otra.

—Salimos al patio? —propone Lucía.

—Sí, por favor. Necesito aire —respondo.

Bajamos la estrecha escalera en silencio, los tres pisos. También en silencio avanzamos por el laberinto de túneles, puertas y patios, donde diversos gendarmes abren y cierran candados. Finalmente llegamos al patio.

Hay poca gente a esta hora. Es temprano.

—A veces me pregunto si esta investigación no te hará peor... —dice finalmente Lucía.

—¿Quieres decir que me ponga peor de lo que ya estoy?

—No. No lo quise decir así. Me refiero a que el doctor dijo que tus problemas estomacales se deben principalmente a la tensión. Y este trabajo solo te generará más tensión, y pena, y frustración...

—Bueno, nada que no me haya pasado ya.

De vuelta en Chile me encontré con algunos ex combatientes. La mayoría volvió. Al principio nos juntábamos a tomar cerveza y ron y a hacer memoria, pero después la vida nos la fue ganando y nos fuimos

dando cuenta de que no sirven de nada tus actos heroicos cuando no puedes conseguir pega para pagar tus gastos más elementales porque tus papeles dicen que pasaste los últimos diez años de tu vida sin hacer nada; que no aprendiste nada, que no sabes hacer nada. Porque lo que realmente hiciste y aprendiste no se puede decir.

Es un tema de seguridad y de honor. Prometimos guardar silencio y lo hemos hecho, salvo algunos que andan hablando por ahí. En general, son gente que inventa. Dicen que combatieron en Nicaragua o El Salvador, que eran comandantes, etc. Farsantes.

—El jueves nos vamos a juntar de nuevo en el Vicuña Mackenna —dice Lucía.

No digo nada. No sé qué decir. Desde hace meses se están juntando cada quince días para ver acciones que ayuden a que los tribunales revisen mi caso. Cuando decidieron agruparse, me ilusioné; igual que con el tema del posible indulto.

Entre los compañeros que se sumaron, había algunos que se habían ido del partido y que hoy tienen cargos en el Gobierno o en el Parlamento. En su momento los rechacé. Después me di cuenta de que no estaba en una posición para regodearme.

Pero a medida que han pasado los meses, que no hay avances y que cada vez va menos gente a esos encuentros, considero que todo está adquiriendo un tinte pesimista, casi patético.

No se lo he dicho a Lucía porque veo que para ella es una de las pocas iniciativas relacionadas con mi caso que, dentro de todo, siguen funcionando y donde ella tiene un rol preponderante. Además, como pasa con todas estas actividades, estos encuentros finalmente han terminado adquiriendo un carácter social, donde la gente se ve, habla de sus cosas, etc. Y supongo que para ella eso también es importante.

En todo caso nada de eso me sorprende al final de cuentas. Si uno lo piensa, es el curso natural de las cosas: la cotidianidad siempre es más fuerte. Es lo que define tu vida: los procesos, los pequeños pero constantes procesos.

Antes yo pensaba distinto. Le creía a todo el mundo cuando me decían que mi caso de verdad les importaba, que de verdad se iban a

preocupar hasta el final, pero después me di cuenta de que estábamos en niveles distintos. Para ellos lo mío era una tarea política, un deber, un compromiso, pero no era parte de su vida, de su vida real, íntima, como lo era para mí. Como lo es para mí. Esto es mi vida. Es lo primero que me encuentro en la mañana y la última certeza antes de dormir. Esta es mi cotidianidad, mi proceso. Que no tiene nada que ver con el de ellos. Y, en el fondo, tampoco tiene que ver con el proceso de Lucía. Y eso me parece más dramático aún.

Al final, lo que más rescato de la experiencia como preso político es aprender a resistir el acoso, el aislamiento, el castigo, la soledad. Creo que no hay forma de estar más solo que ésta; pero estoy resistiendo. Trato.

Miro a Lucía. Está sentada con la mirada perdida. No dice nada. Nos hemos pasado en silencio casi las dos horas. Finalmente, llega el momento de despedirse. Empezamos a hacerlo de a poco, como siempre. Nos sentamos más cerca. Yo le tomo la mano. Le pregunto cosas banales. Ella me abraza y se pone triste, como siempre. Pasan los años y siempre se pone triste cuando se tiene que ir. Y eso siempre me hace sentir bien. Quizás de verdad me necesita. Quizás su realidad sí tiene que ver con la mía. Aún.

Nos abrazamos. La miro a los ojos y le digo:

—Te quiero más que antes.

Ella me responde:

—Yo también, aunque sé que tú no lo crees.

Me quedo solo. Vuelvo a mi celda y me siento en mi escritorio. Entre las fotocopias que me ha traído hay papel, tipo panfleto, con letras impresas. Leo: "*El Coordinador por la Libertad de Julio Espinoza se reúne este jueves, a las 20:00 horas, en el Museo Vicuña Mackenna (Vicuña Mackenna 94)*".

17. Ojalá haya logrado escapar (1986)

La estoy mirando. Sus ojos me miran. No me ve. Su mirada va más allá. Se pierde en ninguna parte. Sus ojos no ven nada. Están inmóviles. Tiene cara de nada. Sonríe.

Yo debo tener cara de miedo. No quiero mirar hacia el lado, a quienes también la están mirando. No quiero que vean mi cara. El miedo es sospechoso. No quiero que sospechen de mí.

Casi no respiro. Debo estar viendo mal, porque esto no puede ser verdad.

"ESTA ES LA SUECA DEL ATENTADO". Las letras de la portada de *La Tercera* son blancas sobre un fondo negro. Grandes, gruesas. Al lado, ella, en blanco y negro, de cuerpo entero, casi posando: Katta.

KATARINA ANDERSSON, alias "Silvia", es la mujer sueca quien jugó un rol clave en el atentado contra el presidente de la República y su comitiva, el 7 de septiembre pasado. La mujer de 25 años efectuó labores de exploración y chequeos en la zona del cajón del Maipo con anterioridad al 7 de septiembre.

"Silvia" convivía con Francisco Pérez, jefe del aparato logístico del F.M.R., quien se encuentra actualmente detenido.

También se identificó a Carola Mendoza Ríos, alias "Fabiola", de 32 años, quien previo al atentado trabajó en una amasandería que sirvió como fachada para el grupo de antisociales".

¿De dónde sacaron esta información? ¿De dónde sacaron esta foto? ¿Dónde está Katta? ¿En Suecia? ¿En Chile? ¿La tiene la CNI? Siento ganas de vomitar. Las mejillas me arden. Estoy transpirando.

Prefiero irme. Compraré el diario en otro kiosco. Antes debo calmarme.

Camino por Avenida Matta hasta llegar a Bustamante, doblo por el parque. Tomaré la micro en Irrazával o en otro lado. No puedo llegar a la Facultad así; no logro ordenar los pensamientos. Imágenes se estrellan en mi cabeza. No puedo creer que vi a Katta en la portada de *La Tercera*. ¿Katta en Chile? ¿Katta del Frente Patriótico?

Una gota de transpiración baja al lado de mi oreja izquierda. Tengo retortijones en el estómago. En la esquina de Irrazával paso delante de otro kiosco de diarios. Es Katta con el pelo teñido rubio. Ella lo tiene castaño. Pero es su misma cara de niña grandulona, semisonriente, semitriste. La misma que tenía cuando le conté de mis planes de volver.

—Pensé que no te interesaba Chile —me dijo después de un largo silencio.

Tenía ese tono frío que sacaba cuando se sentía amenazada y no quería reconocerlo, un poco envidioso, un poco amargo. Trató de disimular, pero no le resultó.

Katta fue mi mejor amiga desde los diecisiete años. Me gustaba porque era honesta, a veces rayando en la crueldad, pero confiable. Y muy entretenida. Ninguna de las dos pretendíamos ser perfectas, ni siquiera buenas; solo éramos lo que éramos. Cada una con su historia. Cada una queriendo sentirse contenta con la vida. Lográndolo a veces. A veces no. Queriendo tanta cosa sin saber realmente qué y desdénando a los que sí eran felices. Pura envidia.

Nunca habíamos directamente de eso, pero lo compartíamos a diario. Habíamos vivido juntas, viajado juntas, soñado juntas. Nos habíamos traicionado por amores, por pegas, por amigas. Éramos promiscuas en un sentido amplio y no necesariamente negativo.

Es decir, había pasado de todo entre nosotras, pero no importaba qué, al final todo terminaba en una noche de cervezas, seguida por una mesa de desayuno, donde comíamos demasiados *knäckebröd*⁶² con

⁶² Pan duro, tipo galletón.

ricotta y mermelada de naranja, y tazas de *café au lait*,⁶³ y después de lo cual concluíamos que no había hombre o mujer que valiera nuestra amistad. Pasara lo que pasara, siempre estábamos ahí. Y sellábamos la reconciliación con un picnic en el *Stadsparken*⁶⁴ o con un viaje a Estocolmo, por el día, a comprar ropa.

Pero cuando le dije que viajaba a Chile en una especie de retorno, lo que le estaba diciendo era que ya no la iba a seguir acompañando, que me iba por mi propio camino.

—Bueno, la idea es ir a probar —agregué casi como excusa—. No quiere decir que me vaya a quedar. Es decir, no creo que me vaya a quedar. ¿Qué voy a hacer en Chile? Pero quiero probar, salir de eso.

—¿Y qué pasa con Diego? ¿Van a terminar?

Su tono me decía que el tema le desagradaba.

—No. Se supone que no. Se supone que volveré después de seis meses o un año —expliqué—. Él me pagará el pasaje y ahí veremos. Pero la verdad es que a él le viene muy bien mi viaje, porque sus padres vienen de visita de Chile en diciembre y él aún no se atreve a decirles que se separó de Viviana. Menos aún que tiene otra pareja. Y eso que dice que está enamorado de mí. Parece que los hombres latinos son así.

Me detengo nuevamente en la esquina de Bustamante con Santa Isabel. El tipo que vende flores a los autos me mira. He caminado alrededor de quince cuadras. Sopla viento, lo que es raro, porque ya estamos casi en verano. De pronto recuerdo la brisa de verano en Fjällnora, un pequeño lago en las afueras de Uppsala donde íbamos a bañarnos y hacer picnic con Katta. Me sorprende: no acostumbro a tener recuerdos de Suecia.

Cuando leí las primeras informaciones sobre el atentado, me sorprendió saber de la participación de una sueca: *“Entre los subversivos, se ha confirmado la presencia de una mujer de nacionalidad sueca, quien realizó la llamada telefónica alertando al grupo terrorista del inminente paso de la caravana presidencial”*.

⁶³ Café con leche.

⁶⁴ El Parque Municipal.

Pero ni siquiera me detuve a pensar demasiado en ese detalle. Suecia era parte de otra historia, que, para mí, nada tenía que ver con la vida actual. Nada.

Hay un kiosco al frente. Busco monedas en mi bolsillo y cruzo la calle. Pido *La Tercera*. En los segundos que tarda el hombre en darme el diario siento el vértigo subir dentro de mí, la sensación de asco que da el miedo profundo, los escalofríos que suben hasta la raíz del pelo, la certeza de que no controlas todo, y el peligro que eso encierra. Inimaginable.

Me pasó lo mismo hace un mes, cuando vi a los amigos de Julio, Marcelo y Rodrigo, en otra portada. Aparecían caminando con las manos esposadas tras la espalda:

“CAEN CUATRO LÍDERES DEL ATENTADO. Entregaron armas a comando que atacó comitiva en Cajón del Maipo”.

Adentro salían los cuatro en fotos de primeros planos. Bajo la de Marcelo decía: *“Nombre político Antonio, Manuel, Enrique, El Flaco o El Negro. Comunista. Miembro activo del Frente Manuel Rodríguez, experto y técnico en guerra y guerrilla urbana. Instructor en chequeo y contrachequeo, explosivos, contrainteligencia y logística política”*.

Por un momento me quedé en blanco; luego recordé. Cuatro meses antes, cuando todavía vivía con Julio y Lucía, había despertado tarde y decidí no llegar a la universidad hasta después de almuerzo. Estaba sola en el departamento, lo que me agradó, pero unos instantes después escuché que abrían la puerta y entraban varias personas.

—Entren, entren —escuché a Julio decir a los otros.

—Acomódense; pongo altiro la tetera para un cafécito —agregó Lucía.

“Otra vez la casa se va a llenar de gente”, pensé. Me contrarió, pero no me sorprendió. Era así casi a diario. De los dos meses que llevaba viviendo con ellos, uno y medio habían sido un desastre. De hecho, estaba buscando dónde irme.

Yo pensé que nos íbamos a llevar muy bien. Ellos eran de la Jota y, además, habían vivido en Alemania, en la RDA. Supuse que tendríamos aún más cosas en común, pero, al poco tiempo de mudarme, me quedó claro que no viviría allí por mucho tiempo. La casa pasaba llena casi todos los días. Mucha gente que se quedaba conversando y fumando hasta muy tarde en la noche; incluso varios se quedaban a dormir.

Uno podía encontrar tres o cuatro acostados en el living al salir por las mañanas. A Marcelo y Rodrigo, los que aparecieron en el diario, los encontré muchas veces.

Al principio me parecieron entretenidos. Eran alegres, chistosos, bulliciosos. Algunos hablaban con un poco de acento centroamericano. Habían vivido en Venezuela, decían.

Un par de veces intenté sumarme a sus conversaciones, cuando estaba recién llegada, pero siempre tuve la impresión de que preferían que no lo hiciera. Así es que dejé de hacerlo y al final me limitaba a saludarlos cuando los veía en el living y yo pasaba a buscar algo a la cocina.

No es que alguien fuera descortés; era solo la sensación de que mi presencia los incomodaba, como si estuvieran hablando de algo y cambiaran el tema cuando yo aparecía. Ni Julio ni Lucía intentaron integrarme; por el contrario.

No lo entendí, como no entendí la mayoría de las cosas de esa casa. Nunca tuve mayor información de Julio ni de Lucía. Ella se notaba de mejor nivel social. Era rubia, bonita. Se vestía a la moda, no con ropa artesanal como la mayoría de los jotosos, pero nunca supe de dónde era, qué hacía o cuánto tiempo llevaba con Julio. Siempre me trató con distancia. No era pesada, pero dejó claro que no tenía mayor interés en acercarse a mí.

El tema es que en esa casa no solo era imposible estudiar, o a veces incluso dormir, lo peor era que a menudo sacaban mis cosas del baño, de la cocina; se comían mi comida, o sacaban mis libros y cassettes del dormitorio. Demasiado para mí. Más que una casa en la que uno compartía espacios, a ratos parecía un campamento.

Comencé a manejar todo lo mío con llave, lo que puso el ambiente aún más tenso.

Por otra parte, Julio dejó de ir a las reuniones y actividades de la Jota de la Facultad. Me extrañó, pero no pregunté nada. Por un lado porque no había que preguntar. Medidas de seguridad. Pero, por otro, porque la relación ya no estaba como para preguntar cosas personales.

—¿Gabriela no está, verdad? —escuché que preguntaba Julio ese día en la mañana.

Luego un silencio. Me los imaginé tratando de escuchar si había ruido en mi pieza. Por una razón que no entiendo, en vez de hacerles ver que estaba allí, me quedé callada.

—¿Hemos recibido noticias del norte? —dijo una voz que no reconocí.

—Sí. La semana pasada. La información es que todo marcha bien y que las primeras entregas se harán a partir del mes que viene.

—Bien. No podemos fallar en nada —contestó la voz—. Esto será histórico.

Me di cuenta de que estaba oyendo cosas que no debía. Y el sentido de la disciplina pudo más que la curiosidad. Así es que prendí la radio. Escuché que se quedaron callados un buen rato después de eso. Y luego entraron a la pieza de Julio y Lucía y cerraron la puerta. De ahí en adelante solo oí murmullos. Cuando me fui, aún seguían encerrados. Así es que no vi a nadie.

Esa misma noche Julio me pidió que me fuera.

—¿Podemos hablar? —preguntó.

Yo me estaba tomando un té en el comedor.

—Seguro.

—Bueno, todos sabemos que esto no ha resultado muy bien... claro, es difícil convivir con cualquiera... yo hasta tengo problemas para ponerme de acuerdo con Lucía...

Estaba nervioso. Me sorprendió. Las veces que discutimos por cosas de la casa, siempre se mostró muy seguro, pero ahora hacía rodeos, como intentando preparar el ambiente.

—El caso es que hay un compañero que viene llegando de afuera y necesita tener dónde vivir —continuó—. Y como tú dijiste que te vas a mudar de todas maneras, nosotros queríamos saber si eso puede ocurrir lo antes posible. Ojalá esta semana.

Me estaba echando. A buen entendedor, pocas palabras. Guardé silencio.

—Se trata de un compañero que viene llegando de la RDA, un amigo nuestro de allá, de Berlín —insistió.

Hizo esfuerzos por mostrarse natural. Demasiados, me pareció. Después de todo, apurar mi salida del departamento no era tan grave, aunque fuera feo porque tenía pagado el arriendo hasta fin de mes.

Tres días después cambié mis cosas a una pensión dos cuerdas más allá, en la calle Madrid. Una compañera de curso, Andrea, me consiguió un pieza bastante barata. Ella vivía ahí. Le dije a Lucía que los ubicaría por si quedaba algo pendiente.

—No, mejor no nos contactes —respondió—. Pero no te preocupes, por cualquier cosa, Julio te ubicará en la facultad.

Y no los volví a ver. Pero pensé en ellos cuando vi la foto de Marcelo, el amigo de Julio, como uno de los detenidos por el atentado.

Ahora tengo de nuevo *La Tercera* en mi mano y releo:

"Silvia' convivia con Francisco Pérez, jefe del aparato logístico del F.M.R., quien se encuentra actualmente detenido".

¿Francisco? ¿Será el mismo que era amigo de Diego? ¿Diego? ¿Estará también involucrado en esto?

Al final, todo tiene que ver con todo. Es como si tu historia te persiguiera, aun cuando huyes de los escenarios conocidos e intentas empezar de nuevo.

Mientras sigo caminando me pregunto si tendré que salir de Santiago de nuevo, desaparecer por unos días.

Cuando vi a Marcelo en el diario, lo primero que hice fue hablar con el compañero Javier, el secretario político del Comité Local de mi base, para que planteara mi caso a la Dirección y me dijeran qué hacer.

Al día siguiente, el compañero Javier me contestó que la Dirección sugería que no volviera a dormir a mi casa, que tratara de no andar sola por la calle y que en lo posible saliera de Santiago.

—Pero... ¿y nadie me va a ayudar? —pregunté.

—Compañera, usted tiene que entender que muchos compañeros tienen problemas de seguridad, la mayoría mucho más graves que los suyos. Porque usted hace ya un mes y medio que no vive en esa casa...

—¡Pero vivía ahí hasta justo antes del atentado! ¡Con la gente que está metida en el atentado! ¿No les parece grave?

—Cálmese, compañera. El aparato de seguridad de la Jota no puede hacerse cargo de todos. Así es que los compañeros sugieren, que, en la medida de sus posibilidades, tome las precauciones que le indiqué.

Me pareció increíble: toda la CNI andaba buscando a los del atentado. Y yo había compartido casa con un par de ellos.

Mi compañera de curso y de pensión, Andrea, era de Cartagena. Un poco hippie y un poco marihuana. No le interesaba la política. Pero era buena onda y nos habíamos acercado bastante. Me invitaba a su pieza, o mejor dicho a su cuarto, a tomar té y comer pan tostado con mantequilla. Y eso me hacía bien. Porque, a pesar de tanta actividad militante, la verdad es que no tenía muchos espacios de acogida en Santiago. Con mis familiares ya no podía contar, desde que me fui de la casa de los tíos. Todos consideraron que fui muy mal educada con ellos, y mi mamá vivía demasiado lejos, en el sur. Así es que Andrea era la única persona a la que se me ocurría podía recurrir en una situación así.

—Lo único que puedo ofrecerte es la casa de mi mamá, en Cartagena —me dijo cuando le pedí ayuda para esconderme unos días.

Me pareció bien. Seguro. Ella me inspiraba seguridad.

Tomo la micro hacia Plaza Italia. No estoy muy convencida de ir a la escuela. Pero tampoco sé muy bien qué hacer. Es una sensación que se me ha repetido últimamente. No saber bien qué hacer. Ya no siento lo mismo por la Jota que antes. Como que no todo es tan verdadero como lo muestran o dicen. Muchos universitarios jugando a la revolución, jugando a ser grandes. Hacen discursos acerca de la libertad y la justicia y después van a la casa a que la empleada les sirva la comida, les haga la cama y les planche la ropa. No me cuadra. Simplemente no me cuadra. Hay algo ahí que no es de verdad.

Mis diferencias se notan. He discutido varias veces con los compañeros de mi base. Incluso con un par de la Dirección Regional que vinieron a vernos a una reunión. Supongo que supieron que me estaba comportando de manera poco disciplinada. En la Jota, si no estás de acuerdo con absolutamente todo o, peor aún, si lo dices, pasas a ser indisciplinada y

tratada como tal. No importa que igual cumplas con todas tus tareas y hagas todo lo que dicen.

Me fui a Cartagena. A pesar del miedo, fue un viaje bonito. Es un balneario hermoso; al menos en noviembre. Dicen que en verano es insoportable: lleno de familias con poca plata y muchos cabros chicos, que repletan las playas, las calles, las pensiones, los bares, todo.

Conocí a la familia de Andrea: Isabel, su mamá, y Jaime, su hermano menor. Y a los amigos, "la taquilla", como se hacían llamar: el Flaco Jano, el Gato y el Piola. Y Gonzalo, que era una especie de pololo que Andrea tenía y que yo había visto un par de veces en Santiago.

Ella estaba nerviosa cuando me los presentó. No entendí por qué. Se parecían mucho a los amigos venezolanos de Uppsala: simples, divertidos, cariñosos a su manera. Consideraron que tenían que hacerse cargo de mí; y sin preguntar nada. Yo necesitaba un poco de eso. Un poco de aire.

Juntarme con "la taquilla" literalmente me sacó del pantano mental en el que me estaba ahogando.

—¿Les conté del hippie Mario? Dicen que está con unos santones en el Valle del Elqui, con túnica blanca y todo, haciendo charlas para los gringos y turistas que vienen a buscar la energía cósmica...

—Déjate de hablar huevadas, Jano.

—Hey, ¿qué te pasa? ¿Acaso tengo que pedirte permiso para hablar...?

—¿Qué tienes con el Mario? Él se fue de acá y realmente nadie sabe dónde está o qué está haciendo... no podemos ser tan mala onda como para andarlo pelando.

—¿A quien le dices mala onda?

—Ya, Jano, tranquilo... Oigan, ¿qué vamos a hacer en la noche? A lo mejor podíamos ir a San Antonio a dar una vuelta... ¿qué dices, Gabrielita?

—No se preocupen por mí. Yo igual me pensaba quedar con la Isabel viendo tele.

Mientras ellos tenían este tipo de conversaciones, tomábamos *fanshop* sentados en la playa o en la terraza de la Playa Grande y mirábamos el mar.

Estuve dos semanas en Cartagena. Paseé mucho: por la Plaza de Armas, la Playa Grande y la Playa Chica. Mis lugares favoritos eran la estación de ferrocarriles, que estaba abandonada, y la tumba del poeta Vicente Huidobro, arriba de un cerro. La mamá de Andrea me prestó un libro de él. No sé mucho de poesía, pero me gustó. Decía cosas que tenían que ver con lo que yo sentía: "*Hay una voz desterrada que persiste en mis sueños...*"

La micro para frente al callejón de Belgrado, por Vicuña Mackenna. No me bajo; no tengo ganas de encontrarme con nadie. Sigo hasta a Plaza Italia y luego por el costado del Parque Forestal, uno de mis lugares preferidos en Santiago. Me bajo frente a la Embajada Norteamericana.

Pienso en Katta. No fue a despedirme al aeropuerto cuando me vine. La última vez que la vi fue el día anterior, cuando nos tomamos un café en *Ofvandahls*.

—Te apuesto que antes de los seis meses que acordaste con Diego vas a estar de vuelta —me advirtió—. No te imagino viviendo allá. Piensa, es como si toda Uppsala fuera como *Flogsta*.

—Es lo más probable —le dije.

Sentí que lo dijo porque en el fondo tenía miedo de que no fuera así. Desde que yo había decidido viajar, se había alejado y se había puesto más irónica que de costumbre.

Ni siquiera llamó para avisarme que no iría a Arlanda. Primero me dio rabia, pero después sentí un poco de pena. Ella nunca fue buena para las despedidas; eso ya lo sabía.

Trato de imaginarme cómo fue que se vino. De seguro fue con Francisco. ¿Serían pareja? Me pregunto qué hizo con su departamento, con sus cosas, con su familia, su vida. Trato de entender por qué nunca me llamó cuando llegó a Santiago. ¿Medidas de seguridad? No me puedo imaginar a Katta siguiendo medidas de seguridad. ¿Por qué no? Si yo cambié mi vida, ella también podía. Después de todo, éramos bastante parecidas.

Me doy cuenta de que al final se las arregló para aparecer de nuevo en mi vida.

No sé si eso me gusta.

Ojalá haya logrado escapar.

18. Andrea (1995)

Estamos en la plaza de Cartagena haciendo guardia frente al negocio del Turco, esperando a ver quién se atreve a cruzar por un par de cervezas. Yo digo que no puedo. No puedo soportar el pelo teñido de rojo de la mamá del Turco, su delantal en tonos chillones, los anillos que aprietan sus dedos gordos, los afiches y anuncios de todos colores que cubren las paredes del negocio, como plagas de insectos.

Los colores me van a hacer vomitar. Miro el cielo y veo las nubes armándose y desarmándose, girando como locas, como olas que retumban en mi cabeza. Miro mis brazos y veo la sangre correr por mis venas y veo cada vello de mi brazo y cada minúscula partícula de piel y me horrorizo al ver mis manos y uñas de animal, del animal que ahora soy, y siento que no controlo mi cuerpo y que en cualquier momento voy a comenzar a chorrearle de saliva.

Salgo corriendo hacia la playa. Siento una sensación de vértigo total. O de inseguridad total. Me tiro al suelo, sobre el pasto. Todo es inseguro. Intento agarrar el pasto para afirmarme de algo. Tiritando. Con ganas de vomitar de miedo. De vomitar.

Apenas alcancé a llegar al baño, abrí la taza y vomité. Traté de no hacer ruido para no despertar a Arturo. Me enjuagué la boca y la cara. Me miré al espejo y pensé que estaba embarazada de nuevo.

Desde entonces -anoche- no he dejado de pensar que estoy embarazada.

Cuando quedé esperando a Juan Pablo, comencé a soñar lo mismo. El peyote. No entiendo por qué. Qué tiene que ver. Además, eso ya quedó en el pasado.

-¿Va a ordenar ahora, señora?

-No, ya le dije que estoy esperando a alguien.

Estoy sentada en el *Liguria*, esperando a Gabriela. Está atrasada, como siempre. Esa es una de las malas costumbres chilenas que adquirió. Y yo necesito que llegue pronto.

La idea del embarazo me angustia. Con Juan Pablo fue igual. Supongo que es la culpa que me quedó de la primera vez. Entonces estaba con Gonzalo.

Arturo no lo sabe. No lo entendería ni lo perdonaría. Y yo no le perdonaría que no entendiera. Así es que no lo hablo con él. En realidad, con nadie; ni con mi mamá. La única que sabe.

-¿Cómo que con atraso? ¿Acaso no te estás cuidando? -me dijo Gonzalo cuando le conté.

-Claro que me cuido, como siempre. Y no tendría por qué pasar nada. Nunca me equivoco en las fechas.

-Bueno, entonces no veo por qué estamos hablando de esto.

Gonzalo era el más atractivo de toda "la Taquilla", mi grupo en Cartagena; de aspecto físico y de onda. Todas las mujeres querían estar con él y se lo peleaban. Era cinco años mayor que yo. Tenía el pelo muy negro ondulado, barba y la piel blanca. Su voz era ronca, de hombre. Y hablaba pausado, bajo, seguro, siempre controlando todo. No era de mi exclusividad, pero hacía un año que dormíamos juntos. En algún lado, yo sabía que me quería más que a las otras. Por eso me llamé la atención su tono cuando le conté de mi atraso. Un poco chillón. No le quedaba. Me arrepentí de no haber dicho nada; me sentí avergonzada. Decidí no volver a hablarle de eso.

Y no lo hice: no hubo oportunidad, porque después dejó de llamarme y empezó a salir más con la Pati. Supongo que se asustó. Típico de los hombres. Por suerte no me importó tanto. No él.

Lo otro sí importó. No lo pasé bien.

Sí, estaba embarazada y todo fue un desastre. Mi mamá fue la única en saber. Tenía que contarle a alguien. Ya no soportaba los pechos hinchados, las náuseas, el miedo. Dentro de todo, no reaccionó tan mal. Pero fue tajante:

-No lo puedes tener. No has llegado tan lejos en tu carrera para echar todo por la borda por un error, menos por ese holgazán. No quiero que termines llena de hijos, con un trabajo mediocre y un sueldo que no alcanza. Tú puedes hacer cosas mejores.

En general yo no le respondía. La dejaba hablar.

Y en este caso hice lo mismo: la dejé hablar y hacer. Me llevó donde una vieja que vivía en la población Hospital, al lado del Hospital de San Antonio, y donde vivía mucha gente del personal paramédico. La vieja era matrona. Al menos eso decía. Mi mamá me dijo que con ella "estamos seguras que todo va a salir bien".

Era una casa como cualquier otra. Un piso. Sin pintar desde hace años. Esperamos en el living hasta que la vieja -que de entrada me miró con mala cara- me hizo pasar a una pieza al fondo de un pasillo. Mi mamá se quedó afuera.

Había una camilla en el centro, un lavatorio, una mesa con utensilios médicos y una luz fuerte, azul, en el techo.

Me acosté y, después de pincharme con algo en el brazo, me amarró las piernas a unas estructuras metálicas que habían a ambos costados de la camilla. Me sentí mareada y muy sola. Tenía la boca seca. La llave del agua estaba corriendo.

Siempre he sabido que era una niña.

Miro por la ventana hacia fuera. Gabriela no aparece. ¿Por qué la gente no puede ser puntual? Yo siempre lo fui. Aún en mis tiempos más hippies, en Cartagena. Puntual al colegio, al almuerzo en la casa, a los encuentros con mis amigos en la playa, a las fiestas. Más que buena educación, creo que era impaciencia, constante. Quería estar ahí para que las cosas ocurrieran pronto.

Aunque tenía paciencia con los atrasos del resto: esperaba sin problemas. Ahora no; cada vez me irrita más. Todo me irrita cada vez más. Y creo que es por lo mismo, por impaciencia. Cada vez mayor.

Gabriela dice que me estoy poniendo una vieja de mierda, como todas las mujeres con los años. Puede ser, pero no saco nada con entenderlo. Es así y punto, salvo que haga algo mayor. Un cambio mayor, es decir.

El mozo me mira inseguro. Es joven. Parece gay. Debe pensar que lo trato mal porque no me gustan los gays, pero no es así. Yo soy buena onda. De verdad. Aunque supongo que no se me nota. Ya no.

-¿Desea algo, señora?

Me carga que me digan "señora". No me siento una señora. No quiero serlo. Pienso que en el fondo sigo siendo la mina que andaba en bicicleta por el paseo de la Playa Grande en invierno, dueña de la vida, de su cuerpo, de los minos, del aire, del tiempo, del paisaje; que llevaba un termo con café caliente y pancitos al roquerío y ahí se juntaba con "la Taquilla" a fumar pitos y mirar el atardecer. Que iba a la Gato Negro y bailaba sola, o con Gonzalo, o con el mino que me apeteciera, hasta la madrugada, protegida por mi chaqueta negra de cuero.

En el fondo soy esa mina. Aunque después me enamorara de un tipo tierno, sano, serio, que me quería y que quería formar una familia, tener un hogar, ver crecer a los hijos y esas cosas.

-¿Casarnos?

Cuando Arturo me lo propuso reaccioné igual que esas mujeres en las películas, con lágrimas incluidas. No es que yo anduviera buscando marido y que finalmente mi sueño se hiciera realidad. La emoción era más bien por la forma en que Arturo me miró en ese momento, por el modo -tan serio- en que me lo preguntó, por el anillo que me ofreció en una cajita forrada en terciopelo rojo. Tal como en las películas o en las telenovelas. Nunca, ni antes ni después, me he sentido tan importante, tan querida, tan buena. Yo era la mujer con la que él quería compartir su vida. No lo podía creer. De mí. De él. Fue maravilloso.

-Bueno, quizás aún no estés preparada -dijo ante mi silencio-. Quizás todo esto te parezca un poco formal... ridículo, pero es que los sureños somos así.

-No, me encanta... sí, sí quiero casarme contigo... -le dije, apenas... te quiero... mucho.

Era lo que necesitaba. Porque después de la visita donde esa matrona, pasó mucho tiempo, años, en los que me sentí como la peor de todas.

Fue una ceremonia bonita. En Cartagena, en la casa de mi madre. Ella estaba feliz. Casi más feliz que yo. No fue ninguno de mis amigos de "la Taquilla". No los invité. Es más, estaba un poco nerviosa de que

aparecieran. De hecho, yo quería que nos casáramos en Santiago, porque me parecía más seguro para mí. Hasta el final pensé que Gonzalo iba a aparecer. Por suerte no lo hizo.

Arturo iba dos cursos más arriba que yo en la Escuela de Periodismo de la Chile. Nos saludábamos pero nunca hablábamos. Me parecía buena onda, tranquilo. Después nos conocimos de verdad cuando me fui a hacer la práctica en el *Diario Austral* de Valdivia. Lejos de Gonzalo, de Cartagena, del grupo. De todo.

Él trabajaba ahí desde que terminó la carrera. Era de Valdivia, así es que solo volvió a su casa.

Como yo no conocía a nadie y él me parecía un buen tipo, acepté su invitación a tomarnos una cerveza después del trabajo, a una semana de mi llegada.

Valdivia es hermosa, tranquila, acogedora. No se parecía en nada a Cartagena ni a Santiago. Tampoco su familia se parecía a la mía o a las de mis amigos. Y Arturo no se parecía en nada a Gonzalo. Por suerte.

Dos semanas después de las cervezas y luego de un par de besitos inocentes a la entrada de mi pensión, me invitó a tomar once en su casa. Me quería presentar a su familia.

Fue muy bonito. Todos sentados en torno a una gran mesa, todo muy formal y cálido, como Arturo, todos sonrientes y contentos de tenerme allí. Pensé que si tuviera una familia, querría que fuera como ésa.

Paseamos por el río Calle Calle en barquito, comimos kúchenes alemanes, visitamos los fuertes españoles de Niebla, Mancera y Corral. Hicimos picnic en el parque La Saval. Cuando volví a Santiago, además de saber cómo hacer una nota de prensa, tenía como cinco kilos más y pololo nuevo. Pero éste era un pololo en serio, no como los de antes. Y eso me daba gusto y susto.

No volví a andar en bicicleta por el paseo de la Playa Grande.

Arturo nunca supo de Gonzalo ni de mis historias en Cartagena. No le conté. Por mi mamá sabía que en mi casa vivimos bastante justos, que a mí siempre me fue bien en los estudios y esas cosas que cuentan las madres cuando sienten que tienen que dar un informe de buena conducta de sus hijos. Le decía que yo era matea.

Puede ser que lo fuera, pero atípica, desordenada y marihuanera. Eso no se lo contó. Ni yo tampoco. A pesar de que no se me pasó nunca; ni después de titularme, ni después de casarme, hasta ahora. Pero es un secreto. Los únicos que saben son mis amigos con los que fumo. Y Gabriela, por supuesto. Pero Arturo no sabe. Se muere. Y me mata.

—Andrea! ¡Qué gusto verte por acá!

Miro a hacia la puerta y veo a Juan Carlos López, un periodista de *La Segunda* con quien reporteara el sector de tribunales el año antepasado, y que me hizo un par de propuestas deshonestas en algún momento, como acostumbra los colegas. Este gremio debe ser uno de los más promiscuos.

No me hace gracia verlo.

—¿Estás esperando a alguien? —pregunta.

—Sí, a una colega. Tenemos una reunión de trabajo —miento—. Debe estar por llegar.

No quiero que se sienta.

—¿Y cómo va la pega? ¿Sigues en prensa de Correos de Chile?

—Ahí estamos. Agarradas con dientes y uñas —me río—. ¿Y tú? ¿Todavía reportearando?

—Para que veas. Aún no he tenido la suerte de otros, que me llamen a una peguita de escritorio... —también se río—. Pero no me quejo; lo mío debe ser más entretenido que estar sentado en una oficina todo el día, ¿no?

Los periodistas, competitivos, siempre comparando las pegas. Siempre hablando de pega y siempre riendo, como si nada nos importara demasiado; como si, después de tener que entrevistar a tanta persona conocida, tanta autoridad, tanto político, tuviéramos licencia para el desencanto. Y la excusa del desencanto finalmente sirve para no comprometerse con nada, para no creerle a nadie ni jugársela por nadie. Y para decir cualquier estupidez.

—Sí, claro, es un poco aburrido, pero no tengo que trabajar fines de semana ni hacer turnos de noche. Es bueno para la familia. Una cosa por otra, ¿no crees? —le contesto sonriendo.

No sé si me creo ese discurso. Pero es verdad que las prioridades cambian con los niños. Dos años después de casarme con Arturo nació Juan Pablo, y poco tiempo después conseguí esta pega de Jefa de Prensa, que más que de prensa es de relaciones públicas. Pero da lo mismo.

Estable, desde entonces, aunque cada vez más impaciente. La guinda de la torta fue cuando compramos la casa: endeudados por veinte años.

A veces pienso que todo pasó demasiado rápido. Una cosa lleva a la otra y de repente la vida ya no te pertenece. Y no solo no te pertenece: ni siquiera la reconoces. Y todo el mundo te requiere y te mira y, cuando lo hace, ve a otra persona. Tu hijo, tu marido, tu jefe. Todos. Y nadie sabe realmente quién eres, ni siquiera tus más cercanos; ni siquiera tú, a veces.

—¿Lleva mucho tiempo esperando, Andreíta?

Gabriela llega a salvarme. Verla me alivia. Siempre saluda a la mina de la bicicleta. Es una especie de espejo que me confirma, que me libera un poco. A ella le debe pasar lo mismo.

—No más de lo acostumbrado —respondo y me paro para abrazarla.

Siempre nos saludamos como si no nos viéramos hace meses. Con un gran abrazo. Y nos hacemos cariño. Es raro. Nunca fui buena para las manifestaciones físicas, ni con Arturo.

Pero con los años una empieza a necesitar cariño. Yo, al menos. Gabriela dice que ella también. Te pones más sensible y más temerosa. Le tienes miedo a todo. A que algo les pase a los niños, a quedarte sin trabajo, a engordar, a que tu marido te deje. De verdad temo a que Arturo me deje. No soporto la idea de no tener marido. Será que de verdad me estoy poniendo una vieja de mierda.

Antes jugaba con la vida, con los hombres. Podía andar con más de uno sin sentir un asomo de culpa. Amigas no tenía; supongo que por lo mismo. No era confiable para las minas, pero no me importaba: siempre las encontré bastante ridículas y limitadas, pendientes de agarrar a un hombre.

Y al final, aunque por otro camino, llegué a lo mismo, o casi.

Juan Carlos se despide y nosotras nos abocamos a lo nuestro.

—¿Cómo está Juan Pablo? ¿Y Arturo?

—Bien. Todos bien. Juanpi se resfrió y lleva dos días en la casa...

—Pobrecito. ¿Y no te ha contagiado?

—No, a mí no me entran balas...

Es parte del ritual. Primero hablamos de mi familia, como para que nadie —ni nosotras mismas— pueda decir que no nos importa. Pero no es nada profundo. Luego, entramos a hablar de nosotras, solo de nosotras, la verdadera razón de nuestros encuentros.

—¿Quién empieza, tú o yo? —le pregunto a Gabriela cuando quedamos solas.

No sé por qué pregunto. Estoy impaciente por contarle lo que me pasa. Pero ella me interrumpe:

Tú empezaste la vez pasada, con la lata del periodista del Ministerio del Interior que te persigue. ¿Recuerdas? Así es que ahora empiezo yo.

—Bueno, dale —le digo, un poco contrariada.

Fuimos compañeras desde primer año de periodismo. Ella venía llegando de Suecia. No nos hicimos amigas de inmediato, era desconfiada. Algunos pensaban que era creída, pero al final solo era gringa. Es decir, reservada, parca, poco cariñosa.

No se hizo amiga de nadie en especial, pero se metió a la Jota y andaba siempre con ese grupo, que a mí me parecía una lata; no porque no estuviera de acuerdo con las cosas que hacían, sino porque eran tan cuadrados, y serios, y graves. Y lateros. Poncho, charango y consignas. Como que nunca lo pasaban bien; había que sufrir por los torturados, los desaparecidos, los muertos. etc. Demasiado para mí.

Nos acercamos más cuando llegó a vivir a mi pensión de la calle Madrid, en el barrio Matta. Allí armó una pieza súper ordenadita, con coccinilla de dos platos, clóset y escritorio. Una tremenda pieza. La más grande de la pensión. Todo un lujo, encontraba yo. Tenía plata. Su papá le mandaba de Suecia.

Mi pieza quedaba al fondo del patio, y tenía dos por dos metros. La mitad la ocupaba la cama y en la otra mitad tenía una mesa con un anafre donde calentaba agua y tostaba pan y hasta hacía unas sopas de sobre en invierno en la ollita que me había pasado mi mamá. Y a veces llegaban el Flaco Jano, el Gato o el Piola con su gringa. Y Gonzalo. Y fu- mábamos pitos y tomábamos tecito con marraqueta y mortadela. Y la

señora Patricia, la dueña de la pensión, me miraba con mala cara, por el gasto de electricidad del anafre.

Era feliz en esa época; pobre pero feliz. En invierno andaba con dos pares de jeans y diario en los zapatos para capear el frío. Mi mamá me daba algo de plata, pero tampoco tenía mucha. Profesora básica, hacía clases en Cartagena y en San Antonio, pero nunca le alcanzaba. Sobre todo con dos hijos. Mi papá se fue de la casa cuando éramos chicos y nunca más se supo.

En todo caso a mí me gustaba así: tenía menos compromisos. Pobre pero libre. De repente me salían unos trabajitos descaseteando charlas y seminarios para un par de profes a los que les caía bien. Como tenía buenas notas, yo les vendía la imagen de la estudiante pobre y esforzada de provincia, y ellos por supuesto querían premiar el esfuerzo.

Un día invité a Gabriela a mi pieza. Era invierno, llovía a cántaros y el patio de la pensión estaba casi inundado, como termina todo Santiago con un par de horas de lluvia. Cuando fui al baño, pasé por el cuartucho del lavado. Ella estaba echando agua hirviendo de una tetera en una palangana con ropa. No sé por qué, pero me dio pena. Yo también lavaba la ropa así, con agua fría y un poco de agua hirviendo para "cortar" el hielo. Supongo que me pareció que eso no era para ella. No porque fuera demasiado fina —no tengo ningún tipo de solidaridad con esa gente—, sino como que eso era parte de un mundo ajeno a ella. Y la vi sola, medio perdida. No sé.

—¿Quieres venir a comerte unas sopaipillas? —le pregunté.

Me arrepentí de inmediato. ¿Quién era ella? No la conocía bien. Y en mi pieza estaban Gonzalo y el Jano, por supuesto fumando pitos. Y no sabía cómo reaccionarían. Ni ella, ni mis amigos. Ni yo.

Pero a mis amigos les encantó que llegara. Hasta se pusieron coquetos. Gonzalo sobre todo. Debí suponerlo. Hombres. Me dio lata.

Ella también reaccionó bien. Incluso aceptó el pito que le ofreció el Flaco Jano. Me sorprendió que lo aceptara, que supiera fumar y que lo disfrutara. Casi no habló, solo sonreía. Más que nada me sonreía a mí. Me recibió la taza de té con las dos manos y comió sopaipillas con gusto.

Después volvió varias veces a mi pieza y trajo música rock: cassettes de Deep Purple, Pink Floyd y Janis Joplin. Me volvió a sorprender, pero

no volvió a fumar. Dejó claro que no era su onda y que tampoco lo sería. Pero le gustaba el tecito con tostadas.

Yo veía que su pieza se llenaba de gente a cada rato y solo algunos eran de la escuela. Deben haber sido reuniones de la Jota.

No recuerdo bien cómo nos fuimos acercando. Fue de a poco. Muy de a poco. Y después vino eso de que tuvo que esconderse. Que tuvo que esconderla.

Mi mamá reaccionó mal cuando se lo planteé.

—¿Estás loca? ¿Traer acá a una persona que quizás la está buscando la CNI? ¿Y si llegan? ¿Qué hacemos? ¿Te imaginas lo que puede significar para tu hermano y para mí?

Pero la fui convenciendo hasta que aceptó. En realidad, no había otra cosa que hacer. Y no tenían por qué llegar a mi casa. Nunca nos habíamos metido en política.

Fue bonito llevarla. Presentarle a mi familia. A mis amigos, "la Taquilla". Se llevó bien con ellos. Después incluso la iban a buscar, cuando yo me volví a Santiago. Y mi mamá estaba encantada con ella, porque la ayudaba con el aseo y la cocina. Yo creía que no sabía hacer nada de eso. No parecía. Después de un tiempo me di cuenta de que en alguna parte teníamos experiencias de vida parecidas, aunque con escenarios distintos.

Uno de los que se interesaron mucho por ir a verla fue Gonzalo. Demasiado me parecía a mí. Me dio lata. Después, cuando ella volvió a Santiago, insistía mucho en que nos juntáramos con ella. Hasta que un día me dijo:

—Pero si tú sabes que me gusta, chica. Cómo no me va a gustar, si es rica, simpática, entretenida. Así es que te propongo que vayamos y le digamos que me gusta... ¿no te parece? Así todo queda claro. ¿Cómo sabes? A lo mejor podemos estar los tres juntos, ¿no te gustaría?

No podía decirle que no. Habría sido un signo de debilidad, de que me enrollaba, de que no era abierta, buena onda. Así es que una tarde tocamos la puerta de la pieza de Gabriela y, mientras nos tomábamos un té, Gonzalo se le declaró, o algo así.

Todo fue muy raro, ridículo. Ella no dijo nada. Solo nos miró mientras se servía otra taza. Supongo que porque era medio gringa, ni siquiera le incomodó. Al menos no se le notó. Siguió tomándose el té y dio las gracias. No entendí por qué. Después cambió el tema. Gonzalo no supo qué hacer.

Unos días después, en el patio de la escuela, se me acercó y me dijo: —Oye, sobre lo del otro día, lo único que te puedo decir es que ése con el que andas es huevón. No entiendo qué haces con él.

Me sentí bien. Y también me pregunté que hacía con Gonzalo.

Han pasado más de nueve años de todo eso. Y tantas cosas. Después de la universidad nos seguimos viendo; no mucho, pero lo suficiente como para irnos haciendo amigas. Hasta esa vez que cayó con depresión el año pasado y, de toda la gente que conocía, me llamó a mí.

Conversamos mucho en ese período. Ella estaba muy mal. A mí también me sirvió. Diría que desde entonces se transformó en mi mejor amiga.

—Me quiero ir —dice ahora, sentada al otro lado de la mesa, mirándome a los ojos.

—¿Del restaurante? Pero si ya nos van a atender, mujer. Te estás poniendo más impaciente que yo —le contesto.

—No. Me quiero ir de Chile.

Me puse nerviosa, no sé por qué. No era algo nuevo. Siempre lo decía. Especialmente desde la depre. Y jugábamos con la idea de que nos encontrábamos en Europa. Ella me contaba de París, Londres, de España. De la gente, las calles, los colores, la comida. De lo que conocía de cuando vivió allá. Yo viajaba un poquito a través de ella, y a ambas nos gustaba: a mí, porque no conocía nada fuera de Chile, y supongo que a ella porque se sentía un poco menos encerrada.

Pero ahora era otra cosa.

—Bueno, eso no es novedad —le digo—. Siempre te quieres ir. Yo también me quiero ir... ¿Qué tiene de nuevo esta vez?

—Que ahora es verdad. Que ahora me voy. A Suecia. Me voy a Suecia. Sentí miedo. La sensación física del miedo.

—¿Y a hacer qué? ¿A cagarte de frío? —le pregunto.

El anuncio me afecta. Se me nota.

—¿Cómo a qué? A trabajar, a estudiar, a vagar, qué sé yo, a vivir... o sea, no sé. Primero voy a ir a ver. A ver qué me pasa allá.

Se siente inhibida. Supongo que mi reacción no era la que esperaba.

—¿Y qué tiene de malo la vida acá...? —digo, intentando recomponer la conversación.

—Bueno, tú sabes tan bien como yo qué tiene de malo —me contesta.

Hay un silencio largo. Eso me parece. Es verdad que siempre hablamos de que lo que nos carga de Chile y de los chilenos. De la gente que anda aparentando, de los que le hacen la pata al jefe, de los que solo les preocupa conservar su pega y de los que andan pendientes de quitarle la pega al otro. De las minas que no saben vivir sin un mino al lado. De las minas que no se quieren. De las minas envidiosas. De las minas culposas. Etcétera.

—No sé. No necesariamente me voy porque lo de acá esté malo. A lo mejor me voy porque echo de menos... —agrega.

De nuevo nos quedamos calladas. Por suerte viene el garzón y nos toma el pedido. Yo pienso en mi sueño. En mis miedos. En mis fantasmas. En todo lo que la esperé y lo que quería contarle. Y ella dice que se va.

Así son las cosas. Nada es para siempre. Aunque uno se tire de guata al pasto y trate de aferrarse.

—Y qué... ¿se supone que ahora voy a tener que ir a Uppsala para almorzar contigo? —digo intentando una sonrisa.

—No sé... quizás... ¿Irlas?

—¿Por qué no?

Por supuesto que no iría. Arturo jamás estaría de acuerdo. Peor aún: yo jamás estaría de acuerdo. No podría soportar la culpa por dejarlo a él y a Juan Pablo. Porque al final, una termina siendo como todas, como todas las esposas y como todas las madres: posesiva, sobreprotectora, culposa, pendiente de todas las necesidades de su marido y sus hijos. Para que no tengan carencias, como las que tuvo uno. Tratando de suplir las propias carencias con la familia, como todas las minas.

Quizás una siempre fue así. Cómo saber. Cómo saber quién vive realmente dentro de una, porque, en realidad, la chica de la bici tampoco me convence del todo. No tengo idea adónde me lleva. Y eso, al menos ahora, me da miedo. Tengo miedo a no tener de dónde agarrarme de nuevo.

19. No tengo nada más que escribir (1989)

"El día comienza con el desayuno: té hirviendo en un pocillo de metal y medio pan. Se almuerza al mediodía una sopa con cáscaras de papa flotando y zanahoria. Otras veces comemos el resto de los platos de los agentes, salpicados con cuescos de aceitunas, trozos de pescado, espinas. Casi imposible de tragar. Gritos y lamentos en el ambiente quitan el apetito. Pero estamos obligados. Entretanto, no cesan los llamados a la parrilla, a interminables interrogatorios".

Dejo el teclado de la máquina. Estarde, pasada la medianoche. Como siempre cuando estamos de cierre, nos quedamos hasta la madrugada, pero hoy me he demorado más que otras veces. Y aún no tengo el reportaje. Estoy sumida en testimonios del archivo de la Vicaría de la Solidaridad y no he transcrito la entrevista que hice hoy.

—Este reportaje es especial —me dijo Juan Carlos el lunes, en la reunión de pauta—. La comisión de parlamentarios europeos que llega pasado mañana va a leer todo lo que se publique esta semana. Tenemos que golpear como nunca.

Juan Carlos, el director de *El Siglo*, el semanario del Partido Comunista, cree que podemos derrotar a la dictadura con cada nueva edición. Bueno, yo también lo creía. Supongo que por eso hago lo que hago en mi trabajo, o en mi vida, que viene a ser casi lo mismo. Porque dejé la militancia en la Jota pero comencé a trabajar en *El Siglo*, que es igual que militar, o peor, porque te dedicas a eso todo el día. Todos los días.

Cubro el área Derechos Humanos. Cada semana tengo que hacer un reportaje sobre un detenido desaparecido, o una matanza, o un torturado, o sobre los hijos de las víctimas, o las estructuras de la DINA o la CNI, o

sus métodos de detención y tortura. Y me paso los días entrevistando, leyendo, investigando sobre eso.

No es difícil impactar a mis lectores. Lo difícil es seguir funcionando, viviendo. Porque las historias siempre son grotescas, inmorales. Ni siquiera provocan pena: solo horror.

"Estamos inmundas, con sangre pegada a las piernas y a la ropa. Aquellas presas a las que la DINA quiere conquistar les dan un poco de algodón. Hay compañeras con hemorragia, provocada por la electricidad aplicada a la vagina. Para lavarnos debemos aprovechar el momento de tirar la cadena del baño".

Muchas veces cambio lo que escucho o leo; lo suavizo un poco, trato de hacerlo más creíble. Porque tal cual es, no es verídico. Verdadero, pero no verídico. Ni dimensionable, ni comprensible. Entonces trato de ser una especie de cedazo entre lo que escucho y lo que escribo. El problema es que lo más sucio se va quedando en el cedazo; lo peor.

Dentro de un mes serán las elecciones. Aylwin o Pinochet. Los comunistas votarán por Aylwin a regañadientes, un demócrata cristiano, líder de la Concertación de Partidos Por la Democracia. El PC no está en la Concertación ni cree en esta salida de la dictadura, pactada con Pinochet. Dicen que un dictador jamás deja el poder voluntariamente y que con esto solo está ganando tiempo. Pero al parecer no hay vuelta. Por mucho que se hagan declaraciones, discursos, acusaciones o reportajes. Parece que la gente ya no quiere saber de eso. No más muertes; no más tragedia. La gente quiere tratar de volver a vivir normalmente.

Lo entiendo; a mí me pasa lo mismo. Estoy cansada de tanta guerra, de tanta pelea. Es demasiado intenso, desgastador. Esto no es la vida. No lo es. Aunque me tilden de burguesa por pensarlo.

—¿En cuánto rato crees que podemos tener el reportaje en diseño?
Rodrigo, el chico de los mandados, aparece en mi puerta.

—Me está preguntando la Magaly. Dice que no se quiere ir tan tarde —agrega.

—No sé. Me falta un poco. Creo que en una hora más —miento.
No lo terminaré tan pronto; apenas he empezado. Y no avanzo; estoy cansada. Escucho el tecleo de las otras máquinas en las oficinas de al

lado. Las viejas máquinas de *El Siglo*, sobre los viejos escritorios, en una casa aún más vieja, oscura, con vidrios quebrados por donde entra el frío, con hoyos en el techo por donde se llueve.

Esto no es la vida.

Estoy cansada del sacrificio, del esfuerzo. Cansada de tener miedo, de no poder vivir. Quiero una vida normal. Todos queremos una vida normal.

Algo como esto:

"El 30 de julio de 1974, la mañana estaba tibia, el sol me pareció más luminoso que nunca sobre la calle mojada de rocío. Nuestra hija dormía en su cunita al lado de nuestra cama. Se veía casi tan luminosa como la mañana, así, gorrita, con su pelito rizado. Nos levantamos como cualquier otra familia, quizás un poco más felices que la mayoría; tomamos nuestro desayuno habitual, con hallulla, queso, tomate y tecito. Ernesto puso un cassette de Vivaldi. Después se fue a trabajar y quedamos de ir al cine en la tarde".

Escucho la grabación de mi entrevista sobre la vida normal que llevaba Eugenia Fleming y su familia hasta el 30 de julio de 1974. Ese día, a las once y media de la noche, alrededor de treinta agentes de la DINA entraron en la casa de Eugenia y Ernesto Mancini, en calle Almirante Barroso, y se los llevaron detenidos. Afuera, oculta en un auto, estaba Marta Enríquez, una ex mirista, colaboradora de la Dina, que entregó a Ernesto.

A Eugenia y a su pequeña hija de un año las subieron a una camioneta sin patente y las dejaron en la casa de sus padres. Los amenazaron con que volverían por ellas si se atrevían a contactar con alguien que los habían visto.

A Ernesto lo llevaron a Londres 38, uno de los centros de detención de la DINA. Lo torturaron toda la noche. Al día siguiente fueron a buscar a Eugenia, porque Ernesto "no había querido hablar" y ella debía "hacerle algunas preguntas".

Se turnaron para torturarlos. A uno delante del otro, para que uno de los dos hablara. Esto se repitió durante 10 días. Después de las sesiones de tortura, los agentes los dejaban juntos en el subterráneo para que uno de los dos convenciera al otro de "colaborar".

—¿Qué sentías cuando veías cómo torturaban a Ernesto frente a ti? Se suponía que ésa era una de las preguntas que yo tenía que hacer hoy a Eugenia. Indagar, hurguear en el dolor máximo. Sabía, por la difusión que había tenido este caso, lo horroroso que había sido. ¿Cuál podía ser la respuesta? ¿Acaso no la podía imaginar con todo lo que ya sabía? ¿Era necesario el detalle? ¿Quién lo necesitaba?

Yo no. Ya no.

Eugenia es hoy viuda de un detenido desaparecido. Me cuesta decir “viuda”, porque nunca han encontrado el cuerpo. Y entonces, “técnicamente”, no hay pruebas de que Ernesto esté muerto.

Y nadie quiere que lo esté.

La última vez que Eugenia lo vio fue dos semanas después de la detención, en Londres 38. Se lo llevaron a otro lugar del que nunca más volvió. Y ella fue expulsada a Italia en noviembre de ese mismo año, con prohibición de entrar a Chile.

Casi un año después, en julio del 75, el nombre de Ernesto apareció en los diarios, en la “Lista de los 119”, el montaje publicitario preparado por la DINA junto con los servicios de inteligencia de Brasil y Argentina, donde supuestamente 119 militantes del MIR se habían matado entre ellos por pugnas políticas internas.

Hoy, luego de muchos años de búsqueda y gracias a una jueza que se decidió a investigar de verdad, Eugenia, al igual que muchas viudas, está logrando saber lo que probablemente pasó. Al parecer, el cuerpo de Ernesto, como el de otros cientos de detenidos desaparecidos, fue subido a un helicóptero del Ejército y lanzado al mar atado a un riel de más de 50 kilos.

La semana pasada, un equipo de buzos encontró cinco trozos de esos rieles. Por eso Juan Carlos quería que ella fuera la entrevistada de esta semana.

—Tenemos que poner la foto de los rieles oxidados en la portada—dijo en la reunión de pauta.

No pude dejar de pensar en esa imagen cuando Eugenia me hablaba de su desayuno con hallullas, queso y tomate junto a Ernesto y su hija.

—¿Cómo va mi reportaje central?

Juan Carlos entra con una taza de café y una marraqueta con mortadela. Es la cena de quienes nos quedamos hasta tarde.

—Voy avanzando. Lento, pero avanzo—le digo.

—Tómame tu tiempo—me responde—. Lo que importa es que quede bueno. Remecedor. Porque me estoy imaginando un golpe como el especial que sacamos de la DINA hace un mes. Todo el mundo todavía lo tiene presente. Este tiene que ser algo parecido: entre tu reportaje, la entrevista de Danilo y los testimonios que está haciendo el Pedro.

Claro. Tengo muy presente la edición especial de la DINA, con las fotos de más de noventa agentes de la CNI, los cargos que ejercieron, los lugares donde torturaron, quiénes fueron sus víctimas, de qué asesinatos fueron responsables, y sus imágenes actuales. “LA DINA HOY”, se titulaba. Se agotó el primer día. Yo estaba orgullosa. Pero desde que salió no he podido dormir bien.

Empezaron a llamar al diario desde el primer día amenazándonos. Decían mi nombre y lo que harían conmigo.

Yo nunca he sido buena para enfrentar el miedo: me paraliza, me transforma. Despierto de noche, me levanto y miro por las ventanas del departamento. Miro los autos estacionados afuera, trato de escuchar pasos, de descubrir algo fuera de lo común en la calle. Miro desde las distintas ventanas, a oscuras. Puedo pasar horas así. En el día, me fijo en las personas que caminan cerca de mí, las que suben o bajan conmigo en la micro o en el metro, las que entran a algún lugar detrás mío, las que me miran, las que no me miran.

El miedo me desestabiliza, me descompensa, me descontrola cada vez que lo enfrento. Pienso que uno no debe pasar por ese tipo de situaciones; no en una vida normal. No es correcto andar en la calle intentando descubrir quién te quiere secuestrar.

Es la segunda vez que estoy expuesta a amenazas personales donde me llaman específicamente a mí.

Por increíble que parezca, la primera vez ocurrió en Uppsala, en el paraíso de la vida tranquila y segura. Estaba recién empezando a salir con Medhani y arrendé el departamento de una amiga en *Fåhlagen*, un barrio

acomodado, sin cabezas negras. Al parecer, a los vecinos del edificio no les gustó que circularan una latina y un africano por sus escaleras.

—¿Aló? ¿Habla Gabriela Araneda?

Una noche, mientras estaba sola en el departamento, sonó el teléfono.

—Sí. ¿Quién es? —respondí al hombre que me hablaba en perfecto sueco al otro lado de la línea. Creo que nunca voy a olvidar ese timbre de voz.

—Ah. ¿Tú eres la que trae negros a tu departamento todas las noches para que te den duro...?

Me quedé muda. Sentí el calor subir por las mejillas. Por una milésima de segundo, intenté creer que era una broma de mal gusto, pero de inmediato supe que no era así.

—Dime, si yo llevo con unos amigos suecos, que no conocen cómo son las cabezas negras en la cama, ¿nos recibirías igual que a tus amigos negros? Somos cinco los que vamos a ir conocerte a tu departamento una de estas noches, cuando estés sola, como ahora. ¿Qué dices?

Creo que ahí conocí el miedo verdadero por primera vez: el vértigo en la boca del estómago, el escalofrío que sube hasta la nuca, la transpiración de las manos. Esa verdad, tan repentina como irrefutable, de que todo lo que creemos seguro no lo es, de que todo en realidad es frágil, de que todo lo que compone nuestra vida, la de todos los días, puede desaparecer de un momento a otro y transformarse en algo amenazante, peligroso, ajeno. Salir de tu casa, llegar a tu casa. Abrir la puerta de tu casa. Entrar. Caminar por las calles. Sentarse al lado de alguien en la micro. Detenerse a comprar. A mirar. Existir.

Lo mismo que me ha pasado acá. Solo que aquí han sido demasiadas veces.

Por eso, aunque trato, no logro entender a esa gente que entrevisto, cómo hacen para vivir después de traspasar el umbral del mal, del miedo, cómo duermen, cómo salen a la calle, cómo hablan con otras personas.

—Quiero preguntarte algo que no sé si sirve para el reportaje, pero quiero preguntártelo... —le dije hoy a Eugenia.

—No te preocupes, estoy acostumbrada a que me pregunten de todo —contestó.

Había frialdad en su respuesta. Me sentí un poco avergonzada. Es algo que pasa cada vez más cuando entrevisto a víctimas. No puedo dejar de pensar que me aprovecho de su experiencia para impactar. Juan Carlos dice que no debo pensar así; que a ellos les sirve nuestra denuncia para “presionar por la verdad y la justicia”.

—Dime, ¿cómo lo haces para vivir en la normalidad? —le pregunté—. Después de lo que viviste... cuando sabes que la normalidad puede desaparecer, cuando sabes que los límites en realidad no existen... ¿Cómo lo haces para volver a vivir?

Calló un rato largo. Luego me dijo:

—Bueno, yo he estado mucho tiempo en terapia: ocho años, y aún no termino...

—¿Eso quiere decir que aún no lo logras...?

—...Es que no sé si conozca a alguien que viva en la normalidad. En Chile, por lo menos. No sé si acá se pueda vivir normalmente. Porque qué sacas con hacer tu proceso, con trabajar tus miedos, tus dolores —hasta los peores— si el resto no lo hace. El daño mental y emocional lo tenemos todos; algunos más que otros, algunos de una manera y otros de otra. Pero todos, también los que no detuvieron, y también los que siguieron viviendo como si nada hubiera pasado. Incluso los pinochetistas, porque nadie puede andar justificando que se torture, que maten a gente a quemarropa, que hagan desaparecer a personas, sin estar mal de la cabeza. Y, bueno, también el resto: los que no quieren saber, los que saben todo y no saben qué hacer con ello, los que hacen de todo esto su razón de vivir... Tú, por ejemplo, que escribes de eso todas las semanas... Y nosotros, claro. Sin duda que nosotros cargamos el mayor daño... Y ahora, después de todo este tiempo, se supone que volvemos a la democracia... “la alegría ya viene”. Y Pinochet sigue ahí; mis torturadores siguen ahí; los asesinos de Ernesto... ¿De qué normalidad me hablas?

No supe qué decirle.

Me paro y abro la ventana, necesito el aire frío. Dejo sobre mi escritorio otro papel que acabo de leer. Es una declaración de un grupo de ex presas políticas:

... sentimos imprescindible informar a la opinión pública "desde nuestra experiencia como ex presas políticas" que la violencia sexual como tortura incluyó la violación anal, vaginal y oral; por personas, con objetos y animales...

Eugenia está entre las firmantes.

Este país está loco, insano.

Yo personalmente no puedo más: últimamente tengo sueños terribles. Hombres encapuchados me vienen a buscar; me introducen objetos cortantes en la vagina. Sangro, grito. Tengo miedo. Tengo miedo en el sueño y miedo cuando despierto. Porque ahora sé que mis pesadillas son perfectamente posibles. Lo son en este mundo de locos.

Tengo que hablar con Juan Carlos, decirle que no puedo seguir en esto. No más sangre, no más detalle del vejamen. Juan Carlos quiere commover a los parlamentarios europeos con las historias que no debieron existir. Y que yo ya no quiero transcribir, ni hurgar, ni comentar.

—¿Cómo te enamoraste de Ernesto? —le pregunté a Eugenia.

Me miró fijamente. Creo que no me había mirado de verdad en toda la entrevista.

—Fue en la secundaria —contestó—. Él era dirigente del Liceo José Victorino Lastarria y yo estudiaba en el Liceo 7 de Niñas. Lo vi una vez discutiendo con un grupo en una manifestación. Me llamó la atención lo bien que hablaba... Bueno, en realidad, lo que más me llamó la atención fue lo buenmozo que era: alto, delgado, con el pelo castaño peinado al lado. Y unos ojos azules preciosos. Para suerte mía, él también se fijó en mí y al día siguiente me estaba esperando a la salida del colegio. No nos separamos más: andábamos para todos lados juntos, en las ocupaciones de los liceos, en las marchas, en las fiestas... escuchábamos canciones de Adamo y bailábamos apretaditos... él tenía dieciocho años y yo diecisiete.

Me acordé de Diego; de cuando lo conocí, de lo que había sentido. Pensé en lo bonitas que son algunas historias, románticas de verdad, buenas, y lo mal que pueden terminar. Algunas más que otras.

Sentí pena por Eugenia y también por mí.

—¿Ernesto aún está presente en tu vida cotidiana?

—¿A qué te refieres?

—No sé. ¿Tienes fotos tuyas en tu casa? ¿Piensas en él, en lo que habría dicho en una situación determinada...? ¿Piensas a menudo en él? —Sí, claro. Está presente, pero no tengo una foto suya en el living...

Debería escribirle a Diego. Las historias de amor pueden terminar mal por muchas razones, pero a veces terminan sin que sea necesario.

—¿Has tenido otras parejas después de él? —pregunté.

—Claro, he tenido varias —respondió, un poco incómoda—, pero nada permanente. No he vuelto a vivir con nadie... Nada realmente en serio. Salvo una persona... pero de ella no voy a hablar. ¿Qué tiene que ver esto con la entrevista?

—Perdona, no era mi intención ser indiscreta —me arrepentí.

—No te preocupes. No tengo problema. ¿Esto de las parejas...? No sé si echarle la culpa a Ernesto o a mí misma. Sería fácil decir que es por él. En realidad, sería fácil decir que todo lo que no me ha resultado es por él. Es lo que se acostumbra: la justificación del fracaso... Pero no pienso que uno sea prisionero de la vida que le toca —continuó—, aunque el destino te revuelque por pantanos que jamás imaginaste, uno debe intentar buscar los caminos que quiere para sí.

Me quedé en silencio. Ella también.

Luego le dije:

—Estoy de acuerdo.

La entrevista terminó. No había nada más que preguntar ni nada más que decir.

Apago la grabadora, me levanto de mi escritorio y voy hacia la oficina de Juan Carlos. Tenemos que hablar.

No tengo nada más que escribir. No sobre esto.

20. *Eugenia* (1992)

Miro el espejo. No me gusta lo que veo: las arrugas, sobre todo en torno a los ojos; los pómulos, demasiado notorios; la piel delgada, cansada, el paso del tiempo.

El paso del tiempo.

Estoy nerviosa. Cada vez que él aparece me pongo más nerviosa.

Antes era yo quien lo intranquilizaba, la que manejaba la situación. Eso era antes. En los últimos años se ha dado lo que los compañeros llamarían un “desplazamiento en la correlación de fuerzas”. Creo que es porque me siento más vieja.

Estoy más vieja y más insegura.

En los hombres no es lo mismo: ellos tienen permiso para envejecer, para engordar, sin que eso afecte su masculinidad; no socialmente, al menos. Está lleno de hombres gordos que tienen a mujeres estupidas como parejas y de hombres mayores que son parejas de mujeres más jóvenes.

Iván, sin ir más lejos. Estuvo con una chica quince años menor que él. Quince años menor que yo. Aunque me dijo que solo fue algo pasajero. Pero lo mantuvo alejado casi dos años. Desde que lo supe, envejecí más. El paso del tiempo también se nota en el espíritu, en las ganas de pelear, en la capacidad de levantarse de los golpes. Ahora cueta más.

Lo he notado especialmente este año, cuando me he enfrentado a ellos. A pesar de que sé que estoy en una posición más fuerte ahora, a pesar de que ellos son los acusados. Pero no lo puedo manejar: sus ojos, sus voces, sus manos, me calan; me quedan dando vueltas durante el día, en los días posteriores. Me invaden como fantasmas y los odio más que nunca. Más que antes.

—Nunca tuve antecedentes de que en Villa Grimaldi se torturaba. La primera vez que enfrenté a Krassnoff no podía creer que pudiera mentir tan descaradamente. Miraba fíja e imperturbablemente a la jueza. A mí me ignoraba. Fue hace dos años, cuando la ministra Retamales nos sorprendió a todos, incluyendo a nuestros abogados, con su manejo del “caso Mancini”, el caso de Ernesto, y comenzó a citar a todos los torturadores de la DINa a tribunales.

Por primera vez, en forma masiva, cientos de sobrevivientes de los centros de detención nos careamos con decenas de ex torturadores de la DINa. Con nuestros torturadores. Claro que no exactamente en las condiciones que hubiéramos querido. Porque ellos se aparecían en los tribunales custodiados por equipos de abogados y guardaespaldas del Ejército o de Carabineros y actuaban como si siguieran siendo los dueños del poder. De alguna manera lo eran. Soberbios, avasalladores y descarados, sobre todo para mentir.

—¿O sea que nunca presencié sesiones de tortura? —contrapreguntó la jueza Retamales a Krassnoff, igualmente imperturbable.

—Nunca —contestó él.

—¿Y en qué situación entonces conoció usted a la señora Eugenia, aquí presente?

—Bueno. Como ya le he dicho, yo la interrogué. Esto es, le pregunté acerca de distintas cosas.

Lo he enfrentado cuatro veces. Las dos primeras fueron más o menos lo mismo. Él hablaba mirando a la jueza, ignorando mi presencia en la pequeña sala. Repetía el mismo texto, sin salirse ni una línea. Con poca convicción, casi automáticamente. En ningún momento me miraba, pero se le notaba nervioso. Sobre todo por la cantidad de veces que limpiaba sus anteojos, una y otra vez, una y otra vez. Cuando lo noté, fue como encontrar una pequeña fisura, una grieta en su coraza. Eso me gustó y me hizo sentir más valiente. No iba a permitir que me siguiera ignorando. ¿Acaso no te acuerdas cuando llegué a la Villa Grimaldi? ¿O prefieres llamarle cuartel Terranova? “Te vamos a llevar al Terranova a ver a mi capitán Miguel”, me dijo Tulio Pereira cuando me llevaron detenida. Porque así te decían: “capitán Miguel”.

Fue la tercera vez que nos encontramos. Lo tuteé y lo miré a la cara. Lo desafié.

—No sé de qué habla la señora acá presente —le dijo él a la jueza. Era evidente que se descolocó. Lo que nunca se había imaginado —ni yo tampoco— estaba ocurriendo. Porque, para él, yo había sido —y era— una paria, un objeto, una escoria humana, nadie.

—Pero yo me acuerdo perfectamente de cuando llegué a la Villa: me sacaron la venda adhesiva de los ojos y me llevaron a una oficina donde estabas tú... ¿o ya te olvidaste?

—¿Y qué le dijo el Sr. Krassnoff en esa ocasión? —me preguntó la jueza.

—Me dijo que sabía quién era yo y que si no colaboraba, lo iba a pasar muy mal, al igual que mi amiga Marta Giovanni. “A esa la tenemos desde hace un mes y, lamentablemente, no nos ha querido ayudar mucho. Una pena”, me dijo.

Es difícil entender por qué uno recuerda ciertos momentos de su vida con más nitidez. Con qué criterios la mente los selecciona y los ubica en un lugar privilegiado de la memoria.

De los momentos que me tocó vivir durante mi detención, aquel en que trajeron a Marta se me ha quedado grabado como pocos. Se abrió la puerta y dos hombres la arrastraron dentro de la oficina donde estábamos.

—Explícale, Marta, lo que le va a pasar si no coopera —le dijo Krassnoff con cortesía irónica.

A Marta la conocía desde el Liceo 7. Entramos juntas a la Federación de Estudiantes Revolucionarios, la FER, y después al MIR. Su compañero era amigo de Ernesto y nos visitábamos a menudo. No sabía que la tenían detenida.

Cuando entró, no me quiso mirar. Mantuvo la vista baja. Tenía la cara desfigurada y toda manchada de sangre, igual que su topa. Comenzó a llorar. Es decir, vi cómo unas lágrimas caían por sus mejillas.

—Diles lo que quieren saber —me dijo muy bajito—; aunque no lo sepas, díselos.

Lo recuerdo tan bien. Debe ser porque ese fue el momento en que me di cuenta de que todo había cambiado para siempre. El momento en

que supe que estaba perdida, que no había retorno, que las fauces del mal se estaban abriendo para triturarme primero y devorarme después. En Londres 38 fue horroroso, pero en Villa Grimaldi supe que no había vuelta atrás.

Suena el teléfono. Me miro un instante al espejo antes de contestar.

Sé que es Iván y no quiero que nada se note en mi voz. Iván está fuera de toda esta parte de mi historia. Aunque sabe todo. Pero está a salvo y esa es una de las mejores cosas de nuestra relación. Finalmente me he convencido de eso.

—¿Aló?

—Te demoraste en contestar. Pensé que no estabas... que te habías arrepentido —me dijo, seductor, al otro lado de la línea.

—Pues..., se me pasó por la mente. Pero decidí que tenía curiosidad por saber cómo estás —respondí, intentando aparentar cierta indiferencia.

Era un juego, porque ambos sabíamos que lo que nunca había existido entre nosotros era indiferencia; todo lo contrario, solo pasión, solo arrojio, desahogo, necesidad. Algo así como tratar de saciar el hambre de paz que ambos teníamos. Como intentar calmar la rabia, el odio, la amargura a través del sexo, las aventuras, la conversación, el alcohol, las confesiones.

Y se puede decir que lo habíamos logrado en parte. Por eso habíamos permanecido a través de largos diez años, con sus intervalos, claro; algunos bastantes largos. Comprensible: nadie es capaz de mantener una relación tan intensa sin respirar. Yo no, al menos. No lo soportaría a él ni me soportaría a mí misma.

Pero Iván era la única persona que me había proporcionado paz después de Ernesto, aunque solo fueran momentos. Como una taza de café al desayuno, luego de una noche divertida, con el sol entrando por la ventana, y sentir, por unos segundos, que no se necesita nada más.

Iván trajo de vuelta la vida, o quizás me inventó otra vida, paralela, que me ha dado muchos segundos de paz. Segundos que no esperaba.

—Solo quería avisarte que me voy a atrasar un poquito... una hora. Es que me surgió un pequeño problema en la pega. Después te cuento. Algo como eso no tiene por qué molestar a nadie. Es absolutamente factible, comprensible. Sin embargo, me molesta. Y él lo sabe.

—¿Entonces como a qué hora vas a pasar? —le pregunto.

Trato de que no se note la decepción.

—Bueno, eso te iba a proponer... si podemos encontrarnos directamente allá, en el restaurante...

En realidad, no solo me molesta, también me atemoriza. ¿Seré yo? ¿Será falta de interés en mí?

Pienso en Nadia. En llamarla. Es lo que hago cuando me siento con miedo. Al menos desde hace algunos años. Desde que se hizo grande.

Algunos padres no quieren que sus hijos crezcan, pero yo contaba los años, los meses, las semanas, para que Nadia creciera. Para que me pudiera acompañar. Para que pudiera entrar a estar conmigo en esta oscuridad infinita en la que he vivido la mayoría del tiempo. Supongo que es la única que ha podido reemplazar, en algo, el vacío que dejó Ernesto.

No era lo que quería para ella, que fuera mi bastón, pero es lo que nos tocó a mí y a ella. A veces me han preguntado qué es lo que más me atormenta de todo lo que pasó; qué es lo que no he podido superar. Yo sé que se espera que hable de las torturas, de lo que viví con Ernesto en Londres 38, de las cosas por las que pasé en Villa Grimaldi. Pero, en realidad, lo más doloroso es Nadia, la infancia de Nadia, la que no le pude dar, la que no fui capaz de darle.

Un recuerdo grabado a fuego en mi memoria es el de una noche, en Roma: habíamos llegado casi tres años antes. Yo estaba acostaba en el living con los ojos cerrados, llorando, sufriendo la angustia, los recuerdos, el presente lejos de todo, la imposibilidad de futuro. Creía que ella dormía. Y de pronto la siento, la veo acercarse, en camisa de dormir, y su peluche abrazado.

Tenía apenas cuatro años.

—¿Estás bien, mamá? ¿Estás bien? ¿Te traigo un vaso de agua?

No tengo cómo reparar su infancia, cómo llenar sus vacíos. Ella es lo que más quiero y me he tenido que rendir ante la evidencia de que ella, también, debe cargar con su historia, como yo, como tantos otros. Y parte de ello es ser mi bastón; el único que tengo, el único que me sostiene.

Hubo un tiempo que pensé que también podía apoyarme en Iván. Puedo, pero de otra forma, que no siempre sirve.

Entonces... ¿está bien si nos vemos allá... como a las nueve y media...? —Claro. No hay problema —respondo con la voz seca.

Pero él sabe que sí hay problema. Y también sabe que este reencuentro ya se ensució. Con ansiedad, con culpa, con las cargas que cada uno trae consigo y que nos recuerdan que somos frágiles, tan frágiles, tan indefensos, tan expuestos y que todo está, finalmente, a la deriva; toda la normalidad que creemos haber alcanzado.

Recuerdo que una vez, en una entrevista, una periodista me preguntó sobre eso. Me preguntó cómo yo podía llevar una vida normal sabiendo que esa normalidad podía desaparecer en cualquier momento. Creo que no pude responder.

Es que en realidad no hay respuesta. Porque tratar de construir una vida normal pasa por intentar ocultar que nosotros, las víctimas, hoy, dieciocho años después, aún sentimos dolor. Dolor emocional, dolor físico. Que hemos sentido ese dolor cada día de estos dieciocho años, año a año. Que después de dieciocho años, no somos capaces de cerrar este tema. Porque no queremos cerrar este tema. Porque eso significaría morir un poco más. Volver a morir.

Y entonces pasa, como me ocurrió el año pasado, que me llamó un gringo de Alemania, diciendo que había conocido a un ex miembro de la Colonia Dignidad, que decía haber visto a Ernesto al interior del predio. Y que Ernesto había vivido allí al menos dos años. Dos años.

Dos años.

Eso fue lo que más me impactó. La posibilidad de que hubiera estado vivo tanto tiempo después de que lo dejé de ver.

Y todo comenzó de nuevo. Se fue a la mierda la normalidad, la cotidianidad. Y pasaba los días intentado recordar al detalle qué hacía yo en ese tiempo, durante esos dos años en Roma, mientras él estaba vivo, en Colonia Dignidad. Y de un plumazo se me desordenó el pasado, porque las cosas quizás no habían ocurrido como yo creía. Y, si eso era así, todo podía ser distinto, incluso el hecho de que él estuviera muerto.

Y llegué a pensar que quizás estaba vivo y comencé a buscarlo por las calles, intentando imaginarme cómo sería a esta edad, con más de 40 años. Hasta creí verlo un par de veces. Incluso, en dos oportunidades, seguí a unos hombres algunas cuadras para cerciorarme de que no eran él.

Una noche soñé que lo encontraba: yo caminaba por la calle Agustinas, buscándolo, porque alguien me había dicho que lo había visto por ahí. Y de repente lo vi salir de una casa, junto a otro hombre, y entrar a un auto. Lo llamé, desesperada de que se fuera, de perderlo otra vez. Él se dio vuelta, se acercó y me abrazó. Estraba distinto, como dañado mentalmente, pero me reconoció.

—Me tengo que ir —me dijo—. Pero anda a verme, te voy a estar esperando...

Somos de una fragilidad brutal, porque basta una pequeña señal, que incluso podemos inventar, para develar que, en el fondo de nuestras almas, no aceptamos la verdad que decimos aceptar. No la queremos.

No podemos.

Como cuando me llevaron ese ejemplar del vespertino *La Segunda*, a mediados del 75, donde publicaban una lista de 59 compañeros muertos, entre los que figuraba el nombre de Ernesto.

"EXTERMINAN COMO RATAS A MIRISTAS. Gigantesco operativo militar en Argentina".

Me habían avisado de esa publicación, pero no lo había creído. Obviamente no quería creerlo. Venía a complementar un artículo que había salido antes en *El Mercurio*, que también me habían llevado, donde aparecían los nombres de otros 60 compañeros, muertos, según ellos, en las mismas circunstancias: "*Ejecutados por sus propios camaradas*". Fueron 119 compañeros, acerca de los cuales perdimos la esperanza en ese momento. Pero yo dije que no lo creía.

—Es otra maniobra de los servicios de seguridad —dije. O algo así.

Sin embargo, al mismo tiempo, sentí que algo terminaba. O todo. La esperanza, la vida, las ganas de vivir.

Algo parecido me pasó cuando vi la foto de los rieles oxidados, que encontraron y sacaron del fondo del mar hace dos años, producto de la investigación de la jueza Retamales. Durante un tiempo, no pude sacarme de la cabeza la imagen del cuerpo de Ernesto, de mi Ernesto, hundándose solo e indefenso en las frías aguas del Pacífico.

Me sirvo un whisky doble. Siento cómo me quema. Bebo dos o tres sorbos seguidos. Respiro. Me calmo.

No llamaré a Nadia. Ella no tiene por qué hacerse cargo de todos mis tropiezos. Además, tiene sus propios problemas, sus propias penas y ansiedades, de las cuales Ernesto también es parte.

Me doy vuelta y veo la foto que tengo en el living: un chiquillo de 23 años que me sonríe y me mira con esos ojos azules, tranquilos, seguros. Tiene a su bebé en los brazos, Nadia. Yo ahora tengo más de cuarenta. Podría ser mi hijo. Más que cualquier otra cosa, ése es el hecho que me constata que él es imposible. Él sigue siendo joven, buenmozo, lleno de vida, feliz. Yo ya no. Nuestras imágenes no son coherentes.

Me sirvo otro whisky. Si voy a ver a Iván, tengo que estar tranquila; de lo contrario, mejor no ir. Nuestros encuentros son un fracaso de otra forma. Lo han sido. Algunas veces tanto, que nos hemos dejado de ver por más de un año.

Así fue cuando lo llamé después de haber ido a Londres 38 con la ministra Retamales, la primera vez. Íbamos con los ex agentes Krassnoff, Godoy y Troglo, supuestamente mostrándoles las distintas piezas de tortura que ellos decían no conocer. Pasamos por la caldera, el hoyo, la pieza de entretecho, la escalera de caracol.

Fue duro. A pesar de que ellos iban custodiados, uno sentía que estaban en terreno propio. Incluso, en un momento, Krassnoff me miró y se sonrió. Nadie lo vio, solo yo. Y él lo sabía. Sentí el miedo trepando por las paredes, entrando con nosotros a cada habitación. Temí comenzar a escuchar los gritos de dolor de antes y despertar y encontrarme allí, prisionera de nuevo.

Cuando llegué a la sala del sótano, donde me despedí de Ernesto, se me hizo difícil respirar. El lugar emanaba tristeza, derrotita.

—Me dice Romo que te van a llevar a otro lugar... ¿sabes dónde? —le pregunté a Ernesto aquella vez, hace dieciocho años.

—No te preocupes, todo va a estar bien. Lo peor ya pasó —me respondió—. Dentro de poco nos soltarán y podremos reunirnos con Nadia. Nos iremos a Italia y empezaremos una vida nueva.

Estaba tan flaco y demacrado; la ropa rota y ensangrentada. El guatón Romo había entrado a mi celda minutos antes y me había dicho "Oye, si quieres despedirte de tu marido, sal ahora, porque se lo van a llevar".

—Perdóname porque te trajeron acá —fue lo último que me dijo antes de que se lo llevaran.

—Te amo —fue lo último que yo le dije.

Después de esa visita a Londres 38 con la jueza, vagué por el centro. No sé bien cuánto tiempo. Recuerdo que me despedí de todos y me fui caminando al metro, asustada, sin saber mucho qué hacer. Pero no bajé a la estación, sino que seguí caminando. Muchas cuadras más allá me detuve ante un teléfono público y llamé a Iván.

—Acabo de estar en el mismo lugar donde fui torturada junto a Ernesto, en compañía de los mismos que nos torturaron... los mismos que lo asesinaron.

El silencio de Iván al otro lado me dio a entender que no debía haberlo llamado, pero en ese momento no estaba en condiciones de ser fuerte, de tener la distancia que nuestra relación imponía, y no podía llamar a Nadia: no para contarle eso. Sería exponerla también a ella al dolor.

Pero no debí haber llamado a Iván.

—Lo siento, Eugenia —dijo finalmente—; no sé qué decirte.

—Algo así como "voy para allá para que nos tomemos un café" no estaría mal —le contesté.

Me dolió su desconsideración.

—Es que no puedo. Voy saliendo a una reunión en este momento —replicó.

Después de eso no nos vimos por casi un año y medio. Hasta que una vez nos topamos en una fiesta de unos amigos comunes. Él andaba con otra mujer, pero se acercó a mí con una copa de vino y no se separó en toda la noche.

Es obvio que me estoy poniendo más ansiosa y más exigente, aunque sepa que eso solo lleva a que finalmente dejemos de vernos. Quizás tiene que ser así; la vida tiene sus etapas. Todas las vidas, independiente de cómo han sido.

Yo no he sabido identificar mis etapas, o no he podido. Es como si todo hubiera quedado suspendido desde el 74. Después de eso, todo

ha sido parte de lo mismo: el exilio en Roma, el retorno, las parejas, las amistades, los hogares, los trabajos, los juicios de derechos humanos, las protestas, la decepción, la impotencia, la soledad. Todo parte de lo mismo: el intento de volver a vivir.

Algunos dicen que ahora está llegando nuestra hora, que con la demostración podremos caminar por las calles sin temor, que las investigaciones aclararán las cosas y que lograremos la verdad y la justicia.

No estoy tan segura.

La justicia militar ha solicitado hacerse cargo del caso de Ernesto y de varios otros cuya investigación se está poniendo incómoda. Y la jueza Retamales nos ha confesado en privado que cree que le van a quitar el juicio.

No sería la primera vez. Y supongo que ahora tampoco nadie hará nada. Es parte de los acuerdos: "dejar que las instituciones funcionen". O, "hacer justicia en la medida de lo posible".

Envejecer tiene cosas que no me gustan, pero tiene otras que me acomodan, como tener claro cuáles cosas no estás dispuesta a aceptar, sin sentir dudas.

Y la justicia en la medida de lo posible no es algo que quiera o pueda aceptar. Tampoco el cariño en la medida de lo posible.

Me paro y vuelvo al espejo: me miro un momento, me saco los aros. No iré a reunirme con Iván. Tampoco llamaré a Nadia. Me quedaré en casa sola, con la foto de Ernesto y los recuerdos. Lo más verdadero que tengo.

21. A veces he pensado en volver (1993)

—¿Dónde te imaginas dentro de diez años?—me pregunta el Dr. Morales.

—Cultivando papas en Chiloé—le contesto.

—¿Conoces Chiloé?

—No. Nunca he ido.

—Entonces no es propiamente Chiloé lo que tienes en mente, ya que no lo conoces...

El Dr. Morales es mi siquiatra, mi nuevo siquiatra. Es la tercera vez que lo veo después de que me vino la "crisis". Así denominó él los dos días que estuve llorando encerrada en la casa. Hasta que llamé a Andrea, que me vino a salvar.

Andrea me escuchó balbucear incoherencias un buen rato, mientras me pasaba alternadamente un vaso con agua y un rollo de papel confort. Después me recomendó un siquiatra, con quien me consiguió hora para el día siguiente.

"Depresión", dijo el doctor Morales, y me dio licencia por un mes, "para empezar". También me dio unas pastillas que me atontan y me dijo que tenía que ir a verlo dos veces por semana. Por lo menos durante un par de meses.

De eso hace diez días.

Me he sentido un poco mejor. He logrado dormir, aunque de manera muy inquieta, con muchos sueños. ¿O son recuerdos? Uppsala. El puente que da a *Centralbadet*, la piscina techada, desde donde se ve el salto de agua del río *Fyrisån*, al lado del Museo. Los adoquines mojados por la lluvia de verano de la calle *Skolgatan*, donde estaba mi escuela. Los amigos en el Café "*Stickans*", donde comíamos sandwiches de langosinos en verano y tomábamos chocolate caliente en invierno. Los

partidos de básquetbol del equipo de Uppsala, KFUM, en el gimnasio *Fyrishov*, donde llegábamos con nuestras bufandas blancas y rojas. Recuerdos. Sueños.

El sol entró por la ventana de mi dormitorio esta mañana. Me fijé. Vi el patio, el pasto seco; más que pasto, maleza. No tengo tiempo ni ganas de regar, menos para plantar algo.

Últimamente siento que todo está seco, igual que el pasto. Todo árido. No sé qué hago ni qué quiero hacer.

Bueno, sí sé que hago: trabajo en Focus Comunicaciones, una empresa nueva, moderna, elegante, de periodistas jóvenes y bien relacionados—esto es, emparentados, en primer, segundo o tercer grado—con autoridades del nuevo Gobierno. La nueva élite en el poder. Una ex compañera de curso de periodismo me llevó cuando decidí que era hora de dejar *El Siglo* e intentar retomar una vida más normal.

Eso fue el año pasado, dos años después de que Patricio Aylwin asumió como Presidente. Es raro. Se supone que después de eso el país empezó a retornar a la normalidad, pero a mí eso no me ocurrió.

Me alejé de los comunistas y todo ese mundo, de lo que había sido mi mundo desde que volví a Chile, y me propuse intentar algo nuevo, una vida nueva.

—¿Qué hay, según tú, en Chiloé?

No tengo prejuicios contra los siquiатras, en principio, pero me exaspera la terapia fácil, las preguntas del Manual del Siquiатra. Si fuera tan simple descubrir dónde está el problema, no me gastaría 30 mil pesos por sesión para saberlo: bastaría sentarme a pensar con un trago, buena música, tranquila.

—Paz, supongo. Distancia con esta vida, con la vida que llevo. Es lo más lejos que me puedo imaginar de Santiago...—le respondo.

—¿De verdad? ¿Y cómo es que no piensas en Suecia, que queda muchísimo más lejos...?

Debo reconocer que a veces, aunque sea por caminos burdos, los siquiатras sí pueden llegar a nudos que no entiendes.

Supongo que no pienso en Suecia porque no creo que sea algo factible en mi vida, porque ya me vine hace diez años. Ya retorné. Suecia es parte del pasado.

¿Por qué dije eso? Si hay algo que ha dejado de ser parte de mi pasado y ha aparecido de nuevo en mi presente, concretamente en este presente depresivo, es Suecia, sobre todo después de la muerte de mi abuela, el año pasado. Comencé a soñar con Uppsala a menudo, cada vez más a menudo, como una especie de obsesión.

Su muerte me hizo sentir que la vida efectivamente va pasando y que llega un momento en el que ya no hay vuelta atrás, cuando se acaba el tiempo para las nuevas oportunidades, para rehacer lo mal hecho, para arrepentirse, para intentarlo de nuevo.

Y sentí urgencia por cambiar. No tenía claro específicamente qué, pero sí la urgencia. La sentía a diario. Y a diario recordaba Uppsala.

Uppsala. El aroma limpio y tranquilo de las mañanas de verano. El cielo boreal de la una de la madrugada, a principios de junio, cuando la mayoría duerme y el día se prepara, en silencio. Un cielo celeste, violeta, profundo, cercano. El cielo más cercano que jamás he visto.

Uppsala. La perfección de las calles, la simpleza de todo lo que funciona como debe. El silencio, la privacidad, la soledad.

Recuerdos, pasado. Sueños, futuro.

Llevo dos años en Focus Comunicaciones. Es un ambiente raro, por decirlo de alguna forma. Para mí al menos. Solo gente linda, profesionales exitosos, ejecutivos e inteligentes. Solo vidas perfectas donde tener problemas es de mal gusto; donde sentirse mal es mal visto; y donde las apariencias son lo que más importa.

—Vienen los clientes, hagan como que están trabajando —dice María Francisca, una de las dueñas.

—Pero si estamos trabajando, María Francisca —contesto.

—Bueno, eso no me importa, lo que me importa es que se vea que están trabajando —aclaró.

Diálogos como éste realmente ocurren, pero nadie repara en ellos.

He llegado a la conclusión de que yo soy el problema, la desadaptada, la que encuentra que todos están equivocados, o que no dicen la verdad, o que no dicen toda la verdad.

Desadaptada, extraña, extranjera.

No digamos que es una historia nueva, pero creía que le había puesto fin. Cuando llegué a este nuevo trabajo decidí que tenía que ser diferente: hacer un esfuerzo por adaptarme, por permanecer en alguna parte, si no definitivamente, al menos por un tiempo largo, a pesar de las diferencias. Porque no me puedo pasar la vida esperando encontrar el lugar perfecto, el trabajo perfecto, los amigos perfectos, la pareja perfecta.

Así es que arrendé una casa bastante grande, con patio, alejada del centro, en La Florida, una comuna nueva que se está llenando de casitas pareadas con su jardíncito, sus rejas blancas y sus autitos familiares. Un barrio para la nueva clase media, se supone; segmento donde, por alguna razón, me incluí. Aquí iba a construir una vida tranquila, normal: del trabajo a la casa, de la casa al trabajo. Y traje a Niki, un cachorro cocker spaniel que me espera moviendo la cola todos los días. Casa, perro y trabajo. Faltaba la pareja, claro; pero no se puede tener todo de una vez.

Supongo que logré una vida normal: en el sentido de trabajar, alimentarse al perro, salir con amigos, ver tele y juntar plata; sin sobresaltos. Y supongo que me ha ido bien, al menos en el trabajo: me ascendieron a editora y me subieron el sueldo. Y ahora voy a las reuniones con los clientes: importantes clientes. Gerentes de terno y corbata que hablan de utilidades, eficiencia, nichos de mercado, inversiones a corto y largo plazo.

Yo los miro seriamente y pongo cara de que cada una de sus palabras es una fuente de información privilegiada para mí; es parte del trabajo.

Mis jefes me tienen bien evaluada. No hay quejas. Hago mi trabajo rápido y según sus instrucciones, que pueden ir desde el tópico central de la nota periodística hasta qué ropa es adecuada para tal o cual entrevista. Porque, claro, en este mundo de las apariencias, la vestimenta es un punto central de las conversaciones. Los jeans y las botas sin taco quedaron en un rincón del clóset. He tenido que hacerme de trajes dos piezas, blusitas de cuello redondo, medias elásticas y carteritas

coquetas donde no cabe casi nada de lo que necesito llevar conmigo. A menudo cuando me miro al espejo por las mañanas me desconozco.

—¿Por qué te viniste a Chile?—pregunta el doctor Morales y me mira con sus ojos imperturbables.

Callo un momento. En realidad no lo sé. Ya no.

—Hubo un tiempo en que decía que era porque estaba aburrida en Suecia—contesté—. Porque la vida allá era muy superficial. Porque necesitaba darle algún sentido... Pero ya no estoy tan segura... No sé bien por qué me vine.

—¿Y por qué estudiaste periodismo?

—Porque quería aprender a escribir en español—respondo—. Comencé a sentir que tenía cosas que decir... y que quería escribirlas... en español. Coincidió con que descubrí a los escritores latinoamericanos en Suecia. Un pololo chileno que tuve allá me prestó muchos libros.

Fue una de las cosas que me maravillaron de Diego: la cantidad de libros que tenía y conocía. A veces me acostaba a su lado y él me leía en voz alta. Yo lo interrumpía, preguntándole por el significado de una u otra palabra. Era como volver a la niñez, cuando mi mamá me leía cuentos sentada en mi cama.

Diego me abrió un mundo de palabras, de expresiones, de costumbres, de significados en español.

—¿Y aprendiste a escribir en español?

—Claro. Eso hago en Focus, entre otras cosas. Escribo sobre temas tan apasionantes como el molibdeno, el embalaje de pescados para la exportación, una nueva máquina para adelgazar o cualquier cosa a la que se dediquen las empresas que contratan nuestros servicios.

Entrevisto a los clientes, edito artículos que versan sobre sus negocios, y después llamo a los diarios para ofrecerlos. Y entonces los clientes salen en la prensa diciendo cosas inteligentes acerca de sus empresas. Y como están seguros de que eso les ayuda a vender más, le pagan a Focus por ese trabajo. Y todos quedamos contentos.

Bueno. Casi todos.

—Entonces podríamos decir que has logrado lo que querías cuando decidiste volver... ¿o no?—insiste el doctor Morales.

—Depende de cómo uno lo vea...

—¿Y cómo lo ves tú?

Qué puedo decir.

Que me siento perdida. Una vez más.

Es como si todo lo que hice desde que volví hubiera perdido sentido. Como si todo ese sacrificio militante, la mística, se hubiera desvanecido. No solo por el cambio político en el país, sino también por un cambio interior, personal; y como si al sueño de ser una periodista seria, de pronto le hubiera ganado la realidad pragmática donde escribo para el que paga.

Y Chile. No sé si me gusta Chile. No sé si alguna vez me gustó. Pero antes al menos no me detenía a pensarlo; estaba muy ocupada peleando por la democracia, aunque suene cursi. Y porque podía culpar a la dictadura de cualquier cosa que no me gustara, como hacíamos todos. Una de las cosas que me han sorprendido del retorno a la democracia es que, de pronto, ya no conocía tan bien a la gente que conocía bien y que las cosas no son tan simples como lo eran. Y que no hay solo buenos y malos. Y que los buenos no siempre ganan.

Ví a Julio en el diario hace un par de semanas: está preso hace dos años; parece que tiene una condena larguísima. Lo detuvieron en una acción armada. Lo más probable es que pronto se lo lleven a la CAS, la Cárcel de Alta Seguridad que están construyendo para los presos políticos.

Me sentí mal, culposa. No sé bien por qué. El artículo mostraba su foto. Decía que existía la posibilidad de que lo indultaran. No lo creo.

Pero hay que ser positivos, modernos, democráticos, mirar el futuro; lo otro es quedarse enfascado en un discurso añejo, obsoleto, pasado de moda.

Yo soy positiva y moderna, pero solo en horario de oficina.

—No entiendo bien cuál es el problema—me dijo Andrea después de escucharme llorar y hablar un par de horas acerca de lo mal que me

sentía-. ¿Acaso no has hecho todo lo que querías? ¿Acaso no llevas la vida que elegiste?

-¿Pero es que no te das cuenta de la vida que llevo? -alegué-: solo trabajo, y con un montón de gente que no tiene nada que ver conmigo, que me obliga a una vida llena de apariencias, llena de pura mierda...

-¿Y por qué no dejas ese trabajo entonces? ¿Por qué no te vuelves a Suecia si todo lo que recuerdas de allá es tan fantástico? Perdóname, pero creo que te estás quejando de puro llena. Tienes un excelente trabajo, ganas bien, tus jefes te aprecian, tienes una hermosa casa y muchos amigos. ¿Acaso la vida no se trata de eso? ¿De vivir bien, a gusto? No sabes cuánta gente quisiera tener lo que tú tienes...

Me sorprendió su actitud. Dura. Pero después pensé que no estaba hablando solo por mí, sino también por ella.

Andrea llevaba dos años casada y estaba a punto de tener su primer hijo. La vida le había cambiado en ciento ochenta grados. Nunca más se supo de las tardes de rock y pitos, de las salidas a vagar y conversar por Santiago, de los fines de semana en Cartagena en compañía de "la Taquilla". Incluso para encontrarnos teníamos que planificarnos con mucha anterioridad y fijar siempre el encuentro a la hora de almuerzo, para no chocar con sus ahora múltiples compromisos y obligaciones familiares.

Eso no necesariamente era malo, pero no la veía del todo contenta. Por el contrario, la notaba cada vez más irritable, intolerante, enojona. Creo que, en alguna parte, se sentía prisionera. No digo a disgusto, pero sí prisionera, como yo, con la diferencia de que ella no lo reconocía. Arturo, su marido, era un buen tipo, sin lugar a dudas, pero siempre me llamó la atención que estuvieran juntos; o, más bien, que Andrea se hubiera casado con él.

-Me hace sentir bien, segura, querida. Me hace sentir que yo importo y que soy la mejor persona que ha conocido. A mí me parece que eso es más que suficiente, ¿a ti no? -me dijo, un poco molesta, una vez que le pregunté al respecto.

No sé si es suficiente. No sé qué es suficiente. Sin duda no es poco: que alguien te quiera y te considere la mejor persona que ha conocido.

Pero de todas formas hay algo que me huele a engaño en Andrea, a no atreverse a reconocer lo que uno realmente quiere y lo que no quiere. Aunque no sé quién soy yo para decirlo, porque si estoy sentada aquí hablando con este especialista en locos y deprimidos, es justamente porque no me atrevo a asumir ni lo que quiero ni lo que no quiero.

Y debo reconocer que, a veces, cuando estoy sola por las noches, mirando tele, acurrucada con Niki, envidio un poco a mi amiga Andrea, con su matrimonio, su casa, su embarazo y su vida aburrida y segura.

En todo caso, también lo he intentado por ese lado. Hubo un periodo en el que busqué activamente una pareja. Primero fue Miguel, un ex compañero de la escuela, amigo de Arturo, con el que alcancé a salir un mes antes de sentir que la sola idea de verlo me provocaba sueño. Después Jaime, un colega de Focus a quien ya a la segunda cita le dije que, por razones profesionales, no era conveniente que nos siguiéramos viendo en un plano personal. Por suerte, mi excusa era muy coherente con el ambiente de la oficina y con su visión del trabajo y de la vida.

Después de eso compré a Niki. Mejor sola que mal acompañada. O, incluso, mejor sola.

Tan a menudo como recuerdo Uppsala, pienso que tengo que escribirle a Diego, pero no me atrevo. ¿Por qué? No sé bien. ¿Será porque lo que tendría que decirle, finalmente, es que nunca volví a encontrar a nadie, ni a sentirme segura de mis sentimientos ni de mi futuro? Nadie puede escribir eso.

Tampoco me parece adecuado aparecerse casi ocho años después, sin haber mediado ningún contacto durante todo ese tiempo, y decirle a alguien que te diste cuenta de que es el hombre de tu vida: sin mencionar que cabe la posibilidad de que esté felizmente emparejado, con hijos y que yo haga el soberano ridículo.

Supongo que una de las razones que me impiden averiguar más sobre él es que temo lo que pueda encontrar.

-Ya no estoy segura de nada -le digo a mi doctor-. Ni de por qué me vine, ni de por qué no me voy, ni por qué hago lo que hago. Supongo que por eso estoy mal. Y supongo que por eso lo estoy viniendo a ver,

22. Diego (1996)

para que usted me ayude a entender... pero no sé si estoy, si estamos, logrando algo...

—Eso depende de qué es lo que tú consideres un avance. Por ejemplo, yo veo que estás hablando, con tranquilidad, de cosas que te pasan, a diferencia de la primera vez que viniste, cuando solo te dedicaste a llorar.

Al menos yo lo considero un logro, ¿no te parece?

Sí, hay avances. Hoy me fijé en el sol. Y me di cuenta de que está llegando la primavera. Es la mejor época de Santiago. Me gusta caminar en primavera, sola, por el Parque Forestal, desde la Plaza Italia hasta el mercado. Es uno de los lugares de Santiago que me gustan.

A veces he pensado en viajar. En volver. Y me pregunto qué echaría de menos de Santiago.

No lo sé. La verdad no lo sé.

—Ya no estoy segura de nada —le repito al doctor Morales.

Los aeropuertos siempre me ponen intranquilo. Los trámites de los aeropuertos, la espera. Policía Internacional. Me quedó de Chile, de cuando alguien se iba y yo esperaba, intranquilo, la confirmación de que todo había salido bien. Supongo que era una mezcla de obsesión profesional y culpa. Necesitaba saber que todo lo hecho había pasado la prueba, que no era culpable de ninguna desgracia.

Desde esos tiempos siempre me he fijado especialmente en la policía de los aeropuertos, en la manera que tienen de observar a las personas detrás de sus gafas oscuras, intentando descubrir aquello inusual, fuera de lo común, aquello que los alertará sobre cualquier amenaza.

Siempre he pensado que los que trabajan tras las ventanillas tienen instrucción especial para poner nerviosa a la gente que entrega su pasaporte y así poder descubrir si esconden algo. Siempre te miran con desconfianza todas las policías: la chilena, la española, la francesa, la argentina. Y la sueca, que es la que me tiene intranquilo ahora.

Claro que acá el mayor peligro es que te detengan, no te dejen entrar al país y te manden en un avión de vuelta al lugar de donde vienes. En Chile, el problema era que te detenían y quizás nunca más se sabía de ti.

Por suerte yo nunca tuve nada que esconder. No a ellos. Siempre circulé con documentos en orden. De lo contrario me habrían descubierto de inmediato. Por lo nervioso. Soy lo que se podría decir bastante débil de carácter.

Pero no en mi trabajo. Ahí soy el mejor. Nunca descubrieron los pasaportes. E hice más de veinte. Cada uno con su cuota de sufrimiento, sus noches de desvelo y su porción de miedo. Cada uno con su procedimiento y las medidas de seguridad establecidas.

—Buenas noches, ¿me podría dar con Carmen por favor?

Generalmente me llamaban por teléfono para avisarme que ya estaban por llegar. La pregunta y la respuesta estaban acordadas. La última vez en Valparaíso también fue así.

—Lo siento, está equivocado —respondí esa vez en el teléfono.

—Pero ella dijo que la podía llamar en la noche —insistió la voz.

—Llega mañana a primera hora —recité de memoria.

Necesariamente, la conversación debía ser incoherente. Así era más fácil detectar si algo andaba mal, si había que abortar la operación.

Pero yo nunca confíe completamente en las medidas de seguridad. Siempre dudaba y sentía temor. A pesar de que revisaba todo una y otra vez.

A veces, cuando sentimos miedo, hasta nuestras certezas se vuelven inciertas, incluso las más simples, las más conocidas, las más antiguas. ¿Era efectivamente esa la frase convenida? Claro que sí. ¿Lo era? Y, a veces, la duda, el miedo, te indican que lo que estás haciendo no va bien encaminado, aunque aparentemente todo esté en orden. Instinto de sobrevivencia.

Eso pasó esa vez en Valparaíso: había llegado en la tarde, con mi maletín a cuestas. En el doble fondo llevaba el rápidoграф, la tinta china, el líquido para borrar la imagen del papel fotográfico.

Tomé el colectivo desde el terminal de buses hasta la Plaza Sotomayor y de ahí caminé hasta el ascensor El Peral. Cuando me bajé en el Paseo Baburizza, todo estaba tranquilo: jóvenes mirando la bahía desde la terraza, niños jugando en la plaza. Un saxo se escuchaba desde la Escuela de Música. Demasiado tranquilo, pensé. Sentí. A pesar del paisaje, del cielo, del mar. A pesar de que el Cerro Alegre era el mejor barrio del Puerto. Libre de sospechas.

Pero a veces sabes que no vas bien encaminado. Nada que puedas explicar; solo lo sabes.

Me habían dicho que este trabajo sería más difícil, aunque no habían especificado por qué. Me llamó la atención, porque conocían de sobra mi experiencia.

Hacía poco había terminado de falsificar el nuevo carné de identidad. Me pasé seis meses dibujando el original, repitiendo cientos de veces la frase de fondo que decía "Registro Civil e Identificación, República de Chile", con una filigrana, que era la trama de seguridad. Tenía una rutina y cada día, después del trabajo, lograba hacer la frase tres, máximo cinco veces. Dibujaba sobre una ampliación fotográfica del carné verdadero, de unos 50 x 40 centímetros.

Por eso no me imaginaba en qué podía consistir la dificultad de este nuevo trabajo. No podía ser por las firmas de los funcionarios del Registro Civil. Las había repetido hasta el cansancio. Tenía un cuaderno universitario, de unas cincuenta hojas, lleno de firmas. Eran dos. Una de una mujer, que yo imaginaba vieja —porque estaba llena de arabescos— con el nombre completo, y muy difícil de hacer. La otra era como una mosca, mucho más fácil: un hombre.

Quizás había habido problemas con los "proveedores". Me habían contado que los documentos limpios se conseguían con delincuentes comunes, aparentemente narcotraficantes, que tenían contactos con gente en el Registro Civil. En el Partido sabían que era una fórmula peligrosa, fácil de descubrir y que, por ende, ponía en riesgo a toda la organización, pero no habían encontrado otra manera de acceder a los pasaportes. O a lo mejor habían cambiado los timbres de agua de nuevo. Eso sería complicado.

—El próximo mes van a entrar diez compañeros muy importantes, varios del Comité Central y un par de la Comisión Política —nos había dicho Jaime, el compañero que nos atendía regularmente, en la última reunión.

Nuestro equipo, que hacía los documentos, se formó a principios del 84, cuando empezó a ingresar gente del exterior clandestinamente, y se necesitó en forma urgente —y por momentos casi dramática— todo tipo de documentación falsa. Hacíamos desde pasaportes y cédulas de identidad, hasta carnés de conducir y libretas de familia.

Pero, en realidad, cada uno de nosotros trabajaba solo. Patricia, la encargada de la impresión de los timbres y coordinadora del grupo; Roberto, que proveía las imágenes de los documentos en papel fotográfico,

sobre las cuales yo trabajaba. Esteban, el fotógrafo, y yo, el falsificador de firmas y dibujante de timbres. Jaime nos entregaba un informe político una vez al mes y nos daba las tareas de cada uno.

—Por lo tanto, va a haber que intensificar las medidas de seguridad y tratar de que estos documentos estén lo antes posible—continuó Jaime—. Por supuesto, compañeros, demás está decir que no puede haber errores, ni en los procedimientos ni menos en los papeles. La vida de muchos depende de eso y ustedes lo saben.

Jaime siempre nos recordaba cuánta gente dependía de nosotros. No solo de manera figurada, sino, específicamente, de manera concreta. Si nos equivocábamos los podían detener y, con ellos, podían caer muchos otros compañeros. No es que no lo supiéramos. Pero siempre sentía que había algo equivocado en la forma en la que lo decía. No nos hacía sentir comprometidos con una causa. Nos hacía sentir culpados, por adelantado, de nuestros eventuales errores. Y trabajábamos para enmendar aquellas faltas que aún no cometíamos.

En todo caso la culpa me ha acompañado casi siempre: por lo que he hecho, por lo no hecho y por lo que puedo llegar a hacer.

Como ahora. Esperando a Gabriela. Me siento culposo y eso me da rabia, porque no hay razón para ello. De hecho, ella fue la que me dejó hace más de diez años.

—¿A ti también te mandó una foto?—pregunta Katta—. Porque a mí me mandó una. Está en la playa, parece. La encontré distinta, rara. No sé.

—Por lo menos cuando la vi en el funeral de mi abuela estaba igual—dice Ricardo—. A lo mejor un poco más señora, pero así es Gabriela, siempre se ve según la onda en la que esté. Y como ya no es comunista, sino editora de una empresa privada de comunicaciones, se cree ese cuento.

La relación entre Ricardo y Gabriela siempre fue mala; o casi siempre. Por lo menos desde que los conozco. Desde que los vi juntos la primera vez. De eso hace ya más de veinte años. Ni siquiera sabía que él tenía una hermana; y Ricardo solo pareció sentirse incómodo cuando la vio.

Después, cuando fuimos pareja, ella siempre hablaba de Ricardo con resentimiento. Y él, por su parte, se alejó de mí. Así son los hermanos. Y los amigos.

Sí, ella me había mandado una foto con su primera carta, hace ya dos años, y no parecía una señora. Sí encontré que se veía triste. Reconocí esa mirada y me intranquilizó; sobre todo porque no supe bien qué hacer con la carta, con la foto. Con ella. Conmigo y ella.

Ahora tampoco. No sé.

En la duda, abstente, dice el dicho. Pero no sé si me ha dado resultados. A veces pienso que me he abstenido cuando no debía y no lo he hecho cuando tenía que hacerlo; sobre todo en materia de sentimientos. Pero eso es siempre fácil decirlo después, cuando uno ya sabe las consecuencias de sus actos o de la falta de ellos.

De eso sé bastante. Me he casado una sola vez y, cuando tenía que dar el sí, dudé. Se dio cuenta la novia, el oficial civil y todos los presentes. Más de cincuenta, entre padres, tíos, hermanos, primos, sobrinos, vecinos del barrio y la familia de la novia. Mi novia. Viviana.

Dudé, pero no me abstuve.

La idea del matrimonio no fue mía, sino de mi papá. Un día se acercó y me dijo:

—¿Por qué no te casas?

Yo tenía apenas diecinueve años. Me pilló desprevenido. No había pensado en casarme, ni con Viviana ni con nadie. La conocía desde hace más de diez años, como vecina de la cuadra. Nuestra relación de pareja fue como una continuación natural de la amistad de niños. Supongo que nuestro casamiento también.

Viviana era callada, amable, bonita. Agradable, demasiado agradable. Hoy diría que más bien pasiva, o resignada. Nunca del todo contenta, pero tampoco suficientemente descontenta como para buscar algo distinto. En realidad, yo era igual. Soy igual.

—¿Por qué quieres que me case?—le pregunté a mi papá.

—Porque Viviana es tu polola desde hace años, porque se llevan bien y porque creo que a esta familia le haría bien una ceremonia bonita, que tuviera que ver con el futuro y no con la cagada de este último año.

Lo último que dijo fue lo que me hizo más sentido. Todos estábamos golpeados, deprimidos. Después del golpe militar, detuvieron a Carlos, mi segundo hermano, y a Sandra, la pareja de Sebastián, mi primo. Ambos salieron a Suecia poco después que los soltaron. Yo me había tenido que esconder un mes en casa de unos amigos, cerca de la Estación Central. Y también estaba pensando en irme. Eran tantas las historias que habíamos escuchado de nuestros amigos. Todas terribles.

Una fiesta de matrimonio efectivamente era la posibilidad de un poco de alegría, de romper el silencio, de abrir las ventanas, aunque fuera solo un día.

Pero no estaba convencido.

—Uno se casa por amor, no por hacer fiestas...—dije en un tono más bajo.

—¿Y me vas a decir que no quieres a Viviana? No creo que ese tipo de dudas ayuden mucho en estos momentos, hijo. Ni a ti, ni a los que te rodean, ni a nadie.

Y yo nunca fui bueno para discutir. Aunque estuviera seguro de tener la razón.

—Tenemos que dar la pelea, seguir con la vida, seguir construyendo nuestras vidas, porque igual algún día les vamos a ganar. Y Viviana es una gran compañera, y va a estar contigo en eso—continuó mi papá.

No le dije nada esa vez, pero finalmente se salió con la suya. La fiesta fue muy bonita. Todos lloraron. El oficial civil, amigo de mi papá, fue cómplice de la ceremonia. Tocamos canciones de Víctor Jara, el Inti y el Quila. Despacito. Se habló de los detenidos, la tortura, el exilio, y de la esperanza que representaba un matrimonio como el nuestro en medio de ese contexto de miedo y muerte.

Pero cuando tuve que responder la pregunta "...para toda la vida, hasta que la muerte los separe...", dudé. Fue un instante breve. Se notó, aunque no lo suficiente.

En el fondo, uno sabe cuándo hay que abstenerse, pero no siempre se atreve.

En Valparaíso aquella vez fue algo similar. Después de la llamada telefónica que preguntaba por Carmen, dudé. Y tuve conciencia—de

nuevo—de que en una milésima de segundo, toda tu vida puede cambiar, a pesar tuyo. Pero tampoco hice nada.

—¿Falta mucho para que lleguen los compañeros?

Esteban, el fotógrafo en estas sesiones, también estaba intranquilo. Se le notaba.

—¿Chequeaste la señal de normalidad?—preguntó.

—La ventana está semiabierta y la cortina verde cuelga hacia fuera—respondí.

Escuché una bocina, dos sonidos cortos. Luego las luces intermitentes. Por un momento pensé que todo estaba en orden, pero noté que el motor del auto no se apagó. Volví a la ventana y vi a un compañero haciendo señas para que saliéramos.

Todo fue muy rápido: nos subimos con el auto sobre la marcha.

Cambio de planes, compañeros—dijo el compañero Jaime—. Tenemos información de que la CNI detectó la casa. Pueden llegar en cualquier momento.

Siempre que tenía miedo, me acordaba de cuando estuve en cama como tres meses, a los ocho años. Se suponía que tenía una especie de soplo al corazón. Al lado de mi cama había una ventana que daba al patio y escuchaba los gritos de mis hermanos y sus amigos jugando. Era insoportable.

Para escapar de esa realidad de enfermo, cerraba los ojos y me imaginaba corriendo junto a ellos en el patio. Y podía llegar a sentir que el que estaba acostado era otro. Pero al final siempre sabía que ese otro acostado, asustado, angustiado de soledad, a lo largo de las horas, de los días, era yo. Yo solo, con el miedo de no poder jugar nunca más.

Y así fue siempre. Podía imaginar un personaje lleno de vida, de ímpetu, de ganas de hacer cosas, pero al final yo era el asustado, el angustiado, el que tenía no poder correr más.

En Valparaíso alcanzamos a arrancar, pero nunca supimos cómo se enteraron de la casa. Eso sembró la duda dentro del equipo y nos descolgaron a todos. Fue después de eso que volvimos a Suecia con Viviana, por seguridad. Y fue entonces que reencontré a Gabriela y la vida se me desarmó.

—¿A ustedes les dijo a qué viene?—preguntó Ricardo.

—A mí me dijo que viene a mirar—contestó Katta.

A mí también me dijo eso. Que viene a mirar. No sé a qué se refería.

¿Mirar qué? Pero no quise precisar. Supongo que le tenía a la respuesta.

Pero igual vine. Estoy acá, en aeropuerto de Arlanda, junto a Katta y Ricardo, esperando a Gabriela. No sé si está bien o mal. Peor aún: ni siquiera sé si quiero estar aquí. No sé qué me puede pasar cuando la vea de nuevo, pero sí sé lo que no quiero que me pase. No quiero hacerme cargo ni quiero sentirme culpable; eso ya es etapa superada.

La vida con ella fue corta, pero intensa; imposible de olvidar. Fue todo lo que no había sido con Viviana. Todo lo devastadora—en el buen y en el mal sentido—que no había sido la vida con Viviana.

Viviana nunca tenía problemas con nada, por el contrario, me apoyaba en todo, era muy solidaria y nunca había razones para peleas o malos entendidos. Vivir con ella era simple y bueno. Quizás demasiado simple. No sé si demasiado bueno.

Por lo mismo, cuando comencé a salir a escondidas con Gabriela, nunca sospeché nada. Yo le decía que tenía que hacer esto o aquello y jamás lo ponía en duda. Era demasiado fácil engañarla. Lo que lo hacía más duro aún.

Pero no tuve alternativa: Gabriela fue como un huracán que entró a mi vida. No se parecía a ninguna mujer que había conocido antes: chilena pero gringa, independiente pero insegura, distante pero afectiva; llena de sueños, de planes, de vida.

No me pude separar inmediatamente de Viviana. La culpa. La responsabilidad. A mí me habían enseñado que era responsable por ella, y más aún cuando estábamos lejos de nuestras familias.

Eso fue algo que Gabriela nunca logró entender y que nos fue carcomiendo de manera inexorable.

—¿Pero por qué no podemos vivir juntos?

Una de las últimas discusiones fuertes que tuvimos fue porque me puso entre la espada y la pared: o vivíamos juntos o ella se volvía a Chile.

No le creí. Yo sabía que estaba enamorada de mí. Estaba seguro de eso. Había comenzado a hablar de Chile hace algún tiempo, pero era obvio que alguien como ella no se iba a ir; no duraría ni tres meses allá. Así es que pensé que solo se trataba de una forma de presionarme.

—Ya te lo he explicado muchas veces, Gabriela. Las cosas no son tan fáciles como tú crees. Quizás aquí en Suecia las parejas se separan y se olvidan el uno del otro rápidamente; nosotros no somos así; yo no soy así. Viviana se vino a Suecia conmigo y no me parece que de un día para otro le diga que se las tiene que arreglar sola. No es correcto.

—¿De un día para otro? Pero si llevamos más de seis meses juntos—respondió—. Todos lo saben, salvo las familias de ustedes dos en Chile, claro. No entiendo por qué tenemos que seguir fingiendo...

—No se trata de ocultar ni fingir nada. Solo de tener consideración con una persona que ha sido muy importante en mi vida y que está sufriendo mucho. Y por culpa mía. He tratado de explicarte pero tú no quieres entender.

Efectivamente ella no entendía: era gringa. Si yo hubiera comprendido eso habría sabido que iba a cumplir su palabra.

Y la cumplió. No nos fuimos a vivir juntos y seis meses después ella se fue a Chile.

Al principio no lo acepté. Sentí que había sido muy injusta, que no había valorado todo lo que yo había hecho por estar con ella, a todo lo que había renunciado. La encontré egoísta e intransigente.

Pero lo peor vino como tres meses después.

—Creo que no voy a volver—me dijo por teléfono.

Yo la llamaba todos los días y le escribía día por medio. Pasó que, cuando se fue, me di cuenta de que no podía vivir sin ella, que había sido un estúpido en dejarla ir. Se lo dije y acordamos que ella viajaría a Suecia dentro de seis meses para que revisáramos todo y para que decidiéramos dónde viviríamos. Juntos. Porque yo estaba incluso dispuesto a volver a Chile para estar con ella. Pero pasó poco tiempo y comencé a sentirla cada vez más distante. Se involucró políticamente y su vida empezó a girar en torno a eso. Ingenualmente, yo pensé que ello nos uniría aún más.

No fue así.

23. ¿A qué hora tenemos tren? (1996)

—La decisión está tomada desde hace un tiempo. Solo que quería estar realmente segura para decirlo —continuó, ya que yo no contesté nada.

—¿Y qué hay de nosotros? —pregunté, sabiendo de antemano la respuesta.

—¿Nosotros? ¿Y desde cuándo somos nosotros? —dijo—. ¿O es que ya le contaste a tu familia que estás separado?

—Creí que ese tema ya estaba superado —le respondí.

Después de todo lo que habíamos hablado en el último tiempo, realmente así lo creía.

—Claro que está superado —me dijo—. Eso es lo que te estoy diciendo.

Está superado. Y yo me quedo acá.

Los meses que vinieron fueron duros, oscuros. Me encerré. Me pasé horas relejendo sus cartas, sus poemas; mirando fotos, recordando. Me sentí un imbécil.

Dejé de ver prácticamente a todo el mundo, incluso a Viviana, que intentó consolarme. Irónicamente, la dejé de ver y ella se las arregló sin problemas; incluso, al poco tiempo encontró una nueva pareja.

La pena y la rabia fueron pasando de a poco. Cuando finalmente las superé —algo así como un año después—, decidí que nunca más una persona iba a tener tanto poder sobre mí como para ponerme en ese estado.

Tomé la decisión de quedarme en Suecia, estudiar una carrera y rehacer mi vida. Y en eso he estado hasta ahora, sin mayores problemas, sin mayores sobresaltos, como lo quería.

—Ahí parece que aterrizó el avión —dice Ricardo.

—Qué raro que esté aquí, después de tantos años —agrega Katta.

—Lo raro es que, después de tantos años, seamos nosotros mismos los que la estemos esperando —responde Ricardo.

Pienso que no es raro que estén ellos dos. Mal que mal, él es su hermano y Katta, una de sus mejores amigas.

Lo raro es que esté yo.

Todavía no sé qué hago aquí ni qué haré cuando Gabriela aparezca detrás de las puertas de vidrio.

Acabo de pedir un *Napoleonbakeise*, un pastel Napoleón, con masa de mil hojas, mermelada de frambuesas y crema. Hace más de once años que no lo como y en el café de *Fågelsängen*⁶⁵ preparan los mejores.

Espero a Diego. Quedamos de vernos acá.

Estoy tan contenta.

Llevo una semana en Uppsala. Me estoy quedando en la casa de Katta, que sigue siendo un desastre en términos de organización y orden. Dormimos juntas en su cama y nos levantamos en la mañana a tomar *café au lait* y a comer *knäckebröd* con ricotta y mermelada de naranjas, como antes.

Eso me ha gustado: comprobar que hay cosas que se mantienen, aunque no todas sean de tu completo agrado. Con el tiempo, valoras más la permanencia.

En Uppsala permanecen las calles, los negocios, el color del cielo, el río con sus patos, el castillo, la catedral.

La ciudad está tan bonita. Se me había olvidado lo bella que era. Y lo pequeña y simple. Se me había olvidado lo bello que puede ser lo simple.

La gente se ve contenta, optimista. Dicen que es porque por primera vez, desde los años 40, hay deflación y los precios de todas las cosas están bajando. Insólito.

La vida puede efectivamente ser simple, tranquila. Y uno puede efectivamente ser confiado, inocente, huevón, dirían en Chile.

Siento haber vuelto a mi curso natural, siento que fluyo al ritmo de las cosas que me rodean; a una velocidad justa: ni muy rápido, ni muy

⁶⁵ "La Canción de Pájaros", un café en Uppsala.

lento; ni muy intenso, ni muy suave; todo en su justa medida. *Lagom*, como dirían los suecos, una expresión sin equivalente en español. El diccionario lo traduce como "justamente lo necesario".

Lo que más me ha sorprendido de este retorno es precisamente eso, sus características de "retorno", como cuando los exiliados finalmente vuelven a su terruño y reconocen las calles, las veredas, la señora del almacén del barrio, los ex compañeros de la escuela, los amigos de sus padres y tanta memoria que llevaban dentro y que no recordaban.

Todo eso me ha pasado.

Como Upsala es tan pequeña, me he encontrado con mucha gente en la calle: suecos y latinos, eritreanos y palestinos, finlandeses y griegos, ex compañeros de curso, ex vecinos, ex pololos, ex suegras, ex amigos de mi familia. Y todos me han reconocido y me han abrazado, y han querido saber de mí, y me han invitado a tomar un café o a cenar a sus casas.

—Cuando volví a Chile nunca me dieron tantos abrazos.

Eso le dije ayer a Ricardo, a quien fui a visitar a su casa nueva. Conocí a su mujer, Mariela, con quien se casó hace cinco años, cuando llegó de Chile, después de la fuga. Lo de ellos fue una especie de relación por carta que empezó cuando él todavía estaba en la cárcel. Notable el compromiso de ella.

—Cuando llegas por segunda vez es distinto —me respondió Ricardo—. A mí me pasó: me reencontré con tantas cosas que sentí como propias. Hasta podría decir que me reencontré conmigo mismo.

Fue raro escuchar eso, sobre todo de Ricardo, porque acá, muchos latinos tienen vergüenza de reconocer que hay cosas de esta sociedad que les gustan y les importan y a las cuales no están dispuestos a renunciar; aunque a Ricardo parece no molestarle el tema. Supongo que nadie puede reprocharle nada a él.

Se le nota bien. Tranquilo.

Creo que es la primera vez que me da gusto verlo. No me trató como hermana chica, ni pareció incómodo con mi presencia, como antes. Es más, él y Mariela se esmeraron por hacer una cena especial, por atenderme y porque pasáramos un rato agradable juntos. Eso se notó y me gustó. Me sentí en paz con él, porque Ricardo también es parte de mis permanencias y solo eso ya lo hace importante.

Me he dedicado a recorrer Upsala —las calles y los lugares con los que he soñado durante tres años— y casi todo está igual, como el viejo cine *Fyrisbiografen*, en la calle *St. Olofsгатan*, que ya tiene más de 80 años y donde fui a ver una película anteaer. O como la fuente de los cisnes, *Svandammen*, que veo desde aquí, por la ventana del café, con el antiguo castillo *Frustrer* detrás. Es como si hasta los cisnes fueran los mismos.

Esta permanencia de las cosas me parece un refugio, un hogar. Mientras todo lo mío transcurría vertiginosamente allá en Santiago; mientras la vida, las decisiones, las acciones de cada día se presentaban como disyuntivas irreconciliables, como caminos contrapuestos, sin posibilidad de mediación, acá todo permanecía, me esperaba, en absoluta calma y tranquilidad, sin asomo de dudas, sin peligro de pérdida.

Las esquinas, los puentes, las ventanas. Los adoquines, el cielo, la brisa, los aromas, los colores, los sonidos, los silencios.

Hasta las palabras me estaban esperando, y ahora que las necesito nuevamente, fluyen solas de mi boca, como si hubieran estado ahí guardadas esperando su momento. Me escucho hablar en sueco y luego pienso "ah, así se decía esto, así se decía lo otro".

Y, entonces, me he preguntado lo obvio: ¿por qué Upsala no fue mi hogar antes? ¿Por qué me tuve que ir? ¿Por qué uno se va?

¿Por qué Katia se fue a Chile? ¿A arriesgar la vida en una causa que no era de ella?

—Porque no tenía nada mejor que hacer —me dijo hace unas noches cuando tocamos el tema.

Yo la miré sin saber qué contestar.

—Si quieres no hablamos de eso —le dije.

—No, sí podemos hablarlo, solo estaba bromeando —respondió más seria.

La suya era una historia de abandonos. Eso yo ya lo sabía. Era el abandono lo que había marcado su vida, pero no había entendido que eso era también lo que la movía; es decir, el tratar de evitar que se repitiera.

Y eso había pasado en este caso: quiso evitar el abandono de Francisco, el amigo de Diego con quien se puso a vivir después que me fui.

—Cuando él me dijo que se iba, yo sentí que el mundo se venía abajo, que todo perdía sentido —me confesó—. Y entonces decidí irme con él. O tras él. No tenía nada acá que me importara tanto como para no irme. Además, pensé que tú estabas allá, que te podría ver, quizás hasta vivir juntas, eso pensaba. Cuando se lo propuse a Francisco no me quedó claro si la idea le gustó. Pensándolo ahora, creo que no. Pero al final accedió y terminé viajando a Chile tres semanas después que él e instalándome en un departamento en la comuna de Vitacura, un barrio elegante, que no me gustó, pero donde debíamos vivir por “razones de seguridad”, me dijo, para no despertar sospechas. Y claro, tampoco pude contactarte ni hacer muchas cosas que quería, por “razones de seguridad”.

—Te debes haber sentido muy sola —le dije.

Me dio pena escucharla, imaginaria abandonada. Sentí que yo también la había abandonado. Me fui a Chile y no le escribí más; ni una letra. Y ella era mi mejor amiga.

—Sí, pero más sola me sentí después, cuando estuve escondida en casa de esa gente. Ahí sentí que, efectivamente no tenía nada ni a nadie. Y me di cuenta de que, si algo me llegaba a pasar, los únicos que se preocuparían serían mi familia... y los eché de menos.

Fue raro verla llorar ahora. La había visto llorar muchas veces antes, pero casi siempre bajo el efecto del alcohol y a raíz de algún amor no correspondido.

—No te voy a decir que ahora somos muy cercanos —agregó—, pero ellos son mi familia, con sus cualidades y defectos, igual que yo. Y la familia es importante, Gabriela. Uno al final se da cuenta de lo importante que es.

—Lo sé —le respondí—. Son importantes. A pesar de uno, a veces.

Lo supe cuando tuve mi crisis depresiva. Aunque al principio llamé a Andrea para que me ayudara, después tuve que llamar a mi mamá. Digo “tuve”, porque sentí que no tenía opción. Supe que el apoyo de Andrea, aunque muy sincero, solo sería el de una amiga, y con los amigos siempre hay, finalmente, una distancia que en situaciones límites se transforma en un impedimento.

Llamé a mi mamá porque necesitaba que viniera y me abrazara, me acurrucara y me escuchara llorar sin preguntar nada.

Esas cosas solo las puede hacer tu familia o tu pareja.

Quizás esa fue una de las razones por las que me fui a Chile, buscando una familia, pero quizás también es una de las razones por las que volví: buscando que me acurruequen.

Miro la hora. Diego está atrasado. No es su estilo. Al menos no lo era.

Me pregunto si quizás se arrepintió de venir. Estaba incómodo cuando me fue a esperar al aeropuerto. Y después, cuando hablamos por teléfono, me pidió que no nos viéramos en un par de días, que necesitaba pensar. Eso dijo.

Me dio un poco de pena, pero, en el fondo, estuve de acuerdo. Yo tampoco tenía muy claro qué me pasaba con él. Le escribí desde Chile hace dos años, la primera carta, con miedo, con vergüenza, pero en el fondo ilusionada de que el tiempo no hubiera cambiado las cosas. No demasiado.

“Te extraño. Después de una vida, te extraño nuevamente. ¿Eres tú? No lo sé”, escribí.

Se demoró más de tres meses en contestarme. Una tarde, al llegar a mi casa después del trabajo, encontré una carta con estampillas suecas botada en el pequeño jardín de mi casa en La Florida. Reconocí su letra. Sentí vértigo.

“Aún confundido, leo y releo tu carta. Más que confundido, curioso y emocionado, por qué no aceptarlo. Cualquier separación, sea como sea, es una parte de uno que se va, y tener noticias nuevamente es como recuperar esa parte un poco.

Tu carta me puso intranquilo al principio. Luego, al releerla —cuestión que ocurrió y ocurre a menudo—, comencé a sentir cierta tranquilidad sospechosa. Es bueno, aunque también extraño, que sigas siendo la misma. Yo estoy acá, lejos, pero en el fondo, también soy el mismo. Como siempre, llegando a veces tarde y a veces temprano a mis citas con la vida. Esperando poder, algún día, llegar a la hora precisa. Algún día, cuando llegue ese algo desconocido que me parezca conocido”.

Pero es distinto cuando después estás frente a frente: tienes que hacerte cargo de tus palabras, de tus gestos, y debes tener una idea más clara de lo que quieres.

El suave coqueteo escrito quedó congelado ante la posibilidad real de que todo comenzara a transformarse en "algo".

Creo que ninguno de los dos sabe de qué se trata; solo existe una vaga convicción –no por vaga menos imperativa– de que en esta ocasión no podemos no sopesar nuestros actos y palabras. Ya no estamos para andar prometiendo vernos dentro de seis meses o pensar que uno de los dos va a dejar su casa para irse a vivir con el otro, sobre todo cuando estamos hablando de países distintos. El solo proponerlo sería de mal gusto.

Supongo que a estas alturas tampoco estamos para pensar que solo basta con querer y que todavía somos libres para lanzarnos a los brazos del otro sin tomar en cuenta otras consideraciones.

La vida no pasa en vano, lamentablemente. Y también por suerte.

Además, ¿qué sabemos realmente el uno del otro? ¿Qué tenemos que no sea un montón de recuerdos que solo nos reafirman lo solos y temerosos que estamos?

Vuelvo a mirar el reloj. ¿Deberé ponerme una hora límite para es-
perarlo?

–Pero... ¿si no es la Manzanita...?

Levanto la vista. No lo puedo creer. Parado a mi lado está Lalo, mi querido Lalo. Mi Lalo de hace casi veinte años. Un poco más gordo o, mejor dicho, menos flaco. Y bastante más buenmozo. Sonriente, bien vestido, con las manos en el mango de un enorme coche de guagua, en cuyo interior duermo apaciblemente un hermoso bebé rubio.

No puedo contestar. Me levanto y lo abrazo.

–Claro que es mi Manzanita... –dice él, muy cariñoso, mientras me abraza–. ¿Pero qué estás haciendo acá...? Yo sabía que estabas en Chile desde hace tiempo y que te habías olvidado por completo de todo esto...

–Para que veas, al final uno siempre vuelve a su casa –le digo, riendo.

–No me digas que te volviste definitivamente; por favor no lo digas –me dice un poco más serio.

–¿Por qué? ¿Es tan malo acá?

–No, no es malo. Pero es tan poca la gente que se atreve a volver a su país... y de ésta, es tan poca a la que le va bien... que uno lo toma casi

como una victoria personal cuando un latino retorna y se queda. Yo tenía la idea de que tú eras de esas...

–Bueno, supongo que sí... no sé, Lalo... ¿Y tú, todavía por acá? –le pregunto.

–Bueno sí, entre otras cosas por esta preciosura que ves aquí –me dice y me indica el bebé. Vuelve a sonreír–. Se llama Elizabeth, va a cumplir ocho meses y es la mujer de mi vida. Y su madre, quien debo reconocer también es la mujer de mi vida, no vería con buenos ojos que me la llevara de acá.

–¿Es sueca?

–Sí. Sueca. Un amor que arrastraba desde hace mucho. Y va se llama. Me persiguió, hasta que me encontró; por suerte para mí. Así es que creo que, con estas dos suecas controlando mi vida, no tengo cómo irme a ninguna parte.

Me da mucho gusto escucharlo. Está distinto a como lo conocí. Más alegre, más suelto, más feliz.

–¿Y a qué te dedicas acá? –pregunto.

–Bueno, soy médico. Y recién gané un concurso para una vacante en el *Akademiska*,⁶⁶ así es que estoy trabajando acá en Uppsala. Vivimos en una casita en *Svarbäck*. Tienes que venir a vernos. ¿Cuándo puedes? Acordamos que los visitaré la próxima semana. Se despidió porque unas mesas más allá lo espera un amigo.

El encuentro me deja inquieta. Contenta, claro, pero también inquieta. ¿Lalo felizmente emparejado y con una hija? ¿Lalo, mi amigo hippie, médico y haciendo una vida apacible y feliz en una casita de *Svarbäck*?

Pienso que quizás lo que me inquieta es el contraste conmigo. ¿En qué estoy yo después de todo este tiempo?

¿En qué estoy?

Aún atorada en la eterna duda del origen, las raíces, el destierro, etc. Dudas más bien añejas, sin nada nuevo, ni para mí ni para nadie que haya dejado alguna vez su país para irse a otro. Dudas que, supongo, no tienen respuesta.

Las raíces, el origen, la pertenencia.

66

"Akademiska Sjukhuset", el Hospital Académico, hospital de Uppsala.

¿Cómo desconocer que perteneczo a este paisaje? ¿A este cielo?

Pero, por otra parte, ¿cómo no darse cuenta de que, si me quedara, dentro de poco comenzaría a añorar Santiago?

Ese es el problema, que solo valoramos a partir de la carencia. La nostalgia es solo de aquello que ya no tenemos.

Quizás el destierro es eso: la sensación de carencia. Carencia de amor, de seguridad, de refugio. Viajamos por la vida buscando sanar esa carencia y al final nos damos cuenta de que todo reside en nuestro interior: la falta de hogar y la existencia de él.

Todos vivimos un poco desterrados, concientes o no, y nuestro destierro es siempre afectivo. La necesidad insatisfecha de querer y ser querido. Donde nos encontremos física o geográficamente es lo menos importante: todos somos pasajeros en tránsito.

Miro nuevamente a Lalo. Está aquí, a miles de kilómetros de Cochabamba. Al igual que Ricardo de Santiago. Y ambos están en casa.

Me encontré con Medhani ayer. Me vino a buscar al departamento de Katra. Estaba nervioso, impaciente.

—¿Te vas a quedar? —me preguntó cuando caminábamos por el costado del río.

—Bueno, ahora no puedo. Se supone que me tomé vacaciones y que vengo por tres semanas —contesté—. Tengo que volver a mi casa, mi trabajo, mi perro.

—Pero, más adelante... ¿te gustaría volver a vivir en Uppsala?

La pregunta de si vengo de visita o de manera definitiva es lo que, al parecer, más les interesa saber a todos los extranjeros con los que me encuentro. La mayoría de las veces es lo primero que preguntan, con cierta ansiedad.

—No lo sé, Medhani. Lo único que sé es que vine porque necesitaba venir, porque me hacía falta volver a estar acá.

—No es común escuchar eso. Uno está acostumbrado a escuchar que todo el mundo quiere irse.

—¿Tú te quieres ir?

Calló un momento.

—Pero no sé dónde podría ser —dijo finalmente—, porque en Eritrea no hay nada. Ni siquiera tengo familiares allá. Además, ese país quedó en ruinas después de la guerra.

—Pero, ¿te quieres ir? ¿No quieres vivir más acá?

—La verdad es que no sé si me quiero ir —me dijo Medhani—. No sé a dónde.

—Pienso que uno no solo tiene que preguntarse a dónde, sino también por qué —contesté—. Y qué es lo que buscas en otro lugar.

Qué es lo que uno busca.

—Sí. Hace tiempo que me hice esa pregunta. Después que el ELF ganó la guerra. Vino un periodo un poco negro. Me sentí confundido y me pregunté qué quería de la vida, ahora que podía elegir.

—¿Y llegaste a algo?

—Bueno, llegué a la convicción de que no busco algo en la vida, así de manera específica. No creo que nadie lo haga, de verdad. Creo que uno va viviendo, no más, y que la vida es eso: todo lo que vas viviendo. Y, al menos yo, decidí que iba a tratar de que la suma de todo fuera positiva; tratar de vivir momentos mayoritariamente buenos. Y la verdad es que acá uno puede tener muchos buenos momentos. He vivido en otras partes, y puedo comparar —dijo.

Le encontré razón. Obviamente no todos buscan lo mismo. Ni siquiera una misma persona busca lo mismo en distintos momentos de su vida. Pero al final, lo que vale es la suma, el resumen, el total.

—¿Así es que te quedas? —insistí.

—Así parece —concluyó.

Le pregunté por su familia.

—Bueno, en los hechos, mi familia son Azieib, mi hermana que vive en Italia; su marido, Piero, y la hija de ellos, Zahra.

—Ah..., ¿le pusieron el nombre de tu mamá...?

—Raro, ¿verdad? Porque tú sabes que Azieib y mi mamá no se llevaban bien. Pero parece que cuando se trata de temas de descendencia, de los hijos, las costumbres se transforman en algo importante, tiene que ver con las cosas que quedan. De hecho, Azieib invitó a mi mamá a Milán para que conociera a su marido e hija italianos.

—Y qué contestó ella?

Índice

AGRADECIMIENTOS	5
1. Es hora de bajarse del avión (1996)	7
2. Ricardo (1991)	11
3. Era eso o nada (1975)	25
4. Lalo (1994)	33
5. Nadie es dueño de nadie (1976)	42
6. Pirkko (1980)	50
7. Mujeres que no soportan el abandono (1978)	60
8. Katta (1986)	70
9. Necesito un poco de modernidad (1982)	83
10. Azieb (1988)	94
11. Carta desde Sudán	104
12. Medhani (1991)	109
13. Cada uno tiene su camino por recorrer (1984)	120
14. Zahra (1997)	131
15. Los disparos de las primeras lacrimógenas (1986)	142
16. Julio (1995)	155

—Por eso digo que el tema de la descendencia es fuerte, porque mi mamá no pareció tener ningún problema con tener un yerno blanco... con tal de conocer a la nieta que lleva su nombre...

Anoche me desvelé pensando en Medhani. Envidié su claridad. Se quedaba, porque acá se podía vivir bien. Qué simple. ¿Por qué yo no podía ser así?

Lo permanente. Me pregunto por qué valoramos tanto lo permanente, lo que queda. Cuando lo transitorio también es necesario. Es impulso, energía, incentivo. Lo transitorio aparece, deja su huella y se va. Se mezcla con lo permanente y lo modifica.

¿Qué es lo transitorio en este viaje? ¿Qué es lo permanente? Es imposible saberlo. Porque también eso cambia. Lo pasajero puede tomarse estable, y lo estable puede terminar. No todo está definido con anterioridad. También importa lo que uno va eligiendo en el camino.

—Hola. ¿Estará libre esta silla?

Diego me mira sonriendo. Su mirada me tranquiliza.

—La silla está reservada —le respondo.

Se sienta y me mira a los ojos. Está contento.

—¿Qué te parece que vayamos a Estocolmo a cenar? —me pregunta—. Hay un restaurante en *Gamla Stan*⁶⁷ que conozco y que me trae recuerdos. Quisiera ver si son buenos o malos.

Sonríó.

—A mí también me gustaría aclararlo —respondo—. ¿A qué hora tenemos tren?